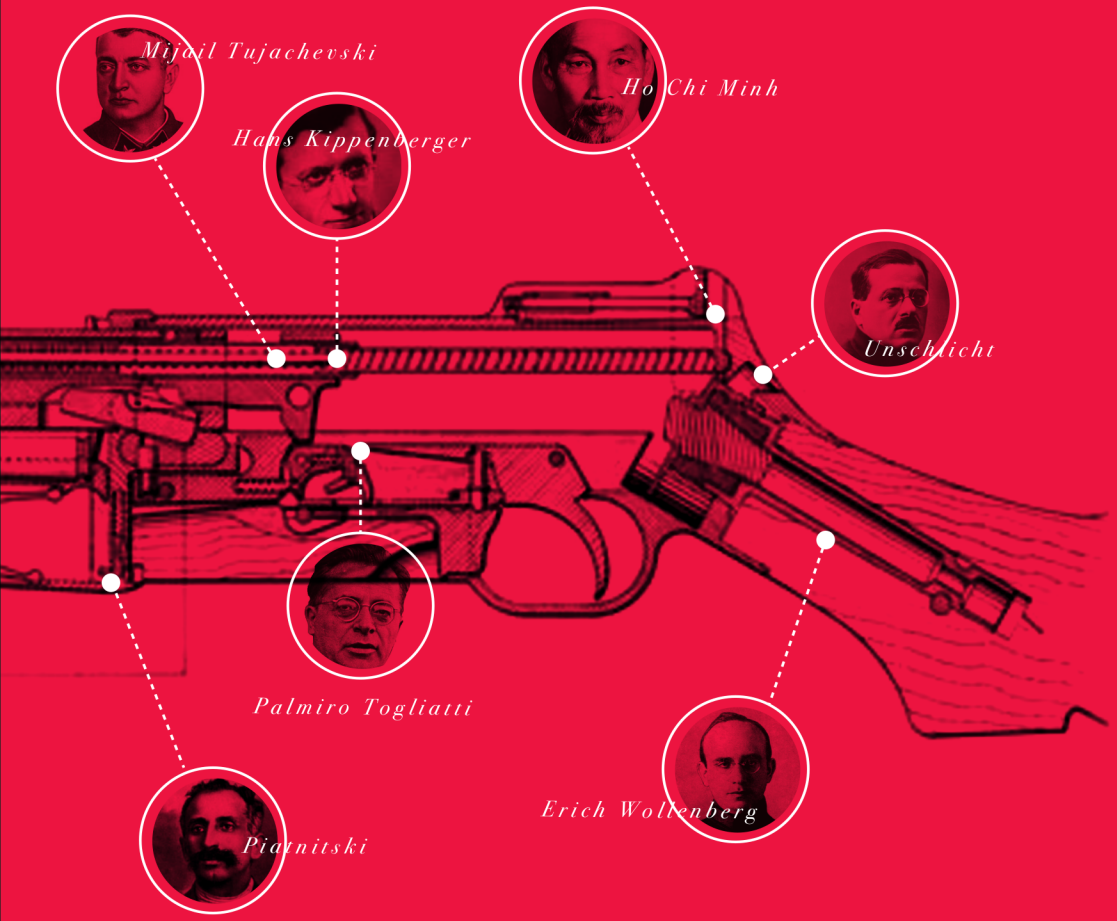
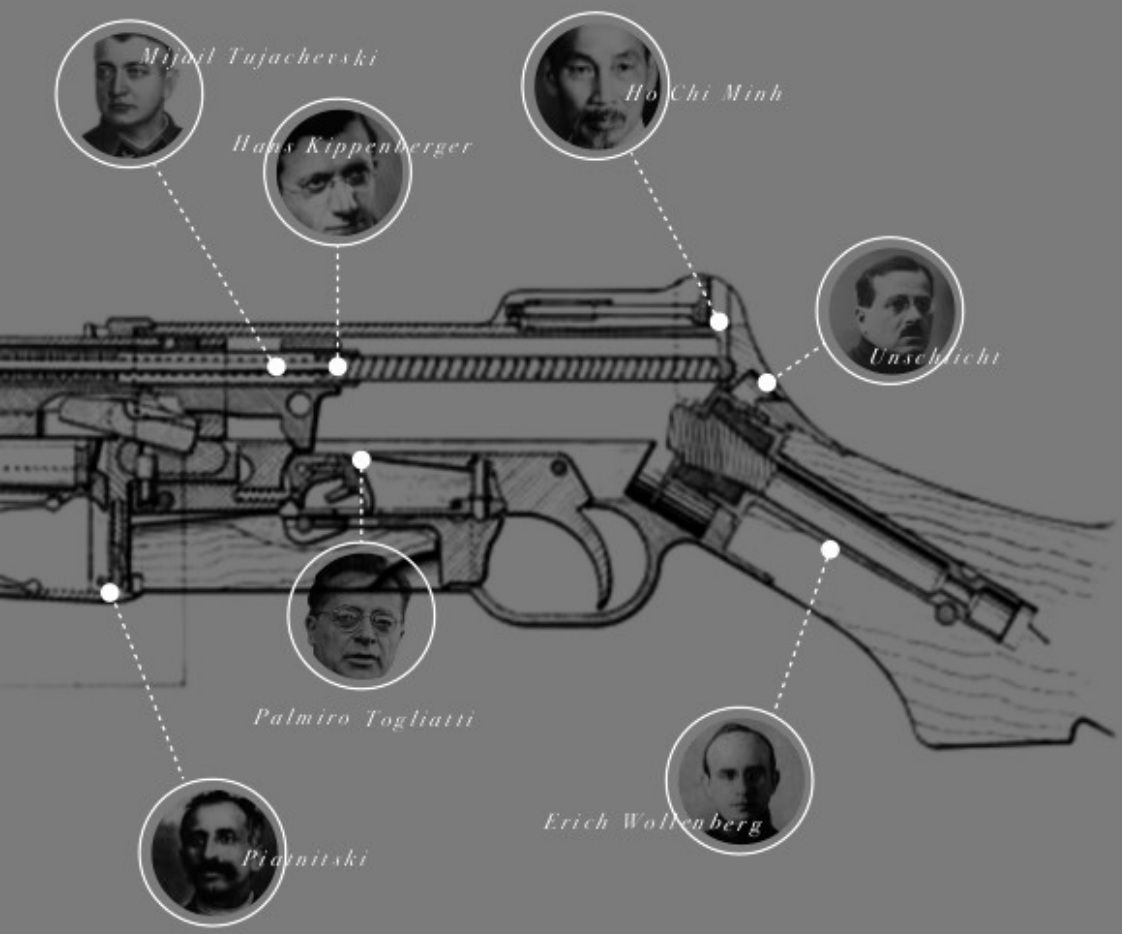
A. NEUBERG



LA INSURRECCIÓN ARMADA

BOLTXE

A. NEUBERG



LA INSURRECCIÓN ARMADA

ARLTXE

LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberg

LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberg

2013an AKE Argitalpenak argitaratua

Lege gordailua: BI-1156-2013

ISBN: 978-84-940386-3-1

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International License.

Edukien taula / Tabla de contenidos

Boltxe 9
Prólogo 11
¿Por qué estudiar a Neuberg sobre la insurrección armada? 15
La burguesía sí lee a Neuberg 16
La socialdemocracia intentó asesinar a Neuberg 19
Introducción 21
La Segunda Internacional y la insurrección 27
El bolchevismo y la insurrección 43
La insurrección de Reval 67
La situación política general en Estonia en 1924 67
Preparación militar de la insurrección 70
El desarrollo de la insurrección 76
Causas de la derrota 82
La insurrección de Hamburgo 91
La situación general en Alemania en 1923 91
La situación política en Hamburgo 95
Preparación de la insurrección 98
El ataque de la organización de combate y el desarrollo de la insurrección 106
Conclusiones 114
La insurrección de Cantón 119
Observaciones generales 119
La situación en China 121
La situación en Cantón 123
La preparación inmediata de la insurrección 128
El plan y la marcha de la insurrección 133
Lecciones que se deducen de la insurrección 140
Las insurrecciones de Shanghai 151
La insurrección del 24 de octubre de 1926 152
La segunda insurrección de Shanghai (22 de febrero de 1927) 158
La tercera insurrección del Shanghai (21 de marzo de 1927) 163
El trabajo del partido comunista para la descomposición de las fuerzas armadas de las clases dominantes 173
La organización de las fuerzas armadas del proletariado 199
La dirección del trabajo militar del partido 211
El carácter de las acciones militares al comienzo de la insurrección 217
Advertencias de carácter general 217
Fuerzas armadas de las clases dirigentes 221
El ejército regular 221
Flota marítima y fluvial 226
Policía y gendarmería 226
Organizaciones militares voluntarias de las clases dominantes 228

Fuerzas armadas del proletariado 229
Los objetivos del combate durante la insurrección 233
La sorpresa y el elemento «tiempo» al comienzo de la insurrección ... 243
La actividad y la tenacidad en el combate durante la insurrección 253
El plan de insurrección armada 259
El carácter de las operaciones de los insurgentes en el curso de la insurrección 265
Advertencias preliminares 265
Características de la ciudad 269
Los reconocimientos en la guerrilla urbana 272
El enlace en los combates de las guerrillas urbanas 281
La defensiva en las luchas callejeras. Principios generales 286
Defensa de una ciudad ocupada por los insurgentes y operaciones defensivas en el interior de una ciudad 289
Construcción de una barricada 296
El ataque en las luchas callejeras 298
El trabajo militar del partido entre los campesinos 305
Los partidos revolucionarios 305
Apéndice: El arte de la insurrección 327
Apéndice: Las enseñanzas de la insurrección de Moscú 361
Apéndice: La guerra de guerrillas 373
Apéndice: El marxismo y la insurrección 385

BOLTXE

Boltxe es un colectivo de Euskal Herria que quiere contribuir, desde el marxismo, a la construcción de un mundo liberado de cualquier tipo de opresión, es decir una sociedad comunista. Nuestra ap5ortación se basa fundamentalmente en ayudar, desde nuestras posibilidades, a formar a todas aquellas personas que quieran aprender de las experiencias pasadas y de las actuales, poniendo a su disposición textos marxistas clásicos y experiencias de las luchas de los diferentes pueblos. Estos textos los haremos llegar a través de dos vías, en papel y en libros electrónicos en nuestra página web.

A partir de esta contribución a la lucha del pueblo vasco nos sentimos parte de su proceso de liberación y defendemos la construcción de una Euskal Herria independiente, socialista, reunificada, antipatriarcal y euskaldun.

Estamos convencidos que para avanzar en este camino que nos marcamos, son necesarios el compromiso, la coherencia y la organización. En esta lucha existen diferentes instrumentos que el pueblo necesita para avanzar. Pensamos que uno de ellos ha de ser la formación y la educación, en un sentido abierto, imbricado con el debate, el análisis, la reflexión, la crítica y la autocrítica, la práctica... porque todo esto es la garantía de futuras victorias. Creemos que la práctica sola no es suficiente, ni tampoco el estudio académico: es necesario juntar las dos cosas, la práctica y el estudio. Si lo hacemos bien, seremos invencibles.

Desde que nació este colectivo hemos puesto en marcha diferentes iniciativas: revistas, folletos, webs, siempre con el objetivo de ampliar la base comunista ya que pensamos que solo en el

comunismo cualquier tipo de opresión será superado.

Entre manos no tienes un catecismo sino un arma que tiene que valer para derribar muros, un «ladrillo» que te ayudará a construir el edificio de tu formación. Esperamos que disfrutes y compartas esta maravillosa experiencia de leer y estudiar con otros compañeros y compañeras.

Si deseas participar o seguir estando al corriente de lo que hacemos te esperamos en nuestra web www.boltxe.info

PRÓLOGO

Cuando llegó este libro, *La insurrección armada*, a Boltxe liburuak, empezamos a leerlo y rápidamente nos dimos cuenta de su importancia, vimos que era un manual para los revolucionarios de principios del siglo XX. Este libro que tienes entre manos es una aportación que la Tercera Internacional, la Internacional Comunista, hizo al movimiento revolucionario. No es un texto teórico sino todo lo contrario, es pura praxis. En un momento en que en el mundo hervía el fervor revolucionario, la Internacional Comunista consideró necesario publicar un libro en el que se recopilaba toda una serie de experiencias históricas, así como los análisis de los errores y aciertos de estas experiencias. La Internacional Comunista pensaba que todo este conocimiento adquirido a través de la lucha tenía que pasar a las generaciones futuras para que las estudiaran y así avanzar en la lucha contra el capitalismo.

La insurrección armada se publicó bajo el nombre de A. Neuberg, que fue un seudónimo que encubría los nombres de militantes muy conocidos de la Internacional Comunista. La dirección general de la redacción estuvo a cargo de Piatnitski, Secretario General de la Internacional, Togliatti, dirigente de la Sección de Agitación y Propaganda («Agitprop») de la Internacional, y el general Unschlicht, segundo adjunto del Comisario del Pueblo para la Defensa. El capítulo 4 fue escrito por Hans Kippenberger, dirigente militar de la insurrección de Hamburgo en 1923; los capítulos 10 y 11, por el general Tujachevski, que había caído ya en desgracia; el capítulo 12, por Ho Chi Minh. Los demás capítulos fueron escritos por los mismos Piatnitski (capítulos 1 y 2), Togliatti y Unschlicht, o por comisiones del Estado Mayor y otros redactores, bajo la dirección de unos u otros de

los tres responsables.

El primer punto que nos atrajo del libro fue el análisis de las revoluciones no victoriosas realizadas durante los primeros años del pasado siglo. Nos parece adecuado recordar que, huyendo de determinismos, no todos los movimientos revolucionarios son victoriosos. Cuando hablamos de revoluciones pensamos inmediatamente en experiencias victoriosas: la revolución bolchevique, la china, la cubana, la vietnamita, etc., pero olvidamos todo el trabajo que hay detrás de esas revoluciones, todos los avances, retrocesos, toda esa práctica que si la analizamos bien y extraemos las enseñanzas necesarias nos abrirá el camino para «tomar el Palacio de Invierno».

Se trata de analizar todas las experiencias para aprender de ellas, de las negativas y de las positivas. Hemos de aprender de todas ellas.

Podemos pensar que algunas cuestiones técnicas *La insurrección armada* pueden estar muy lejos de los problemas y tecnologías presentes. No obstante, pensamos que los análisis que se realizan y las pautas que se dan para avanzar en la praxis revolucionaria son totalmente actuales y que deberían ser de obligado estudio.

La insurrección armada es un libro político, no un libro militar, dado que rechaza de forma absoluta las tendencias militaristas, tratando de afianzar el enfrentamiento directo. Tampoco es un libro pacifista, sino un libro basado en la praxis, en el que se analiza el papel de la socialdemocracia como elemento al servicio del capital, en el que aprendemos cómo se debe realizar un análisis correcto de las situaciones concretas en las que nos encontremos, huyendo de todo triunfalismo, si queremos que la revolución no sea ahogada en la sangre de los y las revolucionarias.

Sabemos que libros como éste son incómodos hoy en día. Las editoriales, el sistema, no los quieren porque son peligrosos desde su punto de vista, porque son una herramienta en la repolitización del proletariado, en su mentalización de saber ver y analizar cuál es su situación, en la organización de su centralidad, en comprender por

dónde pasa el camino que les llevará al enfrentamiento total con el poder del Estado capitalista para avanzar hacia el poder popular. Es por ello por lo que nos ha parecido más necesario que nunca recuperar libros como éste, y como otros que publicaremos en los próximos meses, dando a conocer textos importantes que es casi imposible o completamente imposible encontrar en la actualidad.

Como anexo publicamos unos textos de Lenin y de Trotsky sobre el mismo tema, la insurrección armada, el último acto del enfrentamiento abierto del proletariado contra la burguesía, contra esa clase explotadora que, ahora más que nuca, quiere controlar la vida de miles de millones de personas con el único objetivo de maximizar sus ganancias.

Aportamos este libro como otro granito de arena por nuestra parte para dar a conocer el marxismo, sin tergiversaciones ni manipulaciones, para avanzar en la liberación de Euskal Herria, así como la otros pueblo sometidos por el imperialismo, venga de donde venga. Esperamos que sea útil.

Boltxe Liburuak

¿POR QUÉ ESTUDIAR A NEUBERG SOBRE LA INSURRECCIÓN ARMADA?

Hay que estudiar a Neuberg por cuatro razones: una, porque fue sistemáticamente analizado por las fuerzas represivas burguesas, y es muy probable que lo esté siendo de nuevo; dos, porque el reformismo es irreconciliable con él; tres, porque su potencial revolucionario se está confirmando con el tiempo; y, cuatro, porque es una necesidad ética. Neuberg es un pseudónimo que oculta a un colectivo de revolucionarios que dominaban el arte de la insurrección en la década de 1920 y que, bajo los auspicios de la Internacional Comunista, se unieron para escribir este fundamental libro, editado por primera vez en la Alemania de 1928, hace nada menos que ochenta y cinco años.

Antes de seguir, hemos de avisar que el libro de Neuberg solo se centra en el acto último, insurreccional armado del estallido revolucionario, pero no desarrolla los complejos procesos previos, las fases anteriores, y menos todavía analiza, por razones obvias en aquella época, la interacción entre las insurreccionales finales y las luchas de liberación nacional. Sí, afirma la existencia de diversas formas insurreccionales: las armadas bien organizadas; las de masas populares mal organizadas, espontáneas; los pequeños golpes de las guerrillas; y las insurrecciones minoritarias, sin base popular, los *putsch*, También reconoce Neuberg que la insurrección armada es el final de un largo proceso muy complejo, con altibajos, con derrotas y retrocesos, pero no desarrolla estas ideas, y menos la dialéctica entre insurrecciones y luchas guerrilleras, especialmente las de liberación nacional.

No podía hacerlo porque en aquella época todavía no se habían

generalizado las luchas de liberación nacional en sus diversas variantes, desde las de guerrillas urbanas, campesinas, mixtas, así como las que consideraban la necesidad de acumular las fuerzas políticas necesarias para forzar al Estado ocupante a una negociación que devolviera al pueblo los derechos nacionales oprimidos. Tampoco podía hacerlo porque se escribió en una fase política muy precisa, denominada «clase contra clase», en la que, con mucho simplismo, se reducía la lucha a un choque entre dos bloques sociales, el proletario y el burgués, sin considerar la existencia de amplias franjas intermedias, dudosas, imprecisas. El texto da por supuesto que estas franjas ya se han posicionado por un bando u otro, lo que entonces era mucho suponer.

Sin embargo, como veremos, el libro sí contiene un método de análisis de las prácticas insurreccionales que permite trascender a su limitado objeto concreto para profundizar en la praxis revolucionaria actual en la que las diversas formas de insurrección deben ser vistas como un proceso complejo, diversificado, interactivo y sistémico, como ya se sabía desde mediados del siglo XIX y ha quedado confirmado durante todo el siglo XX y lo que llevamos de XXI. Vamos a adelantar sin desarrollarlos algunos de los puntos nodales de este método que se centran en la importancia insustituible e imprescindible de la moral de lucha, de la teoría, de la estrategia, de la toma del poder del Estado, de la organización revolucionaria de vanguardia, de la política de alianzas, de la interacción sabia y oportuna de todas las formas tácticas de lucha, etc.

LA BURGUESÍA SÍ LEE A NEUBERG

Al margen del tiempo transcurrido, la burguesía lee detenidamente a Sun Tzu, Herodoto, Tucidides, Jenofonte, Julio César, Tácito, Vegecio, Gengis-Khan, Maquiavelo, Napoleón, Clausewitz…, porque muchas de sus ideas son adaptables a las condiciones del capitalismo actual, a las necesidades de orden político-militar, ideológico, de control, manipulación y sumisión de masas, y hasta a la economía. Existen sesudos libros sobre la

aplicación de *El Arte de la guerra* de Sun Tzu a la buena marcha de la economía capitalista y es innegable que la denominada guerra de cuarta generación, además de basarse en Sun Tzu también lo hace en las doctrinas de otros estrategas político-militares. Lo esencial de la denominada «pedagogía del miedo», uno de los núcleos de todas las doctrinas represivas desde los asirios, está ya en las masacres de Cartago en la península ibérica, en Carlomagno, en los mongoles, etc. Sin ir muy lejos, manipulación viene del latín *manipulo*, que era la unidad básica de combate de la legión romana, similar a la compañía actual; y Napoleón, criticando los excesos represivos de César, insistió en que la victoria militar debía estar reforzada con medidas apaciguadoras ya que las bayonetas sirven para todo excepto para sentarse sobre ellas.

Hablamos de estrategas político-militares basándonos en las ideas de Francisco de La Noue, lúcido militar hugonote, que escribió en el siglo XVI los *Discursos políticos y militares* en los que recomendaba se aplicasen soluciones políticas siempre que fuera posible, dejando la guerra como último recurso. Con la agudización de las contradicciones del capitalismo entonces en pañales, los discursos político-militares se han endurecido, incluso más allá del ideario de Patton y Mac Arthur, plasmándose en las actuales doctrinas imperialistas. Por tanto, debemos hablar a la vez de estrategas económico-militares y no únicamente porque la política es la quintaesencia de la economía, sino también porque economía y guerra forman una unidad demostrada desde el Mesolítico, si no antes. En el -400, Dionisio de Siracusa organizó el posiblemente primer complejo industrial-militar al reunir a técnicos y sabios con el objetivo de construir las mejores armas del momento, todo a cargo del erario público. Siempre se ha valorado la importancia del secreto de producción de determinados productos estratégicos económicos y militares: la antigua China condenaba a muerte a quienes revelaban el secreto de la seda. El imperialismo intelectual está confirmado desde el -212 cuando el general romano Marcelo ordenó que durante la conquista de Siracusa no se diera muerte a Arquímedes, sabio reconocido y deseado por todas las potencias del momento, orden que no fue cumplida.

La palabra salario procede del trozo de sal que se entregaba a cada legionario romano. Durante las Guerras Púnicas, Roma empleó métodos de producción bélica que reaparecerían en la guerra mundial de 1940-1945. Mauricio de Nassau -antecedido por Juan de Meung en el siglo XIII- se adelantó a Taylor al aplicar entre los siglos XVI-XVII la racionalidad militar grecorromana basada en la rigurosa economía del tiempo, al igual que en este mismo siglo Francisco de Guisa aplicaba una muy racional economía de medios en la defensa estática, adelantándose al magistral Vauban. Durante el siglo XVIII el poder británico subvencionó el complejo científico-militar para mantener su supremacía naval, y en el siglo XIX Napoleón hizo lo mismo con la química. Los servicios secretos prusianos accedieron a las muy protegidas investigaciones británicas sobre máquinas de vapor, espionaje que facilitó la rápida industrialización del imperialismo alemán. Se trata de una estrategia que aúna lo militar, lo económico, lo político y los aparatos de Estado. El militar y político romano Mario lo sabía perfectamente cuando reorganizó las legiones en el -107 para vencer a las sublevaciones esclavas y a los pueblos libres.

Pero la burguesía también estudia a fondo el marxismo, aunque sea incapaz de entenderlo. Es cierto que la casta intelectual tardó un tiempo en darse cuenta del poder destructor concentrado en *El Capital* de Marx, pero desde entonces no ha escatimado medios para destrozarlo. Los textos militares de Engels, Lenin, Trotsky, Mao, Ho, Giap, Guevara, Roque Dalton, Marulanda, etc., son sistemáticamente debatidos por el imperialismo. Weber, el sociólogo de cámara del imperialismo alemán, copió a Trotsky su famosa definición del Estado como monopolio de la violencia. El *Mein Kampf* de Hitler trasluce una lectura algo sistemática del marxismo; Mussolini había estudiado mal que bien el marxismo en sus pocos años de socialista compañero de Gramsci. V. Serge explicó en 1925 que el objetivo de todo sistema represivo es conocer lo mejor posible a las organizaciones revolucionarias. Por no extendernos, es sabido que la CIA preparó el golpe fascista de Pinochet en Chile basándose en la corrección de la tesis de Lenin de que ninguna clase dominante se suicida como clase abandonando pacíficamente el poder. No lo abandona porque el poder y su violencia son vitales para el capitalismo. Marx tenía razón al decir que la violencia es una fuerza económica y que el sistema

fabril se rige por la disciplina militar, como la tenía Engels al decir que un acorazado era la síntesis de la fábrica capitalista. Esto también lo sabe la burguesía actual, y es por ello que no quiere que se vuelva a publicar a Neuberg, porque es un torpedo lanzado a la quilla de la civilización del capital.

LA SOCIALDEMOCRACIA INTENTÓ ASESINAR A NEUBERG

¿Pero qué diría el reformismo ante Neuberg? El reformismo clásico, el socialdemócrata, sostendría que Neuberg estaba ya definitivamente superado antes de su redacción, en concreto desde finales del siglo XIX cuando el reformismo rompió en la práctica con los tres pilares del marxismo: la teoría de la explotación asalariada, la teoría del Estado como instrumento de violencia de clase y la teoría dialéctico-materialista del conocimiento. La ideología reformista neoclásica, la eurocomunista, aseguraría que Neuberg fue definitivamente superado en el proceso iniciado en el XX Congreso del PCUS y que llegó a su culmen al final de la década de 1960 cuando la castrante manipulación de Gramsci por el Partido Comunista Italiano (PCI) «demostró» que la violencia revolucionaria había pasado ya definitivamente a la historia. La moderna ideología reformista, polifacética y multiforme, además de repetir el «argumento» pacifista añade que ya no vivimos en la misma sociedad capitalista sino en otra muy diferente, en la que hasta han desaparecido la clase obrera, la lucha de clases, el Estado-nación, los partidos tradicionales, la militancia revolucionaria, etc., viviendo en la era de lo inmaterial, de la multitud y ciudadanía global, de la gobernanza mundial que debe estar siempre atenta a las presiones de la «opinión pública» expresada mediante la tele-democracia.

El reformismo socialdemócrata abandonó totalmente la perspectiva insurreccionalista porque había abandonado previamente la teoría marxista de la explotación, del Estado y del conocimiento, por lo que cayó en la creencia fetichista de que el parlamentarismo pacifista era el único instrumento adecuado para avanzar gradualmente al socialismo. Su estrategia se centró en el aumento

cuantitativo de la fuerza electoral e institucional, parlamentarista, como basamento del futuro poder legal de la socialdemocracia dentro del Estado neutral. Para imponerla no dudó en censurar y amputar un decisivo escrito de Engels en el que precisamente se teorizaba la necesidad histórico-general de la insurrección, aunque se exigía que ésta fuera siempre aplicada en las condiciones concretas de cada coyuntura y contexto de lucha revolucionaria.

La táctica socialdemócrata se centró en la búsqueda del voto sin reparar en concesiones teóricas, políticas y programáticas, de manera que poco a poco fue reforzándose en el seno de las masas el interclasismo, el pacifismo y el nacionalismo imperialista de la burguesía. La obsesión suicida por el pacifismo parlamentarista le llevó a oponerse a toda iniciativa crítica e independiente de las masas, luchas que entraban de lleno en la concepción marxista de la praxis pre, proto e insurreccionalista. Y así se explica que el reformismo socialdemócrata ha terminado siendo una de las fundamentales fuerzas defensoras del capitalismo.

Iñaki Gil de San Vicente

INTRODUCCIÓN

La insurrección armada es la forma superior de la lucha política del proletariado.

La condición esencial de su victoria es que los elementos decisivos del proletariado estén dispuestos a sostener una lucha armada e implacable para derribar el poder político de las clases dominantes. Es, además, la existencia de un gran partido comunista, ideológica y orgánicamente muy coherente, armado de la teoría leninista y apto para dirigir la lucha de las masas.

Cuando un deseo elemental e irresistible de lucha anima a las masas, cuando millones de hombres han adquirido conciencia de la «imposibilidad de continuar viviendo como antes» y están dispuestos a todos los sacrificios, el deber del partido comunista es guiarlos hábilmente a las posiciones esenciales de combate, elegir bien el momento del asalto al antiguo poder gubernamental y dirigir política y militarmente el combate durante la insurrección misma.

«La insurrección es un arte como la guerra, y como las demás artes está subordinada a ciertas reglas, cuyo olvido lleva a la ruina al partido que se ha hecho culpable de no observarlas». La historia de las luchas armadas del proletariado, a pesar de las lecciones de la Revolución de Octubre y los notables trabajos de Marx, Engels y Lenin sobre la insurrección, muestra que no todos los partidos comunistas han aprendido aún el arte de la insurrección.

La táctica de la insurrección armada es un campo cuyo conocimiento es extremadamente difícil. El partido solo podrá dirigir bien la lucha armada de las masas si cada uno de sus miembros

asimila los principios esenciales de esta táctica.

El fundamento sobre el que debe basarse el estudio de la táctica de la insurrección es la experiencia histórica, en particular la experiencia de las luchas armadas del proletariado en estas últimas décadas. Solo un estudio completo de las insurrecciones habidas en estos últimos tiempos, en todas las partes del mundo, dará la clave de los principales factores de este arte original. Solo el estudio de la rica experiencia proporcionada por las luchas armadas del proletariado nos permitirá penetrar los principios esenciales de la táctica y de la estrategia de las insurrecciones y evitar los errores en el porvenir.

Parece que muchas secciones de la Internacional Comunista no han concedido hasta aquí bastante atención al estudio de las insurrecciones proletarias y de la táctica de la insurrección en general. Creemos que ni siquiera el estudio de los trabajos de Lenin sobre la cuestión ha sido emprendido como convendría. Y, sin embargo, en ellos se encuentra, sobre todo los problemas de la estrategia y de la táctica de la lucha armada del proletariado para la toma del poder, toda la experiencia concentrada de tres revoluciones rusas y una buena parte de la de los combates revolucionarios de Occidente. Lenin responde a todas las cuestiones más graves de la preparación y organización de la revolución proletaria.

El estudio de la experiencia de las insurrecciones y de la táctica de la lucha armada en general es imposible sin un buen conocimiento de los trabajos de Lenin, el estratega y táctico genial de la lucha armada del proletariado, que ha dejado tras de sí una rica experiencia sistematizada de esta lucha.

Sin hablar de la lucha política cotidiana encarnizada que la burguesía, con el concurso de la socialdemocracia, sostiene contra el proletariado revolucionario, su vanguardia, el partido comunista, y las organizaciones proletarias o semiproletarias (campesinas) que están bajo su influencia, las clases dirigentes de todos los países han ejecutado y ejecutan aún un inmenso trabajo para utilizar la experiencia de la lucha armada del proletariado y de las represalias contra las insurrecciones proletarias. Cualquier gobierno burgués (y

no solamente burgués) dispone hoy de consideraciones adecuadas basadas en esta experiencia, de industrias a propósito, de planes de acción en regla para caso de intervención armada de la clase obrera. Para aprovechar todas las experiencias de la lucha contra el proletariado revolucionario, la burguesía convoca congresos internacionales (Congreso Policíaco de Washington en 1925, etc.). Se publica una masa de libros y de instrucciones oficiales para enseñar a la policía y a las tropas la táctica de la lucha contra los insurgentes. Se trazan planes diabólicos previendo el empleo de todo el arsenal del armamento moderno, incluso medios químicos, contra el proletariado revolucionario en caso de sublevación, con las armas en la mano, contra el régimen social existente.

Considerando al ejército permanente y a la policía armas poco seguras contra el proletariado, en una situación inmediatamente revolucionaria, la burguesía de todos los países forma activamente un ejército regular de contrarrevolución (organizaciones voluntarias, asociaciones militares de estudiantes, destacamentos fascistas, ligas de defensa de todas clases, círculos militares de fábricas, etcétera), para defender el orden existente.

A fin de sustraer a la policía de la influencia de una población de tendencias revolucionarias, algunos países, como Alemania, crean a expensas del Estado ciudades policíacas en los confines de las grandes ciudades industriales, e instalan en ellas a los policías y sus familias. Parte de ellos son incluso alojados en cuarteles, bajo régimen militar, dotados de las máquinas más modernas (automóviles blindados, tanques, aviones, ametralladoras, artillería, gases, etc.). El objetivo de todas estas medidas de militarización es hacer de la policía una fuerza lo más segura posible en la lucha contra los obreros revolucionarios.

Por lo que se refiere al ejército, las clases dirigentes tienen todo un sistema que persigue el mantenimiento de una disciplina que asegure con certidumbre su empleo eficaz contra los insurgentes.

Las clases dominantes se preparan febrilmente para las próximas luchas de clase decisivas. Y para eso utilizan en todos sus aspectos

la experiencia de las luchas pasadas. El proletariado y en particular su vanguardia, el partido comunista, no deben perderlo de vista ni un instante.

Estamos en la época de las guerras imperialistas y de las revoluciones proletarias. Por una parte, la burguesía imperialista internacional, que emprende una guerra exterminadora sistemática contra el proletariado revolucionario, prepara furiosamente nuevas guerras de rapiña para el reparto del mundo y predica la cruzada contra la URSS, único Estado proletario del universo. La socialdemocracia internacional le presta todo su concurso. Por otra parte, el proletariado revolucionario, aliado a los campesinos trabajadores y a los millones de esclavos coloniales que han entrado en la lucha revolucionaria contra el imperialismo y la reacción indígena, emplea su energía y sus esfuerzos cada vez más en la preparación de la mina revolucionaria que hará saltar el viejo mundo. La humanidad corre hacia conmociones sociales grandiosas.

Las condiciones de los combates revolucionarios decisivos maduran paralelamente al crecimiento de los antagonismos entre los diversos grupos capitalistas y del antagonismo entre estos últimos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, foco de la revolución proletaria mundial.

A pesar de la estabilización temporal del capitalismo (o mejor, gracias a esa estabilización), es posible y verosímil que la guerra civil declarada (el principio de la revolución) comience en los diversos países antes que la nueva guerra imperialista mundial y antes de la guerra imperialista contra el país de la dictadura del proletariado. Pero la guerra imperialista y la guerra contra la URSS harán la revolución *inevitable* en la mayor parte de los Estados.

La influencia del factor militar es inmensa en la revolución. «Solo la fuerza puede resolver los grandes problemas históricos; ahora bien, *la fuerza organizada*, en la lucha contemporánea, es la organización militar.»

Todo comunista, durante la revolución, es un soldado de la guerra

civil y un dirigente de la lucha armada de las masas. Preparando cada día intensa y minuciosamente la movilización revolucionaria de los trabajadores, educándolos para derrocar la dominación del imperialismo, los comunistas de todos los países deben, desde hoy, en una situación que no sea inmediatamente revolucionaria, prepararse seriamente para su papel de directores de la insurrección futura del proletariado. El estudio del arte de la guerra, y en particular de la experiencia de las luchas armadas del proletariado en los diferentes países, el estudio de los problemas militares de la insurrección, la propaganda de la idea de la insurrección armada en las masas obreras, sobre todo en nuestra época, en que se anuncia un nuevo impulso del movimiento revolucionario del proletariado y de los pueblos oprimidos de Oriente, constituyen la tarea de todo partido comunista, y su importancia no puede ser suficientemente encarecida.

«No olvidemos que se acerca el tiempo de la lucha de masas. Será la insurrección armada. ¡El partido del proletariado consciente tiene que cumplir su deber en este gran combate!»

1 LA SEGUNDA INTERNACIONAL Y LA INSURRECCIÓN

La insurrección armada, como una de las formas de la lucha de clase del proletariado, está en el centro del sistema de Marx y Engels. La necesidad absoluta, la fatalidad del empleo de esta forma de lucha por el proletariado, en un cierto estadio histórico de la evolución de la lucha de clases en una nación determinada, se deducen directamente de toda la concepción marxista del desarrollo de las formas sociales, del papel revolucionario de la violencia en la historia, del papel del Estado como instrumento de dominación de una clase y, finalmente, de la dictadura del proletariado. *Negar la necesidad y la fatalidad de la insurrección armada y, en general, de la lucha armada del proletariado contra las clases dominantes, es negar forzosamente la lucha de clases en su conjunto, negar la dictadura del proletariado y, como consecuencia, adulterar los fundamentos mismos del marxismo revolucionario, reducirlo a una doctrina repugnante de no resistencia*.

No admitir la dictadura del proletariado como única transición posible del capitalismo al socialismo es, en realidad, no admitir la revolución proletaria en general. Las demás concepciones que se esfuerzan en probar la posibilidad y necesidad de otro camino no violento, es decir, no revolucionario, para pasar del capitalismo al socialismo, niegan el papel histórico del proletariado como vanguardia de la sociedad y lo relegan a una situación subordinada en relación con las demás clases.

Apoyándose en la doctrina de Marx y Engels, Lenin, en muchos de sus trabajos, principalmente en su obra *El Estado y la revolución*, ha probado genialmente el valor inconmovible de estas proposiciones esenciales del marxismo revolucionario, sistemáticamente ignoradas,

deformadas y desnaturalizadas por los oportunistas. Por otra parte, la historia y la vergonzosa quiebra ideológica de la Segunda Internacional, y particularmente de la socialdemocracia alemana, la actitud de esta última frente a esas cuestiones fundamentales (el Estado, la dictadura y la insurrección) del socialismo científico, han confirmado de manera categórica y en la práctica el fundamento sólido de las proposiciones de Marx y Engels justificadas y completadas por Lenin, sobre la base de nuevos hechos históricos.

El papel de divulgador de la deformación oportunista del marxismo en estos problemas esenciales: dictadura del proletariado, lucha armada de la clase obrera por el poder, aniquilamiento del Estado burgués y edificación de un aparato gubernamental proletario sobre sus ruinas, así como en todas las demás cuestiones de principio del marxismo revolucionario, pertenece, como sabemos, a la socialdemocracia alemana. Mientras que para Marx «la fuerza ha sido siempre en la historia la partera en la preñez del viejo régimen y el alumbramiento del nuevo», mientras que «entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se encuentra el periodo de transformación revolucionario de la primera en la segunda..., y que el Estado de este periodo no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado»[1], mientras que «la revolución es un acto en el que una parte de la población impone su voluntad a la otra con los fusiles, bayonetas y cañones... y donde el partido vencedor está obligado necesariamente a mantener su dominio por el miedo que sus armas inspiren a los reaccionarios»[2], mientras que, según Marx, «el proletariado, destruyendo por la fuerza a la burguesía, coloca los cimientos de su dominación»[3], y que «particularmente la Comuna ha demostrado que la clase obrera no puede sencillamente apoderarse de la máquina del Estado y hacerla funcionar para sus fines particulares»[4], sino que debe «destruirla, lo que constituye la primera condición de toda revolución verdaderamente popular en el continente»[5], la socialdemocracia alemana siempre ha defendido, y

1. K. Marx: *Crítica del Programa de Gotha.*
2. F. Engels.
3. K. Marx y F. Engels: *Manifiesto del Partido Comunista.*
4. K. Marx y F. Engels: Prefacio del *Manifiesto del Partido Comunista* de la edición de 1872.

aún defiende, la proposición de que el paso del régimen capitalista al régimen socialista se efectuará por la vía pacífica, sin efusión de sangre, sin destruir el aparato gubernamental de la burguesía, sin imponer la dictadura del proletariado.

En 1875, la socialdemocracia alemana, en su proyecto de programa sobre la cuestión del Estado, preconizaba a pesar de la experiencia de la Comuna de París y de la oposición de Marx sobre ella, no la dictadura del proletariado (y la necesidad del derrocamiento violento del viejo aparato del Estad de la burguesía), sino «un Estado popular, libre, que reemplazara al actual Estado prusiano, basado en la dominación de clase». Ya sabemos que Marx y Engels se burlaban cruelmente de este artículo del programa de Gotha motejándolo de «charlatanería», «rechazable, sobre todo, después de la Comuna de París», y añadiendo que hablar de un Estado popular, libre, era una «vaciedad»[6].

Naturalmente, con una idea tan completamente falsa de la naturaleza del Estado, el programa de Gotha se evitaba plantear el problema de la dictadura y de la lucha armada por la dictadura del proletariado.

Y como en el programa de Gotha, tampoco se plantearon estos problemas en el evangelio de la Segunda Internacional, en el programa de Erfurt, adoptado en 1891. No se encuentra en él ni una sola palabra sobre la dictadura del proletariado, y ni siquiera sobre la república democrática, «última forma gubernamental de la sociedad burguesa, bajo la que debe tener lugar la lucha final» (Marx).

En el comentario oficial del programa de Erfurt, Kautsky, el apóstol de la Segunda Internacional, intenta, en 1892, plantear el problema de la transición de un régimen social a otro, pero lo resuelve de una manera completamente oportunista:

> Esta revolución [es decir, la toma del poder político por el proletariado] puede revestir las formas más variadas, según las

5. K. Marx: *Cartas a Kugelmann.*

6. Carta de Engels a Bebel del 18-28 de marzo de 1875.

> condiciones en las que se efectúe. *No es de ninguna manera inseparable de la violencia y de la efusión de sangre*[7]. Se han visto ya en la historia universal clases dirigentes lo bastante perspicaces, lo bastante débiles o abandonadas para rendirse voluntariamente ante la necesidad[8].

Se ve aquí claramente dibujarse la posición oportunista de la socialdemocracia alemana en el problema de la naturaleza del paso del poder de la burguesía al proletariado. Kautsky y la socialdemocracia en general conciben este paso, no como el resultado de una lucha de clases, que en un determinado momento se convierte en lucha armada, encarnizada, de las clases oprimidas contra la burguesía y las clases dominantes; no como la dictadura del proletariado, sino como el resultado de una evolución pacífica y continua de abandono voluntario por la burguesía de sus posiciones sociales.

De los casos concretos de la historia universal a que Kautsky se refiere, nadie sabe nada. Él no nos lo dice, ni puede decírnoslo, porque de sobra sabe que la historia universal no cuenta casos en que las clases dirigentes se hayan sometido voluntariamente a la necesidad. La experiencia enseña todo lo contrario: ningún régimen social ni ninguna clase que encarne ese régimen han dejado nunca voluntariamente el sitio que ocupan a la nueva clase que empuja, nunca han abandonado la arena de la historia sin una lucha encarnizada.

A este respecto es muy característica la declaración hecha por Wilhelm Liebknecht en el Congreso de Erfurt:

> Lo revolucionario no son los medios, sino los fines. La violencia ha sido siempre un factor reaccionario[9].

En su nuevo libro, *La concepción materialista de la historia*, escribe Kautsky con respecto a la lucha armada y a la huelga:

7. Cursivas de A.N.

8. K. Kautsky: Programa de Erfurt.

9. Cita tomada del artículo de Ch. Rappoport, «Recuerdos de Engels», en los *Anales del Marxismo.*

> Con un Estado democrático [el Estado burgués actual], con una democracia consolidada, la lucha armada no juega papel alguno en la solución de los conflictos sociales. Estos conflictos se resuelven por vía pacífica, por la propaganda y el voto. Incluso la huelga de masas, como medio de presión de la clase obrera, se emplea cada día menos[10].

He aquí, según Kautsky, el «camino del poder»; he aquí su orientación en lo que se refiere a la lucha armada del proletariado contra la burguesía y a la huelga como forma de lucha de clase y medio de solucionar los conflictos en los Estados capitalistas modernos. Lo contrario a los principios de Marx referentes a estas mismas cuestiones.

Pero Kautsky no se limita a negar la necesidad que tiene el proletariado de emplear la violencia contra sus enemigos de clase, sino que asegura que la misma burguesía no recurrirá a la lucha armada contra el proletariado.

> Con el rápido desarrollo de la industria, no son los medios militares, sino los procedimientos económicos, los que son cada día más decisivos en el Estado.
>
> Los capitalistas no dominan a las masas por su superioridad militar, como antiguamente los señores feudales... Han conservado hasta hoy su poder gracias a sus riquezas y a la importancia de sus funciones económicas en el proceso actual de la producción. Y lo conservarán el tiempo que tarden las masas oprimidas y explotadas en darse cuenta por sí mismas de la necesidad de poner, en lugar de los capitalistas y de sus organizaciones, las organizaciones de la clase obrera, cumpliendo las mismas funciones tan bien o mejor que ellos.
>
> La necesidad económica y no la superioridad militar es el arma que oponen los capitalistas al régimen democrático de las clases trabajadoras[11].

Después de esa afirmación «teórica» sobre la fuente del poder de la burguesía, asegura Kautsky que la burguesía no opondrá resistencia armada en el momento en que los medios de producción

10. K. Kautsky: *La concepción materialista de la historia.*

11. K. Kautsky: *op. cit.*

pasen de sus manos a las de la democracia.

El programa de Heidelberg, adoptado por la socialdemocracia alemana en 1925, sanciona, en lo que se refiere al Estado, la actitud que de hecho ha tenido y sigue teniendo la socialdemocracia frente a la república burguesa desde la revolución de noviembre de 1918. La socialdemocracia ve en el régimen republicano actual (en Alemania y en otros muchos países, Austria, Suiza, etc.), un puente provisional para conducirnos al socialismo, y en consecuencia defiende este régimen sin reserva alguna. La experiencia de la guerra y del periodo de posguerra demuestra, sin que haya lugar a duda, que los líderes de la socialdemocracia alemana están dispuestos a hacer toda clase de sacrificios por defender la república burguesa contra el proletariado revolucionario. Aceptan con gran entusiasmo el cargo de cancerberos y lo desempeñan con el mayor celo.

Los juicios de Kautsky en 1892 y en 1926, y los de Liebknecht en 1891 sobre el problema de la violencia, se parecen como dos gotas de agua a los de los demás teóricos socialdemócratas de la actualidad, como T. Haubach. Haubach dice en serio:

> Hay una relación entre el fin y el medio, como dicen los jesuitas. Todo medio, dice Hegel, es al mismo tiempo un fin, y la prudencia de las naciones considera imposible echar al diablo con el diablo. En consecuencia, el problema de la violencia depende, en cada fase de la evolución, de la idea que tengamos del objetivo final del socialismo. Si creemos que este objetivo final, el socialismo, lleva en sí, como condición absolutamente necesaria, la ausencia de violencia, entonces será preciso observar en todo momento el principio de la no violencia... para alcanzar el objetivo final[12].

Hoy no es posible encontrar un solo teórico socialdemócrata, incluso entre los que se llaman de izquierda, que no se solidarice con la fórmula citada de Kautsky y otros líderes de la socialdemocracia.

Y si hay algunos socialdemócratas, como *Julius Deutsch*[13] *en*

12. T. Haubach: «El socialismo y el problema del armamento», en la revista *Die Gesellschaft*, nº 2, tercer año, p. 122.

13. J. Deutsch: *La fuerza armada y la socialdemocracia.* Deutsch nos dice que hay casos en los que la

Alemania, el izquierdista Bruno Kalninch en Letonia[14] y otros que llegan con frecuencia, en sus trabajos teóricos, a la conclusión de que, en determinadas condiciones, el proletariado puede recurrir a métodos violentos contra la burguesía, esto no cambia en nada el fondo del asunto. Kautsky y sus semejantes no podrán reprocharles una desviación de los principios socialdemócratas. Las palabras altisonantes de los socialdemócratas de izquierda sobre la posibilidad de emplear la violencia contra la burguesía son necesarias para mantener bajo su influencia ideológica a los proletarios que no han dejado aún de considerar a la socialdemocracia internacional como

burguesía aplica la fuerza contra el proletariado, en cuyo caso, «si el proletariado no quiere dejarse vencer sin combate, no deberá renunciar cobardemente a su porvenir y no le quedará otro camino que recurrir al arma suprema de la lucha de clases, respondiendo a la fuerza con la fuerza».

14. Kalninch: *La política bélica de la socialdemocracia*, Riga, 1928. El autor escribe: «La Internacional obrera socialdemócrata ha adoptado en su Congreso de Bruselas, en 1928, un programa militar que, en lo que se refiere a la limitación de armamentos, reclama: 1) prohibición de la guerra química y bacteriológica; 2) limitación de la artillería pesada, de los tanques, aviones y unidades navales; 3) reducción de los presupuestos de guerra; 4) control internacional de la fabricación y del comercio de armas; 5) supresión de las leyes que castigan la publicación de noticias sobre armamentos secretos. Estas decisiones deben ser aplicadas por medio de acuerdos internacionales de todos los países. El control debe confiarse a la Sociedad de Naciones».
La Internacional considera que la «campaña por la limitación de armamentos tendrá éxito solamente en tanto que se obtenga la solución de conflictos internacionales por la vía pacífica». Por lo cual, la Internacional pide «que todos los conflictos internacionales sean llevados ante tribunales de arbitraje». La Sociedad de Naciones debe elaborar un tratado de arbitraje al que se adherirán todos los gobiernos.
«La Internacional obliga a todos los partidos socialistas a lograr una ley por la que se impida declarar la movilización antes de haber intentado resolver el conflicto pacíficamente, sometiéndolo a la Sociedad de Naciones.» Contra aquellos gobiernos que rehusaran someter los conflictos internacionales a los tribunales de arbitraje y que emprendan la guerra, la Internacional aconseja que se empleen los medios más categóricos, «sin excluir incluso el empleo de la lucha violenta y de los procedimientos revolucionarios».
He aquí el punto de vista de la Segunda Internacional en la cuestión de la guerra y del desarme. No se opone a toda guerra, sino solamente a la química y bacteriológica; no pide el desarme general, sino la reducción de armamento. La guerra, en general, es admisible y posible si la autoriza la Sociedad de las Naciones imperialistas. Y en cuanto a las amenazas de Kelninch y Deutsch a los gobiernos burgueses de aplicar los métodos revolucionarios, no pasa de ser una broma. Las famosas resoluciones de los Congresos de Stuttgart y Basilea de 1907 y 1912 eran mucho más revolucionarias que las grandes gestas actuales de la socialdemocracia y, a pesar de esto, ante la guerra imperialista de 1914 a 1918 no fueron más que papel mojado. Recordemos las guerras de Marruecos y de Siria, las intervenciones imperialistas en la URSS y en China, la intervención de los Estados Unidos en América Latina; relacionemos, además, las múltiples insurrecciones proletarias levantadas en tantos países, las huelgas obreras con la conducta y el papel jugado por la socialdemocracia en estos acontecimientos y se verá la hipocresía de los líderes de izquierda, en la cuestión de la guerra, del desarme y de la lucha revolucionaria contra la burguesía.

un partido obrero. Nadie duda, por otra parte, que mientras la socialdemocracia internacional sostenga su concepción del Estado, negando la dictadura del proletariado y considerando la república burguesa como una conquista de la clase obrera que hay que defender contra los enemigos del interior (proletariado revolucionario) y del exterior, *no podrá plantearse a la socialdemocracia el problema de invitar a la clase obrera a tomar las armas para derrocar a la burguesía*.

Los autores del socialismo científico no han renegado de sus principios sobre el papel de la violencia y de la insurrección proletaria. Y es falso que Engels, en su prólogo a *La guerra civil en Francia*, de Marx, escrito en vísperas de su muerte (1895), renegara de sus viejas ideas sobre la insurrección, renunciando a los métodos de 1848 y 1871 y preconizando la evolución pacífica. Esta leyenda ha sido divulgada por los reformistas de la socialdemocracia alemana durante treinta años. Pero desde que Riazanov ha logrado de Bernstein el texto original de Engels, esta leyenda no volverá a engañar a nadie.

Hoy se sabe que los redactores del Comité Central del Partido Socialdemócrata, al publicar el prólogo de Engels, cercenaron todos los pasajes que aludían a determinados fines históricos (movilización y educación revolucionaria de las masas, organización y educación del partido, etc.), que eran en 1895 los de los revolucionarios alemanes, y a la necesidad de emplear en el futuro la lucha armada para la conquista del poder.

Las verdaderas ideas de Engels sobre el empleo de la violencia se deducen de una carta a Lafargue del 3 de abril de 1895, en la que protesta enérgicamente contra la deformación de su prólogo al libro de Marx. He aquí lo que dice:

> X[15] *me ha jugado una mala pasada. En mi introducción a los artículos de Marx sobre la Francia de 1848 al 1850* ha escogido lo que pudiera servir para defender *la táctica hostil a la violencia y pacífica a toda costa, esta táctica*, que él siempre ha predicado con tanto cariño, y más hoy que se preparan en Berlín la leyes de excepción. Pues esta

15. F. Engels se refiere a Bernstein.

> táctica [de renunciar temporalmente a la lucha armada] la recomiendo *solamente para Alemania en la época actual*, y todavía con graves reservas. En Francia, en Bélgica, en Italia y en Austria no debe seguirse íntegramente; en Alemania puede ser mañana inaplicable[16].

Gracias a los trabajos de Riazanov, hoy sabemos que del prólogo de Engels fue suprimido, por ejemplo, el párrafo siguiente, que caracteriza las ideas de Engels sobre la guerrila urbana.

> ¿Debemos deducir de esto que en el porvenir de la guerrilla urbana no tendrá valor alguno? No, nada de eso. De ello solo se deduce que desde 1848 las condiciones han empeorado para los insurgentes civiles y han beneficiado al ejército. De ahora en adelante solo se logrará la victoria en un combate de calle, si estas condiciones desfavorables se señalan, menos en la primera fase de la revolución social que en las fases siguientes, y si el combate se emprende con fuerzas más considerables. *Pero entonces se preferirá, como en toda la gran Revolución Francesa, o el 4 de septiembre y el 31 de octubre en París, la ofensiva declarada, en vez de la táctica pasiva de las barricadas*[17].

Tanto el pasaje del prólogo de Engels, suprimido por Bernstein en el momento de la publicación, como la carta dirigida a Lafargue, constituyen un acta de acusación rotunda contra el grupo dirigente de la socialdemocracia alemana, y sobre todo contra Bernstein, que pretendía hacer pasar a Engels, a los ojos del partido y de todo el proletariado, por un revolucionario pequeñoburgués arrepentido de sus pecados revolucionarios de juventud.

Sobre esto mismo es importante citar un pasaje poco conocido de Marx en el que expone sus ideas sobre la violencia y la dictadura, dos años antes de su muerte. En una carta al socialdemócrata holandés Domela Nieuwenhuys, del 22 de febrero de 1881, decía Marx:

> Un gobierno socialista no puede ponerse a la cabeza de un país si no existen las condiciones necesarias para que pueda tomar inmediatamente las medidas acertadas y *asustar a la burguesía* lo bastante para conquistar las primeras condiciones de una política

16. Cita sacada de *Archivos de Marx y Engels.* La cursiva es de Engels.

17. *Archivos de Marx-Engels,* la cursiva es de A.N.

consecuente[18].

Creer que se pueda asustar a la burguesía de otra forma que con la violencia es una ilusión que no beneficia más que a la contrarrevolución.

Por ello la socialdemocracia alemana piensa de otra forma. Nunca ha tenido la intención de asustar en forma alguna a la burguesía. He aquí lo que dice una autoridad de tal socialdemocracia y de la misma Segunda Internacional, R. Hilferding:

> La definición dada por Marx [el Estado como órgano de coacción en manos de las clases dirigentes] no constituye una teoría del Estado, porque se refiere igualmente a todas las formaciones políticas desde el origen mismo de la sociedad...
>
> Nosotros, socialistas, debemos comprender que la organización está compuesta de miembros, de dirigentes y de un aparato, es decir, que el Estado, desde el punto de vista político, no es más que el gobierno, el aparato de dirección, y los ciudadanos que componen este Estado...
>
> Por otra parte, se deduce que el elemento esencial de todo Estado moderno son los partidos, pues el individuo no puede manifestar su voluntad más que por intermedio de un partido. Por eso los partidos son para el Estado tan indispensables como el gobierno y el aparato administrativo[19].

Tal es la definición del Estado dada por el autor de *El capital financiero*. Naturalmente, si el Estado no es el instrumento de opresión de una clase, sino el «gobierno, aparato de dirección, ciudadanos y partidos» (así, el Partido Comunista de Alemania es «un elemento indispensable» del Estado burgués), en consecuencia, en Alemania y fuera de ella, el poder está en manos, no de la burguesía, sino en la de todas las clases y todos los partidos, en las manos de todos los ciudadanos que componen el Estado. Pero siendo así,

18. K. Marx: *Carta a Domela Nieuwenhuys* del 22 de febrero de 1881. Las cursivas son de A.N.

19. R. Hilferding: *El Congreso socialdemócrata de Kiel en 1927*, cita tomada del artículo de A. Sliepkov «La cara del traidor», en *El Bolchevique*, nº 8, 1928.

indudablemente no se trata de combatir al Estado: es preciso, por el contrario, tratar de ocupar un buen puesto en él. Prácticamente, esto se realiza en los gobiernos de coalición, donde la socialdemocracia se une a los partidos burgueses y en la lucha encarnizada contra el proletariado revolucionario y su vanguardia, el partido comunista, que combate a la vez a la burguesía y a los dirigentes socialdemócratas para instaurar la dictadura del proletariado. Este fundamento teórico de la proposición contrarrevolucionaria de Kautsky, citada, sobre la lucha armada y la solución de los conflictos sociales significa que la socialdemocracia alemana (y no solamente la alemana) cree haber realizado ya el sueño del Estado popular libre que acariciaba en 1875 y que, por tanto, solo queda hoy democratizar más pacíficamente, sin revolución, dictadura ni efusión de sangre, en el socialismo.

Kautsky justifica esta proposición más abiertamente. He aquí lo que dice del Estado en su libro ya citado sobre *Concepción materialista de la historia*:

> Desde las últimas declaraciones de Engels sobre el Estado ha pasado más de una generación, que no ha dejado intacto el carácter del Estado moderno. La característica del Estado dada por Marx y Engels, que era completamente exacta en su tiempo, conserva hoy su importancia, pero merece ser estudiada[20].

A continuación Kautsky, con una habilidad encantadora, se obstina en probar que el Estado de la época del capital financiero tiene un carácter completamente distinto al que señalaban Marx y Engels. Ya no es un instrumento de opresión de clase.

En la página 599 escribe:

> El Estado democrático moderno se distingue de los precedentes en que la utilización del aparato gubernamental por las clases explotadoras no es en él lo esencial, no es inseparable de él. Por el contrario, el Estado democrático tiende a no ser el órgano de una minoría de explotadores, como ocurría en los regímenes precedentes, sino, por el contrario, el de la mayoría de la población, es decir, el de las clases

20. R. Hilferding: *El Congreso socialdemócrata de Kiel* en 1927, cita tomada del artículo de A. Sliepkov «La cara del traidor», en *El Bolchevique*, nº 8, 1928.

trabajadoras. Y si, a pesar de todo, continúa siendo el órgano de una minoría de explotadores, la causa no reside en su propia naturaleza, sino en la situación en que se encuentran las clases trabajadoras, faltas de unidad, de conocimientos, de independencia o de aptitud para el combate, situación que es a la vez consecuencia de las condiciones en que viven.

La democracia proporciona la posibilidad de derrocar la potencia política de los explotadores, cada día con más frecuencia, debido al aumento constante del número de obreros.

Cuanto más cierto va siendo esto, el Estado democrático va cesando tanto más cada día de ser un simple instrumento en las manos de los explotadores. El aparato gubernamental comienza ya, en determinadas circunstancias, a volverse contra ellos, es decir, a funcionar en sentido opuesto a aquél en que funcionaba hasta aquí. Comienza a cambiarse de instrumento de opresión en instrumento de liberación de los trabajadores[21].

Contra esto sobra todo comentario. El gobierno del capital trustificado no es un instrumento en las manos de las clases poseedoras; es, por el contrario, el Estado que lleva al proletariado a su liberación.

Si a esto se añaden los ataques desvergonzados de Kautsky contra la Unión Soviética, a los que dedica cínicamente muchos párrafos de su libro, los ditirambos en honor de la Sociedad de Naciones, instrumento de la paz y defensora de la democracia, y sus garantías de que las clases dominantes no emplearán sus armas contra la democracia; si, por fin, se recuerda la conducta de la socialdemocracia alemana en el periodo de la posguerra, particularmente en el periodo que va de 1918 a 1923, se comprenderá la causa de que Kautsky se vea obligado a revisar tan suciamente la doctrina de Marx y Engels sobre el Estado.

Refiriéndose a la fuerza militar y económica del Estado moderno, Kautsky llega a la siguiente conclusión:

El prestigio internacional conquistado por la República alemana nos

21. K. Kautsky: *ibidem*, tomo II, pp. 598-599.

> enseña que la fuerza de una nación está determinada, más que por la importancia de su ejército, por sus progresos culturales y económicos. Efectivamente, hoy en día, en pleno desarrollo de la democracia, y tratándose de un Estado rodeado de democracias y sin propósitos agresivos, éste no tiene necesidad casi de ejército para defenderse, puesto que existe una Sociedad de Naciones organizada racionalmente. Si Rusia poseyera un régimen democrático y entrara en la Sociedad de Naciones, estaría suprimido uno de los obstáculos del desarme general[22].

¡La Sociedad de Naciones instrumento de paz, la URSS instrumento de guerra! Verdaderamente será difícil encontrar nada más audaz.

La falsificación del prólogo de Engels, la deformación del marxismo en todos sus puntos esenciales, todo esto les era necesario a los reformistas para realizar su repugnante trabajo oportunista, escudados con el nombre de Engels. Toda la actuación de la socialdemocracia en el curso de los quince últimos años, actuación que no podemos examinar aquí (el puesto de la socialdemocracia está desde hace tiempo en la línea de defensa del régimen burgués), es una prueba indiscutible de esto. Hoy todo el mundo ve que la socialdemocracia, tanto en la práctica como en la teoría, *se opone* a la violencia del proletariado contra la burguesía y aplaude la violencia de la burguesía contra el proletariado.

De todo lo dicho resulta que la socialdemocracia alemana y su continuación, la Segunda Internacional, en los problemas fundamentales del marxismo, *no han sido nunca verdaderamente y hasta el fin marxistas. El origen del reformismo, la vergonzosa claudicación ideológica de la socialdemocracia alemana, comenzaron en la época de Gotha y Erfurt, con la falsificación de los trabajos de Marx y Engels sobre la dictadura, la lucha armada del proletariado y la lucha de clases en general, problemas decisivos que separan realmente a los verdaderos revolucionarios de todo lo extraño a la revolución.*

22. K. Kautsky: *ibidem,* tomo II, p. 448.

Refiriéndose a esto, Lenin decía:

Se escribe y se dice con mucha frecuencia que la lucha de clases es lo esencial en la doctrina de Marx. Pero es inexacto. Deformaciones oportunistas del marxismo, falsificaciones que tienden a adaptarlo a las exigencias de la burguesía, tienen frecuentemente su origen en este error. Pues la doctrina de la lucha de clases ha sido concebida *no* por Marx, sino por la burguesía *anterior* a Marx, y en general es *aceptable* para la burguesía. ¿Quién duda aún que la lucha de clases no es aún marxista y que puede muy bien quedar en los cuadros del pensamiento y de la política burguesas? Limitar el marxismo a la lucha de clases es truncarlo, mutilarlo, reducirlo a lo que tiene de aceptable para la burguesía. No es marxista más que el que amplía la aceptación de la lucha de clases hasta el reconocimiento de *la dictadura del proletariado*. La diferencia más honda entre el marxista y el pequeño (o gran) burgués corriente está ahí. En esta piedra de toque hay que probar la comprensión efectiva del marxismo y la adhesión al marxismo. No tiene nada de particular que cuando la historia de Europa condujo a la clase obrera a abordar *prácticamente* este problema, todos los oportunistas, reformistas y todos los «kautskistas» (que vacilan entre los reformistas y el marxismo) también, se hayan manifestado como lamentables filisteos y demócratas pequeñoburgueses, enemigos de la dictadura del proletariado.

El oportunismo *no lleva* el reconocimiento de la lucha de clases hasta lo esencial, hasta el periodo de *transición* del capitalismo al comunismo, hasta el periodo de *subversión* de la burguesía y de su aniquilamiento completo. En realidad, este periodo es, inevitablemente, el de una lucha de clases extremadamente encarnizada, con una violencia desconocida hasta ahora. En esta época el Estado debe ser un Estado democrático (para los proletarios y desposeídos en general) *innovador* y un Estado dictatorial (contra la burguesía) igualmente *innovador*...

Al negarse a admitir los principios de Marx y Engels sobre la dictadura del proletariado y el papel del Estado, los socialdemócratas alemanes no han *podido nunca ni siquiera plantearse convenientemente en teoría (no hablemos de resolverla prácticamente) la cuestión de la insurrección armada*[23].

23. V. I. Lenin: *El Estado y la revolución,* Obras completas, tomo XXI, pp. 469 y 470.

Si nos hemos referido con tanta amplitud a la socialdemocracia alemana es porque ha sido siempre y continúa siendo aún la directora moral de la Segunda Internacional. Todo lo que de ella se ha dicho se refiere al mismo tiempo a todos los partidos de esta Internacional.

2 EL BOLCHEVISMO Y LA INSURRECCIÓN

Lenin no solo ha restaurado la teoría marxista del Estado (véase su libro *El Estado y la revolución*); ha estudiado y planteado prácticamente el problema de la dictadura del proletariado, haciendo de ésta la consigna de lucha de todo el proletariado internacional. Lenin ha enriquecido el marxismo descubriendo la fuerza concreta de esta dictadura: el sistema soviético.

Por lo que a la insurrección se refiere, ya en 1902 (véase su obra *¿Qué hacer?*), Lenin subrayaba la necesidad de prepararse para la insurrección armada inminente. En 1905, maduras las circunstancias, empleaba toda su autoridad en demostrar que solo la insurrección armada, la forma más aguda y más decisiva del combate en tiempos de revolución, puede finalmente conducir el proletariado a la victoria.

Haciendo el balance de la insurrección de diciembre de 1905 y atacando vigorosamente la famosa frase de Plejanov, recogida por todos los oportunistas: «No había que tomar las armas», Lenin critica y enseña a nuestro partido y a todo el proletariado lo siguiente:

> Había que tomar las armas todavía con más decisión, energía y espíritu ofensivo; había que explicar a las masas la imposibilidad de limitarse a la huelga pacífica y la necesidad de una lucha armada despiadada y sin miedo. Hoy debemos hacer todavía la agitación más amplia en favor de la insurrección armada, sin disimular esta cuestión bajo ningún «grado preparatorio», sin velo alguno que la encubra. Ocultar a las masas la necesidad de una guerra encarnizada, sangrienta y exterminadora, como objetivo inmediato del ataque futuro, es engañarse uno mismo y engañar al pueblo[1].

Durante la Revolución de Octubre de 1917, Lenin, como es sabido, fue el alma de la insurrección, el alma de la revolución.

Respondiendo a los profesionales en materia de falsificación del marxismo, es decir, a los mencheviques y socialrevolucionarios que, en plena armonía con los cadetes y demás partidos monárquicos y burgueses, acusaban a los bolcheviques de blanquismo[2], Lenin dio (en 1917) la fórmula clásica del problema de la insurrección armada y de las condiciones de su éxito:

Para ser coronada por el éxito, la insurrección debe apoyarse no

1. V. I. Lenin: *Las lecciones de la insurrección de Moscú*, Obras completas, tomo X.

2. El blanquismo es una doctrina revolucionaria que debe su nacimiento al comunista revolucionario francés Auguste Blanqui (1805-1881). La doctrina de Blanqui, en muchas cuestiones sociales y políticas esenciales, está en contacto estrecho con el marxismo moderno, del cual es el precursor directo. Blanqui era comunista y materialista, pero no dialéctico. Era partidario declarado de la lucha de clases y de la dictadura de un partido proletario centralizado. Blanqui creía firmemente en el papel creador de la violencia en el proceso histórico.
   Blanqui era «un revolucionario de la antigua generación», dice Engels. Paul Frölich (véase su brillante artículo sobre el blanquismo en la revista *La Internacional Comunista*, 1925, nº 112), demuestra la exactitud de esta definición y añade: «Es la expresión más viva, el representante clásico de la época de las revoluciones que marcan la transición entre la época burguesa y la proletaria, del momento en que el portavoz consciente de la revolución era aún la burguesía, pero era ya también el proletariado. En calidad de representante de esta época, por su origen y por su actividad a la vez, sirve de eslabón intermedio entre el jacobinismo y el comunismo moderno». Frölich tiene toda la razón.
   La táctica de Blanqui consistía en ejecutar la revolución, en abrir una brecha en el régimen burgués, en apoderarse en el momento propicio del poder, por medio de una organización armada, secreta, fuertemente organizada y centralizada, y en arrastrar luego al proletariado. Blanqui no comprendía y no podía comprender la necesidad de determinadas condiciones para que la insurrección fuese victoriosa. Las tentativas de insurrección preparadas por él mismo y por sus discípulos fracasaron todas. El proletariado, representado por Blanqui, no tenía aún perfecta conciencia de sí como clase, no se había cristalizado suficientemente todavía, estaba aún emparentado con la pequeña burguesía. Relaciones sociales insuficientemente maduras daban origen a una teoría insuficientemente madura.
   El marxismo-leninismo ha heredado del blanquismo la necesidad de organizar y preparar la revolución, la necesidad y la fatalidad de una lucha armada implacable contra el poder existente. Pero el marxismo-leninismo no ha podido aceptar las ideas del «revolucionario de la antigua generación» sobre la táctica del complot. Al lado de la preparación sistemática de la revolución, Marx y Lenin hacen resaltar la necesidad de las premisas económicas y sociales de la insurrección (un potente impulso revolucionario del proletariado), sin las cuales no puede concebirse la victoria.
   Bernstein, en su tiempo, acusaba a Marx de blanquismo. Hoy, toda la Segunda Internacional acusa a la Internacional Comunista de blanquismo y pone en pie de igualdad blanquismo y comunismo. Calumniando así a los comunistas, los socialdemócratas presentan al revolucionario convencido del pasado, Blanqui, como un fanático pequeñoburgués.

en un complot, ni en un partido, sino en la clase avanzada. Este es el primer punto. La insurrección debe apoyarse en el empuje revolucionario del pueblo. He ahí el segundo punto. La insurrección debe estallar en *el apogeo* de la revolución ascendente, es decir, en el momento en que la actividad de la vanguardia del pueblo es mayor, cuando *son más fuertes* las vacilaciones de los enemigos *y de los amigos débiles, equívocos e indecisos de la revolución*. Este es el tercer punto. Por el establecimiento de estas tres condiciones, a propósito de la insurrección, *el marxismo se distingue del blanquismo*.

Lenin agrega inmediatamente:

Pero en cuanto estas condiciones están dadas, es traicionar al marxismo y a la revolución negarse a considerar la insurrección como un *arte* (es decir, prepararla política y militarmente)[3].

En el fondo todo está dicho aquí, en forma concisa y general, sobre las premisas de una insurrección victoriosa. Con todo, Lenin, en el mismo año 1917, en la *Carta a los camaradas*, insiste de manera más concreta y detallada respecto de la diferencia entre marxismo y blanquismo en la cuestión de la insurrección. A la vez subraya las condiciones en las que puede ser victoriosa:

Un complot militar es de la competencia del blanquismo puro, si no está organizado por el partido de una clase determinada; si sus organizadores no han apreciado con exactitud el momento político en general y la situación internacional en particular; si no tienen a su favor la simpatía (atestiguada por los hechos) de la mayoría del pueblo: si el curso de la revolución no ha destruido las ilusiones y las esperanzas de la pequeña burguesía en la posibilidad y eficacia del acuerdo entre clases; si los organizadores del complot no han conquistado la mayoría en el seno de los órganos de la lucha revolucionaria «provistos de plenos poderes» o teniendo, como los soviets, un puesto importante en la vida de la nación; si no hay en el ejército (en tiempo de guerra) hostilidad determinada hacia un gobierno que prolonga contra la voluntad del pueblo una guerra injusta; si las consignas de la insurrección («todo el poder a los soviets», «la tierra a los campesinos», «proposición inmediata de una paz democrática a todos los Estados beligerantes»,

3. V. I. Lenin: *El marxismo y la insurrección*, Obras completas, tomo XXI, pp. 240-241. / Véase la p. 387 de este libro.

«anulación inmediata de los tratados secretos», «abolición de la diplomacia secreta», etc.), no tienen la más amplia difusión y la mayor popularidad; si los obreros avanzados no están convencidos de la situación desesperada de las masas y seguros del apoyo del campo (apoyo atestiguado por un importante movimiento campesino o por una sublevación de gran envergadura contra los propietarios y el gobierno que los defiende); si la situación económica permite seriamente esperar una solución favorable de la crisis por medios pacíficos y vía parlamentaria[4].

En el folleto *La quiebra de la Segunda Internacional en 1915*, Lenin escribía a este respecto lo siguiente:

Para un marxista es evidente que ninguna revolución es posible si no existe situación revolucionaria. No toda situación revolucionaria, por lo demás, termina en una revolución. ¿Cuáles son, en general, los indicios de una situación revolucionaria? No nos engañaremos seguramente señalando los tres indicios siguientes:

1) La imposibilidad para las clases dominantes de mantener íntegramente su dominación; una «crisis» de los medios dirigentes, crisis política de la clase que ejerce el poder, produce una falla en la que penetran el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que una revolución tenga lugar, es, en general, insuficiente que «ya no se soporte abajo»; es menester, además, que *ya no se pueda vivir* como en el pasado.
2) La agravación anormal de las privaciones y sufrimientos de las clases oprimidas.
3) El aumento sensible, en virtud de lo expuesto, de la actividad de las masas que, «en tiempo de paz», se dejan robar tranquilamente, pero, en tiempo de tormenta, son incitadas por la crisis, y también por los dirigentes, a tomar la iniciativa de una acción histórica.

Sin estas modificaciones objetivas, independientes de la voluntad de los grupos aislados y de los partidos, así como de las clases, una revolución, por regla general, es imposible. El conjunto de estas modificaciones objetivas constituye precisamente la situación revolucionaria. Hubo una situación de este orden en Rusia, en 1905, y en todos los países de Occidente, durante la era de las revoluciones; pero también hubo otra en 1859-1860, en Alemania, y en 1879-1880, en

4. V. I. Lenin: *Carta a los camaradas*, Obras completas, tomo XXI, pp. 420-421.

> Rusia, aunque no haya habido entonces revolución. ¿Por qué? Porque toda situación revolucionaria no engendra necesariamente una revolución; porque ésta no se realiza sino cuando se añade a los factores enumerados el factor subjetivo, es decir, la *aptitud* de la clase revolucionaria para la acción revolucionaria, la aptitud de las masas, suficientemente fuerte, para romper o quebrantar el antiguo gobierno, que, aun en el apogeo de las crisis, no «caerá si no se le hace caer»[5].

Lenin ha insistido muchas veces en la necesidad de las premisas sociales y políticas indicadas anteriormente[6]. Los extractos precedentes, que sería fácil multiplicar, muestran la inmensa y decisiva importancia que atribuía a la cuestión de las premisas políticas de la revolución. En relación con estas premisas, que determinan el grado de madurez de la situación revolucionaria, Lenin ha decidido siempre los problemas de orden histórico; ¿Debe orientarse ya el partido hacia la organización inmediata de la insurrección? ¿Debe, por el contrario, continuar su trabajo ordinario de movilización revolucionaria de las masas? ¿Debe esperar un momento más favorable para la insurrección?

No hay que decir que Lenin jamás ha considerado la insurrección como un acto aislado, sin relación con los demás momentos de la lucha de clases. La insurrección se prepara por toda la lucha de clases de un país; es simplemente la continuación orgánica de esta lucha. Toda la actividad del partido revolucionario: lucha por la paz, contra la intervención imperialista (en China, en la URSS, etcétera), contra las guerras imperialistas en preparación (en Europa, en América, etcétera), contra la racionalización capitalista, por el aumento de los salarios, los seguros sociales en general, por la elevación del nivel de vida del proletariado, la nacionalización del suelo, la lucha parlamentaria, etc., todo esto debe dirigirse hacia la preparación y la movilización de las masas para una forma superior de lucha durante el impulso de la revolución, para la insurrección.

5. V. I. Lenin y G. Zinoviev: *Contra la corriente*, tomo I, pp. 148-149, Bureau d'Editions, París.

6. Véase en su libro *La enfermedad infantil del comunismo* la lucha de Lenin contra los doctrinarios de extrema izquierda en el III Congreso de la Internacional Comunista y, en particular sus artículos y discursos de septiembre-octubre de 1917.

Partiendo de la doctrina de Lenin, el proyecto de programa de la Internacional Comunista bosqueja como sigue las condiciones en las que el partido está obligado a conducir a las masas al combate para el derrocamiento del poder de la burguesía:

> *En presencia de un impulso revolucionario*, cuando las clases dominantes están desorganizadas, cuando las masas se hallan en estado de fermentación revolucionaria, cuando los elementos intermedios se inclinan hacia el proletariado, cuando las masas están dispuestas a la acción y al sacrificio, se impone entonces al partido del proletariado el deber de conducirlas al ataque directo contra el Estado burgués. Este resultado se obtiene por la propaganda de consignas transitorias cada vez más enérgicas (soviets, control obrero de la producción, comités campesinos para la ocupación de las grandes haciendas, desarme de la burguesía y armamento del proletariado) y la organización de *acciones de masas*, a las que deben subordinarse todas las ramas de la agitación del partido y de la propaganda, incluso la acción parlamentaria. En estas acciones de masas están comprendidas: las huelgas, las huelgas combinadas con las manifestaciones simples o armadas, en fin, la huelga general de concierto con la insurrección armada contra el poder de la burguesía. *Esta última, que es la forma más elevada de la lucha*, se basa en las reglas del arte militar, supone un plan militar, tiene el carácter ofensivo de las operaciones militares, requiere en el proletariado una abnegación y un heroísmo absolutos. Tales acciones exigen, como condición indispensable, la organización de grandes masas en unidades de combate, cuya misma forma abraza y pone en movimiento el mayor número posible de trabajadores (soviets de diputados obreros y campesinos, soviets de soldados, etc.), así como un trabajo revolucionario reforzado en el ejército y la flota.
>
> Al pasar a nuevas consignas, más acentuadas, es necesario guiarse por la regla esencial de la táctica política del leninismo: saber conducir a las masas a las posiciones revolucionarias de tal suerte, que las masas mismas se convenzan por su propia experiencia de la exactitud de la línea seguida por el partido. La no observancia de esta regla conduce fatalmente al alejamiento de las masas, al putschismo y a la degeneración ideológica del comunismo en un doctrinarismo de izquierda, un «aventurismo» revolucionario «pequeñoburgués». No hay menor peligro en no aprovechar el punto culminante de la situación revolucionaria, que exige del partido del proletariado un ataque decisivo y de extrema audacia contra el enemigo; dejar pasar este momento y no desencadenar la insurrección es ceder la iniciativa al adversario y

condenar la revolución a la derrota[7].

Una cosa es definir teóricamente las condiciones indispensables en presencia de las que es posible el éxito de la insurrección; otra, absolutamente diferente y mucho más complicada, es *apreciar prácticamente* el grado de madurez de la situación revolucionaria y, por consecuencia, decidir la cuestión del comienzo de la insurrección. El problema de la fecha de la insurrección es de una importancia excepcional.

La experiencia prueba que no es posible siempre resolverlo como lo requieren las circunstancias. Sucede frecuentemente que, bajo la influencia de la impaciencia revolucionaria, del terror y de la provocación de las clases dirigentes, el grado de madurez de una situación revolucionaria *sea exagerado* y que la insurrección fracase. O bien que, al contrario, se subestime una situación que exija del partido del proletariado acciones decisivas y se deje así escapar el momento favorable para la organización de una insurrección victoriosa.

Como ilustración citaremos algunos ejemplos históricos:

El 14 de agosto de 1870, los blanquistas organizan una insurrección en París. Las masas no sostienen a los insurgentes y son aplastados. Tres semanas después, derrotadas las tropas francesas por los prusianos en Sedan, todo París se subleva el 4 de septiembre. En el momento de la acción de los blanquistas, la fermentación ya era grande en las masas, la desorganización de las clases dirigentes era un hecho incontestable. Pero faltaba el choque necesario para poner en movimiento a las masas. Este choque fue Sedan. Los blanquistas no lo comprendieron, eligieron mal la fecha de la insurrección, prematuramente, y fueron derrotados.

Kamenev, Zinoviev y otros, en 1917, cuando se debatía en el partido la cuestión de la toma del poder, estimaban que las circunstancias no estaban todavía maduras, que los bolcheviques no conservarían el poder, que las masas no se lanzarían a la calle,

7. *Programa de la Internacional Comunista*, cap. VI.

que no eran suficientemente revolucionarias, que «nada había en la situación internacional que obligase al partido bolchevique a obrar inmediatamente, que se perjudicaría más bien a la causa de la revolución socialista en Occidente si se dejaban degollar», que estábamos aislados mientras que la burguesía aún era bastante fuerte, etc., en fin, que era preciso esperar a la Asamblea constituyente, que decidiría de la suerte de la Revolución Rusa.

Felizmente, Zinoviev y Kamenev no tenían apoyo en el partido. Pero es fácil figurarse lo que hubiera sucedido si estos camaradas, miembros del Comité Central, hubiesen tenido a su favor, si no la mayoría del partido, al menos una fracción más o menos importante y hubiesen prolongado la discusión sobre la toma del poder. Las circunstancias podían modificarse en detrimento del proletariado revolucionario, porque, en general, no hay situación sin salida para las clases dirigentes. El momento favorable hubiera podido perderse y, por consiguiente, la toma del poder hubiera quedado diferida por mucho tiempo. Es indudable que si el partido hubiese adoptado la posición de Zinoviev y Kamenev, la crisis revolucionaria hubiera podido conducir a un atolladero, lo mismo que la crisis revolucionaria de Alemania de 1918. No hubiese existido un partido que considerara como un deber asumir la responsabilidad de organizar un verdadero gobierno proletario.

La posición de Zinoviev y Kamenev en 1917 es un ejemplo típico de cómo a veces puede perderse una revolución.

En julio, la parte revolucionaria del proletariado de Petrogrado ardía en deseos de intervenir, e intervino, en efecto, para derribar al gobierno provisional. El partido bolchevique, con Lenin a la cabeza, previno a las masas: «Todavía es demasiado pronto». Las jornadas del 3 al 5 de julio terminaron en un descalabro. En septiembre-octubre, por el contrario, Lenin, a pesar de grandes desacuerdos en el Comité Central del partido bolchevique respecto de la toma del poder, no cesaba de repetir: «¡Ahora o nunca! ¡La revolución está en peligro de muerte», y al mismo tiempo daba toda clase de directivas prácticas de carácter político, militar y práctico, para asegurar el éxito de la insurrección. He aquí cómo apreciaba la situación en septiembre de

1917:

Los días 3 y 4 de julio se podía, con razón, plantear la cuestión en estos términos: sería preferible apoderarnos del poder, porque, si nos negamos a ello, esto no impedirá a nuestros enemigos acusarnos de sedición y tratarnos como facciosos. Pero tal consideración no permitía concluir con la toma del poder, pues las condiciones objetivas de la victoria faltaban aún:

1) *No teníamos* todavía detrás de nosotros a la clase que es la vanguardia de la revolución. No teníamos todavía la mayoría entre los obreros y soldados de las capitales. Ahora, la tenemos en los soviets de Petrogrado y Moscú...
2) *El entusiasmo revolucionario aún no había ganado* a la gran masa del pueblo. Ahora, después de la aventura de Kornilov, es un hecho. Lo que sucede en provincias y la toma del poder por los soviets en numerosos lugares lo demuestran.
3) Nuestros enemigos y la pequeña burguesía irresoluta *aún no daban* pruebas de *oscilaciones* de una amplitud política; ahora estamos en presencia de inmensas oscilaciones. Nuestro enemigo principal, el imperialismo aliado y mundial, pues los «Aliados» están a la cabeza del imperialismo mundial, oscila en este momento entre la guerra hasta la victoria final y la paz separada contra Rusia. Nuestros demócratas pequeño-burgueses, que han perdido manifiestamente la mayoría en el pueblo, son presa de vacilaciones no menores; han renunciado al bloque, es decir, a la coalición con los cadetes.
4) Por eso, los día 3 y 4 de julio la insurrección hubiera sido un error: ni física ni políticamente hubiésemos podido conservar el poder. No hubiéramos tenido la fuerza física, porque, aunque Petrogrado hubiera estado en nuestra manos unos instantes, nuestros mismos obreros y soldados no se habrían *batido y dejado matar* por conservar la ciudad: todavía no se hallaban en el estado de «exasperación» que hoy les es propio, no hervían en un odio tan furioso contra los Kerenski, los Tsereteli y los Chernov. Nuestros militantes no estaban templados por la persecución a la que han prestado su apoyo los socialrevolucionarios y los mencheviques.

Políticamente, no hubiésemos conservado el poder los día 3 y 4 de julio, porque, *antes de la aventura de Kornilov*, el ejército y las provincias hubieran podido marchar y hubieran marchado contra Petrogrado.

Ahora la situación es completamente distinta.

> La mayoría de nuestra clase, la vanguardia de la revolución, la vanguardia del pueblo, capaz de arrastrar a las masas, está con nosotros.
>
> *La mayoría* del pueblo está con nosotros, pues la dimisión de Chernov es el indicio más visible —no es el único, lejos de eso, pero sí el más visible— de que el bloque de los socialistas revolucionarios (lo mismo que el Partido Socialista Revolucionario) *no dará la tierra a los campesinos.* Ahora bien, esta cuestión confiere a la revolución su carácter esencialmente popular...
>
> Nuestra *victoria es segura*, porque el pueblo está casi reducido a la desesperación y nosotros le señalamos la verdadera solución[8].

Este extracto, altamente instructivo, de una obra de Lenin muestra qué enorme importancia atribuía a las condiciones políticas de la insurrección, cuando se trata de fijar la fecha de ésta. Su apreciación de la situación en julio era absolutamente justa. El partido no tenía aún a su favor a la mayoría del pueblo, el enemigo no estaca aún bastante trabado en sus contradicciones, «los oprimidos todavía podían vivir como antes, y las clases dominantes podían aún gobernar como en otros tiempos». En dos meses la situación cambió por completo. Nuestro partido tenía ya a su favor a la mayoría del pueblo, y Lenin decidió la cuestión de la insurrección en el sentido positivo. Se engañaban burdamente quienes, como Zinoviev, Kamenev y otros, creían que Lenin destruiría así la Revolución Rusa y con ella la revolución internacional.

Lenin, en septiembre, veía claramente que la mayoría del pueblo seguía al partido bolchevique, juzgaba con exactitud la situación y sabía que había llegado el momento de la insurrección victoriosa. Convencido de la enorme responsabilidad de nuestro partido ante el proletariado no solo ruso, sino internacional, temía dejar pasar el momento favorable a la insurrección, temía que la situación se modificase radicalmente en favor de las clases dirigentes y que la toma del poder fuese así diferida temporalmente. Por eso insistía tan imperiosa y categóricamente sobre la insurrección de octubre: «¡Ahora o nunca! ¡El retraso es la muerte! ¡La victoria es segura; esperar es un

8. V. I. Lenin: *El marxismo y la insurrección*, Obras completas, tomo XXI, pp. 241-242.

crimen ante la revolución!».

Por esta razón, viendo Lenin que el momento estaba maduro para una insurrección victoriosa, atacó tan furiosamente a Zinoviev y Kamenev, llamándolos rompehuelgas, reclamando su exclusión del partido. Tenía mil veces razón. Kamenev y Zinoviev subestimaban la madurez de la situación revolucionaria en Rusia y en Occidente, exageraban las fuerzas de la contrarrevolución, ocupaban una posición que, en el fondo, no se diferenciaba en nada de la de los socialdemócratas.

Un ejemplo negativo, por el contrario, de la fijación de la fecha de la insurrección es el de la acción de marzo de 1921 en Alemania, o más exactamente la táctica del Partido Comunista de Alemania respecto a esta acción de marzo. La acción de marzo estaba teóricamente justificada por una llamada teoría de la ofensiva[9], que fue condenada por el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, y que Lenin caracterizó como una teoría de *putsch.* Los obreros de las cuencas mineras de Alemania central tenían más temple revolucionario que los de las demás regiones. El gobierno comenzó a tomar contra ellos diversas medidas de represión. Como respuesta, el Comité Central del Partido Comunista llamó a las masas obreras de Alemania a la huelga general que debía conducir a la insurrección. En Alemania central la consigna fue aceptada y estalló una huelga general, que en algunas regiones derivó en insurrección armada. Pero como el proletario del resto del país no sostuvo activamente a los obreros de Alemania central, estos últimos fueron aplastados por las fuerzas superiores de la contrarrevolución.

El Comité Central del Partido Comunista de Alemania había sobreestimado el carácter revolucionario de la situación, no había comprendido que «decenas de millones de hombres no hacen la

9. Algunos «teóricos» del comunismo alemán lanzaron en esta época la «teoría de la ofensiva», es decir, la teoría del asalto revolucionario. Razonaban así: puesto que la guerra imperialista de 1914-1918 y la Revolución de Octubre han inaugurado la época de las revoluciones proletarias, la única táctica justa de la Internacional Comunista debe ser la del asalto revolucionario para derribar a la burguesía. Estos «teóricos» no contaban con el principio leninista de que el capitalismo, en la época de su descomposición, es capaz aún de sacudidas temporales, durante las cuales la táctica del asalto revolucionario debe reemplazarse por otra más conveniente y no menos revolucionaria.

revolución por el simple consejo de un partido», que «solo con una vanguardia no se puede obtener la victoria», que «decenas de millones de hombres no hacen la revolución por encargo, sino que la hacen cuando el pueblo se ve acorralado a una situación imposible, cuando el impulso general, la decisión de decenas de millones de hombres rompen todas las antiguas barreras y están verdaderamente en condiciones de crear una vida nueva»[10]. El Partido Comunista había olvidado que el proletariado alemán, en su conjunto, después de sufrir tan duras derrotas y verse reducido, desde las jornadas de marzo de 1920, a la defensiva, no podía, sin preparación política previa, responder con suficiente actividad a la consigna de huelga general y de insurrección lanzada por el partido, es decir, a un llamamiento para acciones de masas decisivas por la toma del poder. La transición era demasiado brusca. La vanguardia, con un pequeño destacamento de la clase obrera, se lanzó al combate decisivo sin saber de ninguna manera si sería sostenida por el grueso de la clase obrera de todo el país o si su iniciativa seguiría siendo aislada.

Aquí la fecha de la acción decisiva había sido fijada en falso por el Comité Central del Partido Comunista de Alemania: el llamamiento a la ofensiva general era prematuro.

Naturalmente, si el momento de la insurrección no ha sido bien elegido, no se sigue de esto en modo alguno que nosotros debamos condenar la insurrección de marzo. No se trata de eso, sino de encontrar las causas de la derrota. En la insurrección de marzo tomaron parte las masas obreras de algunas regiones de Alemania central. Desde este momento, no es posible condenar esta insurrección, pues sería menester no ser revolucionario para condenar una lucha de las masas únicamente porque su resultado no ha sido el deseado. Pero, al mismo tiempo, debemos criticar el papel y la conducta de la dirección en este acontecimiento y no encubrir sus faltas si se han cometido.

Al hablar de la elección del momento debe uno detenerse igualmente en la insurrección de Reval del 1 de diciembre de 1924.

10. V. I. Lenin: Obras completas, tomo XXV.

Solo tomaron parte en ella de 230 a 250 personas. No hubo, como veremos más adelante en el examen detallado de esta insurrección, grandes acciones de masas del proletariado ni en vísperas, ni durante, ni después del movimiento. El partido obró solo con una tropa insignificante de revolucionarios, con la esperanza de asestar un primer golpe sensible a las fuerzas gubernamentales y de arrastrar luego a las masas proletarias que terminarían la insurrección. Pero los insurgentes, por su pequeño número, fueron aplastados antes de que las masas hubiesen podido entrar en acción.

Los errores del Partido Comunista de Estonia son aquí evidentes. La experiencia de Reval confirma una vez más la exactitud del principio de Lenin de que es imposible actuar solo con una vanguardia, y de que la intervención de esta vanguardia sin sostén activo del grueso de la clase obrera está condenada al fracaso.

Finalmente, la segunda insurrección de Shanghai de 21 de febrero de 1927 no deja de tener interés desde el punto de vista de la fijación de la fecha de la insurrección. Fue desencadenada cuando la huelga general declinaba ya y la mitad de los huelguistas, bajo la influencia del terror gubernamental, se habían reintegrado ya al trabajo. Dos días antes, el movimiento revolucionario del proletariado de Shanghai estaba en su apogeo: cerca de 300.000 obreros se hallaban en huelga. Sin embargo, el partido, por falta de organización técnica, difería la fecha de la insurrección. Dos días se perdieron en preparativos. Entretanto, la situación general cambió en sentido contrario al proletariado. La insurrección, por esta causa, no podía dar resultado.

El ejemplo de la segunda insurrección de Shanghai muestra que a veces un día o dos pueden tener una importancia decisiva.

Después de lo dicho sobre la elección del momento, no tenemos que detenernos en la cuestión que, a su tiempo (1905, antes de la insurrección de diciembre), fue materia de discusión entre Lenin y la nueva *Iskra*, en particular Martínov, a saber: ¿puede fijarse una fecha determinada para la insurrección? Como sabemos, la insurrección de Petrogrado en 1917 fue fijada para el 7 de noviembre[11], coincidiendo con la apertura del Segundo Congreso de los Soviets; numerosas

insurrecciones proletarias en otros países se han fijado con fecha precisas y ejecutado según un plan. Sin duda, es imposible ordenar a fecha fija la revolución o un movimiento obrero. «Pero fijar la fecha de la insurrección, si la hemos preparado realmente y si la revolución ya *realizada* en las relaciones sociales la hace posible, es cosa perfectamente realizable... La fecha de la insurrección puede ser fijada, si los que la fijan tienen influencia en las masas y saben apreciar el momento justamente»[12].

La insurrección en el sentido amplio de la palabra no es, naturalmente, una operación puramente militar; en el fondo, y ante todo, es un poderoso movimiento revolucionario, un poderoso impulso de las masas proletarias contra las clases dominantes, o, al menos, de la fracción activa de estas masas, aunque numéricamente solo constituya la minoría del proletariado. Es una lucha activa y resuelta de la mayoría activa en el momento decisivo y en el punto decisivo. Las operaciones militares de la organización de combate *deben coincidir con el apogeo del movimiento del proletariado*. Śolo en estas condiciones puede tener éxito la insurrección. La situación revolucionaria más favorable, por sí misma, no basta para asegurar la victoria de la revolución. *La insurrección debe organizarla un partido*. El poder no viene a las manos, hay que tomarlo. «El antiguo gobierno, aun en tiempos de crisis, no caerá si no se le hace caer» (Lenin).

En este sentido, Lenin escribía, en *El marxismo y la insurrección*, ya citado, después de la exposición de las condiciones políticas que garantizan el éxito de la insurrección:

> Para tratar la insurrección como marxistas, es decir, para tratarla como un arte, debemos, al mismo tiempo, sin perder un minuto, organizar un *cuartel general* de los destacamentos insurreccionales, distribuir las fuerzas, apostar los regimientos fieles en los puntos más importantes, cercar el teatro Alejandra, ocupar la fortaleza de Pedro y Pablo, detener al Estado Mayor y al gobierno, enviar contra los junkers y la «división salvaje»[13] destacamentos capaces de sacrificarse antes

11. 25 de octubre en el calendario viejo. (N.d.E.)

12. V. I. Lenin: *Dos tácticas,* Obras completas, tomo VII, pp. 141-142.

13. Unidad de confianza de Kornilov en su frustrado golpe de Estado de septiembre de 1917. El

> que dejar penetrar al enemigo en el centro de la ciudad; movilizar a los obreros armados, llamarlos a una última batalla encarnizada, ocupar simultáneamente el telégrafo y el teléfono, instalar *nuestro* cuartel general insurreccional no lejos de allí, en la central telefónica, enlazarlo por medio del teléfono a todas la fábricas, a todos los regimientos, a todos los puntos donde se desarrolla la lucha armada[14].

Lenin no era solamente el gran estratega de la revolución; comprendía mejor que nadie la tesis de Marx, tan rica en contenido: «La insurrección es un arte», y supo aplicarla con mano maestra a la lucha práctica por el poder. Solo apreciando justamente el momento de la insurrección y tratando esta última como un arte, es decir, aplicando todas las medidas políticas, técnicas y tácticas necesarias, se ha hecho posible la Revolución de Octubre.

Por lo que se refiere a la preparación de la lucha decisiva del proletariado por el poder, para examinar esta cuestión solo en su aspecto político general, es esencial saber *cuándo orientar toda la acción política* del partido hacia la preparación práctica *inmediata* (política y técnica) de la insurrección, *cuándo* dar a las masas consignas como las de control obrero de la producción, comités campesinos para la ocupación de las haciendas de los grandes propietarios y del Estado, Guardia Roja, armamento del proletariado y desarme de la burguesía, organización de los soviets y toma del poder por la insurrección armada, etc., es decir, *cuándo hay que trasladar el centro de gravedad de la agitación práctica cotidiana hacia las consignas del objetivo final de la lucha de las clases trabajadoras, y cuándo concentrar toda la atención del partido en la movilización de las masas en torno de estas consignas*, que deben llegar a ser, dada la situación, *las consignas dominantes del día*.

Este momento es, en el fondo, el comienzo de una nueva fase de la vida del partido y del proletariado en general. Determinar precisamente este principio es tan difícil como determinar el de la insurrección. Si se fija demasiado pronto, es decir, cuando la situación

nombre de «división salvaje» responde a que el grueso de sus efectivos estaba reclutado entre pueblos semisalvajes del Cáucaso. (N.d.E.)

14. V. I. Lenin: *El marxismo y la insurrección*, Obras completas, tomo XXI, p. 245.

general requiere todavía la agitación y la propaganda de las reivindicaciones parciales ordinarias de las masas, cuando estas últimas aún están insuficientemente preparadas para las consignas de la lucha final y para la lucha, no están bastante penetradas del espíritu revolucionario, cuando el enemigo no se halla bastante trabado en las contradicciones, las consignas de la lucha final serán incomprendidas por las masas, el llamamiento al combate por estas consignas les parecerá demasiado brusco y, finalmente, la decisión del partido respecto al cambio de orientación en el sentido de la preparación inmediata de la insurrección no será viable y no producirá nada positivo.

Por otra parte, toda manifestación de «seguidismo» en la cuestión del cambio de orientación del partido y de su acción en las masas, todo retraso en la solución de este problema estará siempre preñado de consecuencias que pueden ser muy enojosas para la preparación de la insurrección y durante todo el curso de esta última, y además un retraso excesivo puede reducir a la nada la lucha por el poder en el periodo dado, en tanto que una buena política del partido y una buena solución del problema del cambio de orientación en el sentido de la preparación inmediata para la toma del poder pueden hacer esta lucha posible y victoriosa.

Si no examinamos más que el aspecto militar de la insurrección, está claro que, como toda operación militar, no puede improvisarse, sino que reclama, por el contrario, una preparación prolongada, sistemática y completa, mucho tiempo antes de la fecha fijada. Si no consideramos la insurrección como un arte, si no la preparamos sistemática y tenazmente en todos sus aspectos y desde el punto de vista puramente militar, es absolutamente imposible que tenga éxito, aun si la situación política general es favorable a la toma del poder por el proletariado. Es éste un principio valedero para todos los países, y en particular para aquellos en que la burguesía, gracias a una dominación prolongada, ha sabido constituir un aparato gubernamental flexible y poderoso. Por consiguiente, hasta partiendo de consideraciones puramente militares, sin hablar de otros factores políticos, más importantes, importa en el más alto grado que el partido decida en tiempo útil la cuestión: ¿orientarse hacia la preparación

inmediata de la insurrección, o bien continuar movilizando a las masas en la lucha por las reivindicaciones cotidianas de la clase obrera?

El partido debe hallarse en condiciones, por un buen análisis de la situación del país, por una estrecha y directa unión con las masas, por el conocimiento de la situación del adversario y de la dirección de su política interior y exterior, de prever en tiempo útil la aproximación de una situación revolucionaria y orientar suficientemente pronto todo su trabajo político y su organización hacia la preparación inmediata de la insurrección.

Una de las causas de la derrota de la revolución alemana en 1923 fue que el Partido Comunista de Alemania *se había orientado demasiado tarde hacia la preparación inmediata de la insurrección*. Con una dirección bolchevique en el partido, la proximidad de una situación inmediatamente revolucionaria hubiera podido preverse con toda seguridad desde el momento de la ocupación (o por lo menos inmediatamente después) del Rhin y del Ruhr por las tropas francesas. En este momento comenzó en Alemania una profunda crisis económica y política. En este momento, en algunas regiones (Sajonia, Halle, Merseburg, etc.), empezaron a formarse, por iniciativa de los mismos obreros, centurias proletarias de combate. Y, sin embargo, el Comité Central del Partido Comunista no se orientó hacia el armamento de los obreros y hacia la insurrección, sino a partir de la huelga general de tres días, de principios de agosto, que derribó al gobierno de Cuno (nacionalista). *Se había perdido mucho tiempo*: las centurias proletarias se formaban sin cuadros ni dirección convenientes; no habían sabido hacerse con armas en número suficiente; el trabajo en el ejército y en la policía se había llevado a cabo muy insuficientemente, y todo esto, de concierto con las demás causas[15], no podía dejar de influir en la solución de la crisis revolucionaria de otoño de 1923.

El Partido Comunista de Alemania, o más exactamente su

15. Aquí no decimos nada de los errores oportunistas del Comité Central del Partido Comunista de Alemania en toda clase de problemas, que han jugado un papel esencial en la derrota de la revolución de 1923, y de los cuales trata detalladamente el V Congreso de la Internacional Comunista. No examinamos más que algunos factores de carácter político y militar.

dirección, no comprendió prontamente la importancia de la ocupación del Ruhr y del Rhin por los franceses, no apreció como convenía la pérdida sufrida por la economía alemana (80 por 100 de la producción de hierro y acero y 71 por 100 de carbón), ni el sentido de la política de resistencia «pasiva» del gobierno. Por esta razón, no pudo prever oportunamente la crisis económica que, en su desarrollo, engendró la crisis revolucionaria.

Por otra parte, si el Partido Comunista de China, inmediatamente después de la desgraciada insurrección de febrero de 1927 en Shanghai, no hubiese comprendido que el momento iba a ser favorable para una nueva insurrección revolucionaria y no se hubiese preparado con tanta energía como lo hizo, aceptando todos los sacrificios, la insurrección del 21 de marzo, aunque hubiese vencido (por las condiciones extraordinariamente propicias), habría costado, así y todo, mucho más, sin duda, de lo que costó después de haberse preparado cuidadosamente.

Otro tanto puede decirse del Partido Bolchevique ruso en 1917. La firme orientación de todo el partido hacia la toma del poder de los soviets había sido adoptada desde la llegada de Lenin (*Tesis de abril*). A partir de este momento, todo el trabajo político y organizativo del partido fue conscientemente dirigido hacia la preparación de las masas para la toma del poder. Fácil es figurarse lo que hubiera sucedido si el partido hubiese vacilado en este punto esencial, si hubiese tardado en efectuar este cambio de orientación, o bien si hubiese adoptado la posición que más adelante defendieron Zinoviev, Kamenev y otros. Naturalmente, en tal caso no hubiera sido posible la victoria de octubre, pues la situación extremadamente favorable de octubre de 1917 no provenía *solamente* de causas objetivas (prolongación de la guerra, crisis económica, revolución agraria, etcétera), no se había creado completamente solo, por decirlo así; *fue el resultado, en gran medida, de la acción consciente del Partido Bolchevique sobre los acontecimientos (educación revolucionaria de las masas, trabajo de organización en el pueblo, el ejército, la flota, etc.)*.

Como ilustración, podrían citarse numerosos ejemplos. Pero no hay ninguna necesidad. La importancia de la cuestión aquí examinada

y la necesidad de su justa solución son evidentes. Este problema no es menos importante, por lo que se refiere a la preparación de la insurrección, que la elección del momento del asalto en presencia de una situación revolucionaria llegada a su madurez.

Es necesario detenerse aún en una cuestión de principio: la de las insurrecciones parciales del proletariado.

La revolución proletaria no sigue una línea recta. Progresa a través de los flujos y de las victorias parciales, de los reflujos y de las derrotas temporales. La victoria definitiva de la revolución no es concebible sin estos ascensos y descensos en el largo camino de su desarrollo. El proletariado se endurece en esta lucha revolucionaria prolongada, aprende a conocer sus propias fuerzas, las fuerzas y la política del enemigo; llega, gracias a esta experiencia, a crearse una política y una táctica suyas; acumula las lecciones de la historia y se lanza al combate con una nueva energía para realizar sus objetivos de clase. En este sentido, las derrotas temporales sufridas por el proletariado no deben considerarse solamente como derrotas. Cada una de ellas contiene los elementos de una victoria segura en el porvenir. Engels dijo en alguna parte: «Los ejércitos derrotados están en buena escuela». Estas admirables palabras aún son más aplicables a los ejércitos revolucionarios reclutados entre las clases avanzadas (Lenin). Sin la repetición general de 1905, no podría concebirse la victoria del proletariado ruso en octubre de 1917. Sin una serie de victorias y de penosas derrotas con innumerables sacrificios, que ha experimentado en el curso de estos últimos años el proletariado chino, no podría concebirse la victoria final de la revolución proletaria en China. Esto es incontestable. En este terreno hay que plantear la cuestión de las insurrecciones, no ya generales, sino parciales, de la lucha parcial (no universal) del proletariado y de los campesinos oprimidos contra las clases dominantes.

> Es absolutamente natural e inevitable —escribe Lenin en 1906, en su artículo *La guerra de guerrillas*— que la insurrección alcance una forma superior y más completa, la de una guerra civil prolongada que abarque todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Esta guerra no puede concebirse de otra manera que como una serie de grandes combates poco numerosos, separados por

> intervalos bastante grandes, y una masa de pequeñas escaramuzas en el intervalo. Si es así, y es efectivamente así, la socialdemocracia debe perentoriamente proponerse crear organizaciones con la mayor aptitud posible para dirigir a las masas a la vez en estos grandes combates y, si puede ser, en las pequeñas escaramuzas[16].

Este combate, que comprende intervalos bastante largos, no puede concebirse como una victoria continua sin fracasos ni derrotas parciales. Sucede frecuentemente que el proletariado interviene con las armas en la mano contra el poder sin tener probabilidades decisivas de victoria y que, por este medio, obliga a las clases dirigentes a satisfacer tal o cual de sus reivindicaciones. No puede permitirse pensar que la intervención armada del proletariado solo es admisible con una garantía perfecta de victoria. Eso es una ilusión. La insurrección armada es una operación «que se basa en los principios del arte militar» y, como tal (como toda operación), no puede tener una garantía absoluta de éxito. Fracasos, por tal o cual circunstancia, aun de orden puramente subjetivo (el proletariado nunca tiene y jamás tendrá dirigentes en número suficiente o suficientemente preparados técnica y militarmente), siempre son posibles y hasta inevitables.

Kugelmann, a propósito de la Comuna de París, se había permitido expresar algunas dudas respecto a las pocas probabilidades que tenían los parisienses, y Marx le escribió:

> Hacer la historia sería evidentemente muy cómodo, si no se emprendiese la lucha más que con probabilidades absolutamente seguras de victoria. Los canallas burgueses de Versalles habían puesto a los parisienses ante esta alternativa: o bien aceptar el desafío, o bien rendirse sin combate. La desmoralización de la clase obrera, en este último caso, hubiera sido una desgracia mucho más grande que la pérdida de cuantos líderes queráis[17].

También en nuestra época, ¿acaso no pueden producirse y no se producen, en efecto, casos en que el proletariado de un país o de un centro industrial, sin tener probabilidades de victoria, se ve

16. V. I. Lenin: *La guerra de guerrillas*, Obras completas, tomo X. / Véase la p. 373 de este libro.

17. *Cartas de Marx a Kugelmann*, cita de Lenin.

obligado, no obstante, por tales o cuales condiciones, y en particular por las provocaciones de las clases dirigentes, a emplear una lucha armada? ¿Acaso no se han visto ejemplos de insurrección espontánea (Cracovia en 1923, Viena en 1927, etc.), en que el proletariado, sin pensar en el resultado del combate, toma las armas y entra en liza? ¿Podría negarse el partido proletario a participar en la lucha de las masas, negarse a dirigirla, condenarla o permanecer neutral? Semejante partido cesaría de ser el partido del proletariado y merecería ver a las masas alejarse de él con desprecio.

El partido comunista toma la parte más ardiente en cualquier lucha de las masas, en cualquier lucha armada, se pone a su cabeza, las dirige, *independientemente de las condiciones en las que esta lucha tiene lugar, tenga 100 por 100 de probabilidades de victoria o no tenga ninguna*. El partido, como vanguardia de la clase, *está obligado a decidir de la utilidad o de la inutilidad de la acción antes del comienzo del combate*, a hacer, en consecuencia, su agitación en las masas. Pero desde que la lucha armada se empeña, no debe tener ya ninguna vacilación sobre lo que ha de hacer, sostenerla, dirigirla o no. El partido debe obrar en estos casos como Marx durante la Comuna de París y Lenin durante las jornadas de julio en Petrogrado. Desde septiembre de 1870, Marx prevenía a los parisienses contra la insurrección, que consideraba una locura; pero cuando la insurrección estalló, formó al lado de los insurgentes. Mientras se desarrollaba la lucha del proletariado parisiense, Marx escribía:

> Suceda lo que sucediere con la insurrección parisiense, aun si es aplastada por los lobos, los cerdos y los perros repugnantes de la antigua sociedad, será la más gloriosa hazaña de nuestro partido desde la insurrección de junio[18].

Lenin, como es sabido, estaba contra la insurrección de julio. «El momento no ha llegado» advertía, pero cuando las masas se lanzaron a la calle, estuvo con ellas.

Hay diversas clases de insurrecciones: las insurrecciones victoriosas, las insurrecciones de masas, pero que conducen a un

18. *Cartas de Marx a Kugelmann,* cita de Lenin.

fracaso; la guerrilla de partisanos (pequeñas escaramuzas), las insurrecciones *putsch*, es decir, las que están organizadas solamente por un partido o alguna organización sin la participación de las masas.

El principal criterio de la actitud del partido respecto a estas diversas clases de insurrecciones es éste: ¿toman parte o no las masas? *El partido rechaza los* putschs *como una manifestación de aventurismo pequeñoburgués*. El partido sostiene y dirige toda lucha de masas, incluso las pequeñas escaramuzas o las operaciones de partisanos, si las masas participan realmente en ellas.

Sin embargo, sería un error grosero inferir de esto la conclusión de que, si tal o cual destacamento del proletariado está dispuesto a entrar en la lucha armada contra su enemigo de clase, el partido estuviese obligado, independientemente de las circunstancias generales y locales, a llamarlo a la insurrección. Semejante partido sería indigno del título de dirigente de la clase de vanguardia.

> La insurrección —decía Lenin en 1905— es una gran palabra. El llamamiento a la insurrección es cosa sumamente seria. Cuanto más se complica un régimen social y la organización del poder es más perfecta, y la técnica militar está más perfeccionada, tanto más imperdonable es el empleo a la ligera de tal consigna.

Al llamar a las masas a la insurrección, el partido debe contar siempre con los resultados. Ha de prever que insurrecciones aisladas no pueden lograr éxito decisivo. Su deber es llamar a las masas a la insurrección cuando la coyuntura local y general es la más favorable al éxito, cuando la correlación de fuerzas está a favor de la revolución, cuando hay esperanza de apoderarse del poder, si no en todo el país a la vez, por lo menos en algunos centros capaces de servir de base al desarrollo de la revolución.

Como ejemplo de la manera inconveniente de comportarse respecto del llamamiento a la insurrección, pueden citarse algunas organizaciones del Partido Comunista de China. En varias provincias (Petchili, Hunan, etc.), las organizaciones comunistas, a fines de 1927 y comienzos de 1928, constatando la presencia de una situación inmediatamente revolucionaria, llamaban frecuentemente a las masas

proletarias a la insurrección sin preguntarse si estas insurrecciones podrían tener éxito, si reforzarían o debilitarían las posiciones del proletariado. En estos llamamientos, en estas tentativas de organización de insurrecciones, se reflejaba la mentalidad de extrema izquierda de una determinada fracción del Partido Comunista de China.

El partido sostiene cualquier insurrección de masa. Sin embargo, si la insurrección no estalla espontáneamente, sino que es organizada por el partido; si las masas entran en la lucha armada por el llamamiento del partido, este último tiene la responsabilidad de la elección del momento y de la dirección de la lucha.

> La insurrección es un arte, lo mismo que la guerra o cualquier otro arte, y está sometida a ciertas reglas, cuya negligencia arruina al partido culpable de ella. Estas reglas, que son deducciones de la naturaleza de los partidos y de las circunstancias con las que hay que contar en semejante caso, son tan claras y simples que la corta experiencia de 1848 ha bastado a los alemanes para aprenderlas. Primeramente, no juguéis nunca con la insurrección si no estáis decididos a afrontar todas las consecuencias del juego. La insurrección es un cálculo con magnitudes desconocidas cuyo valor puede variar todos los días; las fuerzas que combatís tienen sobre vosotros la ventaja de la organización, de la disciplina y de la autoridad tradicional. Si no podéis oponerles fuerzas superiores, seréis derrotados, estáis perdidos. En segundo lugar, una vez que se ha penetrado en la vía revolucionaria, obrad con la mayor determinación y tomad la ofensiva; la defensiva es la muerte de toda sublevación armada; está aniquilada antes de haberse medido con el enemigo. Atacad a vuestros adversarios de improviso, mientras sus tropas están diseminadas; obrad de tal forma que obtengáis todos los días nuevos éxitos, por pequeños que sean; mantened el ascendiente moral que os haya valido la primera sublevación victoriosa; agrupad en torno vuestro a los elementos que siguen siempre la impulsión más fuerte y se alistan siempre en el partido más seguro; forzad a vuestros enemigos a batirse en retirada antes de que hayan podido concentrar sus fuerzas contra vosotros. Según la frase de Danton, el más grande maestro en táctica revolucionaria conocido hasta el día: *audacia, más audacia y siempre audacia*[19].

19. K. Marx: *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (citado según V. I. Lenin: Obras completas, tomo XXI, pp. 341-342).

Al examinar los problemas de la insurrección, tendremos siempre a la vista en lo sucesivo este notable pasaje de Marx, tan rico en contenido y en profundidad de pensamiento, por el cual se han guiado Lenin y el partido bolchevique en su táctica de la insurrección, y que *debe servir de hilo director* a todos los partidos comunistas en la preparación y dirección de la lucha armada por el poder.

Al señalar los caracteres de las diversas insurrecciones de todos los países, fijaremos nuestra atención, no solamente sobre los problemas de principio, sino que también, en todas partes donde sea posible (en tanto que dispongamos de datos precisos), nos detendremos en detalle sobre las cuestiones de organización técnica y de táctica militar en los preparativos de la insurrección y en la insurrección misma.

Un examen, lo más completo posible, de los diversos ejemplos de insurrección proporcionados por la historia nos proveerá de materiales que nos permitirán algunas conclusiones generales en materia de organización y dirección de la lucha armada del proletariado.

La historia de la lucha de clases del proletariado internacional en el siglo XX es sumamente rica en ejemplos de lucha armada. Nuestra tarea no permite el examen de todas las insurrecciones proletarias, ni siquiera de las más importantes. Analizaremos solamente los ejemplos más característicos, que sean más instructivos, ya desde el punto de vista de los principios políticos, es decir, de la apreciación de las condiciones sociales y políticas y de la elección del momento de la insurrección, ya desde el punto de vista de la preparación y dirección militar de la insurrección misma.

3 LA INSURRECCIÓN DE REVAL

LA SITUACIÓN POLÍTICA GENERAL EN ESTONIA EN 1924

La insurrección proletaria del 1 de diciembre de 1924 en Reval aporta un ejemplo muy útil, desde todos los puntos de vista, de la lucha armada de una parte del proletariado de Estonia. Su estudio es absolutamente indispensable a todo el proletariado revolucionario internacional y a todos los partidos revolucionarios que se preparen seriamente para la toma del poder político.

La situación política de Estonia en otoño de 1924[1] fue estimada

1. a) Estonia es la antigua provincia de Estonia del Imperio de Rusia, independizada en 1918 después de la Revolución de Octubre. Su territorio es de 48.100 kilómetros cuadrados. Los campesinos constituyen el 70 por ciento de la población.
b) Los sindicatos de Estonia agrupaban, a finales del año 1922, aproximadamente a 27.000 obreros. Los obreros industriales eran unos 34.000. Al principio de 1924, todos los sindicatos, a excepción de algunas agrupaciones locales autónomas, estaban bajo la influencia política y orgánica del Partido Comunista.
Los obreros agrícolas llegaban a la cifra de 60.000, de los que solo un 10 por ciento estaban sindicados. Este porcentaje de sindicados obedecía a la dispersión de la población en numerosas aldeas (*khutors*), que dificultaba la organización y, por otra parte, al terror gubernamental que por todos los medios impedía el progreso de los sindicatos rurales. En 1924, los sindicatos fueron disueltos y reducidos a la ilegalidad.
c) Al comienzo del año 1924, el Partido Comunista tenía 2.000 miembros, de los cuales 500 correspondían a Reval. Vivía ilegalmente. Ideológicamente, era sano. El terror no había cesado de segarle los mejores militantes desde el tiempo de la independencia. Pero no perdió por esto su unión con las masas y continuaba dirigiendo sus luchas. La prueba patente de esto es el resultado de las elecciones municipales de otoño de 1923 en las listas del Frente Único Obrero y Campesino. En Reval, esta lista comunista reunió el 36 por 100 de los votos; en Pernov y otras grandes ciudades alcanzó el 30 por 100. En muchos centros rurales tuvieron mayoría absoluta. Las detenciones más numerosas fueron en 1921. Fueron detenidos más de 200 camaradas, de los

por el Partido Comunista como favorable a la organización de una insurrección victoriosa y a la implantación de la dictadura del proletariado. He aquí, a grandes rasgos, cómo se caracterizó:

Hasta 1924 la industria y el comercio habían estado sostenidos en gran parte por los subsidios del gobierno, suministrados por el Banco del Estado a expensas de su reserva de oro principalmente. A principios del año 1924, los partidarios de la oposición declararon que esta reserva había sido gastada, casi en su totalidad, por los amigos del partido dirigente de los terratenientes y la gran burguesía. Se formó en el parlamento un grupo de partidos de la oposición, pequeñoburgueses, con el nombre de Liga Democrática (demócratas-cristianos, nacionaldemócratas, laboristas), que con la colaboración de los socialdemócratas formó un gobierno de los partidos del centro.

Este nuevo gobierno se vio obligado a suspender los créditos a los bolsistas y especuladores de la gran burguesía y de los terratenientes. Pero a esta medida siguió un cierre general de fábricas y una serie de grandes quiebras. El paro forzoso alcanzó en verano de 1924 unas proporciones desconocidas hasta entonces en Estonia: 15.000 parados. En el mismo verano, el número de obreros ocupados se redujo a 6.000.

La caída del marco, en otoño, había elevado el coste de vida un 150 por cien, mientras los salarios no se modificaban.

El balance del comercio exterior era pasivo. El presupuesto se liquidaba con un gran déficit. La crisis industrial y comercial se agravó con una crisis agrícola. La cosecha del 1923 fue algo mejor, pero los cultivos de invierno se anunciaban peores.

Las tentativas hechas por el gobierno para obtener nuevos empréstitos fracasaron. Por el contrario, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos reclamaban la devolución de los antiguos préstamos concedidos a Estonia durante la guerra civil y la guerra contra la URSS.

cuales 115 fueron procesados. En la primavera de 1924 había detenidos 250 camaradas, y de ellos 149 procesados.

La criminalidad adquiría proporciones desconocidas hasta entonces en Estonia, y lo mismo la venalidad, las concusiones, etc. Según las cifras oficiales, se castigaron en 1919, 28.000 crímenes; en 1922, 44.000 y en 1924, 64.000.

La disciplina en el ejército estaba hondamente relajada. Según el Estado Mayor General, cada soldado o marino cumplía, por término medio, un arresto por año.

Las clases dirigentes presentaban síntomas manifiestos de descomposición. Después de la formación del nuevo gobierno de centro, las luchas intestinas, los escándalos promovidos por las diversas pandillas del gobierno, se agravaron extraordinariamente.

La derecha acusaba descaradamente al centro de usurpación del poder y de incapacidad para sacar al país de la crisis económica y política; el centro, por su parte, acusaba a la derecha de especulación, robo, etc. Estos ataques terminaban, frecuentemente, en el parlamento con peleas o injurias. El parlamento había perdido toda autoridad ante las masas.

Los terratenientes y la gran burguesía exigían cínicamente que se modificase la constitución en favor de las clases poseedoras, hablaban de la necesidad de suprimir el «gobierno democrático» y de transmitir el poder a un hombre enérgico, a un dictador.

El gobierno no tenía prácticamente ningún programa, ningún medio real de consolidar su autoridad y de sanear económicamente el país. El único trabajo práctico de este miserable gobierno de especuladores quebrados, de jugadores y de borrachos (el ministro de la Defensa fue encontrado embriagado en una calle de Reval) fue la guerra encarnizada a los obreros y campesinos revolucionarios. En noviembre de 1924 empezó un proceso monstruo contra 149 comunistas. Con asesinatos de líderes obreros (el presidente de los sindicatos, Tomp, fue fusilado durante el proceso de los 149 por injurias al tribunal), con condenas sobre los militantes revolucionarios y destrucción de organizaciones obreras; en una palabra, con el hierro, el fuego y la cárcel, la burguesía de Estonia pretendía acabar con el

movimiento revolucionario.

A pesar de todo, *las ansias revolucionarias de la clase obrera y, en general, de todos los trabajadores, aumentaron rápidamente durante todo el año 1924*. Se oía cada vez con más frecuencia a los obreros reclamar la disolución del gobierno y la implantación de un gobierno obrero y campesino. La manifestación del 1 de mayo y la semana antibélica de principios de agosto se desarrollaron bajo la consigna de guerra civil. *A los mítines y manifestaciones obreras se unían casi siempre grupos de soldados. No eran solo los obreros los que mostraban esta aptitud combativa. Obreros agrícolas, pequeños arrendatarios y campesinos pobres, e inclusive la pequeña burguesía de las ciudades, simpatizaban con la agitación del Partido Comunista*.

Estaba claro para el partido que la única salida a la situación era la de entrar atrevidamente en el camino de los métodos revolucionarios activos. El Comité Central decidió, en abril, *orientarse hacia la preparación de la insurrección armada. Desde entonces todas las reuniones o conferencias convocadas por el partido, todo el trabajo político o de organización del partido tendieron a preparar a las masas para una acción revolucionaria y para la adhesión de Estonia a la Unión de los Soviets*. La correlación de fuerzas sociales, indudablemente favorable a la revolución, exigía semejante actitud. El partido daba por descontado que en la primavera de 1924, en caso de acción, tendría el 50 por 100 de probabilidades de éxito. La correlación de las fuerzas reales era en otoño aún más favorable. Se estimaba que con una buena organización de la insurrección el éxito estaría asegurado.

PREPARACIÓN MILITAR DE LA INSURRECCIÓN

Desde la primavera de 1924, el principal objetivo militar del partido fue la constitución de fuerzas obreras capaces de romper, en el momento del ataque, las unidades de tendencias contrarrevolucionarias que se resistieran (escuelas militares, etcétera). Comenzaron a formarse en primavera equipos de combate,

primeramente en la forma de grupos de tres, con el nombre de «grupos de defensa» o grupos antifascistas; después, en la de grupos de diez. Una semana antes de la insurrección de Reval, los grupos de diez fueron reunidos en compañías, y estas últimas en batallones de 120 a 150 hombres cada uno. Después de los primeros éxitos, estos cuadros de batallones deberían completarse con obreros y soldados dispuestos a luchar. En el otoño eran unos mil hombres los que estaban organizados de esta forma en todo el país. De este número, las dos terceras partes las formaban obreros sin partido.

Para dirigir la organización de los equipos de combate y, en general, toda la preparación militar de la insurrección, fueron designados al lado del Comité Central y de los comités comunistas de las distintas ciudades expertos militares.

En el momento de la insurrección existían en Reval tres batallones con los efectivos siguientes:

Primer batallón, 170 hombres; segundo batallón, 120; tercer batallón, 110; total 400 hombres.

El arte militar (manejo del fusil y de algunos modelos de revólver, empleo de las granadas de mano, conocimiento de las reglas elementales de combate, etcétera) era conocido por la mayor parte de los hombres. Había, sin embargo, algunos que casi no sabían o desconocían totalmente el manejo de sus armas. El mando (comandantes de compañía y batallones) no estaba capacitado para ejercer la dirección militar. La necesidad del secreto y la imposibilidad de convocar con frecuencia a los hombres e incluso a los jefes dificultaba enormemente la instrucción de unos y otros.

El armamento de la organización militar de Reval, en el momento de la insurrección, se componía de:

1) cien revólveres *Parabellum*, con 50 cartuchos cada uno;

2) unas 60 carabinas y fusiles, con una cantidad pequeña de cartuchos;

3) tres ametralladores de mano, sistema Thomson, con 1.000 cartuchos aproximadamente cada una;
4) algunas docenas de granadas de mano y 20 bombas de gran potencia.

Las fuerzas contrarrevolucionarias que podían tomar las armas contra la insurrección, según los cálculos del partido y de la organización militar, se componían en Reval de:

La escuela de junkers y los cursos de alumnos-oficiales, 400 hombres; la escuela de suboficiales, 200 a 250 hombres; el destacamento del mayor de la guarnición, 110 a 120 hombres; la reserva de policía montada, 50 a 60 hombres. Total 760 a 830 hombres.

Aparte de esto, habían unos 500 fascistas armados que no representaban, en realidad, una fuerza de combate seria.

En lo que se refiere a la policía y unidades de la guarnición (un batallón del 10º regimiento de infantería, grupo de tanques, batallón de telegrafistas, baterías de la costa, artillería y un grupo de aviación), el partido y su dirección militar, según sus noticias sobre los resultados del trabajo de descomposición y de conquista política realizado en estas unidades, preveían que no tomarían las armas contra los insurgentes, y que, por el contrario, con una hábil organización, y una vez comenzada la insurrección, se pasarían al lado de los obreros.

El partido consideraba la guarnición lo suficiente desmoralizada, por los núcleos de comunistas que en cada unidad existían y por las relaciones personales de los comunistas con los soldados, para poder sacar de ello tal conclusión.

Se debe subrayar que el Partido Comunista de Estonia había puesto siempre un gran interés en la agitación de las tropas. En el curso de 1924 este trabajo se había intensificado mucho más, hasta el punto de que la influencia del comunismo en el ejército y, sobre todo, en la guarnición de la capital y en las unidades acantonadas en el distrito de Petcheri (situado en la frontera de la URSS) era

muy grande. Una de tantas pruebas era la de los mismos informes secretos del mando, conocidos por el partido. Es inútil decir que el terror gubernamental oponía los mayores obstáculos a la propaganda en el ejército.

Poco antes de la insurrección, la influencia del partido en el ejército se debilitó un poco. Los veteranos habían cumplido su servicio y fueron licenciados, marchándose con ellos los elementos más revolucionarios. Nuevos reclutas acababan de llegar, y aunque se realizó una gran agitación entre ellos, el nivel general de influencia del partido disminuyó. Numerosos grupos de comunistas y de la juventud no tuvieron materialmente tiempo de organizarse convenientemente ni de establecer enlaces con todos los elementos revolucionarios llamados al ejército. Esta circunstancia tuvo una importancia considerable en la lucha por el poder empeñada por los proletarios de Reval el 1 de diciembre.

Pensando durante muchos meses las probabilidades de éxito de la sublevación armada, el centro activo del partido, con el Comité Central a la cabeza, llegó por unanimidad a la conclusión de que comenzar la insurrección por una huelga política, o por algún otro movimiento de masa de los trabajadores, equivaldría a anunciar el ataque al adversario y exponer a las masas obreras a las ametralladores de los servidores de la burguesía, que, a pesar de todo constituían en Reval una fuerza importante. *Se decidió que la insurrección de los equipos de combate se desencadenara bruscamente, para coger por sorpresa al adversario, y que solo después de los primeros éxitos se organizaría la huelga general y se llevaría al combate a las masas obreras para terminar la revolución y consolidar el poder en manos de los insurgentes*.

Al mismo tiempo se creyó inútil la actuación simultánea en las diversas regiones del país; la insurrección debía comenzar en Reval y en Pernov (en esta última ciudad no estalló; las órdenes fueron recibidas demasiado tarde, por lo que se aplazó un día, y fracasada la de Reval, naturalmente, ya no se realizó); después de la ocupación de estos puntos, principalmente de Reval, seguirían las demás ciudades.

Se subordinó todo a la idea de una sublevación relámpago. La preparación de la insurrección se llevaba en el mayor secreto. El partido no organizó, desde la semana antibélica del 1 de agosto, ninguna intervención de las masas obreras, temiendo que fuera aplastada por la contrarrevolución. Ni siquiera durante el proceso de los 149, ni cuando el salvaje asesinato de Tomp, el Partido Comunista llamó a las masas a la calle. Estimaba que si lograba asestar un golpe inesperado sobre los puntos fijados como objetivos de ataque previstos, a pesar de la enorme superioridad de las fuerzas militares del enemigo, sobre los efectivos de la organización de combate, el éxito de la insurrección estaba asegurado. En este aspecto, la organización de la insurrección tenía un carácter de complot.

A fines de noviembre (pocos días antes de la insurrección), se decidió obrar el 19 de diciembre, de madrugada (en la noche del domingo al lunes).

Según las manifestaciones de los participantes, el plan era el siguiente: *en el primer momento, se apoderarían del Estado Mayor, de los servicios de enlace, de la ciudadela (residencia del Gobierno, de la Asamblea nacional, etcétera) se detendría a los miembros del gobierno, se liberaría a los presos, se destruiría el edificio de la reserva de policía*, para coger los tanques y usarlos contra la tropa, la policía y la Liga fascista, si éstos se decidían a defender el gobierno; se apoderarían de los aeroplanos; se entraría a saco en la escuela militar, se saquearían las armas de los depósitos de artillería (unos 120.000 o 130.000 fusiles y toda clase de material de guerra, que había al lado de la escuela militar).

Por otro lado, se debía volar el puente del ferrocarril entre Taps y Yuriev, para retrasar los transportes entre estos dos puntos e impedir el envío de tropas fieles al gobierno de Yuriev a Reval. También se debía obstruir el puente del ferrocarril entre Reval y Taps, para impedir al enemigo el envío de un tren blindado de tropas contrarrevolucionarias. Estos dos trabajos fueron realizados, mejor o peor, por pequeños destacamentos de zapadores.

En caso de que se prolongara el combate de Reval, se debía

hacer volar el puente del ferrocarril de los alrededores de la ciudad. Después de la ocupación de la capital, comenzarían otras acciones en la dirección de Taps-Narva-Yuriev y Felin, utilizando para ello el ferrocarril y los transportes por automóvil.

Para llevar a cabo, en secreto, la concentración de los equipos de combate, se habían, previamente, dispuesto locales secretos, lo más cerca posible de los lugares de ataque, donde se habían reunido las armas. El ataque debía llevarse a cabo por todos los grupos, en el mismo minuto, sobre todos los sitios. La concentración debía estar hecha el día 30 de noviembre, a las diez de la noche. Para mantener mejor la conspiración, los miembros de los equipos desconocían que se organizaba la insurrección para el 1 de diciembre. Solamente se les había avisado para una reunión ilegal, a la que debían traer sus armas los que las tuvieran. En la noche del 30 de noviembre al 1 de diciembre, en estos mismos lugares secretos se comenzó a enseñar a los equipos el manejo de las armas que se les acababan de proporcionar.

Los comandantes de los batallones no lograron reunir todos sus hombres a las diez de la noche. El 1 de diciembre, a las cuatro de la mañana, en los distintos puntos de concentración, había:

56 hombres de los 170 del primer batallón.
91 hombres de los 120 del segundo batallón.
80 hombres de los 110 del tercer batallón.
Total, 227 hombres de los 400.

El fracaso de la concentración se explica claramente por la circunstancia de ser el 30 de noviembre domingo y ser por esto difícil de encontrar a los interesados (no se hallaban en sus casas). Además, no sabiendo que se trataba de una insurrección, algunos se negaron a asistir a una reunión ordinaria y convocada a hora tan intempestiva.

A pesar del número insignificante de los reunidos, el Comité Central confirmó su resolución de comenzar la acción el 1 de diciembre, a las cinco y cuarto de la mañana.

A los batallones se les había señalado los objetivos siguientes:

Primer batallón. Desarmar la escuela de junkers y los cursos de alumnos oficiales; apoderarse de los depósitos de armas y de la estación del ferrocarril de vía estrecha.

Segundo batallón. Desarmar la reserva de policía y el destacamento mayor de la guarnición, arrastrar los grupos de tanques y de aviación, tomar el Estado Mayor del 10º regimiento y arrastrar al batallón de este regimiento en socorro de los sublevados.

Tercer batallón. Apoderarse de los centros administrativos, del telégrafo, de la residencia del Gobierno y del Parlamento, del Ministerio de la Guerra, del Estado Mayor, de la estación báltica y libertar a los detenidos de la prisión preventiva.

EL DESARROLLO DE LA INSURRECCIÓN

El 1 de diciembre, a las cinco y cuarto en punto, todos los batallones estaban dispuestos a cumplir su misión. La marcha de la insurrección fue la siguiente:

Operaciones del Primer Batallón. La preparación del ataque a la escuela de los junkers tuvo un carácter absolutamente fulminante. El comandante del batallón, con sus auxiliares, volvió de la reunión de la dirección militar del partido a las cuatro de la mañana. Era preciso salir del punto de concentración a las cuatro y cuarenta y cinco (la escuela de junkers estaba a media hora de distancia, aproximadamente), para empezar el ataque a las cinco y cuarto en punto. En tres cuartos de hora había que distribuir los hombres (el comandante se había presentado en el punto de concentración de los rezagados de varios grupos), distribuir las armas aún no entregadas, dar a conocer al batallón su objetivo y los objetivos particulares de los diversos grupos, etcétera.

Los objetivos encomendados a los grupos fueron los siguientes:

1) un grupo de trece hombres debía apoderarse del piso inferior del edificio, donde vivían los junkers (se trataba de un cuartel de dos pisos, ocupados exclusivamente por los junkers);

2) un grupo de dieciséis hombres debía apoderarse del piso superior del mismo cuartel;

3) los demás (a excepción de cinco hombres) debían servir de reserva y suprimir al oficial de servicio;

4) un grupo de cinco hombres debía apoderarse de la estación del ferrocarril de vía estrecha.

A las cinco y cuarto, después de haber suprimido los obstáculos artificiales de alrededor del cuartel (el comandante del batallón y los de las compañías habían hecho antes un reconocimiento cuidadoso de los accesos), el batallón se apodera del casino y el primer grupo penetra en el piso inferior, suprime al oficial de servicio y sorprende a los junkers en la cama. Se apodera de un montón de fusiles y con unos disparos de revólver y dos o tres granadas de mano siembra entre los junkers de este piso un pánico tal, que los valientes defensores de la democrática Estonia se ocultan, unos debajo de la cama, otros debajo de las ropas. Muchos saltaron a la calle en pijama y se dispersaron.

El segundo grupo emprendió el ataque al segundo piso con algún retraso y tropezó con un puesto de guardia, que le mató a un hombre y le hirió a dos. Los junkers del piso tuvieron por esto, tiempo de prepararse y rechazar el ataque. El fracaso del segundo grupo obligó a retirarse a todo el batallón, y de esta forma el ataque a la escuela de los junkers terminó en un fracaso. Los depósitos de armas quedaron completamente en poder del adversario. Los hombres se dispersaron, a excepción de cinco o seis.

Pérdidas: de los sublevados, un muerto y dos heridos; de los junkers, cuatro muertos y nueve heridos.

Las causas de la derrota del primer batallón están claras: primeramente, la insuficiencia de sus efectivos (el enemigo era ocho

veces más numeroso); después, el retraso del segundo grupo; por último, la falta de tenacidad en la lucha por la conquista de la escuela; desde el primer fracaso, los grupos se dispersaron, a pesar de que después de aplastar a los 200 junkers del primer piso era fácil continuar el combate.

Operaciones del Segundo Batallón. Las fuerzas del Segundo Batallón se distribuyeron de esta forma:

1) ataque a la reserva de la policía montada: 20 hombres;

2) ataque al grupo de tanques: 20 hombres;

3) ataque al Estado Mayor del 10º Regimiento: 3 hombres;

4) ataque al Tercer Batallón del 10º Regimiento: 9 hombres;

5) ataque al grupo de aviación: 13 hombres.

He aquí la marcha de las operaciones:

Según el reconocimientos hecho, la reserva de policía estaba acantonada en un edificio de madera de dos pisos. Este edificio era el que se debía que atacar. Después se descubrió que no habitaban en él más que algunos policías, mientras que el núcleo central se hallaba en un edificio de piedra, contiguo al primero, y que en el reconocimiento se había tomado por un edificio de baños. Por esto, y por haber entrado en acción diez minutos antes de la hora marcada, el grupo destinado al ataque de tanques, rompiendo el fuego y despertando con ello a la reserva de policía, el ataque fracasó. Los miembros del grupo se dispersaron.

El ataque al grupo de tanques fracasó también.

El garaje de los tanques fue ocupado sin la menor dificultad. El grupo de combate estaba constituido por cuatro soldados mecánicos, de los cuales uno era suboficial jefe de tanques, que sobre su aparato marchó hacia los cuarteles (a un kilómetro de distancia), donde se hallaban los equipos de los tanques. Pero este suboficial fue muerto

por un ayudante. Los demás tanques no pudieron salir. El ayudante del batallón de telegrafistas (que habitaba frente al grupo de tanques), según el plan, debía arrastrar a cuarenta de sus hombres para unirse a los insurgentes. El tal ayudante era un traidor y los hombres no llegaron. Así fracasó el ataque al grupo de tanques.

Como consecuencia de este fracaso, no se efectuó el ataque a la escuela de suboficiales, pues el grupo destinado para esta acción debía, al comenzar la insurrección, cubrir por la parte de la escuela de suboficiales el ataque al grupo de tanques y después, con la ayuda de los tanques, atacar la escuela.

El Estado Mayor del 10º Regimiento fue tomado; tres oficiales que quisieron resistirse fueron fusilados.

El Tercer Batallón se negó a unirse con los insurgentes y permaneció neutral. Los nueve hombres enviados a él, dado su número reducido y la falta en el batallón de un núcleo suficiente de soldados revolucionarios, no lograron arrastrar al batallón.

Los trece hombres enviados para apoderarse del equipo de aviación ejecutaron su misión de manera ejemplar. De camino (el grupo de aviación se encontraba a dos kilómetros de la ciudad) desarmaron el puesto 11 de policía y cogieron bastantes fusiles y revólveres. Por sorpresa, sin un disparo, entraron en el cuartel donde se hallaban los 80 hombres, aproximadamente, del grupo de aviación, se apoderaron de las armas y declararon que el poder estaba en manos de los obreros y soldados y por tanto que los aviadores no podían hacer otra cosa que unirse a los insurgentes. Estos respondieron unánimemente, al punto, que estaban al lado de los obreros revolucionarios. Los oficiales entregaron sus armas y se declararon neutrales (evidentemente hasta tener una información más completa). Luego, estos oficiales fueron fusilados por su neutralidad, en virtud de la sentencia del consejo de guerra.

Pero los insurgentes cometieron a continuación un grave error que tuvo para ellos y para todos los participantes fatales consecuencias. Dueños de un destacamento de 50 hombres, de unos 100 fusiles y

de 10 ametralladoras con suficientes cartuchos, de dos camiones y dos automóviles, en vez de entrar en la ciudad para ayudar a sus camaradas, se quedaron allí, limitándose a enviar al Estado Mayor un motociclista con un informe y pidiendo nuevas órdenes. El mensajero no volvió, y el equipo esperó hasta la llegada en vehículos blindados de los junkers, que les dispersaron, después de un encarnizado combate, a las once de la mañana.

Operaciones del Tercer Batallón. Las fuerzas del Tercer Batallón se distribuyeron de esta forma para ejecutar sus tareas:

1) ocupación del castillo de Reval (Parlamento, Presidente, Gobierno): 12 hombres;

2) ocupación de la Central de Telégrafos y Teléfonos: 12 hombres;

3) ocupación del Ministerio de la Guerra y del Estado Mayor: 12 hombres;

4) ocupación de la estación del Báltico: 20 hombres;

5) ocupación de la prisión preventiva: 12 hombres.

El grupo enviado a la ciudadela cumplió su misión. El puesto de guardia de once hombres fue desarmado y el oficial jefe del puesto fusilado por intentar resistir. El Primer Ministro huyó. La ciudadela estuvo en manos del grupo hasta la llegada de las fuerzas contrarrevolucionarias, en cuyo momento los miembros del grupo se dispersaron sin mucha resistencia.

La ocupación de las centrales telegráfica y telefónica fue ejecutada con rapidez. Los insurgentes se mantuvieron en ellas tres horas. Secuestraron a varios policías, entre ellos al prefecto de Reval, que fue liberado después por las tropas fieles al gobierno.

El ataque al Ministerio de la Guerra, al Estado Mayor y a la Prefectura de policía fracasó. Los detenidos en la prisión preventiva no fueron liberados, pues el equipo encargado de ello no fue prevenido a

tiempo y estuvo inactivo durante todas las operaciones.

La estación del Báltico fue ocupada sin resistencia. Al mismo tiempo se desarmó la quinta comisaría de policía, en la que se ocuparon armas. El ministro de Vías y Comunicaciones que se hallaba en la estación fue fusilado cuando intentaba excitar la opinión contra la insurrección. Allí mismo fue detenido el comisario de policía del distrito. La estación estuvo en poder de los insurgentes hasta las ocho de la mañana; rechazaron varios ataques de la policía montada y de los junkers.

La insurrección fue aplastada definitivamente en la ciudad hacia las nueve de la mañana. Los dos destacamentos contrarrevolucionarios, libres una vez aplastada la insurrección en la ciudad, ocuparon el grupo de aviación hacia las once de la mañana.

Tomaron parte en el aplastamiento de la insurrección secciones de la escuela de suboficiales, grupos de la escuela de junkers, la reserva de policía montada y los fascistas. Es característico que la burguesía no confiara esta misión a los oficiales ordinarios: a la cabeza de los pequeños destacamentos, formados apresuradamente, se pusieron coroneles y generales desempeñando tareas de jefes de grupo y de sección.

La insurrección de diciembre costó pérdidas enormes al proletariado de Reval. Sin contar las experimentadas durante la insurrección misma se fusiló por sentencia del consejo de guerra alrededor de 500 obreros, entre los que hubo unas decenas de soldados, y se encarceló a otros tantos (el número de muertos durante la insurrección fue de unos 20). La burguesía de Estonia, sin retroceder ante ningún medio, se vengó salvajemente sobre el proletariado de Reval contra esta tentativa de establecer el poder de los obreros y los campesinos.

CAUSAS DE LA DERROTA

¿Cuáles son las causas de la derrota de la insurrección de Reval? Lo que acabamos de exponer sobre los preparativos y el desarrollo de la insurrección muestra que los insurgentes cometieron, en materia de organización y de táctica, una serie de errores de graves consecuencias. Estos pueden reducirse en líneas generales a lo que sigue:

1) *La dirección de la insurrección sobreestimó el grado de desmoralización de las tropas de la guarnición, así como la fuerza de la organización militar del partido. Para realizar plenamente todos los objetivos que se plantearon, las fuerzas eran manifiestamente insuficientes*. Esto sería cierto aun en el caso de que la dirección hubiera logrado reunir todos los equipos inscritos en la organización. La exageración del grado de desmoralización de las tropas consistía en que la dirección del partido pensó poder arrastrar con un grupo de nueve hombres a todo el Tercer Batallón del 10º regimiento y hacerle tomar una parte activa en el derrocamiento del gobierno burgués. Igualmente respecto del grupo de tanques y del batallón de telegrafistas. Los soldados de tercer batallón, el batallón de telegrafistas y el grupo de tanques simpatizaban, sin duda alguna, con el Partido Comunista y odiaban a la oficialidad y al régimen burgués. Estas unidades se habrían pasado a las filas insurgentes si en ellas hubiera habido un núcleo sólido de comunistas, de juventudes comunistas, o siquiera un grupo de soldados con instrucciones del partido, recibidas de antemano y capaz de resistir al mando reaccionario. Pero no era este el caso. El Partido Comunista, en lugar de dirigir toda la acción hacia la participación de los soldados y marinos en la insurrección, por unidades enteras o, cuando menos, por fracciones constituidas, en lugar de organizar una agitación política adecuada en el ejército, aisló a los soldados revolucionarios de sus unidades, para unirlos a los grupos de obreros. Este fue un gran error. Era ingenuo pensar que el batallón del

décimo regimiento, sin contar con soldados comunistas, se pondría activamente al lado de los insurgentes al requerimiento de nueve obreros desconocidos. Representaos el cuadro: a las cinco y cuarto de la mañana, en la oscuridad, el batallón duerme y es despertado por un grupo de hombres, insignificante y desconocido de todos los soldados, que afirma que ha estallado la insurrección, e invita al batallón a ponerse al lado de los insurgentes. Los soldados no ven esta insurrección por ninguna parte; la calles están vacías, no hay obreros en ellas. No sabían nada de los preparativos de la insurrección. ¿Qué conducta podía esperarse de ellos? El batallón, como podía suponerse, permanece neutral hasta recibir más noticias. La masa de soldados no sabía quién organizaba la revuelta: los obreros o los fascistas. Creo que si se podía esperar algo de este batallón (y era muy verosímil, porque después no tomó parte en la acción contra los obreros y fue por esto desarmado en parte), hubiera sido solo en el caso en que se hubiese presentado ante él un grupo más numeroso de obreros o si hubiera habido en él comunistas y soldados revolucionarios organizados.

2) *El plan de insurrección y los objetivos de los diversos grupos no respondían a las fuerzas de la organización de combate*. Observando la distribución de fuerzas y los objetivos correspondientes, se deduce necesariamente que la dirección de la insurrección se esforzó *en ser igualmente fuerte en todos lo sitios, y, careciendo de los efectivos necesarios para ello, la consecuencia fue la enorme dispersión del personal*. ¿Qué podía producir en realidad y qué produjo, en efecto, a los insurgentes, para el aumento de sus fuerzas o disminución de las contrarias, la ocupación inmediata de objetivos como la estación del ferrocarril de vía estrecha, la estación báltica e incluso la ciudadela, con todos sus servicios gubernamentales? Los grupos que tan felizmente ejecutaron estas tareas ocupando las estaciones y la ciudadela, en el fondo, ejercieron una influencia insignificante sobre la marcha de la insurrección. Creemos que, una vez acordada la insurrección, hubiera sido más

razonable, sobre todo en el primer momento, concentrar a las cinco y cuarto de la mañana todas las fuerzas sobre la ocupación de los cuatro o cinco objetivos más importantes para dirigirse, una vez conquistados éstos, a los de importancia inmediatamente inferior. Estos primeros objetivo podían haber sido: el batallón del 10º Regimiento, los grupos de tanques y de aviación, la prisión preventiva y la escuela de junkers (o la de suboficiales). Después de haber libertado a los detenidos, arrastrado al batallón del 10º Regimiento y el grupo de aviación, aun con un éxito incompleto en la escuela de junkers, la lucha por los objetivos siguientes se habría facilitado singularmente y, por lo menos, los insurgentes habrían dispuesto de una fuerza importante que les habría permitido operar según las circunstancias.

En su conjunto, el plan de insurrección, desde el punto de vista militar, no fue estudiado hasta el fin: el principio de la concentración de las fuerzas sobre los puntos principales no fue observado.

Es inútil subrayar que las operaciones del grupo que tomó al de aviación no fueron más que una acumulación de errores. Su indecisión, después del primer éxito, enseña cómo no hay que obrar en época de insurrección. También hay aquí falta de dirección, que no indicó por anticipado las operaciones que debían suceder al cumplimiento de la primera. La rápida aparición en la ciudad de este grupo en automóviles armados de ametralladoras y una enérgica ofensiva por su parte en todos los sitios donde se hubiera encontrado al enemigo habrían modificado mucho la correlación de fuerzas en favor de los insurgentes. Por otra parte, el efecto moral de una acción tan viva y decidida hubiera sido sumamente grande. Sin embargo, el comandante del grupo, por el contrario, no tomó iniciativa alguna. Permaneció en el puesto con sus hombres hasta el momento en que llegaron las tropas gubernamentales que les aplastaron.

La ocupación del grupo de aviación y la rápida unión de sus

hombres a la insurrección tienen un gran interés desde el punto de vista de un problema particular: ¿cuál es el mejor medio para hacer salir a la calle a una unidad cuya masa está ya trabajada por la propaganda y por el espíritu revolucionario, pero que aún no es capaz de saltarse la disciplina del cuartel? Si los insurgentes logran desarmar a esta unidad es relativamente fácil ponerla en disposición de actuar al lado de la insurrección, explicándole la situación, aislando (con ayuda del grupo comunista) los elementos hostiles a la revolución y entregando luego sus armas a los soldados revolucionarios. Los insurgentes no supieron obrar de esta manera en las unidades del 10º Regimiento. Fueron solamente a exhortarlos, los soldados dudaron, y toda la empresa fracasó.

3) *A pesar de la gran superioridad de los adversarios, los grupos militares fueron al combate con gran entusiasmo. Pero este entusiasmo desapareció inmediatamente después de los primeros fracasos, al menos en la mayor parte de los integrantes de los grupos. Aparte de los grupos que ocuparon la estación báltica y el grupo de aviación, no se notó ardor alguno en el combate. Así se explica, en gran parte, el hecho de que en el momento de la defensiva no fueran levantadas barricadas en ningún sitio*. Sin embargo, una vez reducidos a la defensiva, los insurgentes debieron aplicar los métodos de combate de barricadas y aprovecharse de sus ventajas. Los medios para ello no les faltaron si hubieran querido continuar la lucha encarnizada.

4) *No todos los miembros de los grupos sabían manejar las armas que poseían. Las ametralladoras Thomson, armas poderosas en combate de calle, no fueron casi utilizadas porque los hombres no sabían usarlas*. Por otra parte, la cantidad de cartuchos (1.000 por ametralladora) era absolutamente insignificante. Algunas granadas de mano, lanzadas en el momento en que el resultado del combate dependía de una granada bien lanzada (en la reserva de policía), no estallaron porque el tirador no sabía lanzarlas.

Este hecho influyó también en el resultado del combate.

5) *El reconocimiento de algunos objetivos había sido hecho muy superficialmente. El desconocimiento de la disposición exacta de la reserva de policía debía traer como consecuencia el fracaso del ataque sobre este punto*. Y lo mismo en cuanto a la ciudadela. *La ocupación de la ciudadela fue, en realidad, hecha a ciegas, puesto que los insurgentes no lograron apoderarse del gobierno por no saber exactamente dónde se hallaba*.

6) *El enlace y ayuda mutua entre los diversos grupos también fueron muy imperfectos. Después de haber fracasado en la ejecución de una misión, los grupos no se unían a los grupos vecinos para continuar el combate con el común esfuerzo: las más de las veces se dispersaban. Con un verdadero deseo de luchar y un mínimo de iniciativa, la ayuda mutua necesaria habría sido posible, aun con la ausencia de una dirección general*. El ejemplo que más salta a la vista de esta falta de iniciativa y de deseo de socorrer al vecino aparece en las operaciones de la escuela de junkers (dispersión después del fracaso) y del grupo de aviación (inacción).

7) *Todos los errores arriba enumerados ejercieron una gran influencia en el resultado de la insurrección de Reval*. Naturalmente que toda clase de errores son inevitables en la preparación y la ejecución de algo tan complejo como una insurrección armada. El partido y el proletariado no poseen, ni quizá posean jamás, un número suficiente de buenos dirigentes militares. A pesar de esto, con una organización conveniente pudieran haberse evitado una parte de los burdos errores señalados anteriormente. Sin mermar en nada la importancia del factor subjetivo, cuyo papel es enorme, estimamos que en Reval la suerte de la insurrección *no dependió de los errores a que nos referimos. La circunstancia decisiva en el resultado de la insurrección fue que los pequeños grupos de obreros revolucionarios, organizados militarmente, que desencadenaron la insurrección, se*

> *mantuvieron aislados del grueso del proletariado*. Las masas obreras, exceptuando los grupos aislados de obreros, y sobre todo los obreros que se les unieron durante el combate o les prestaron tales o cuales servicios en la lucha, *no sostuvieron activamente a los insurgentes contra la contrarrevolución. La masa de la clase obrera de Reval fue espectadora desinteresada del combate. He aquí el hecho que tuvo una importancia decisiva*.

Y todo esto ocurrió a pesar de que el Partido Comunista gozaba de una influencia enorme entre la masa obrera, a pesar de que los obreros tuvieran perdida toda confianza en la política de la burguesía y en el éxito del desenvolvimiento económico de «Estonia independiente» y reclamasen la adhesión de Estonia a la Unión de los Soviets, convencidos de que solo las consignas del Partido Comunista, el derrocamiento de la burguesía y la instauración de un gobierno obrero y campesino, daban una salida al estado de desorden, al callejón sin salida, en una palabra, donde les tenía acorralados la política de una burguesía en quiebra.

La inacción de las masas obreras se explica, no por falta de espíritu revolucionario en el proletariado de Reval, sino porque no estaba, ni política ni materialmente, preparado para actuar el 1 de diciembre precisamente. Desde la semana antibélica, el Partido Comunista no había intentado organizar ninguna manifestación de masas, no había llamado ni una sola vez a los obreros a la huelga o a lanzarse a la calle, ante el temor de un aplastamiento prematuro por los mercenarios armados del gobierno. Ni siquiera ante el asesinato salvaje del comunista Tomp, presidente de los sindicatos de Estonia, fusilado tres días antes de la insurrección, *el Partido Comunista invitó a protestar a las masas. El partido había exagerado la importancia del factor militar en la insurrección, subestimando la del movimiento revolucionario de masas*. El principio de la acción brusca, en el sentido puramente militar, dominó en toda la preparación de la insurrección. *Los acontecimientos del 1 de diciembre no fueron comprendidos en absoluto por el proletariado, porque el paso del partido a la acción directa fue muy brusco. La insurrección fue inesperada, no solamente para la burguesía, sino también para las clases trabajadoras de*

Estonia, y particularmente de Reval. El partido pretendía con pequeños grupos de revolucionarios fieles, con la vanguardia de una vanguardia, por decirlo así, arrancar a la burguesía el poder por acciones militares de sorpresa, o cuando menos, abrir la primera brecha en el Estado burgués, *para arrastrar inmediatamente a las masas y coronar la batalla con la insurrección general del pueblo trabajador*.

Ya hemos visto anteriormente en qué condiciones cree posible el proyecto de programa de la Internacional Comunista la organización de una sublevación armada:

> Cuando las clases dominantes están desorganizadas; cuando las masas se hallan en estado de fermentación revolucionaria; cuando los elementos intermedios vacilan inclinándose al proletariado; cuando las masas están dispuestas a la acción y al sacrificio, entonces se impone al partido del proletariado el deber de conducirlas al ataque directo contra el Estado burgués. *Este resultado se obtiene por la propaganda de consignas de transición cada vez más activas* (soviets, control obrero de la producción, comités de campesinos para la ocupación de las grandes propiedades, desarme de la burguesía y armamento del proletariado) y la organización de la acción de masas, *a las que deben subordinarse todas las ramas de la agitación y propaganda del partido, incluida la acción parlamentaria. Estas acciones de masas comprenden: las huelgas, las huelgas combinadas con simples manifestaciones o con manifestaciones armadas, en fin, la huelga general de acuerdo con la insurrección armada, contra el poder de la burguesía*.

En Reval, el Partido Comunista hizo exactamente lo contrario, y por esto la insurrección del 1 de diciembre no podía terminar de otra manera que en un fracaso. El terror gubernamental contra la menor manifestación de actividad revolucionaria de los obreros, los temores de aplastamiento prematuro o de desorganización de las acciones de masas, *no deben ser motivos para renunciar a esta acción de masas, sino para prepararlas al combate decisivo con la burguesía, es decir, para la sublevación armada*. Pero aun admitiendo que hubiera sido muy difícil en Reval movilizar a las masas para combates decisivos, organizar huelgas y manifestaciones inmediatamente en vísperas de la insurrección, *era absolutamente indispensable tomar por anticipado*

medidas para asegurarse el apoyo de determinados grupos de obreros, suficientemente numerosos, para el día siguiente a la acción. Esto no se hizo.

La causa de la poca actividad y tenacidad en el combate de los equipos fue, a nuestro parecer, *que los sublevados se sintieron aislados de la masa obrera y no tenían un concurso suficiente de ella. Las masas no tenían por su vanguardia más que una simpatía pasiva*.

No son las acciones militares de una vanguardia armada las que pueden y deben suscitar la lucha activa de las masas por el poder, es el poderoso impulso revolucionario de las masas trabajadoras el que debe provocar las acciones militares de los destacamentos de vanguardia; la entrada en acción de estos últimos —según un plan bien estudiado, con antelación, en todos sus aspectos— debe producirse por el impulso revolucionario de las masas. Por importante que sea el papel del factor puramente militar en la insurrección, no deja de ser por ello un papel subordinado. El potente impulso revolucionario de las masas debe constituir la base social, el fondo social y político sobre el cual deben organizarse las acciones militares atrevidas, audaces y decisivas de los destacamentos avanzados del proletariado revolucionario, resuelto a romper la máquina gubernamental burguesa. La sublevación armada debe fijarse en un momento de la revolución ascendente, en que la preparación de las capas decisivas del proletariado y de sus aliados —los campesinos y la población pobre de las ciudades— ha alcanzado el máximo, en que la descomposición en las filas de las clases dirigentes, y en particular en sus fuerzas armadas, se halla en su apogeo.

4 LA INSURRECCIÓN DE HAMBURGO

LA SITUACIÓN GENERAL EN ALEMANIA EN 1923

La situación económica y política de Alemania en 1923 se caracterizaba en conjunto por los factores siguientes:

La ocupación del Ruhr y de las provincias del Rhin en enero de 1923 privó a Alemania de las grandes bases vitales de su economía: 80 por 100 de la producción de hierro y acero y 71 por 100 de las extracciones de carbón, de donde nació para la industria y para toda la economía nacional una dura crisis económica, que alcanzó su punto culminante al fin de la «resistencia pasiva» opuesta por el gobierno alemán a los aliados en los territorios ocupados (octubre, noviembre).

La situación catastrófica de la economía alemana se caracteriza por tres factores: el marasmo industrial y el aumento del paro forzoso, la desorganización financiera y la depreciación del marco.

La proporción de los sin trabajo en relación con el número de sindicatos era, en toda Alemania en 1923, según las cifras oficiales, la siguiente:

Meses	*Parados (%)*	*Semiparados (%)*	*TOTAL*	*Años*	*Media mensual de parados (%)*
Enero	4,2	12,6	16,8	1913	2,9
Abril	7,0	28,5	1918	1913	1,2
Septiembre	9,9	39,7	49,6	1919	3,7

Octubre	19,1	47,3	66,4	1920	3,8
Noviembre	23,4	47,3	70,8	1921	2,8
Diciembre	28,9	39,9	62,2	1922	1,5

El número total de parados y de semiocupados (trabajando unos días por semana o unas horas por día) alcanzó en el último trimestre de 1923 *ocho millones*, es decir, *más de la mitad del total de la clase obrera alemana*.

Los enormes gastos causados por la política de brazos cruzados en el Ruhr y en la cuenca del Rhin (no hay cifras exactas, pero, por término medio, los gastos mensuales alcanzaban de 200 a 300 millones de marcos oro) y la completa exención de impuestos a las clases poseedoras (como consecuencia de la quiebra del sistema monetario) aumentan rápida e incesantemente el déficit del presupuesto. A causa de esto, la proporción de los ingresos con relación a los gastos es, en agosto de 1923, de 1,8 por 100; la deuda no consolidada al final de este mes es de 1.666.667.000 millones de marcos. Los ingresos del Estado en noviembre llegaban solamente a 12,3 millones de marcos oro.

Casi todos los gastos gubernamentales son cubiertos por emisiones de papel moneda, es decir, por la inflación, *impuesto cuyo peso íntegro cae sobre la clase obrera y las capas medias*.

El proceso de depreciación del marco se resolvió a una velocidad increíble. Así el dólar se cotizó en Berlín, Hamburgo y Frankfort, el 18 de octubre, al precio de 4.000 a 6.000 millones de marcos (4.000 por la mañana y 6.000 por la tarde); el 20 de octubre, a 46.000 millones; el 23 de octubre, a 75.000 millones.

Las consecuencias sociales de la bancarrota de la economía alemana son evidentes: *la extrema pauperización de la clase obrera y de las capas medias de la población* (pequeña burguesía, empleados, clases pasivas del Estado, etcétera)[1].

1. El socorro semanal de los parados apenas les permitía comprar un litro de leche o una libra de pan. La pensión mensual de un funcionario o de un inválido le servía solamente para comprar un periódico o una caja de cerillas. La situación de los obreros no era mucho más desahogada. La

Al mismo tiempo se produjo un proceso de acaparamiento del patrimonio nacional por los bancos, los consorcios y los especuladores de moneda extranjera. En este momento, el famoso Hugo Stinnes desplegó su actividad frenética para acaparar riquezas, siempre mayores, compradas con el hambre nacional. Los agricultores liquidaron las deudas contraídas con marcos papel sin valor. La deuda interior desapareció así a expensas de las grandes capas de la población. Después del fin de la resistencia pasiva del Ruhr, el gobierno quitó todo subsidio a los parados de los territorios ocupados, mientras continuaba pagando a los industriales del Ruhr la indemnización por las pérdidas sufridas por la ocupación.

La crisis económica trajo consigo la *crisis política*. A principios de agosto estalló la huelga general, organizada por los comités de fábrica, situados bajo la influencia del Partido Comunista. Esta huelga hizo caer al gobierno Cuno (nacionalista). Stresemann, a quien el presidente Ebert (socialdemócrata) encargó formar nuevo gabinete, declaró que presidía «el último gobierno burgués». Tenía la convicción de que el gobierno sería derrocado y se establecería en Alemania la dictadura del proletariado.

En efecto, bajo la influencia de la miseria, la clase obrera de Alemania se hizo rápidamente revolucionaria. La pequeña burguesía no esperaba la salvación más que de una intervención del proletariado y se orientó hacia la revolución. La influencia del Partido Comunista entre los obreros creció rápidamente, mientras la de la socialdemocracia no dejó de bajar. En todo el país se produjeron «desórdenes de abastecimiento»; los obreros se apoderaban de almacenes de víveres y se repartían su contenido. La clase obrera forma espontáneamente centurias de combate y se prepara para la lucha decisiva. En octubre se cuenta con 250.000 hombres, en parte armados, en las centurias proletarias.

En septiembre, se forman, en Sajonia y en Turingia, gobiernos obreros comunistas y socialdemócratas de izquierda, dispersados más

reivindicación alcanzada del cobro de salarios dos veces por semana no significaba un gran alivio, dada la rapidez de la caída del marco y del encarecimiento de los alimentos, lo que les privaba en seguida de su salario y les sometía a la explotación más terrible.

tarde por las tropas de la Reichswehr. El poder pasa a manos del comandante de la Reichswehr (el general Seekt) y se declara el país en estado de guerra. Mientras que en el resto de Alemania el mando militar se ocupaba de restablecer el orden, en Baviera la contrarrevolución organizaba bandas fascistas para marchar sobre Berlín y formar un poder central fuerte, una dictadura. En el Oeste, los separatistas sostenidos por las autoridades de ocupación, entraron en combate. El 20 de octubre logran tomar el poder en Aquisgrán, Tréveris, Coblenza y otras ciudades. Proclaman la *República independiente del Rhin*.

Los diversos factores políticos y económicos más arriba mencionados muestran claramente que en el segundo semestre de 1923 *Alemania se halla ante una situación revolucionaria aguda*. Con un partido bolchevique fuerte e ideológicamente coherente, con una acción hábil y decidida para la movilización revolucionaria de las masas y la dirección de su lucha, con un trabajo intenso del partido para preparar a las masas y al mismo partido para la insurrección, el éxito de la revolución estaba asegurado.

Pero este factor subjetivo, sin el que la victoria es imposible, faltó.

La orientación hacia la preparación de la insurrección no se tomó hasta después de la huelga general de tres días del 3 de agosto. Sin embargo, el Comité Central del Partido Comunista no tenía una idea clara de la preparación de la insurrección, ni una voluntad firme de llevarla a cabo.

Los ministros comunistas de Sajonia y Turingia, en lugar de utilizar el aparato gubernamental para la organización, la movilización y el armamento de las masas, preparando la acción revolucionaria de la toma del poder, siguieron una línea de conducta que en el fondo no se distinguía apenas de la de los socialdemócratas de izquierda. Tanto en esta cuestión del gobierno de Sajonia como en otras muchas, además, el Comité Central del Partido Comunista, dirigido por Brandler y sostenido por Radek, *llevó una política extremadamente indecisa y oportunista, que fue condenada categóricamente por el VIII Congreso del Partido Comunista de Alemania y el V Congreso de la Internacional*

Comunista[2].

El partido dedicó poca atención a la organización de los parados, el elemento más revolucionario de la clase obrera alemana; se preocupó muy poco de llamar al frente revolucionario a los elementos pequeñoburgueses de las ciudades, casi no se cuidó de los campesinos y no hizo *absolutamente* nada por descomponer el ejército y la policía. La táctica del frente único, allí donde fue aplicada, se hizo con un espíritu oportunista (Sajonia y Turingia), en desacuerdo con las directivas dadas por la Internacional Comunista. La actuación revolucionaria en los sindicatos, sector decisivo en la lucha revolucionaria, se había debilitado extremadamente con la salida de los comunistas de los sindicatos.

Todos estos errores oportunistas de la dirección del Partido Comunista tuvieron como consecuencia, y no podía ser de otra manera, a pesar de las condiciones muy favorables y de la voluntad de combate de los elementos decisivos del proletariado, la derrota de la revolución alemana.

Tal es el fondo social y político en el cual se desarrollaron los acontecimientos de Hamburgo del 23 al 25 de octubre de 1923.

LA SITUACIÓN POLÍTICA EN HAMBURGO

Por iniciativa del Partido Comunista fue convocado en Chemnitz, para el 21 de octubre, un Congreso de Comités de Fábrica. Según el plan del Comité Central, este congreso debía declarar la huelga general que inmediatamente se transformaría en lucha armada por el poder. La organización de Hamburgo estaba convencida de que la situación de Alemania central era tal que muy próximamente (con ocasión del congreso de Chemnitz) se daría la señal de la insurrección,

2. Aunque la insurrección respondió, indudablemente, a directrices de la dirección de la Internacional Comunista (encabezada por Zinoviev), las responsabilidades se atribuyeron, públicamente, a Brandler, como dirigente del partido alemán, y a Radek, como miembro de la Internacional. (N.d.E.)

que abarcaría a toda Alemania. Esta opinión se fortaleció más con el hecho de que inmediatamente antes del movimiento de Hamburgo fueron expedidas tropas del noroeste para aplastar los movimientos revolucionarios del centro. Los envíos de tropas levantaron mucho el ánimo del proletariado de Hamburgo.

Todas las condiciones existían evidentemente para una intervención revolucionaria de las masas. Hacía ya una semana, en el congreso de Chemnitz, que los astilleros marítimos, las empresas de transporte y todas las fábricas estaban en huelga. Si no estalló la huelga general fue únicamente porque el Partido Comunista, en espera de los combates decisivos que debían emprenderse en toda Alemania bajo la consigna del Comité Central, no llamó a ella a las masas. La Conferencia de los Obreros de Construcciones Navales de Alemania del Norte, que se celebraba en Hamburgo, envió el día 21 de octubre una delegación a Chemnitz para recibir la orden de intervención. El comité de acción de los obreros del puerto de Hamburgo envió también otra delegación, con Urbahns a la cabeza. *Las masas pedían la ofensiva y no esperaban más que la invitación del Partido Comunista*. El 20 de octubre, las calles de Hamburgo presenciaron numerosos enfrentamientos entre los obreros y la policía. A pesar del estado de guerra y de la prohibición de los mítines y manifestaciones, las masas emprendieron la lucha por el derecho a ocupar la calle. En esta situación de tensión extrema se veía dibujarse claramente la simpatía de los elementos pequeñoburgueses hacia los obreros manifestantes. Los mismos policías, en muchos casos, no disimulaban su simpatía por la muchedumbre hambrienta. Algunas comisarías de policía, por orden de la prefectura, colocaron en las entradas alambradas, reforzaron sus puestos de centinelas y enviaron patrullas armadas con fusiles automáticos. Toda la policía se puso en pie de guerra.

En este mismo momento la parte activa de la socialdemocracia de Hamburgo redobló su agitación contra los comunistas, desacreditó el programa de los comunistas como encaminado en línea recta a la guerra civil y a una sangría. Trató de disuadir a los obreros de la idea de combatir a la policía y al aparato militar del Estado, les aconsejó abstenerse de preparar la huelga general y se negó a formar comités

de acción de acuerdo con los comunistas.

El domingo 21 de octubre hubo animación en las calles, pero este día de fiesta fue relativamente pacífico.

El lunes 22 de octubre se extiende la huelga. En algunos barrios hay nuevas escaramuzas entre los obreros y la policía.

He aquí cómo se caracteriza la situación, principalmente en el barrio de Barmbeck, en el artículo de un obrero de Hamburgo publicado por un diario ilegal, el día siguiente a la insurrección.

> El 22 de octubre fue una jornada de gran excitación. Las calles del barrio obrero de Barmbeck no aparecían animadas, sin embargo. Las mujeres caminaban en grupos de dos o tres con las cestas vacías, unas calladas, otras hablando alto y gesticulando. ¿Qué se compraría? ¿Qué se comería? Los precios se elevaban de hora en hora.
>
> El sábado fueron asaltadas varias tiendas, principalmente panaderías. La policía del barrio tuvo que recurrir a las armas. Pero nadie se hartó con esto.
>
> El lunes por la tarde hubo más calma. Sin embargo, la sangre hervía en los obreros. Los hombres apretaban los puños. Las mujeres cruzaban los brazos bajo sus delantales. Los niños dejaban de jugar. Parecía que se esperaba algo. ¿Qué era?
>
> Un camarada que yo encontré me dijo: «¡Hola! Mañana nos pasearemos con tanta tranquilidad». Después se fue a la caza de un trozo de pan. Otro camarada que contemplaba en una tienda un cuarto de carne, me agarró la mano y dijo: «Si los comunistas no emprenden nada inmediatamente, su partido se disolverá». Por la tarde hubo en el barrio una reunión de mujeres. Orden del día: el hambre. La sala estaba repleta. Muchos de los asistentes, que llegaban después de buscar inútilmente algo que comprar, iban con un nerviosismo extremo. El orador hablaba serenamente, pero las interrupciones del público estallaban como latigazos. Después del discurso, los aplausos parecían gritos de venganza. La consigna general era: «¡Al combate!» En la calle, los hombres formaban pequeños grupos sombríos, que continuamente iban engrosando. Ya hacía bastante rato que era de noche.
>
> Las grandes calles de Hamburgo estaban llenas de gente. La

> policía recurrió de nuevo a las armas. Gritos desgarradores de mujeres heridas. Maldiciones de los hombres que escapaban a los golpes de la policía. Por todas partes, en las callejuelas, se rehacían los grupos dispersados. La animación era mayor que cuando las masas exigían la destitución de Cuno.
>
> Se susurraba de unos a otros: «¿Comienza esto? ¿Cuándo? ¿Esta noche? ¿Mañana?» Nadie sabía nada concreto.

La moral revolucionaria era mayor en Hamburgo que en parte alguna de Alemania. Por esta razón y porque, además, en la región no había tropas, el Comité Central del Partido Comunista, contando de antemano con la decisión favorable del congreso de Chemnitz, dio a la organización de Hamburgo la orden de comenzar la insurrección. Por otra parte, esta señal significaba el comienzo de la insurrección general de Alemania.

PREPARACIÓN DE LA INSURRECCIÓN

Hamburgo con su arrabal de Altona, es, a la vez, un gran puerto y una gran ciudad industrial. Tiene aproximadamente un millón de habitantes; de éstos, 600.000 proletarios.

La ciudad comprende lo siguientes barrios:

1) El centro, unido por la barriada de San Pablo a la parte central de Altona. Allí se encuentran: correos, telégrafos, empresas de transporte, bancos, la bolsa, casas de comercio y las oficinas industriales.

2) Al sur, el gran puerto en la desembocadura del Elba. Allí están las empresas comerciales, aduanas, astilleros, muelles, almacenes, etc. La comunicación entre la ciudad y el puerto se hace por un túnel, bajo el brazo principal del río, y por lanchas y embarcaciones de todas clases.

3) En el nordeste (arrabales del St. Georg, Hohenfeld, Borkfeld,

Hamn, Horn, Schiffbeek, Wandsbeck, Barmbeck, etc.) barriadas obreras y fábricas.

4) La parte oeste comprende las grandes empresas obreras de Altona: Ottenzen, Eimsbüttel, Barenfeld, etc.

5) En el norte, a ambos lados de Aussen-Alter, en los barrios de Ulenhorst, Havestehude, Winterhude, están situados los hoteles particulares y las villas de la gran burguesía.

En Hamburgo no había *Reichswehr*. Las unidades acantonadas en el norte y en el sur de la ciudad estaban ya en camino hacia Alemania central. Hamburgo tenía unos 5.000 policías, armados con revólveres y fusiles automáticos. La policía tenía a su disposición, además, ametralladoras, carabinas y seis vehículos blindados. Había grandes reservas de armas, principalmente en las cincuenta comisarías de policía y en varios depósitos más. Estas armas estaban destinadas a los fascistas, que podían ser movilizados en caso de intervención armada del proletariado. Había vehículos blindados en los cuarteles de policía y en Wandsbeck.

El Partido Comunista no había hecho ningún trabajo sistemático de organización ni agitación política entre la policía. Ésta estaba íntegramente dispuesta a ejecutar las órdenes de los jefes reaccionarios.

A pesar de que la influencia socialdemócrata era insignificante sobre el grueso del proletariado de Hamburgo, la organización no tenía menos de 40.000 miembros, una parte de los cuales (los miembros del aparato) eran abiertamente hostiles a una intervención revolucionaria y estaban dispuesto a oponerse a ella por todos los medios.

El Partido Comunista contaba con unos 18.000 miembros. Su organización de combate tenía unos 1.300. Este era el núcleo activo, *Ordnerdìenst*, o como se llamaba en abreviatura O.D., organizado sobre el principio territorial en grupos de cinco y de diez, bajo la dirección de organizadores militares subordinados a los comités de barrio, los que, por intermedio de la organización de la ciudad,

dependían, a su vez, del comité de Hamburgo. Poco tiempo antes de la insurrección, el O.D. adoptó la estructura siguiente: en la base, un grupo de ocho hombres con su jefe; cuatro grupos formaban un destacamento y cuatro destacamentos una sección, mandada por un jefe de sección. Cada sección tenía cierto número de ciclistas y motoristas, varios enfermeros (de la Sociedad de Socorro Obrero) y exploradores, principalmente mujeres.

El O.D. era considerado al principio como la guardia de las reuniones, mítines y manifestaciones del partido. Entre sus funciones también estaban la vigilancia nocturna, en los comités de barrio y en las imprentas comunistas, y colocar carteles o proclamas. El O.D. tenía en Hamburgo unas 80 armas de fuego de vario calibres, principalmente revólveres.

En el mes de agosto, en el momento en que, según las directivas del Comité Central, comenzaron a formarse centurias proletarias, el O.D. proporcionó los cuadros. En el instante del movimiento de octubre había en Hamburgo 15 centurias, organizadas militarmente, pero sin armas. Cada una tenía de 40 a 60 hombres. Estas centurias debían constituir la gran fuerza de combate del proletariado, la Guardia Roja, que, una vez armada, debía sostener la lucha contra las fuerzas de la contrarrevolución en el momento de la insurrección general. A pesar de todo, el fin de las centurias no aparecía claro ante la masa de la organización comunista. No se dio ninguna directiva concreta y el Comité Central no hizo ningún esfuerzo por aclararla. El partido, o al menos una cierta fracción de él, particularmente el O.D., consideraba a las centurias como una organización auxiliar del O.D., un medio de combate. La base de la Guardia Roja era el O.D. El partido consagraba toda su atención a la preparación militar de los miembros del O.D., la busca de armas, etc. Es necesario hacer constar que la preparación militar del O.D. era francamente buena. La masa del O.D. había aprendido a manejar las armas, conocía los principales elementos de la guerrilla urbana, hacía reconocimientos del dispositivo enemigo y principalmente de la policía, se habían proporcionado enseñanzas útiles para desarmar al adversario y para la elaboración de un plan de insurrección. En una palabra, el O.D. se preparaba activamente para emprender, cuando el partido lo ordenara, la lucha decisiva contra la

policía y los fascistas.

El domingo 21 de octubre, por la tarde, una reunión de los militantes activos de Hamburgo decidió la intervención. Consideraban que la situación era favorable para una acción de masas y que Hamburgo debía dar la señal de la sublevación general del proletariado. El ejemplo de Hamburgo arrastraría a las demás ciudades. Era inútil esperar la declaración de huelga general: había que arrastrar a la huelga parcial de Hamburgo a nuevas capas de obreros, convirtiéndola así en general. Dada la situación de la ciudad, podía esperarse una intervención espontánea e inorganizada de los obreros, si el Partido Comunista no se colocaba a la cabeza del movimiento para conducirlos. Esta circunstancia asestaría un golpe terrible a la autoridad del partido entre las masas obreras.

Se tomó la decisión de comenzar por declarar la huelga de ferrocarriles, para impedir las expediciones de tropas a Sajonia.

Tomada esta decisión, la conferencia se terminó para reanudarse el lunes 22, a las ocho de la tarde, y resolver definitivamente la cuestión de la insurrección.

Según las declaraciones de uno de los concurrentes, se adoptó el siguiente plan:

1) Acción rapida de los destacamentos armados en los barrios obreros, con la ocupación, desde el primer momento, de los depósitos de armas.

2) Desarme de la policía y de los fascistas en las barricadas.

3) Concentración simultánea de los destacamentos obreros ya provistos de armas y rodeados de una manifestación de masas en la parte central de Hamburgo y rechazo del adversario (policía y fascistas) del centro de la ciudad hacia el sur (hacia el río, cuyos pasos debían estar ocupados de antemano por los insurgentes) y allí desarme completo del enemigo.

4) Ocupación de correos y telégrafos, de las principales estaciones de comunicaciones, interiores y exteriores, del aeródromo y demás objetos de ataque aun antes de que llegaran al centro los destacamentos de las barriadas, por las fuerzas comunistas que se encontraban en el interior de estos edificios.

5) Para impedir la llegada de refuerzos enemigos del exterior, construcción de barricadas en las principales vías de acceso a la ciudad por donde pudieran llegar fuerzas enemigas; estas barricadas, así como la destrucción de las vías en 25 kilómetros a la redonda, debían ser ejecutadas por las organizaciones locales de las ciudades y barriadas obreras. Las organizaciones de Hamburgo, Wilhelmsburgo, Outersen y Stade debían hacer impracticable el canal del Elba.

Este plan fue aprobado en la sesión del 22 de octubre, a las ocho de la tarde.

En esta misma sesión, los dirigentes militares de los barrios recibieron sus misiones particulares, las direcciones de los puestos de enlace, Estado Mayor, etc. La entrada en acción del O.D. fue señalada para el 23 de octubre, a las cinco de la mañana. El ataque debía sorprender al adversario y los primeros éxitos debían ser la señal de la entrada en acción de las masas obreras para la toma del poder.

La carencia de datos nos impide detenernos más sobre las demás medidas adoptadas después de la decisión general de la insurrección. A base de un informe, bastante extenso, del dirigente militar de Barmbeck, al que se subordinaron en la sesión mencionada los dirigentes de Ulenhorst y de Winterhude, expondremos la marcha de la insurrección en los barros obreros del nordeste. Es allí donde, por otra parte, se produjeron los principales acontecimientos de la insurrección.

Recibida la orden de atacar el 23 de octubre, a las cinco de la mañana, el dirigente militar de Barmbeck, designado en la sesión del lunes (había sido ya dirigente de este barrio, pero relevado desde hacía varios meses, se encontraba por esto en una situación bastante

difícil: no conocía a los hombres, carecía de informaciones sobre la organización de combate, sobre las fuerzas del adversario, etc.) tomó varias medidas preparatorias en el sector que le confiaron.

Su objetivo esencial y fundamental era reunir a sus subordinados, obtener de ellos informaciones sobre sus fuerzas y las de la policía y distribuir los objetivos particulares. Por otra parte, había que coordinar el plan de ataque con el trabajo de movilización de los comités de barrio para hacer entrar en la lucha a las masas obreras desde el primer momento de la intervención de los destacamentos armados. Para todo esto quedaba muy poco tiempo.

En la reunión de mujeres citada, el dirigente del Barmbeck encargó a las camaradas que conocía que convocaran a los dirigentes de las organizaciones de combate, para las once de la noche, en uno de los locales secretos. Ahí encontró a los secretarios de las organizaciones de los barrios de Barmbeck y de Gross-Hamburgo[3]. Se encontró con que ignoraban totalmente la orden de ataque para el 23 por la mañana. Tuvo que explicársela deprisa; después del cambio de impresiones con el secretario de Barmbeck, se convino reunirse otra vez esa noche para acordar definitivamente el plan de acción.

A las once de la noche pudieron reunirse todos los dirigentes militares de Barmbeck, pero faltaron los de Ulenhorst y de Winterhude. Por esto hubo necesidad de convocar otra conferencia para la una de la mañana.

En la sesión de las once, el dirigente de Barmbeck comenzó por explicar la decisión del partido y dio orden de movilizar a los miembros de los grupos a lugares determinados, en donde esperaran órdenes.

Cada miembro debía llevar, con sus armas, un trozo de pan y un botiquín de urgencia.

La organización de combate de Barmbeck, incluyendo las de Ulenhorst y Winterhude, poseía diecinueve fusiles y veintisiete revólveres. El enemigo disponía, en los mismos barrios, de veinte

3. Gross-Hamburgo. Se da este nombre a la periferia nordeste de Hamburgo.

comisarías de policía, de las cuales ocho estaban reforzadas; además, los cuarteles de Wandsbeck contenían unos seiscientos policías, con seis vehículos blindados, equipados cada uno con dos ametralladoras. En enemigo tenía así una superioridad enorme.

Discutiendo el plan de ataque, los dirigentes de las organizaciones de combate llegaron a la conclusión de que sería conveniente concentrar las fuerzas para intentar un ataque rápido y por sorpresa contra los cuarteles de policía de Wandsbeck, apoderarse de las armas y de los seis vehículos blindados que tenían allí, dirigir después una parte de las fuerzas contra las ocho comisarías reforzadas para ocuparlas o cercarlas cuando menos, en vez de atacar simultáneamente a las veinte comisarías como había prescrito la dirección militar del comité de Hamburgo. Pero estas consideraciones no fueron aprobadas por esta última y al dirigente de Barmbeck se le confirmó la orden de basar su plan en el ataque simultáneo de las veinte comisarías, dejando fuera de su campo de acción los cuarteles de Wandsbeck.

Para caracterizar los preparativos hechos durante la noche del 22 al 23, es necesario citar el rasgo siguiente: el secretario de la organización de Barmbeck, que tenía algunas informaciones de la preparación de la insurrección en el comité de Hamburgo, comunica al dirigente militar de Barmbeck que, según órdenes superiores, debía despertar a todos los miembros del partido y hacerles salir a la calle el día 23, a las cuatro de la mañana, para participar en la insurrección y arrastrar a los obreros al combate. Cuando la dirección militar preguntó a la dirección de la insurrección cómo esta orden podía conciliarse con la de la acción rapida de los grupos, que era la base de todo el plan de insurrección, recibió la respuesta de que esta orden no debía tomarse por lo trágico, porque no tenía ninguna importancia!

Como estaba previsto, a la una de la mañana todos los dirigentes se reunieron en conferencia, con la asistencia ya de los de Ulenhorst y Winterhude. Allí, el dirigente de Barmbeck expuso, una vez más, con brevedad, la situación en Alemania y en Hamburgo, desarrolló el plan de acción y distribuyó las misiones particulares. La distribución de fuerzas era la siguiente: se enviarían contra cada comisaría de policía

uno o dos grupos. Doble número debía dirigirse contra las comisarías número 46 (calle de Essen) y la de la puerta de Mundsburgo, que estaban especialmente reforzadas. Cada grupo debía tener dos revólveres o bien un fusil y un revólver. Los cuarteles de Wandsbeck serían atacados después del desarme de las comisarías. Todos los grupos debían hallarse a las cuatro y cincuenta y cinco dispuestos a partir y a las cinco en punto atacar el objetivo designado. Para mayor exactitud, se comprobaron los relojes y se pusieron a la misma hora.

De vuelta de la conferencia, los dirigentes se reunieron con los integrantes de los grupos locales secretos, en pleno y a la hora señalada. La moral de todos los participantes era excelente.

Como hemos visto, el armamento de los grupos de Barmbeck y de los barrios que se habían añadido, era reducido en extremo. ¡Ni una sola ametralladora! Para obtener una el dirigente militar envió hombres aquella noche a Bergedorf (a veinte kilómetros al sudeste de Hamburgo), donde un miembro del O.D. escondía una ametralladora, con el ruego de que la entregara. Se pensaba utilizar esta ametralladora para atacar a los cuarteles de Wandsbeck. A pesar de ser personalmente conocidos los enviados por el detentador del arma, y a pesar de ir provistos de un testimonio seguro (consigna convenida), no obtuvieron nada porque, ignorando en absoluto la preparación de la insurrección, el camarada no tuvo confianza. Sin embargo, la dirección comunista de Bergedorf envió a Barmbeck a un grupo de ciclistas armados con revólveres y movilizó en el acto a sus hombres, para actuar simultáneamente con Hamburgo, si realmente se emprendía la insurrección.

De vuelta, los enviados se detuvieron en Schiffbeck (barrio obrero) y anunciaron al comité del partido la insurrección preparada para la mañana del 23. Allí tampoco se sabía nada. Sin embargo, se tomaron rápidamente las medidas para actuar a la vez que los demás barrios obreros.

Según la órdenes del dirigente militar, en las comisarías atacadas se debía desarmar a los policías, sacar todas las armas y distribuirlas entre los miembros de los grupos y los obreros dispuestos a tomar

parte en el combate que se encontraran por los alrededores. Los policías debían ser encerrados con buena guardia, y los miembros disponibles de los grupos reunirse inmediatamente en un punto fijado de antemano, para recibir nuevas órdenes.

EL ATAQUE DE LA ORGANIZACIÓN DE COMBATE Y EL DESARROLLO DE LA INSURRECCIÓN

La dirección de la insurrección, incluso durante la reunión de los hombres, temía que los miembros de los grupos, al saber que irían al combate casi sin armas y que la promesa dada anteriormente de proveerles suficientemente de ellas en el momento oportuno no se había cumplido, se decepcionasen un poco y perdiesen una gran parte de su moral. Es lo que sucedió. En el trayecto desde el punto de concentración a la comisaría de policía que se iba a atacar, se eclipsaron aproximadamente la tercera parte de los hombres. Hubo dos grupos que se deshicieron íntegramente antes de llegar al punto de ataque.

A las cinco y media, aproximadamente, los insurgentes habían ocupado y desarmado diecisiete comisarias (Barmbeck, Wandsbeck, algunas de Winterhude, Ulenhorst y otros barrios). La comisaria reforzada de la calle de Essen no fue desarmada, por la torpeza de un jefe de grupo, que comenzó a disparar desde la calle en el momento en que ya los otros grupos estaban en el interior, a punto de proceder al desarme de los policías. Los grupos que estaban dentro creyeron que les atacaban desde fuera. Fracasó el ataque por esta razón y también porque un policía había arrojado hábilmente, en medio de los atacantes, una granada de mano, permitiendo con esto que se prepararan sus colegas.

Hacia las seis de la mañana se hallaban en el punto de reunión unos ciento treinta hombres, armados con ametralladoras y revólveres. Se habían apoderado también de tres ametralladoras portátiles. Para aprender su manejo, se utilizó como instructores a los policías prisioneros. Resultó que las comisarías tenían pocas granadas de

mano y cartuchos. Indudablemente, es que no se supo descubrirlas. Sucedió, por ejemplo, que hacia las diez de la mañana se encontraron en una comisaría cuarenta fusiles que no se vieron anteriormente.

El gran éxito de los grupos en la ocupación de comisarías se explica por dos razones:

Primero. Bastante tiempo antes del ataque, los dirigentes de los grupos de combate habían hecho un reconocimiento detenido de los alrededores de las comisarías y de su disposición interior. La organización del ataque había sido profundamente estudiada y previstos hasta los menores detalles. Los atacantes actuaron con infinita audacia y tenacidad.

Segundo. La policía, que a consecuencia de los «alborotos en la ciudad», habían estado varios días en pie de «preparación al combate de tercer grado»[4] volvió el 22 por la tarde a la situación de primer grado. La causa de esto era el extremado agotamiento del personal en los tres días pasados. La prefectura de policía de Hamburgo, que había dado esa orden, no estaba informada, naturalmente, de la insurrección que se preparaba. La noche del 22 al 23, la policía dormía. El ataque le cogió de improviso.

Estas dos razones explican el éxito extraordinario de grupos casi desarmados frente a las diecisiete comisarías de policía, armadas hasta los dientes.

El coronel de policía Hartenstein, uno de los dirigentes de la lucha contra la insurrección, refiriéndose al ataque a las comisarías, dice:

> Si el plan de insurrección hubiera sido conocido por la policía la víspera del movimiento, debemos suponer que la acción enemiga habría sido sofocada por las contramedidas correspondientes, antes de haber logrado adquirir alguna extensión.

Al comienzo del movimiento, la dirección de la insurrección envió

4. La policía alemana tiene tres grados de preparación para el combate. El tercero es aquél en que todos los efectivos están alerta.

a camaradas (aquéllos que no tenían armas) a las estaciones interiores de la ciudad, a las puertas de las fábricas y a otros lugares de concentración de obreros, para proclamar la huelga general y arrastrarlos a la lucha activa. El éxito fue completo. Todos los medios de comunicación dejaron de funcionar, las fábricas se pararon y los obreros se concentraron en los focos de lucha.

Se vieron llegar rápidamente refuerzos de vehículos blindados a las comisarías de policía que no habían sido desarmadas; de forma que los insurgentes no pudieron ya ocuparlas. El fracaso de los combates emprendidos a partir de este hecho para desarmar a las últimas comisarías se explica por determinados errores de táctica cometidos por los asaltantes, o más bien por sus dirigentes (falta de acuerdo entre los ataques de los diferentes grupos).

Partiendo de estos hechos y de la llegada de refuerzos a la policía[5], el problema del ataque a los cuarteles de Wandsbeck quedaba fuera de cuestión.

Se emprendieron combates de partisanos. Se formaron pequeños grupos de obreros armados. La dirección de las operaciones se debilitó sensiblemente. En resumen, los insurgentes quedaron reducidos a la defensiva. Hacia las siete de la mañana se dio la orden de construir barricadas.

A pesar de que las masas desconocían que la insurrección comenzaría precisamente el 23 de octubre, cuando conocieron, la mañana de ese día, los combates ya emprendidos, tomaron rápidamente parte de ellos, de una u otra forma. El grito general era: «¡Dadnos armas!» Pero el número de armas de que se disponía era extremadamente insuficiente. Tan pronto como se lanzó la consigna de «¡Levantad barricadas!», se las vio surgir casi inmediatamente en todos los barrios. *Esto solo fue posible* gracias a la participación de las masas obreras y, particularmente, de las mujeres.

5. El coronel Harstenstein cuenta en su libro que todos los policías del puerto de Hamburgo fueron reemplazados por los voluntarios fascistas, y que estos policías sustituidos se enviaron contra los insurgentes. Añade que, de esta forma, fueron empleados en la jornada del 24, en el servicio de policía, 800 fascistas.

La dirección de la insurrección, en el barrio de que hablamos, no estaba informada del desarrollo de los sucesos en los demás barrios. Creía que los obreros de Barmbeck y de las barriadas vecinas no había sufrido más que un descalabro temporal, sin importancia decisiva, que no podía influir sobre la insurrección en su conjunto. Creía que en los demás barrios los insurgentes tendrían, seguramente, éxitos importantes y, en consecuencia, que Barmbeck debía conservar sus ventajas a toda costa, defenderse encarnizadamente y esperar la llegada de refuerzos. Ni con la dirección política ni militar de Hamburgo, desde el comienzo del combate, habían tenido los camaradas de Barmbeck contacto alguno. Se habían enviado algunos informes al comité de Hamburgo y al dirigente militar, pero ninguno llegó a su destino. Solamente en la segunda parte de la jornada, los insurgentes supieron que no había insurrección alguna, ni en el centro ni en Altona y que allá abajo todo estaba en paz. ¿Cómo se explica esto? Los obreros de los barrios insurreccionados no supieron nada.

A continuación exponemos por qué el combate de los barrios del nordeste quedó aislado.

El O.D. de Altona no ejecutó su misión de desarmar a la policía. Según las declaraciones de uno de los dirigentes de la insurrección de Hamburgo, esto se explica por las siguientes razones:

Primera. Fue un error del Estado Mayor de la insurrección suponer que, pocos días antes de la insurrección, Altona hubiera podido proveerse de armas para 240 hombres. *No hubo nada de esto*.

Segunda. El dirigentes del O.D. de Altona fue nombrado en el último momento. Está claro que no tuvo tiempo de orientarse en el nuevo medio. Por otra parte, anuló las disposiciones del plan de acción adoptado primeramente.

Tercera. Se habían tomado las disposiciones para atacar los puestos de policía con una sección y con dos, algunas veces, del O.D. Mientras se realizaba la concentración de las secciones, se corrió la alarma, por rumores difundidos entre numerosos participantes, de que algunos traidores habían prevenido ya a la policía del ataque que

se preparaba. Por esto, de las cinco secciones que debían asaltar las comisarías principales, una sola logró penetrar, a las seis de la mañana, en la comisaría de Ottenzen, desarmando allí a seis policías. Se empeñó entones, entre los asaltantes y los policías no desarmados, un tiroteo con fusiles de un cuarto de hora, y cuando los exploradores anunciaron la proximidad de tres autocamiones de policía, los asaltantes se dispersaron, llevándose las armas conquistadas.

Aún hubo, el 23 de octubre por la mañana, algunas tentativas de insurrección en algunos barrios (St. Georg, etcétera), pero por la mala dirección militar y política y por la falta de armas, no tuvieron éxito alguno. Solamente Schiffbeck constituyó una excepción; allí, los insurgentes desarmaron a la policía y conservaron el poder durante dos días.

En Eilsbeck, Barmbeck, Hammbeck y otros barrios, se mantuvo una lucha encarnizada entre los policías y los insurgentes hasta las cinco de la tarde. La policía, después de concentrar grandes fuerzas al sur de Barmbeck, lanzó dos ataques vigorosos contra las barricadas. Los dos fueron rechazados, con grandes pérdidas entre los asaltantes. Los insurgentes, escondidos en los tejados de las casas, detrás de las ventanas, en los balcones y detrás de las barricadas, tenían un campo de tiro excelente y disparaban sobre seguro. De su lado, las pérdidas fueron insignificantes. Antes de cada ataque, la policía abrió un fuego graneado de fusil y ametralladora contra las barricadas, creyendo que el grueso de las fuerzas adversas estaban allí. Pero, en realidad, los insurgentes no tenían en las barricadas más que un pequeño número de defensores, mientras que el grueso de sus fuerzas se encontraba en los tejados, las ventanas y los balcones de las casas inmediatas.

Aún fracasó un tercer y fuerte ataque de la policía contra las barricadas de Eilsbeck. Concentrado para esto el destacamento de policía, envió por delante un automóvil blindado para ametrallar la barricada y para, a continuación, lanzarse sobre ella con éxito seguro. Pero de pronto surgió un insurgente que mató al conductor del auto blindado. Sus ocupantes huyeron rápidamente, dejando abandonado el coche. El ataque de la policía no tuvo lugar.

Más adelante, esta misma barricada solo fue atacada cuando los insurgentes, ignorándolo la policía, la abandonaron para retirarse a posiciones nuevas. El fuego terrible descargado sobre ella por fuerzas considerables fue totalmente inútil. No quedaba ni un solo insurgente detrás de la barricada.

Durante la insurrección, los insurgentes no se limitaron a la defensa; allí donde la situación les favorecía pasaban súbitamente a la ofensiva, emprendiendo cortos contraataques, operando con movimientos envolventes, etc., fatigando y desmoralizando de esta manera al adversario.

Así, con operaciones enérgicas y hábiles, los insurgentes sostuvieron una lucha encarnizada contra los vehículos blindados de la policía. Una vez, se vio avanzar por la calle dos vehículos blindados y chocar contra las barricadas; rápidamente se levantaron nuevas barricadas detrás de ellos y los vehículos se encontraron cercados e inmovilizados durante varias horas. Casos parecidos de audacia, tenacidad e iniciativa fueron frecuentes entre los insurgentes.

Antes de exponer la continuación de la insurrección hay que detenerse y plantearse varias cuestiones: ¿Por qué la lucha se limitó a los barrios del nordeste? ¿Por qué el plan de movilización de las masas en toda la ciudad para un ataque dirigido íntegramente sobre el centro ni siquiera se comenzó a realizar? ¿Por qué cesó después en algunos barrios la lucha emprendida por la mañana?

La causa está en que el 23 de octubre, en el momento en que el proletariado de Hamburgo tenía más necesidad que nunca de una dirección firme, esta dirección le faltó. Llegaron noticias de que varios barrios habían recibido la orden de suspender las hostilidades, porque la dirección de la insurrección había dado contraorden y, como consecuencia, los obreros escondían sus armas hasta recibir nuevas órdenes de la dirección del partido.

Algunos camaradas del Comité Regional[6] creyeron que, habiendo comenzado ya el ataquen en algunos barrios, los demás debían seguir,

6. En Hamburgo existía el Comité de la Ciudad y un «Comité de la Región Marítima».

pero ya era demasiado tarde, porque a consecuencia de la orden desastrosa de cese de la insurrección se había interrumpido ya la lucha en todos los barrios, a excepción de Barmbeck y las barradas próximas. Hacia las diez, se supo que la orden del cese de la insurrección había sido dada por Urbahns, secretario del Comité de Hamburgo, que acababa de volver de la conferencia de Chemnitz[7]. Se buscó a Urbahns para conocer las causas de esta contraorden, pero no se le encontró.

Se supo después que Urbahns había dado la contraorden basándose en los acuerdos de la conferencia de Chemnitz. La conferencia iba a decidir la declaración de la huelga general, destinada, según la opinión del Comité Central, a transformarse en insurrección armada para la toma del poder; mientras que la insurrección de Hamburgo sería la señal de la insurrección general; pero estaba mal organizada. Y cuando la cuestión de la huelga general se puso a votación se formó una mayoría (insignificante por otra parte), de socialdemócratas, que votaron en contra. Desechada la huelga general por la conferencia, la dirección del partido decidió abstenerse por el momento de toda insurrección.

La conferencia de Chemnitz tuvo lugar el 21 de octubre. Es imposible comprender por qué no se comunicaron a Hamburgo, durante el día 22, los resultados de la conferencia y las decisiones que el Comité Central tomó en consecuencia.

Esta directiva no llegó a la dirección de la insurrección de Barmbeck, rodeada de policía, hasta el 23, a las cinco de la tarde.

A pesar de la contraorden del partido, las masas obreras de Hamburgo organizaron por propia iniciativa una serie de manifestaciones y de reuniones en las calles; abandonaron el trabajo, esperando siempre directivas para la acción. Delante del local de los sindicatos, una gran multitud de obreros rompió el cordón de la policía, llamada por los reformistas, penetró en el edificio y golpeó a los líderes reformistas, que no huyeron. Esta muchedumbre solo se dispersó ante

7. Urbahns está hoy expulsado del Partido Comunista.

los disparos de fusil.

En la parte sur de Barmbeck, los combates duraron hasta el anochecer (cinco de la tarde). La policía sufrió grandes pérdidas, pero gracias a los continuos refuerzos que recibía logró rechazar a los insurgentes poco a poco hacia el norte. A las seis y media, el coronel Denner, comandante de las fuerzas de policía, decidió que era inútil continuar el combate y dio orden de cese del fuego por ese día.

La noche del 23 al 24 fue tranquila. Los insurgentes de Barmbeck, dueños de posiciones cómodas y cubiertas, abrían, de vez en cuando, fuego contra los grupos de policía que se dejaban ver, dispersándolos. Espías recorrían las calles. Aun sabiendo que en los demás barrios no había sublevación y que el partido había dado contraorden, los insurgentes decidieron a pesar de esto continuar la lucha. La población de Barmbeck les prestó toda clase de ayuda: construcción de barricadas, pan, tabaco, falsas informaciones al adversario, etc. Las mujeres hicieron un trabajo destacado en la insurrección. Además de las noticias del cese de la insurrección, circulaban entre los insurgentes varios rumores como éstos: en el centro de Alemania ha estallado la huelga general; Rusia envía socorros (un barco con armas, etc.). Solo cuando llegó a Barmbeck, la noche del 23 al 24, uno de los principales miembros del Comité de Hamburgo con la orden de cesar el combate, los sublevados volvieron a sus casas.

En la madrugada del segundo día, llegaron al puerto de Hamburgo un crucero de Kiel, el *Hamburgo*, y dos torpederos, con 500 policías, de Lubeck. Las fuerzas contrarrevolucionarias, además, se habían fortalecido por el hecho de que las organizaciones fascistas de Hamburgo fueron provistas de armas por almacenes secretos y se encontraron en pie de guerra.

Al amanecer, la policía comenzó una marcha hacia Barmbeck. Todas las fuerzas disponibles de la policía y de los fascistas tomaron parte en la operación. El reconocimiento fue hecho por aviones volando sobre el barrio. El destacamento de fusileros de marina del crucero *Hamburgo* se negó a avanzar. El ataque fue inútil, por cuanto los insurgentes habían abandonado ya sus posiciones. Solamente

algunos, aislados y dispersos, continuaban tirando desde los tejados contra los policías, casi sobre seguro.

A las once de la mañana, el coronel Denner envió a sus jefes un informe sobre «la derrota» de Barmbeck.

Después de la ocupación de Barmbeck, el grueso de la policía se dirigió sobre Schiffbeck para derrocar allí el poder de los soviets y sobre los demás barrios del sudeste para reprimir los desórdenes. Fue necesaria una lucha encarnizada de varias horas para expulsar a los insurgentes de las barricadas que ocupaban.

El 25 y aun el 26, en Barmbeck, grupos aislados de insurgentes atacaban a los destacamentos pequeños de policía que hacían registros en las casas o buscaban a los participantes en el movimiento.

La policía tuvo durante todas las operaciones sesenta muertos aproximadamente y un gran número de heridos. De los insurgentes hubo cuatro o seis muertos (el número de heridos no se conoce). Hubo un gran número de muertos y heridos entre la población que no intervino en las operaciones con las armas en la mano, porque la policía abrió fuego muchas veces sobre ella. Entre los muertos y heridos había también niños.

Las escasas bajas de los insurgentes se deben a su táctica hábil de barricadas, sus posiciones sobre los tejados, en los balcones y, en general, en lugares bien resguardados.

La insurrección de Hamburgo fue acompañada de ataques parciales de los obreros contra la policía y autoridades, saqueo de almacenes de víveres, etc., en varias ciudades y pueblos de los alrededores (Bergedorff, Itsigoe, Kiel, etc.).

CONCLUSIONES

En primer lugar, la insurrección de Hamburgo duró dos días,

y a pesar de la enorme superioridad de las fuerzas enemigas no *fue aplastada por la contrarrevolución*. Cesó por orden del partido, y las fuerzas armadas del proletariado *suspendieron voluntariamente el combate*. El prefecto de policía de Hamburgo, en un informe especial, comunicaba a sus jefes de Berlín que a pesar de sus esfuerzos no había logrado romper la resistencia de los insurgentes, que éstos no habían sido aniquilados, sino que voluntariamente habían evacuado el terreno y se habían escondido llevándose las armas. Además, hacía notar el valor y la audacia que habían desplegado los insurgentes desde el principio hasta el fin de la lucha. También señalaba la impotencia de la policía para combatir la insurrección, dados sus últimos métodos de la defensiva activa, la amplia utilización de las barricadas, los tejados, los balcones y ventanas y el apoyo de la población.

Estamos completamente de acuerdo con este juicio del enemigo.

En segundo término, la insurrección de Hamburgo fue, sin duda alguna, *una insurrección de las masas proletarias*. El número de miembros de los grupos que tomaron parte activa en el combate con las armas en la mano era, bien es verdad, relativamente reducido; 250 a 300 hombres, aproximadamente. Pero el grueso del proletariado demostró con su actitud que estaba al lado de los insurgentes. El rápido levantamiento de la red de barricadas solo fue posible gracias a la participación de las masas obreras. Por otra parte, demostraron su simpatía activa, abandonando el trabajo en casi todas las fábricas, muelles y astilleros. La vida obrera de la ciudad cesó casi por completo.

La insurrección de Hamburgo fue sostenida por intervenciones obreras en varias ciudades de los alrededores.

La insurrección de Hamburgo no fue concebida como una operación aislada, sin relación con el proletariado de las demás regiones de Alemania. El Partido Comunista pensaba que esta insurrección sería la señal de la insurrección general de los principales centros industriales. Estalló en el momento en que la fermentación revolucionaria se hallaba en todos los sitios en su apogeo, cuando la

crisis política y económica era más profunda.

En tercer término. La preparación política de la insurrección fue *extremadamente débil*. Los secretarios políticos de los barrios no conocieron hasta el último momento la orden de insurrección y algunos accidentalmente, lo que les impidió llevar a cabo el trabajo de preparación política y material más profunda.

Desde el punto de vista de la dirección, la insurrección de Hamburgo nos dio un ejemplo clásico *de cómo no debe organizarse una insurrección y de cómo no hay que comportarse durante la insurrección*. Siendo fiel al marxismo, no está permitido tocar retirada cuando la insurrección ha comenzado y ha logrado éxitos importantes. Y menos aún habiendo sido emprendida la insurrección por directivas del partido. «Con la insurrección no se juega» (Marx). Algunos dirigentes de la organización de Hamburgo jugaron con la insurrección (como Urbahns). Hubiera sido necesario, a pesar del resultado de la conferencia de Chemnitz, ya que la insurrección estaba emprendida, movilizar todas las fuerzas del proletariado revolucionario de Hamburgo y de las demás regiones para generalizar el movimiento dentro de Hamburgo y sostenerle por una acción enérgica allí donde esto fuera posible. En Hamburgo *era necesario lanzar la consigna de los soviets y comenzar una intensa compaña de agitación para la formación de soviets*. Pero en Hamburgo, el Partido Comunista, vanguardia del proletariado, que debía organizar y dirigir la sublevación en masa, no solamente quedó inactivo, sino que incluso trabó el desarrollo de la insurrección. El partido, o, con más exactitud, sus dirigentes, trató prácticamente la insurrección de la misma manera que Plejanov en 1905: «no había que tomar las armas».

Sin la organización y sin la dirección de un partido revolucionario no es posible una insurrección victoriosa. En Hamburgo faltó la dirección del partido y la insurrección no podía terminar de otra manera.

En cuarto término. *A pesar de todo, a pesar de la falta de dirección, de la mala preparación, aunque la organización de combate fuera poco numerosa y estuviera casi sin armas, los insurgentes*

lograron, por su fidelidad ilimitada a la causa de la revolución, por su valor, por sus acciones decisivas y hábiles, y gracias al concurso de las masas obreras, llevar con éxito el combate contra las fuerzas, numéricamente superiores y armadas hasta los dientes, de la policía. Este resultado atestigua el valor del núcleo activo del proletariado de Hamburgo, particularmente de Barmbeck, y muestra que con una buena dirección militar y política, aun teniendo muy pocas armas a su disposición, pueden los destacamentos de combate esperar el triunfo sobre la contrarrevolución. Es fácil imaginarse los resultados que habría tenido la insurrección de Hamburgo de no haberse cometido los errores de dirección que hemos constatado. Pues era posible evitarlos.

En quinto lugar. No puede pensarse que si la insurrección hubiera sido victoriosa, es decir, si se hubiera apoderado del poder, habría podido conservarse, suponiendo aislado el Hamburgo rojo, sin ser sostenida por insurrecciones análogas en los principales centros de Alemania. Las insurrecciones en las demás ciudades, las de la región del Báltico, al menos, eran la condición previa de la victoria de la revolución en el mismo Hamburgo. Dado el estado de Alemania en 1923, estimamos que Hamburgo hubiera podido ser la señal de esta insurrección general en un buen número de centros y regiones. El proletariado de Hamburgo podía tomar el poder a pesar de la traición de la socialdemocracia. Pero para esto era necesario tener a la cabeza del Partido Comunista de Alemania una dirección bolchevique. Esta dirección faltó.

5 LA INSURRECCIÓN DE CANTÓN

OBSERVACIONES GENERALES

La significación histórica universal de la insurrección de Cantón es indiscutible y bien conocida. Es algo que no hace falta probar. El VI Congreso de la Internacional Comunista ha dado sobre esta insurrección el juicio siguiente:

> La insurrección de Cantón, que fue un combate heroico de la vanguardia del proletariado chino en el periodo transcurrido de la revolución china, será para siempre, a pesar de los errores de bulto de su dirección, la enseña de la nueva fase de la revolución, la fase soviética[1].

> La insurrección de Cantón es considerada por los obreros como un ejemplo del gran heroísmo de los obreros chinos[2].

Si durante las insurrecciones de Shanghai y, en general durante toda la huelga revolucionaria hasta la insurrección de Cantón, el proletariado chino estaba aliado estrechamente con la burguesía nacional radical, si su vanguardia, el Partido Comunista, formaba bloque con el Kuomintang, que era entonces la expresión política del bloque de las cuatro fuerzas: proletariado, burguesía, campesinos y población pobre de las ciudades, en la insurrección de Cantón, el proletariado chino *se presenta por primera vez como una clase*

1. *Tesis y resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista.*

2. *Ibid.*

verdaderamente independiente luchando contra la burguesía, las camarillas militaristas o feudales y el imperialismo extranjero, por la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y de los campesinos, por el poder de los soviets. El proletariado de Cantón, bajo la dirección del Partido Comunista de China, consiguió apoderarse del poder en una ciudad de un millón de habitantes y conservarlo durante cincuenta y ocho horas. Por ello ha demostrado al mundo entero que el proletariado chino se ha hecho definitivamente consciente de sí mismo, se ha constituido políticamente, ha llegado a ser una clase independiente, capaz de ser la fuerza dirigente y conductora de la revolución china. Ha mostrado, por fin, que el curso ulterior de la gran revolución china se efectuará bajo la hegemonía del proletariado.

Los acontecimientos revolucionarios que siguieron, en China, a la insurrección de Cantón, confirman lo bien fundado de esta aserción. La burguesía china, ya antes de la insurrección, había dejado de ser una fuerza revolucionaria, se había pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución y, con las camarillas feudales y militaristas, con el imperialismo extranjero, hacía una guerra encarnizada al proletariado y a sus aliados, los campesinos y la población pobre de las ciudades. Después de la insurrección de Cantón, esta lucha de la reacción contra la revolución no ha hecho más que acentuarse. La única fuerza capaz de conducir la lucha revolucionaria de las clases trabajadoras de China es el proletariado.

Nos proponemos reconstruir la situación en China y, particularmente, en la provincia de Cantón, sobre cuyo fondo se desarrolló la lucha, y estudiar las causas de la derrota. Las lecciones de la insurrección de Cantón no deben aprovechar solo al proletariado chino. Sus aspectos positivos, así como sus errores, deben ser conocidos del proletariado internacional, pues la experiencia de Cantón es una de las lecciones más preciosas de la lucha revolucionaria internacional de estos últimos años.

LA SITUACIÓN EN CHINA

La situación general en China[3] *particularmente en el centro y en el sur, en otoño de 1927*, se caracterizaba cono sigue:

1) La burguesía nacional continuaba apartándose, cada vez más, de la revolución democrática nacional y pasando al campo de la contrarrevolución militarista; todas las fuerzas contrarrevolucionarias hacían una guerra encarnizada a la fracción revolucionaria del proletariado y al grueso de la población campesina: dispersión de las organizaciones campesinas y de los sindicatos, aplastamiento salvaje de todo movimiento revolucionario, exterminio personal de los cuadros revolucionarios de la clase obrera, etc.

2) Se manifestaba una crisis profunda en todos los ramos de la vida económica; el estado de las finanzas, del comercio, de la industria, de los transportes, empeoraba sin cesar. La crisis tomaba dimensiones catastróficas.

3) La contrarrevolución era absolutamente incapaz de crear una situación estable y de conseguir la unidad en su propio campo; la división de China entre múltiples agrupaciones políticas enemigas, en guerra continua unas contra otras, alcanzó un grado sin precedentes[4].

4) Se veía crecer un poderoso movimiento revolucionario

3. Sin contar Manchuria. La situación política y económica de esta provincia, semicolonia del imperialismo japonés, ha sido siempre muy distinta de la del resto de China.

4. Enumeraremos las principales agrupaciones políticas concurrentes: Chan So-lin, en Manchuria, en Mongolia interior y en Beijingi; Chang Sue-chang, en Chan-Tung; Yen Si-chan, en Chansi; Yan Sen, en Setchen y en Hupé; el grupo de Cantón (Chang Kai-chek), en las provincias de Kiang-su, Che-kiang y Fu-kien, y en una parte de Chansi; el grupo de Kiang-Si, con los militaristas locales y los héroes de los fusilamientos del 12 de abril en Shanghai; Bai Sium-si, en las provincias de Kiang-si, Hu-Cheu, Honan y una parte de Cantón; el grupo de los generales de Honan con Tan In-kai a la cabeza en la provincia de Hunan; el grupo de Chan Fa-kui y de Van Tin-wei en Cantón. Aparte de estas agrupaciones esenciales, que representan una nueva fuerza política y militar seria, en varias provincias existían pequeñas camarillas menos numerosas, como la de los generales de Honan, de An-Kui, etc.

manifestándose en los movimientos huelguísticos de los centros industriales (Shanghai, Cantón, Hankeu, etc.); en el movimiento revolucionario creciente de los campesinos, que en las provincias de Hunán, Hupé, Tsiansi, Honan y Cantón tomaba la forma de una verdadera guerra civil de campañas contra los grandes propietarios y los kulaks, etcétera; en la insurrección de los ejércitos de Ho Lung y He Ting en Nangan, el 30 de julio; en la implantación del poder de los soviets en Haifin y Lu-fin, etc.

El periodo que precedió a la insurrección de Cantón se caracterizaba a la vez por una débil actividad del Partido Comunista. Este partido, en su conjunto, no se hallaba en disposición de organizar ni de conducir políticamente el movimiento revolucionario de las masas. Aún no se había librado definitivamente de las ilusiones del Kuomintang de izquierda, cometía graves errores oportunistas, sobre todo en materia agraria, militar, etc. Por otra parte, la actividad y el terror salvaje de la contrarrevolución sobre el Partido Comunista, así como la falta de un contacto estrecho (en el espacio y en el tiempo) entre los grandes factores de la revolución: la lucha de clase obrera, las insurrecciones campesinas y las rebeliones de soldados[5], no han podido dejar de ejercer su influencia negativa sobre el desarrollo de la revolución.

Partiendo de la situación concreta de esta época, el Comité Central del Partido Comunista de China constataba, en su sesión plenaria de octubre de 1927, que la situación en China, a pesar de una serie de derrotas (Shanghai: aplastamiento del movimiento obrero en abril; Ukhang: desarme de los obreros, etc.; Swatow: derrota del ejército de He Ting y Ho Lung, etc.), *seguía siendo inmediatamente revolucionaria* y que la consigna de insurrección era actual.

5. Estos tres factores revolucionarios se manifestaron aisladamente, sin coordinación en el tiempo ni en el espacio. No existía entre ellos unidad de acción. Los ejércitos insurgentes de Nangan no supieron animar el movimiento campesino en las regiones donde operaron. Las insurrecciones campesinas no se coordinaron con la lucha revolucionaria de los obreros de las ciudades.

LA SITUACIÓN EN CANTÓN

Los factores esenciales que caracterizan la situación en Cantón y en la provincia de Cantón, inmediatamente antes de la insurrección, son los siguientes:

1) El 17 de noviembre, el general Chang Fa-ku, cuyo inspirador era Van Tin-wei, el líder de izquierda del Kuomintang, y que se apoyaba sobre una parte de la burguesía de Cantón, dio un golpe de Estado en Cantón y arrojó de la ciudad a Li Tin-sings, ideólogo de la burguesía de los *compradores*, que se había apoderado del poder a consecuencia de un golpe de Estado contrarrevolucionario, el 15 de abril de 1927.

   Chang Fa-ku y Van Tin-wei, intentando ganarse la simpatía general por medio de frases hipócritas, hicieron, en realidad, una guerra encarnizada a los obreros revolucionarios, al movimiento campesino y, sobre todo, al Partido Comunista, reducido a la acción clandestina. En lo que a esto respecta, estos miembros de la «izquierda» del Kuomintang no cedían en nada al reaccionario puro Li Tin-sings. El gobierno de Van Tin-wei y Chang Fa-ku, acto seguido de su implantación, anuló las conquista de los huelguistas de Hong Kong (su expulsión de los alojamientos facilitados por los patronos, cierre de los restaurantes populares, expulsión de los huelguistas de Cantón, etc.), llevó a cabo detenciones en masa entre los obreros, disolvió los sindicatos revolucionarios, ocupó sus locales, invitó por carteles a exterminar a los comunistas y hasta prohibió las organizaciones burguesas, que pedían el boicot de las mercancías inglesas y japonesas.

2) Inmediatamente después del golpe de Estado del 17 de noviembre, comenzaron las hostilidades en la provincia de Cantón entre las dos agrupaciones militaristas, la de Chang Fa-ku y la de Li Tin-sings, aliadas del general Li Fu-lin. Como Li Tin-sings procuraba evitar los combates decisivos, la guerra no tomó la forma de grandes batallas. Li Tin-sings llevó

sus tropas en diferentes direcciones, arrastrando tras de sí a las de Chang Fa-ku. Sin embargo, el cambio de gobierno y esta guerra «no sangrienta» debilitaron grandemente a las clases dirigentes, aceleraron su desorganización, desacreditaron a las autoridades políticas del Kuomintang y al mismo Kuomintang, apresuraron la descomposición económica de la provincia y de la ciudad de Cantón.

3) Con la marcha de las tropas de Li Tin-sings arrastrando tras de sí a Chang Fa-ku, Cantón se libraba poco a poco de las tropas gubernamentales. Estas últimas se enviaban, más cada vez, al frente, donde se quería concentrar fuerzas considerables para asestar un golpe decisivo a la retaguardia de Li Tin-sings en retirada.

   En la época de la insurrección se hallaban en Cantón las siguientes tropas de Chang Fa-ku: el regimiento de instrucción, un regimiento de infantería, un regimiento de artillería, un regimiento para el servicio de guardia y algunas otras unidades pequeñas. Estas tropas no representaban una fuerza militar seria, estando sensiblemente descompuestas por la agitación y propaganda del Partido Comunista. También había allí, en el regimiento de instrucción, una célula ilegal de comunistas y juventudes comunistas de doscientos miembros[6]. En las demás unidades había células de poca importancia, pero la fermentación revolucionaria entre un gran número de soldados era un hecho.

   Además de estas tropas de Chang Fa-ku en Cantón, bastante desmoralizadas por el Partido Comunista, había en la isla de Hainan dos regimientos de Li Fu-lin; el Partido Comunista no había hecho nada por desorganizarlos y conquistarlos políticamente, y estos regimientos constituían una fuerza segura en manos del mando reaccionario.

6. La existencia de una célula tan importante en el regimiento de instrucción se explica porque el regimiento contenía un gran número de estudiantes de Wam-Pu y, sobre todo, porque había tenido de comandante a un comunista, más tarde, por otra parte, trasladado (antes de la insurrección).

Pero había alrededor de Cantón, en su provincia, unos 50.000 hombres, reaccionarios de Li Tin-sings y Chang Fa-ku. Los soldados de estos regimiento seguían las consignas del Kuomintang; las del Partido Comunista les eran casi desconocidas y aun, si tenían noticia de ellas, no veían diferencia alguna entre éstas y las del Kuomintang. Estos soldados se encontraban en manos del mando reaccionario y ejecutaban sus órdenes sin discusión. El partido no había realizado allí ningún trabajo, falto de hombres y de recursos.

4) La fermentación revolucionaria entre las clases oprimidas seguía creciendo a causa de una situación económica que no cesaba de empeorar, y al terror de los militaristas del Kuomintang. El reagrupamiento de las masas obreras de Cantón alrededor de la Federación Roja de Sindicatos, ilegal, y de la organización comunista de la ciudad, se operaba a gran velocidad. Se celebraban regularmente y con mayor animación cada día reuniones clandestinas de delegados sindicales, conferencias clandestinas de delegados del Partido Comunista. Ya en septiembre era tal la situación, que cuando el ejército de He Ting y Ho Lung se aproximó a Swatow, el Comité Provincial de Cantón decidió emprender la preparación inmediata de la insurrección en Cantón. La derrota de las tropas de Nanchang en Swatow tuvo, bien es verdad, una influencia desfavorable sobre la acción revolucionaria de Cantón, pero esto no afectó al ardor de la clase obrera, y el Partido Comunista, a pesar de esta derrota y del terror salvaje de la reacción, continuó preparando activamente a las masas para los combates decisivos. El partido, al mismo tiempo, tomaba toda clase de medidas técnicas y de organización para asegurarse el éxito de la insurrección.

   El 14 de octubre, ligado con la huelga de marinos, el movimiento tomó la forma de una verdadera insurrección espontánea. Este día se formaron en toda la ciudad grandes manifestaciones de masas. Varios miles de manifestantes tomaron por asalto el local donde habían estado instalados

anteriormente los sindicatos rojos, expulsaron a la policía y degollaron a varios agentes del gobierno. Después de esto el terror se redobló. Una parte de los miembros del Comité Provincial de Cantón juzgó entonces la situación madura para desencadenar inmediatamente la insurrección. Sin embargo, la mayoría decidió esperar aún e invitó a los miembros del partido a continuar la movilización de masas subrayando el enlace de las reivindicaciones económicas y políticas con la propaganda en favor de la insurrección.

La fracción revolucionaria del proletariado de Cantón señaló la fecha del 7 de noviembre con una grandiosa manifestación que fue dispersada por la policía. Hay que indicar que algunos miembros del comité comunista de Cantón reclamaron nuevamente la insurrección en el curso de esta jornada. Pero, según el parecer de los demás camaradas de la dirección del comité, la correlación de fuerzas no era aún suficientemente favorable y la insurrección fue aplazada.

En los primeros días de diciembre, el movimiento revolucionario de Cantón progresó aún. Nuevamente se declararon en huelga los marinos, a ellos se unieron los chóferes de autobuses, otras varias empresas y los empleados de correos. El impulso relativamente poderoso de la lucha de clases del proletariado, después del golpe de Estado de Chang Fa-ku, se expresó por nuevas manifestaciones, por la difusión en masa de las publicaciones comunistas clandestinas, por la liberación por la muchedumbre de los comunistas presos, etc.

5) Pero al lado de los sindicatos rojos existían en Cantón numerosos sindicatos, cuya administración estaba en manos de los partidarios reaccionarios del Kuomintang. Estos sindicatos, que agrupaban muchas decenas de miles de obreros, estaban agrupados alrededor del sindicato reaccionario de los mecánicos, que se había solidarizado, durante toda la época de la reacción, con las medidas contrarrevolucionarias del gobierno y que en la represión de

la insurrección se puso activamente de parte de las tropas gubernamentales. Esta circunstancia, a saber, la presencia de este gran número de miembros de los sindicatos reaccionarios (sobrepasando el número de los partidarios activos de los sindicatos rojos), constituía la gran dificultad de la insurrección, paralizó, en gran parte, los preparativos y ejerció una influencia negativa sobre el resultado. En estos sindicatos, el Partido Comunista solo tenía una influencia insignificante.

La pequeña burguesía, en su masa, no se había liberado de las ilusiones de la «izquierda» del Kuomintang y esperaba de Chang Fa-ku que su triste situación mejorara.

6) En la provincia de Cantón, el movimiento revolucionario de los campesinos se manifestó por la implantación del poder de los soviets y la puesta en práctica de las consignas de la revolución agraria en seis distritos de los alrededores de Hai-Fun y Lu-Fung (250 kilómetros al este de Cantón). En Hai-Fun, un Congreso de los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos y Soldados, abierto el 7 de noviembre en presencia de 300 delegados y unos diez mil concurrentes, nombró un gobierno soviético para todas las regiones sublevadas de Cantón. A principios de diciembre, el poder de los soviets poseía un territorio de medio millón de habitantes aproximadamente. A su cabeza había un miembro del Comité Central del Partido Comunista.

   En la isla de Nai-Han, también había un poderoso movimiento campesino.

   Desgraciadamente, en el momento de la insurrección de Cantón, el movimiento revolucionario, en las regiones inmediatamente próximas de esta ciudad, era sumamente débil.

   El partido no estaba en condiciones de realizar la agitación necesaria en la zona campesina de los alrededores de

Cantón. En ella se dejaban sentir intensamente los antiguos errores del partido en materia agraria.

LA PREPARACIÓN INMEDIATA DE LA INSURRECCIÓN

El Comité Comunista de la provincia de Cantón, en la sesión del 26 de noviembre, decidió orientarse firmemente hacia la preparación inmediata de la insurrección. Estaba profundamente convencido de que se hallaban reunidas todas las condiciones de la victoria y que, con una buena preparación táctica y política, el éxito estaba asegurado.

En el transcurso del periodo del 20 de noviembre al comienzo de la insurrección, la organización comunista se entregó a un intenso trabajo entre las masas, para movilizarlas hacia la insurrección; elaboró su programa político general, formó planes militares, se ocupó de la organización futura del soviet de Cantón, etc.

El partido hizo su agitación entre las masas con las consignas siguientes: «¡Abajo Chang Fa-ku y Van Tin-wei!», «¡Abajo el Kuomintang!», «Plena libertad democrática de prensa, de palabra, de reunión, de asociación y de huelga!», «Exterminio de los provocadores de Chang-Fa-Ku», «Armamento de los obreros y de los campesinos», «Libertad inmediata de los detenidos políticos», «Restablecimiento del subsidio gubernativo a los huelguistas de Hong Kong», «Subsidios de paro forzoso iguales al salario íntegro», «Aumento de salarios y control obrero de la producción», «Confiscación de los bienes de la gran burguesía», «Mejora de la condición material y jurídica de los campesinos», «Formación de los comités de soldados revolucionarios», «Exterminio personal de los participantes y de los dirigentes del terror del Kuomintang», «La tierra para los campesinos, el arroz para los obreros», «¡Abajo las guerras militaristas», «Todo el poder a los soviets», etc.

En cuanto a las medidas de organización para la insurrección, el partido, desde el 26 de noviembre, se ocupó de formar un Comité

Militar Revolucionario para la dirección general del movimiento y un Estado Mayor de la Guardia Roja, para la dirección técnica de la insurrección. Trabajó precisando el plan de insurrección, preparó la movilización militar de los comunistas (había en Cantón unos mil miembros del partido y de las juventudes, de los cuales unos doscientos, como ya se ha dicho, se encontraban en el regimiento de instrucción) y la organización de la Guardia Roja, se dedicó a formar grupos especiales de obreros activamente revolucionarios, para ejecutar misiones especiales (exterminio de los jefes de la contrarrevolución), se ocupó de agrupar e instruir a los chóferes de coches y camiones, de multiplicar los instructores en las tropas enemigas, etc.

El Comité Revolucionario de Cantón se formó con cinco camaradas, uno de los cuales (Ye Tin) fue nombrado dirigente de la parte militar de la insurrección (comandante en jefe). El camarada Ye Tin llegó a Cantón solo seis horas antes del comienzo del movimiento y por esta razón no tomó parte alguna en su preparación. Ésta es una circunstancia que, como veremos más tarde, tuvo una influencia muy perniciosa sobre la marcha de los acontecimientos.

El soviet, elegido inmediatamente en vísperas de la insurrección, estaba compuesto de dieciséis miembros. De ellos, diez fueron designados por una reunión de la Federación Roja de los Sindicatos de China; tres representaban a la guarnición de Cantón y tres a las organizaciones campesinas de Cantón (solo uno de estos últimos se encontraba en Cantón al comienzo del movimiento).

El trabajo del partido en el ejército se limitó principalmente a las unidades de la guarnición de Cantón. No se hizo ningún trabajo en las tropas de fuera de la ciudad, por falta de recursos y de hombres.

Otro tanto puede decirse del trabajo entre los campesinos. Se había organizado en Cantón una escuela ilegal del partido para los militantes campesinos. Estos últimos constituían el enlace entre Cantón y las organizaciones campesinas, transmitían las instrucciones del Comité de Cantón, distribuían las publicaciones entre los campesinos, etc. Pero todo esto, con un número limitado de militantes,

no podía dar resultados serios, y no los dio.

La correlación de las fuerzas armadas en Cantón en la víspera de la insurrección era ésta:

Fuerzas de la reacción	*Hombres*
Dos regimientos de Li Fu-lin en la isla de Honan	3.000
Un regimiento de artillería en el límite norte de Cantón, 30 cañones y	500
Un regimiento de infantería al lado del anterior	600
Un batallón de infantería en el mismo lugar	250
Un batallón de guardias del arsenal, cerca de la estación de Chan-chiu	300
Los alumnos de la escuela de Wam-Pu, isla de Wam-Pu	1.000
Un regimiento reclutado recientemente de la 2.ª división, en Se-Kuan	800
Un regimiento formado recientemente para la 3.ª división	600
La policía municipal	2.000
Los batallones de guardia, de la casa Li Tin-sings	Efectivos desconocidos

Había, además, en Cantón los Estados Mayores de la segunda división, de la 12.ª división, del Cuarto Cuerpo y el Estado Mayor de Chang Fa-ku.

Cada uno de estos Estados mayores estaba guardado por un grupo de mauseristas (formado por soldados mercenarios cuidadosamente escogidos y bien pagados) de cincuenta y dos hombres (no tenemos cifras precisas).

Todas estas unidades, a excepción de dos regimientos de Li Fu-lin y de las tropas de mauseristas, estaban sensiblemente desmoralizadas por el Partido Comunista. Por esta razón no constituían una fuerza seria en manos del comandante reaccionario. Lo dos regimientos de Li Fu-lin y los mauseristas no habían sido influenciados por la propaganda y la agitación revolucionaria. No podían ser desmoralizados más que por la fuerza de las armas de los insurgentes.

Fuerzas de los insurgentes	*Hombres*
El regimiento de instrucción en los cuarteles de Cha-He	1.000
Un escuadrón de gendarmería en la ciudad	50
Una sección de guardias del arsenal	50
Dos secciones de estudiantes en la escuela de Wam-Pu	100
La Guardia Roja de Cantón	2.000

Además, los insurgentes contaban con el apoyo de los campesinos que, al principio de la insurrección, debían enviar a Cantón un destacamento armado, de 1.500 hombres (en realidad, llegaron 500).

Al frente del regimiento se instrucción de encontraba, en el momento de la insurrección, un comandante reaccionario, con el que se solidarizaba una parte de los oficiales; pero el regimiento, en su conjunto, con su célula comunista de doscientos miembros e incluso una parte de los oficiales, estaba firmemente con la insurrección y no esperaba más que directivas del partido.

Como se ve, la correlación de fuerzas militares organizadas aparecía poco favorable a la insurrección. Pero si se piensa que las fuerzas de la burguesía estaban rodeadas por todos los lados por la fermentación revolucionaria, eran políticamente muy poco seguras para el mando; se puede calcular que las fuerzas militares de Cantón estaban equilibradas. Con una buena organización (al comienzo de la insurrección), esta correlación podía fácilmente modificarse en favor de los insurgentes, y esto fue lo que sucedió.

En cuanto a la organización y al armamento de la Guardia Roja, la cosas se presentaban así:

Después de que el Comité Provincial se orientó hacia la preparación de la insurrección (agosto de 1937), Cantón fue dividido en diez barrios, con una comisión militar al frente de cada uno.

A estas comisiones militares incumbían: la organización del trabajo de desmoralización y de conquista política de los soldados, de las tropas gubernamentales de Cantón, la formación de células comunistas, de grupos de soldados revolucionarios en estas tropas, la

formación de destacamentos de guardias rojos, su instrucción militar, la acumulación de armas y municiones, la constitución de una red de informadores en las tropas, en los Estados Mayores de Chang Fa-ku y en las instituciones gubernamentales; en fin, la preparación técnica de la insurrección en general.

Las comisiones militares de los barrios funcionaban bajo la dirección de la comisión militar del Comité Provincial de Cantón, compuesto de cinco militantes responsables. Las comisiones de barrio estaban, de ordinario, formadas por tres camaradas, salvo en algunos, en que no había más que un «representante de la comisión».

Las comisiones militares funcionaban en secreto. Vista la absoluta necesidad del secreto, la Guardia Roja en vía de formación en los barrios tenía, en este primer periodo, la forma de grupos aislados, cuidadosamente disimulados (grupos de diez), sin otra reagrupación más considerable y subordinados a la comisión militar de la región (más exactamente, al camarada designado en el seno de esta comisión para organizar los destacamentos de guardias rojos). A continuación, con el aumento del número de estos grupos de diez y la proximidad del momento decisivo, se planteó la cuestión de reunir los grupos en unidades más considerables, con el fin de utilizarlos más racionalmente durante la insurrección. Inmediatamente antes de la insurrección (unas dos semanas), la formación de destacamentos y su dirección se quitó a las comisiones militares de los barrios y se confió a dirigentes militares, nombrados especialmente para esto, en relación con los sindicatos colocados bajo la influencia de Partido Comunista.

Al comienzo de la insurrección, había en Cantón, en total, unos dos mil obreros organizados en la Guardia Roja, de los cuales 300 eran antiguos huelguistas de Hong Kong.

En cuanto al armamento, las cosas iban bastante mal. La Guardia Roja estaba casi desprovista de armas. Para todo Cantón no tenía más que veintinueve máuseres y unas doscientas granadas; fusiles, ninguno.

La preparación militar de los hombres era, igualmente, débil. Muchos guardias rojos no sabían servirse de sus armas. La mayor parte de los dirigentes de los destacamentos ignoraban los principios elementales del arte militar y de la táctica de la guerrilla urbana.

La débil preparación militar de la Guardia Roja de Cantón se explica por las condiciones especiales de China. En China no hay servicio militar obligatorio: todos los ejércitos chinos son ejércitos de mercenarios. El pueblo chino mantiene un verdadero odio por el militar y solamente van al ejército los que no tienen otra posibilidad de procurarse los medios de existencia (campesinos arruinados, elementos desclasados de las ciudades); los obreros no van al ejército. Por esta razón la clase obrera china no tiene apenas posibilidades de aprender el arte de la guerra por la vía legal. Ésta es una circunstancia que ha tenido los efectos más desastrosos sobre el valor combativo de la Guardia Roja en Cantón.

EL PLAN Y LA MARCHA DE LA INSURRECCIÓN

En su sesión del 7 de diciembre, el Comité Provincial del Partido Comunista decidió, por unanimidad, organizar la sublevación para la noche del 10 al 11 de diciembre, a las tres y media de la madrugada. Estimaba que existían ya todas las condiciones sociales y políticas necesarias para asegurar la victoria de la insurrección. El golpe decisivo lo dio la noticia recibida en el partido de que Chang Fa-ku, a instancias de Van Tin-wei, llamaba a una de sus divisiones del frente y la dirigía sobre Cantón, para desarmar allí al regimiento de instrucción y establecer el «orden». Estaba claro que con el desarme de este regimiento se redoblaría el terror reaccionario, que Chang Fa-ku no se detendría ante nada hasta suprimir en Cantón, a sangre y fuego, todas las posibilidades revolucionarias. La cuestión se planteaba, por lo tanto, así: resignarse a la derrota sin combate o intervenir con medianas posibilidades de tomar el poder. El partido escogió la segunda alternativa.

Después de examinar diversas variantes[7], se decidió lo siguiente:

El 11 de diciembre, a la ocho y media de la mañana, la insurrección estalla en el regimiento de instrucción. Los soldados desarman a los regimientos de infantería y de artillería, así como a un batallón de infantería acantonado en el mismo barrio. Durante este tiempo, en la ciudad, la Guardia Roja desarma a la policía y al regimiento de guardia, ataca a los Estados Mayores de la 2.ª y 12.ª divisiones y del Cuarto Cuerpo, así como la casa de Li Tin-sing, abre las prisiones, donde se hallan unos tres mil detenidos políticos, se apodera de la prefectura de policía y de los edificios gubernamentales, del depósito de armas situado cerca de la estación de Chan-Chui (en el que había unos cuatro mil fusiles con cartuchos y 5.000 granadas de mano) y del gran arsenal, situado a ocho kilómetros de Cantón, con el fin de coger las armas que allí se encuentran.

Las armas cogidas en los primeros momentos de la insurrección son distribuidas inmediatamente a los obreros y permiten formar nuevos destacamentos armados.

El partido declara la huelga general y todas sus fuerzas deben emplearse en hacer participar en el combate al grueso de los trabajadores para derrocar al viejo régimen; sostener el Soviet de Diputados, Obreros, Campesinos y Soldados de Cantón, formado clandestinamente, y proclamar el poder supremo durante la insurrección. Desde el comienzo de la insurrección, el Soviet publica una serie de decretos: sobre la caída del viejo gobierno, la nacionalización del suelo, confiscación de las grandes fortunas de la ciudad, nacionalización de bancos, ferrocarriles, etc.

He aquí, en su conjunto, el contenido de la primera etapa de la insurrección.

En la segunda etapa, todas las fuerzas insurgentes deben

7. Una de las variantes era la siguiente: el 11 de diciembre, al mediodía, el partido organiza una manifestación a la que se une el regimiento de instrucción. En el transcurso de esta manifestación se declara la huelga general y, al mismo tiempo, los soldados del regimiento de instrucción, con los destacamentos de la Guardia Roja, se apoderan de los establecimientos gubernamentales, desarman a la policía, etc. Esta variante fue abandonada porque le pareció al Comité Revolucionario que si no se lograba coger de improviso al enemigo con un ataque sorpresa, de noche, las posibilidades de victoria disminuirían singularmente.

emplearse en desembarazar a la ciudad definitivamente de todos los restos de contrarrevolución y en liquidar las fuerzas reaccionarias de Li Fu-lin en la isla de Honan.

La tercera etapa comprende la lucha contra todas las tropas militaristas de Cantón y la incorporación de los campesinos a la guerra revolucionaria. Esta última parte del plan no estaba más que esbozada a grandes rasgos.

No se había previsto nada en caso de fracaso.

La ejecución del plan pasó por la siguientes fases:

A las tres y media en punto, el presidente del Comité Revolucionario de Cantón, Chuang Tai-lai, con un grupo de obreros, en camiones que los chóferes revolucionarios habían quitado a sus patronos, llegaron a los cuarteles del regimiento de instrucción. Este regimiento, a la señal de su organización comunista, se reunió en pleno en el patio y después de un discurso de diez minutos pronunciado por Chuang Tai-lai, declaró estar en su totalidad a la disposición del Soviet de Diputados Obreros, Campesinos y Soldados, para contribuir activamente a la consolidación del nuevo poder. El comandante del regimiento y quince oficiales reaccionarios, que intentaron defender al Kuomintang, fueron fusilados en el acto.

Cada uno de los tres batallones del regimiento de instrucción recibió su misión: uno iría a desarmar al regimiento de infantería; otro desarmaría al regimiento de artillería y al batallón de infantería; el tercero iría a la ciudad para colaborar con la Guardia Roja.

En este momento exactamente (tres y media de la mañana), la Guardia Roja entra en acción en el interior de Cantón.

El desarme de los regimientos de infantería y artillería y del batallón de infantería fue ejecutado rápidamente por las unidades del regimiento de instrucción. Después de esta operación, este último se encontró dueño de treinta cañones y de una gran cantidad de fusiles (unos 1.500) y de ametralladoras. Las armas conquistadas fueron transportadas, en camiones, inmediatamente, al interior de la ciudad

y distribuidas entre los obreros. Dejando la guardia necesaria ante las unidades desarmadas, los batallones del regimiento de instrucción se dirigieron hacia el interior de la ciudad, para cumplir allí otras misiones revolucionarias.

Las operaciones de la Guardia Roja para el desarme de la policía en las comisarías y la ocupación de los servicios gubernamentales fueron logradas con no menos brillantez. Por el contrario, el ataque a los Estados Mayores de la 2.ª y 12.ª divisiones y del Cuarto Cuerpo, así como de la casa de Li Tin-sings, donde se hallaban varios cientos de mauseristas, y de la prefectura de policía, fracasó. Esta última solo fue tomada después de un asalto combinado y sangriento, dado a la vez por la Guardia Roja y por un batallón del regimiento de instrucción. Después de la toma de la prefectura, el Estado Mayor del Comité Revolucionario se instaló en sus locales.

Sobre las tres de la tarde, los insurgentes eran dueños de todas las comisarías de policía y de todos los servicios gubernamentales de la ciudad, a excepción de los barrios de Tun-Chang y Chamin (este último, a título de concesión extranjera, no debía ser atacado). Faltaban por ocupar solamente los Estados mayores de las divisiones del Cuarto Cuerpo y la casa de Li Tin-sings. En la ocupación de estas posiciones se gastaron muchas fuerzas y los insurgentes mostraron mucho encarnizamiento. solo al fin de la primera jornada fue posible tomar los Estados Mayores de la 2.ª y 12.ª divisiones. El del Cuarto Cuerpo, donde aún se encontraban unos doscientos mauseristas, que opusieron una resistencia encarnizada, no pudo ser tomado hasta la segunda jornada, hacia las diez de la mañana, después de haber prendido fuego al edificio. Aproximadamente, la mitad de los mauseristas (un centenar de hombres) pudieron embarcarse y ganar la isla de Honan. El incendio del edificio del cuerpo de ejército se propagó al Banco Central contiguo, que ardió por completo.

La toma del Estado Mayor del Cuarto Cuerpo nos obliga a insistir sobre una circunstancia interesante. Uno de los oficiales del Estado Mayor de este cuerpo era comunista. A pesar de esto, el Comité Revolucionario no creyó necesario informarle de la insurrección proyectada, y por esta razón, este comunista, que ocupaba un puesto

considerable, no tomó parte alguna en ella.

La casa de Li Tin-sings, que constituía una fortaleza bastante imponente, rodeada de un foso y de un muralla de piedra, no pudo ser ocupada en todo el tiempo que duró en Cantón el poder de los soviets. Por otra parte, Li Tin-sings no se hallaba allí, pero había en ella un buen número de soldados que le eran adictos y que lograron rechazar todos los ataques.

Desde la primera jornada, los insurgente no tenían bastantes armas, pues las que habían conquistado en los regimientos de infantería y artillería o después del desarme de la policía, eran muy insuficientes para armar a todos los obreros que deseaban combatir (el 11 de noviembre, a las siete de la mañana, tomaban ya parte activa en la insurrección 20.000 obreros). A pesar de esto, durante todo el movimiento no se ocuparon los depósitos de armas de la estación de Chan-Chui y el gran arsenal. ¿Por qué razón? No lo sabemos. Pues la ocupación de estos objetivos de primera importancia habría permitido armar a unos 10.000 obreros, creando así una correlación de fuerzas armadas sumamente favorable a los insurgentes.

Según ciertas indicaciones, un destacamento campesino de 500 hombres, llegado de provincias, se apoderó de la estación de Chan-Chui e intentó apoderarse del depósito de armas. Pero al encontrar resistencia en la guardia, parlamentaron y, finalmente, el depósito no fue ocupado.

Desde la primera jornada, las fuerzas militaristas entraron en campaña contra Cantón. La ofensiva la llevaban las unidades de Li Fu-lin, por el lado de la isla de Honan. Con el concurso de la artillería de la flota extranjera y china, los dos regimientos de Li Fu-lin pudieron pasar el mar para atacar un poco al este del antiguo Estado Mayor del Cuarto Cuerpo. Sus cuatro ataques fueron rechazados con éxito. Entonces entraron en acción, de parte de lo insurgentes, varios de los cañones conquistados al regimiento de artillería. En la segunda jornada, las tropas de Li Fu-lin bajaron del norte por la vía férrea Cantón-Hankeu y ejecutaron varios ataques sin éxito. Uno de ellos tuvo lugar a 150 metros del Estado Mayor de Comité Revolucionario,

por haber pasado el enemigo desapercibido de los insurgentes. Esta circunstancia muestra que el trabajo de los reconocimientos estaba organizado de forma muy defectuosa.

Desde la primera jornada del movimiento, el sindicato amarillo de los mecánicos tomó el partido de la reacción. Formó quince destacamentos armados de cincuenta hombres cada uno, que tomaron parte activa en la lucha contra los insurgentes.

En la noche del 12 al 13 de diciembre, el Estado Mayor del Comité Revolucionario, después de haber sobrepesado la situación, concluyó que Cantón rojo se hallaba en condiciones muy críticas. De una parte, no se había logrado liberar enteramente a la ciudad de las fuerzas contrarrevolucionarias (Honan, Tun-Chang); el grueso del proletariado y de la pequeña burguesía no había aportado al nuevo poder un concurso activo suficiente (no se había podido hacer la huelga general, solo estaban en huelga los chóferes, los tipógrafos, los *rickshaw*[8], los marinos de la línea Hong Kong a Tien-Sin y otras empresas); los ferroviarios, las empresas municipales, los marinos de Hong Kong y otros, no habían dejado el trabajo; la pequeña burguesía, en gran parte, había adoptado una actitud expectante. El sindicato de los mecánicos y una parte de los mecánicos agrupados en torno suyo eran manifiestamente hostiles a la insurrección. La cabeza de la contrarrevolución (Chang Fa-ku y otros) no había podido ser aislada. Desde Honan y Hong Kong, adonde había huido, continuaba dirigiendo la lucha contra los revolucionarios. La flota de los imperialistas aportaba un concurso efectivo a la contrarrevolución: refugio de la burguesía fugitiva y transporte de las tropas de Li Fu-lin para atacar al centro de Cantón, por el lado de Tun-Chang, bombardeo de la ciudad por la artillería de los buques chinos y extranjeros, etc.

Por otra parte, la ciudad roja estaba ya rodeada por un cordón contrarrevolucionario, formado por los generales Chang Fa-ku, Li Tin-sings y Li Fu-lin, llegados a un acuerdo «conmovedor» frente al enemigo común. Instigados por los imperialistas, habían olvidado provisionalmente sus disensiones, para caer juntos y por todos los

8. Un *rickshaw* es un vehículo ligero de dos ruedas que se desplaza por tracción humana, bien a pie o a pedales. (Nota de Boltxe.)

lados sobre Cantón. La estación del ferrocarril de Chan-Chui estaba ya ocupada por un destacamento de la 26.ª división de Chang Fa-ku. Las tropas de Li Fu-lin, transportadas por la flota extranjera al otro lado del río, preparaban un nuevo ataque del lado de Tun-Chang. La 25.ª división avanzaba del lado del este. Las tropas de Li Fu-lin continuaban atacando por el norte. El sindicato de mecánicos ayudaba activamente a la contrarrevolución. Al mismo tiempo, el Comité Revolucionario estaba informado de la próxima llegada de otras unidades de militaristas, que se encontraban en la provincia de Cantón.

Por falta de armas portátiles (fusiles), las fuerzas de los insurgentes no podían aumentar. Por el contrario, las pérdidas, inevitables en el curso de los combates, las liquidaban poco a poco. Había sido imposible obtener la superioridad de las fuerzas armadas. La correlación de fuerzas, por el contrario, se iba modificando lentamente, en favor de la contrarrevolución.

Siendo esta la situación, el Comité Revolucionario se preguntó si convendría continuar la defensa de Cantón, o bien, había que retroceder. Se decidió hacer salir de la ciudad las fuerzas armadas disponibles e intactas, abrirse paso en dirección de la insurrección campesina de Han Lu-fin. Por la mañana y en la jornada del 13 de diciembre, la ciudad roja fue evacuada por las fuerzas armadas de los insurgentes, unos 1.500 hombres, el resto del regimiento de instrucción y una parte de la Guardia Roja. Los destacamentos de la Guardia Roja que quedaron en Cantón se batieron hasta el último momento.

La retirada de este destacamento de 1.500 hombres tomó un carácter extremadamente precipitado. Los cañones, la mayor parte de las ametralladoras y de las municiones, se abandonaron en la ciudad.

La represión sangrienta ejercida por la contrarrevolución costó la vida a unos cuatro mil proletarios.

LECCIONES QUE SE DEDUCEN DE LA INSURRECCIÓN

Es menester que nos detengamos un poco en la cuestión esencial que se plantea a propósito de la insurrección de Cantón: ¿cuáles son las causas de su derrota, cuáles son las lecciones que el partido revolucionario debe deducir, llegado el momento de la organización y de la preparación de la toma del poder en el futuro?

Como se ha visto por la exposición de los preparativos y de la ejecución de la insurrección de Cantón, el Partido Comunista cometió graves errores en la organización y ejecución militar, errores que no podían por menos que tener un efecto desastroso en el resultado del combate. En pocas palabras, estos errores se reducen a lo siguiente:

El plan de insurrección no se había estudiado bastante a fondo; la dirección se mostró extremadamente débil. Esto se explica hasta cierto punto porque el miembro del Comité Revolucionario a quien incumbió la dirección de toda la parte militar llegó a Cantón solo seis horas antes de la insurrección y, por consiguiente, no pudo estudiar convenientemente la situación y sacar las conclusiones oportunas para las operaciones a emprender. Además, este camarada, aunque militar de profesión (Ye Tin era general), no tenía una preparación militar y llegó a Cantón solo seis horas antes de la insurrección proletaria en el interior de la ciudad. La carencia de un plan serio y de una buena dirección durante el movimiento explica el hecho de que el depósito de armas de Chan-Chui y el gran arsenal no fueran ocupados, que el servicio de reconocimiento y enlace no estuviese convenientemente organizado en el curso de combate, etc. Esto mismo explica también que no fueran aprovechados los soldados desarmados de los regimientos de infantería y artillería y del batallón de infantería.

Es indudable que los soldados de estas unidades desarmadas, después de un trabajo político rápidamente ejecutado y de una buena selección, hubieran podido utilizarse como combatientes activos al lado de los insurgentes. Pero, en lugar de esto, el dirigente militar, cuando se le llamó la atención acerca de dicha posibilidad, pidió la lista nominal de los soldados desarmados con la indicación de

sus opiniones políticas. Naturalmente, una manera tan burocrática de resolver el problema revolucionario en caso de insurrección no podía producir, y no produjo, nada positivo. El tiempo apremiaba, se gastó en papeles inútiles y, finalmente, los soldados de estas unidades quedaron inutilizados. Después se dispersaron pura y simplemente por la ciudad. Ahora bien, el grueso de los soldados en cuestión apenas se distinguía políticamente de los del regimiento de instrucción. Si hubiese sido de otra manera, no se hubieran dejado desarmar tan fácilmente por unas unidades insignificantes del regimiento de instrucción. La fermentación revolucionaria entre los soldados de los dos regimientos de infantería y artillería, como de las demás unidades de la guarnición de Cantón, era un hecho incontestable. Ello fue lo que permitió neutralizarlos tan rápidamente.

Por virtud de una mala dirección, no se repartieron convenientemente las misiones entre los diversos destacamentos rojos. Algunas unidades permanecieron completamente inutilizadas, como lo indica Ye Tin en su informe: una sección de gendarmes, la sección de guardia en el arsenal, dos secciones de estudiantes de la escuela de Wam-Pu. Estas unidades, que se consideraban adictas a la revolución, no recibieron, sin embargo, ninguna misión activa, permanecieron privadas de enlace con la dirección de la insurrección y estuvieron todo el tiempo inertes. Ahora bien, la falta de combatientes se hacía sentir intensamente.

Otro error grave de la dirección fue no haber utilizado al oficial de Estado Mayor comunista que se hallaba al comienzo de la insurrección en el Estado Mayor del Cuarto Cuerpo del Ejército. Este camarada, como se ha dicho anteriormente, no estaba informado de los planes del Comité Comunista de Cantón. Por supuesto, hubiera podido ejercer una gran influencia en favor del proletariado durante el curso de los acontecimientos. Pero para esto, habría sido necesario que estuviese al corriente y que recibiese misiones determinadas del Comité Revolucionario.

Al elaborar el plan de insurrección, la dirección *asignó insuficiente importancia a la liquidación de la «cabeza» de la contrarrevolución*. Durante toda la insurrección, los revolucionarios no lograron inutilizar

a los dirigentes activos de la reacción. Todos los dirigentes de la contrarrevolución (Chang Fa-ku y otros líderes del Kuomintang) se hallaban en Tun-Chang. Como, según el plan, la ocupación de Tun-Chang no se preveía para el comienzo de la intervención y se dejaba este objetivo para la segunda etapa, los jefes contrarrevolucionarios, como se ha dicho, se fugaron desde el principio, refugiándose en Honan y Hong Kong, desde donde, con plena seguridad, pudieron dirigir la lucha contra los insurgentes.

La no ocupación de Tun-Chang, la evasión permitida de la «cabeza» contrarrevolucionaria, son algunos de los errores más burdos de la dirección de la insurrección de Cantón.

En general, hay que observar que los insurgentes no desplegaron bastante energía en combatir a las personalidades contrarrevolucionarias. Por esto, Chao Luy escribe en su artículo «La insurrección de Cantón»:

> No nos hemos ocupado lo suficiente de inutilizar a los contrarrevolucionarios. Durante todo el tiempo que Cantón estuvo en manos de los insurgentes solo se mató a cien individuos. Todos los detenidos no se pudieron matar sino después de juicio en regla por la comisión de lucha contra los reaccionarios. En pleno combate, en plena insurrección, este procedimiento es demasiado lento. Por eso, después de la retirada se hallaban en las prisiones de 70 a 80 reaccionarios, que salieron entonces y tomaron parte en la represión. No nos ocupamos de ninguna manera de confiscar los bienes gubernamentales y las fortunas de los reaccionarios. El poder estuvo dos o tres día en nuestras manos, y los principales órganos dirigentes casi no tenían con qué comprar provisiones, en tanto que el Banco Central contenía varios millones en numerario, que quedaron intactos. Tampoco se tocó a los demás bancos ni a los almacenes[9].

He aquí un gran error más de la dirección: aunque, hacia el mediodía de la primera jornada, el centro de Cantón estuviese en manos de los insurgentes, la dirección no fue capaz de aislar al Estado Mayor del Cuarto Cuerpo del Ejército de las unidades que le estaban subordinadas.

9. *La Comuna de Cantón*, colección de artículos y documentos, Moscú, 1929, p. 96.

Todavía por la noche, este Estado Mayor mantenía el enlace con sus destacamentos fuera de la ciudad. Las relaciones telegráficas entre Cantón y Hong Kong no dejaron de funcionar en ningún momento.

Un hecho que tuvo una influencia desastrosa en la marcha del combate fue que las masas obreras no supieran servirse de las armas de fuego. De los treinta cañones conquistados al regimiento de artillería, solo cinco pudieron ser utilizados. Los demás siguieron inactivos porque los insurgentes no supieron servirse de ellos. Otro tanto puede decirse de las ametralladoras. Los insurgentes no hicieron uso de la mayor parte de las que tenían en su poder. No sabiendo manejar sus armas, e ignorando los principios elementales del combate, los destacamentos obreros sufrieron grandes pérdidas, infligiéndolas relativamente mínimas al adversario.

Los métodos del combate de barricadas no se aplicaron convenientemente. Sin embargo, desde el comienzo de la segunda jornada, los insurgentes ya se hallaban reducidos a la defensiva, la situación exigía el empleo de las barricadas, que hubieran podido asegurar ventajas de importancia. Los insurgentes consagraron fuerzas y atención muy excesivas al asalto de los Estados Mayores de las divisiones y del Cuarto Cuerpo del Ejército y de la casa de Li Tin-sings. En el momento en que la situación exigía operaciones rápidas y enérgicas para ocupar la totalidad de la ciudad y, ante todo, las posiciones contrarrevolucionarias de Tun-Chang, hubiera sido necesario más bien cerrar y aislar con el mínimo de fuerzas (privar de enlace, de luz, de agua, etc.) los Estados mayores en cuestión y dirigir el grueso de los efectivos hacia los objetivos más importantes en ese momento, a fin de crear una determinada ruptura de equilibrio en favor de la insurrección (por la ocupación de Tun-Chang, de los depósitos de armas, etc.).

Todos los defectos de táctica y organización mencionados anteriormente, la mala dirección y la incapacidad de los obreros para manejar las armas de fuego, ejercieron una acción negativa inmensa en todo el desarrollo del movimiento. *El problema fundamental de todo combate, y especialmente del combate en tiempo de insurrección,*

el de adquirir la superioridad de las fuerzas insurgentes sobre la contrarrevolución, debido principalmente a estos errores, no tuvo una solución favorable.

Después del asalto audaz y enérgico dado al principio a las antiguas autoridades, los insurgentes, a consecuencia de la correlación desfavorable de las fuerzas combatientes, se vieron obligados muy pronto a ponerse a la defensiva. La iniciativa del combate pasaba desde entonces al enemigo.

Hay que observar, además, que la muerte de Chian-Tai-Lai, uno de los dirigentes más enérgico y mejor dotado, muerto en la segunda jornada cuando volvía de un mitin, debilitó aún más esta dirección, ya defectuosa.

No obstante, a pesar de los efectos negativos considerables de los errores tácticos mencionados por nosotros, *no fueron, a nuestro parecer, las causas esenciales de la derrota*. Las causas principales y decisivas deben buscarse en otro terreno: la situación general en China y la correlación de fuerzas en la provincia de Cantón no eran favorables a la insurrección.

En Cantón pudieron hacerse dueños del poder (toda la ciudad no fue ocupada, sin embargo, puesto que Tun-Chang y la isla de Honan quedaron en manos del enemigo) gracias a la presencia de fuerzas contrarrevolucionarias insignificantes. Pero esto solo es cierto en Cantón. En el conjunto de la provincia de Cantón, la correlación de fuerzas era claramente desfavorable para los insurgentes. A una distancia de dos a cinco etapas de Cantón, en diferentes direcciones, se hallaban, aproximadamente, 50.000 hombres de los militaristas Chang Fa-ku, Li Tin-sings y otros generales subordinados, sin desacuerdos importantes entre ellos. El trabajo del partido en estas tropas, para desmoralizarlas y conquistarlas políticamente para la revolución, no había existido casi (por falta de hombres) y el grueso de los soldados ignoraba completamente las consignas comunistas. Esto permitió a Chang Fa-ku, después de comenzada la insurrección proletaria, que su ejército diera media vuelta y enviarlo a reprimir el movimiento. Li Fu-lin y Li Tin-sings hicieron lo mismo. Todo esto no

fue posible sino porque entre estos militaristas no había verdadera guerra sangrienta: pudieron así, sin la menor vacilación, llamar a sus tropas del frente y dirigirlas contra Cantón. Una vez comenzada contra la ciudad la ofensiva concéntrica de estos regimientos no desmoralizados y fieles al mando reaccionario, sostenidos material y políticamente por los imperialistas, estaba claro que Cantón no podía defenderse, *pues la superioridad de las fuerzas estaba, en enormes proporciones, al lado de la contrarrevolución*.

En el momento de la insurrección no había movimientos revolucionarios importantes entre los campesinos de las regiones próximas a Cantón. La región de Hai Lu-fin, donde se había proclamado el poder de los soviets en seis distritos, se encuentra a 250 kilómetros de Cantón, y por esta razón los campesinos sublevados no pudieron proporcionar a Cantón un sostén activo en el momento oportuno. Lo mismo puede decirse de la isla de Hainan, donde había un poderoso movimiento campesino, pero completamente aislado, de manera que no se podía esperar ningún auxilio de allí.

La insurrección de Cantón no fue sostenida por ninguna intervención de las masas proletarias ni de los campesinos revolucionarios de las demás provincias de China. El Comité Central del Partido Comunista no conoció a tiempo la decisión del Comité Provincial de Cantón de desencadenar el movimiento en Cantón el 11 de diciembre.

He ahí la situación política general y la correlación de fuerzas entre la revolución y la contrarrevolución en Cantón. Por lo que se refiere a la misma ciudad de Cantón, *había allí, sin duda alguna, un movimiento revolucionario de masas; en una y otra forma, la masas tomaron parte verdaderamente en el movimiento* (hay que rechazar con desprecio todos los razonamientos mencheviques que sostienen que las masas de Cantón no participaron en la sublevación, que esta última no fue más que un *putsch*) *y simpatizaron con la insurrección*. Pero, al lado de esto, existían fracciones del proletariado, como el sindicato de los mecánicos (y otros muchos sindicatos que agrupaban decenas de millares de miembros, situados bajo la influencia de los mecánicos), con más de 5.000 miembros, que no solo no sostuvieron

el movimiento, sino que, al contrario, fueron hostiles a él o, al menos, permanecieron como espectadores pasivos y neutrales del combate sangriento que se desarrollaba.

Los insurgentes *no estuvieron en condiciones de preparar y ejecutar la huelga general. Los ferroviarios y los marineros continuaron trabajando y fueron utilizados por la contrarrevolución para el transporte de las tropas, de los fugitivos de Cantón, etc*. Esto se refiere en particular a los obreros de los transportes fluviales. *La pequeña burguesía se sentía aún atraída por las ilusiones de la «izquierda» del Kuomintang y no comprendía nada de las consignas comunistas, ni de todo lo que pasaba en la ciudad*.

He aquí, por otra parte, cómo enjuicia un miembro del Comité Revolucionario de Cantón, el camarada Ye Ting, la actitud de las masas laboriosas respecto de la insurrección:

> Las grandes masas no participaron en la insurrección: dos grandes mítines dieron un resultado poco satisfactorio. Todas las tiendas estaban cerradas y los dependientes no manifestaban deseo alguno de sostenernos. No supimos emplear útilmente a todos nuestros camaradas y, por consiguiente, no es nada sorprendente que los obreros se encontraran muy mal organizados. La mayoría de los soldados desarmados se dispersaron por la ciudad. No se relacionó la insurrección con los desórdenes de los ferroviarios de tres líneas. Los reaccionarios todavía pudieron utilizar la línea de Cantón-Hankeu. No concedimos la atención necesaria a la flota, que quedó en manos del enemigo. Nuestro partido no hizo lo que debía para sostener las organizaciones de base de los obreros. Los destacamentos armados del sindicato de mecánicos, con brazal blanco, perseguían a sus hermanos rojos y los fusilaban. Los obreros de las centrales eléctricas apagaron la luz de la calle, y tuvimos que trabajar en la tinieblas. Los obreros de Cantón y de Hong Kong, así como los marineros, bajo la presión de los imperialistas ingleses, no se atrevieron a unirse a los combatientes. Los marineros de la línea Hong Kong-Tien-Sin, en semejante situación, se declararon, sin embargo, en huelga, y triunfaron. En cuanto a los de los transportes fluviales, se pusieron vergonzosamente al servicio de los blancos, ayudándoles a pasar el río, mientras que nosotros ni siquiera podíamos tener algunas embarcaciones. Los ferroviarios de Hong Kong y de Hanken transmitían los telegramas del enemigo y transportaban sus

soldados. Los campesinos no nos ayudaron a destruir la vía férrea y no intentaron impedir que el enemigo atacase Cantón. Los obreros de Hong Kong no manifestaron la menor simpatía por a insurrección[10].

Aunque Ye Ting, a nuestro juicio, no estima en su justo valor la participación de las masas en la insurrección, estamos de acuerdo con él, sin embargo, en el conjunto. Es evidente que esta participación insuficiente de las masas proletarias se explica por la carencia de una buena dirección. Los dirigentes no supieron tomar las medidas necesarias para hacer colaborar a los obreros en la lucha activa. Pero otra cosa es no menos evidente: no existían en Cantón, en grado suficiente, las condiciones indispensables de orden social, sin las cuales es imposible la victoria de la insurrección armada.

La insurrección de Cantón, tentativa heroica del proletariado para organizar el poder de los soviets en China, ha jugado un papel inmenso en el desarrollo de la revolución obrera y campesina. Con todo, ha revelado diversos errores de dirección: la insuficiencia del trabajo preparatorio entre los obreros y campesinos, así como en el ejército enemigo. Insuficiencia de atención manifestada respecto a los obreros, miembros de los sindicatos amarillos; insuficiencia de preparación en la organización misma del partido y de las juventudes; falta de información del Comité Central sobre los acontecimientos de Cantón; debilidad de la movilización política de las masas (ni gran huelga política ni soviet elegido como órgano de la insurrección). De todo esto son responsables, en parte, los dirigentes inmediatos, responsables políticamente ante la Internacional Comunista (el camarada N.[11] y otros). A pesar de estos errores de dirección, la insurrección de Cantón debe considerarse como un modelo de heroísmo de los obreros chinos, que pueden aspirar legítimamente a la misión histórica de guías de la gran revolución china[12].

Con esta apreciación se han solidarizado plenamente el VI Congreso del Partido Comunista de China y el VI Congreso de la

10. Informe de Ye Ting sobre la insurrección de Cantón.

11. Se trata, probablemente, de Heinz Neumann, que, junto a Lominadzé, representó a la Internacional Comunista en la insurrección de Cantón. (N.d.E.)

12. *Resolución sobre la cuestión china,* adoptada por la IX sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (1928).

Internacional Comunista.

El hecho nuevo aportado por estos dos congresos fue que los combates de Cantón se consideraron como «un combate de retaguardia del proletariado chino en el periodo transcurrido de la revolución china». La insurrección de Cantón estalló en un momento en que la ola revolucionaria en China estaba ya en el declive descendente.

> La ola revolucionaria declinaba ya. En una serie de insurrecciones (insurrección de Ho-Lung y Ye-Ting, sublevaciones campesinas de Honan, Hupé, Cantón y Kiang-Su), la clase obrera y los campesinos intentaron arrancar el poder a los imperialistas, a la burguesía y a los propietarios agrarios e impedir así la derrota de la revolución. No tuvieron éxito. La última manifestación poderosa de esta ola revolucionaria fue la insurrección del heroico proletariado de Cantón, que, con la consigna de los soviets, intentó ligar la revolución agraria al derrocamiento del Kuomintang y a la instauración de la dictadura del proletariado y de los campesinos[13].

Esta apreciación de la insurrección de Cantón como un combate de retaguardia del proletariado chino tiene una importancia de principio extremadamente considerable. Por ella, la Internacional Comunista señala la causa esencial de la derrota.

Si juzgamos los errores militares y políticos cometidos durante la preparación y ejecución de la insurrección a la luz de la situación política general del país y, en particular, de Cantón y su provincía, comprenderemos que estos errores no podían tener influencia decisiva en el desenlace del combate.

La insurrección de Cantón fue aplastada por las fuerzas superiores y coaligadas de la reacción: militaristas, burguesía, imperialistas, etc. Los obreros de Cantón dieron pruebas de un heroísmo incomparable. El proletariado de Cantón y las clases trabajadoras de toda China deducirán de los errores y de los actos positivos de la Comuna de Cantón las lecciones oportunas. Para todos

13. *Tesis y resoluciones del VI Congreso,* pp. 160-161. «Tesis sobre el movimiento revolucionario en las colonias y semicolonias».

los trabajadores de China, los decretos del nuevo gobierno de Cantón tendrán un alcance inmenso: nacionalización del suelo, confiscación de las grandes empresas, de los medios de transporte, de los bancos, jornada de ocho horas, exterminación física de la contrarrevolución, reconocimiento de los sindicatos como órganos autorizados de la clase obrera, supresión de los ejércitos mercenarios, guerra encarnizada contra los imperialistas, campaña contra las guerras militaristas, etc. Por estos decretos, los trabajadores de China han podido ver que no se trataba de transferir el poder a un grupo determinado, de una clase dirigente a otra, sino de transformar radicalmente todo el régimen social, dando todo el poder a las clases laboriosas. Ahí reside el valor universal de la insurrección de Cantón.

Pero la importancia de esta insurrección sería aún más grande si su dirección no hubiese cometido los crasos errores que se han mencionado anteriormente. Estos errores eran evitables.

En efecto, si la dirección de la insurrección hubiese tenido un plan bien estudiado y lo hubiese puesto en práctica exactamente, la lucha habría alcanzado un carácter sensiblemente diferente. La ocupación del depósito de armas y del gran arsenal habría permitido a los insurgentes elevar sus fuerzas armadas a 10.000 hombres aproximadamente. Estas fuerzas habrían podido acrecentarse aún por la buena utilización de los soldados prisioneros de las unidades desarmadas de la guarnición y la de las unidades revolucionarias, que en ningún momento fueron llamadas a tomar parte en la lucha. Todo esto junto, con los obreros y soldados realmente pertrechados de armas, habría formado un ejército revolucionario de más de 20.000 hombres. Con este ejército, sin duda inferior aún en número, en preparación militar y en armamento a los 50.000 hombres de los militaristas, con una buena dirección militar y política, se habría podido combatir con más éxito la contrarrevolución que con las fuerzas insignificantes de que dispuso el Comité Revolucionario.

Con esto no queremos decir, naturalmente, que los 20.000 o 25.000 hombres del ejército revolucionario, en las condiciones en que se produjo la insurrección de Cantón, hubieran podido sostener una lucha prolongada contra la reacción. La superioridad de fuerzas del

enemigo era, así y todo, enorme. La victoria final de estos 20.000 o 25.000 combatientes era imposible, a menos que los elementos decisivos del proletariado de Cantón los sostuvieran activamente por las armas (si el partido hubiese sabido hacerles participar en la lucha activa), a menos que la población campesina, en el camino de las tropas militaristas que venían de la provincia contra Cantón, hubiera estado en condiciones, por una intervención en masa o, al menos, por acciones de partisanos, de desviar la atención de una parte, cuando menos, de estas tropas. Habría sido necesario, en fin, que, en estos ejércitos militaristas, hubiera, por lo menos, algunos signos de descomposición. En tal caso, la insurrección de Cantón, como combate de retaguardia de la revolución china en 1927, habría podido servir de punto de partida a un nuevo impulso revolucionario.

La insurrección de Cantón ha demostrado a los obreros chinos que *la insurrección armada no puede triunfar sino en el caso en que se prepara cuidadosamente, cuando no se cometen crasos errores militares y políticos, cuando las masas proletarias en general son arrastradas al movimiento, así como los soldados de los ejércitos militaristas*.

La lección de Cantón no se perderá para los obreros chinos.

> La insurrección de Cantón es comprendida por los obreros como un ejemplo de gran heroísmo de los obreros chinos. Que la próxima sublevación de las grandes masas obreras y campesinas, organizada sobre la base de los principios leninistas verdaderos y justamente aplicados, apoyada por el proletariado internacional, sea el Octubre victorioso de China[14].

14. *Tesis y resoluciones del VI Congreso,* p. 222, «Llamamiento en pro de la revolución china».

6 LAS INSURRECCIONES DE SHANGHAI

Las tres insurrecciones de Shanghai, cuyo breve relato es objeto del presente capítulo, se han producido en condiciones que *difieren* de los casos examinados anteriormente.

En primer lugar, el Partido Comunista de China, en esta época, *formaba aún bloque con el Kuomintang*, según las decisiones absolutamente justas de la Internacional Comunista. Combatía juntamente con él a los feudales, a los militaristas semifeudales y al imperialismo extranjero. La burguesía nacional era aún revolucionaria y luchaba por la emancipación nacional y por la unión de China bajo la hegemonía de la burguesía.

Indudablemente, la burguesía nacional, en la época de la tercera insurrección, se había ya, en su mayor parte, pasado prácticamente al campo de la reacción. Pero este cambio de actitud no había sido suficientemente comprendido por la dirección del Partido Comunista, y, como vamos a ver, toda su táctica siguió basándose sobre una alianza estrecha con el Kuomintang.

En segundo lugar, estas tres insurrecciones *fueron preparadas y ejecutadas con esta consigna: ayudar a las tropas de la revolución nacional*, en guerra (campaña del ejército revolucionario hacia el Norte) con los militaristas del norte (Chang So-lin, Chun Shuang-fang, Chang Siun-chan, etc.). El principal factor táctico, en las tres insurrecciones, era el deseo de combinar las acciones revolucionarias en la retaguardia de las tropas enemigas con la ofensiva directa del Ejército Nacional.

Estas dos particularidades han señalado con su huella la preparación y la organización de las insurrecciones de Shanghai.

La primera (24 de octubre de 1926) no puede realmente calificarse de insurrección en el verdadero sentido de la palabra, pues se redujo a pequeñas escaramuzas entre los destacamentos de la organización de combate y la policía. Pero la situación del momento y las decisiones del Partido Comunista, tendentes a la preparación de una verdadera insurrección armada, merecen que nos detengamos en ello.

LA INSURRECCIÓN DEL 24 DE OCTUBRE DE 1926

En octubre de 1926, en Shanghai y en el frente, en la provincia de Che Kang, la situación era la siguiente. Después de la derrota de Wu Pei-fu, ante Utchang, el 10 de octubre, el mando de la expedición del norte (Chang Kai-chek) había movilizado sus principales fuerzas sobre la provincia de Chan. Si contra el ejército de Sun Chuan-fan. Podía suponerse que este último no resistiría al Ejército Nacional del Sur. El general Sia Chao, gobernador de la provincia, deseando destacarse ante su nuevo dueño, el comandante del Ejército Nacional, para asegurarse, después de la victoria de este último sobre Su Chuan-fan, una buena plaza junto al nuevo gobierno, decidió sublevarse contra Sun Chuan-fan, y para eso se entendió con el general Niu Yun-sian, representante del gobierno nacional y miembro de la derecha del Kuomintang, que se encontraba entonces en Shanghai. Este último había llegado recientemente en calidad de representante del buró político del Kuomintang, nuevamente organizado en la región, a fin de trabajar en la movilización de las fuerzas de Shanghai, en la desorganización de la retaguardia de Sun Chuan-fan y, en fin, para organizar un levantamiento en Shanghai en caso de que las tropas del Sur se aproximaran lo suficiente. Este proyecto coincidía con la línea adoptada por el Partido Comunista. Desde antes de la decisión de Sia Chao, en los dirigentes comunistas existía la opinión de que el proletariado de Shanghai, en caso de derrota de Sun Chuan-fan y de reconocimiento del gobierno nacional por Sia Chao, debía levantarse en provecho de este último y ayudarle

a adueñarse de la ciudad. El Partido Comunista reconocía al mismo tiempo, que además de la clase obrera, era preciso, en la medida de lo posible, arrastrar al movimiento a la pequeña burguesía y a los estudiantes.

La actitud combativa del proletariado de Shanghai, en presencia de las victorias del ejército nacional y de las dificultades de Sun Chuan-fan, se manifestaba cada vez más claramente. La influencia del Partido Comunista era considerable. Tenía razones para esperar que si lanzaba la consigna de huelga general y de insurrección, el grueso del proletariado le obedecería.

Niu Yun-sian había agrupado a su alrededor no solo a la pequeña burguesía, sino hasta a una parte de la burguesía media (Yu Kho-de, expresidente de la Cámara de Comercio, etc.). Además logró poner a su lado a una parte del lumpenproletariado.

El Partido Comunista pudo constituir una fuerza armada de 130 obreros y organizar aproximadamente 2.000 hombres en equipos de combate, pero sin armas. Niu Yun-sian tenía un destacamento de 600 hombres aproximadamente, reclutados principalmente entre el lumpenproletariado. No se había atrevido a enrolar a los obreros ni a distribuirles armas. Yu Kho-de disponía aproximadamente de 500 hombres de milicia mercante (los acontecimientos demostraron que tenía muchos menos, en realidad). Todos estos destacamentos componían conjuntamente la fuerza armada de la insurrección esperada.

No había plan de conjunto ni había tampoco dirigente general; ninguno de los que formaban parte de la coalición (Partido Comunista, Niu Yun-sian y Yu Kho-de, representante de los comerciantes) quería subordinar sus fuerzas a las de otra agrupación. Cada grupo decidió operar independientemente, pero la fecha de entrada en acción debía fijarse, de común acuerdo (es singular que el Partido Comunista haya aceptado semejante compromiso), por el representante del gobierno nacional, Niu Yun-sian.

Según el plan del Partido Comunista (los comerciantes y Niu Yun-

sian no tenían ningún plan), la instrucción debía comenzar con la huelga de los marinos, de los metalúrgicos, de los obreros municipales del agua y de la electricidad, y después de los obreros del textil. Se contaba con que tomarían parte en la huelga más de 100.000 hombres.

Las fuerzas de Sun Chuan-fan en Shanghai comprendían: un batallón de infantería (1.000 hombres aproximadamente), más de 2.000 hombres de policía, dos cañoneros de río (uno de los cuales estaba con Niu Yun-sian) y la brigada 76 (muy poco segura) con su general Li Bao-chan, acantonada a dos etapas de Shanghai, en la orilla septentrional del Yangtsé.

Tal era la correlación de las fuerzas armadas organizadas. El 16 de octubre, el general Sia Chao, que tenía 10.000 hombres aproximadamente, anunció su paso al lado del gobierno nacional. El 17 de octubre (no se comprende por qué Sia Chao no dirigió todas sus fuerzas contra Shanghai, medida precisamente dictada por su situación), envió un regimiento para ocupar Shanghai y, hacia el anochecer del mismo día, este regimiento se encontraba a 15 kilómetros de la ciudad.

Mientras tanto, entraban en Shanghai las vanguardias de la brigada 76, enviadas por Sun Chuan-fan antes de que se pusiera en marcha el regimiento de Sia Chao, para reforzar la guarnición. El mismo día, las unidades de Sun Chuan-fan presentaron combate contra las de Sia Chao y retrasaron el avance de estas últimas sobre Shanghai.

Éste era para el proletariado el momento más favorable para el ataque. Pero sus dirigentes seguían juzgándose insuficientemente preparados. El 20 de octubre, los equipos comunistas y los destacamentos de Niu Yun-sian estaban más o menos prestos para obrar, pero la situación de Sia Chao en el frente era mala. En Shanghai no se tenían informes seguros sobre el frente. La fecha de la insurrección era aplazada de día en día. El 23 de octubre por la mañana, Niu Tun-sian recibió la noticia, no confirmada, de que Sun Chuan-fan había sido derrotado por Sia Chao. Sobre la fe en esta

noticia dio orden de comenzar la insurrección en la noche del 23 al 24, a las tres de la mañana.

En realidad, en este momento, las tropas de Sia Chao habían sido derrotadas por Sun Chuan-fan.

Por falta de plan y de dirección (la acción debía comenzar al oírse un cañonazo de un cañonero que, a su vez, debía seguir a un cohete lanzado desde la casa de Niu Yun-sian: el cohete fue lanzado en el momento deseado, pero el cañonero no lo advirtió, y no disparó), *la insurrección no se llevó a efecto*, a excepción de pequeñas escaramuzas con la policía. Hacia las cinco de la mañana, el Partido Comunista dio a sus equipos orden de aplazar el movimiento hasta más tarde. Esta experiencia no costó al partido casi ninguna pérdida.

La causa *principal* del fracaso, sin hablar de los diversos errores de organización, como la falta de plan y dirección, la mala información sobre la situación del frente y, como consecuencia, la falta de concordia entre las operaciones de las tropas y las del proletariado, consiste en que *el Partido Comunista, en esta época, contaba demasiado con Niu Yun-sian, le había confiado, en realidad, la dirección de la insurrección (la fecha la había dado Niu Yun-sian), había renunciado voluntariamente a toda política independiente durante la preparación y la ejecución del movimiento, en una palabra, se arrastraba a remolque del Kuomintang*. Por esta razón, el partido no había hecho casi ninguna preparación seria para la insurrección en el proletariado. No podía hacerla, puesto que se había colocado él mismo bajo la dependencia de Niu Yun-sian. Y, sin embargo, tenía todas las razones para tomar la dirección y utilizar a Niu Yun-sian y a los comerciantes como fuerzas auxiliares.

El momento favorable para la insurrección (el 17 de octubre, cuando Sia Chao se hallaba a quince kilómetros de Shanghai) no había sido aprovechado. El partido había aceptado las razones de Niu Yun-sian, que pretendía que no se estaba preparado para obrar, y, sin embargo, la correlación de las fuerzas en Shanghai era tal que, si el Partido Comunista hubiese llamado al proletariado a la huelga general, este último hubiese respondido con toda seguridad en gran mayoría a

esta llamada, pues la ayuda a las tropas nacionales era una consigna comprensible para toda la población. La intervención del proletariado podía decidir el combate a favor de los insurgentes y de Sia Chao, incluso con una organización material imperfecta. Aquí, el Partido Comunista *subestimó manifiestamente la importancia de la huelga y sobrestimó el factor puramente militar* (agrupación de los equipos). No contó con que las tropas de Sia Chao, mientras se agrupaban las fuerzas armadas en el interior de Shanghai, podían sufrir una derrota y, como consecuencia, podía modificarse la situación radicalmente en detrimento de la revolución. No comprendió que, en casos semejantes (acciones combinadas del proletariado en la retaguardia del enemigo y de un ejército que avanzaba sobre el frente), el factor decisivo es siempre el ejército, y que el proletariado debe regular sus operaciones sobre él. No era, pues, permisible retrasar la insurrección por razones técnicas y materiales de orden interior. Por el contrario, era necesario, a la menor posibilidad, tomar las armas y asegurar así el éxito en el frente.

La explicación de las causas del fracaso sería incompleta y superficial, si no nos detuviésemos aún sobre otro factor, que es la táctica del Partido Comunista con respecto al Kuomintang y su concepción del papel del proletariado en la revolución china. Solo a la luz de esta pregunta se comprenderá por qué la dirección del partido, en Shanghai, se puso a remolque del Kuomintang, consintió que la fecha de la insurrección fuese fijada por un miembro de la derecha del Kuomintang como Niu Yun-sian y renunció, en fin, a toda política propia en el problema de la insurrección.

La dirección del Partido Comunista *subestimó el papel del proletariado chino en la revolución*. Juzgó que este proletariado no era aún bastante fuerte políticamente para conquistar la hegemonía en la revolución nacional democrática. Si, de palabra, algunos líderes del partido admitían la necesidad de combatir para asegurar al proletariado el papel director en la revolución, esto no era más que una frase: no se hacía ningún esfuerzo para ello.

Desde el momento en que una concepción semejante sobre el papel del proletariado reinaba en los medios dirigentes del partido, la

conclusión era clara: el papel dirigente en la revolución democrática debía pertenecer al Kuomintang: el proletariado y su vanguardia debían regular su técnica sobre la del Kuomintang, elevar reivindicaciones que no contradijesen la política del Kuomintang, ir a remolque del Kuomintang. Así es cómo comprendía la dirección del partido las directrices de la Internacional Comunista sobre el bloque temporal del Partido Comunista con el Kuomintang en la revolución democrática.

La dirección del partido no se planteaba la cuestión de la posible traición de la burguesía china a la revolución democrática, sobreestimaba el espíritu revolucionario de esta burguesía.

Estas proposiciones se confirman con el examen de la política del partido en cualquier cuestión en la época de la primera insurrección. «El seguidismo, esto es lo que caracteriza a la dirección del partido en esta época», escribe Yang Sao-cheng, participante en los acontecimientos de Shanghai[1].

Este seguidismo, esta subordinación del Partido Comunista a la política del Kuomintang, no caracteriza únicamente el periodo de la primera insurrección, sino que también caracteriza, ampliamente, el periodo siguiente, hasta la conferencia extraordinaria del mes de agosto de 1927, que reemplazó a la antigua dirección oportunista.

Las causas arriba indicadas del fracaso de la primera insurrección no pudieron producirse más que porque la dirección del Partido Comunista de China tomó una orientación falsa ante este problema: ¿quién debe jugar el papel dirigente en la revolución: el Kuomintang o el Partido Comunista? Hizo bien conservando el bloque con el Kuomintang y combatiendo con él por las consignas de la revolución nacional. Pero era necesario no perder de vista ni un solo instante que el Kuomintang podía y hasta debía traicionar fatalmente la revolución, y era preciso reivindicar sin descanso el derecho del Partido Comunista a tener su política propia en la revolución nacional democrática. Era necesario tener siempre presente que los objetivos

1. Yang Sao-cheng, «Los acontecimientos de Shanghai en la primavera de 1927», en *Materiales sobre la cuestión china,* nº 13, publicados por la Universidad de los trabajadores de China.

de la revolución nacional democrática, en China como en todas partes, no pueden conseguirse completamente más que por la revolución proletaria.

LA SEGUNDA INSURRECCIÓN DE SHANGHAI (22 DE FEBRERO DE 1927)

Después de una cierta suspensión de las operaciones sobre el frente (después de la derrota de Sun Chuan-fan en la provincia del Chan-Si), la ofensiva del ejército nacional se reanudó en febrero, teniendo como objetivo el aplastamiento definitivo de Sun Chuan-fan. El 17 de febrero, las tropas nacionales (general Bai Sun-chi) ocuparon Hankeu, y el 18 la estación de Kiahing, a sesenta kilómetros al Sur de Shanghai.

El Comité Central del Partido Comunista, viendo la situación favorable en el frente, tomó, después de larga discusión, una decisión según la cual la huelga general debía declararse en Shanghai y organizarse un levantamiento armado para el caso en que las tropas del sur se aproximasen a unos treinta kilómetros de Shanghai (hacia la estación de Sung-Kiang). A diferencia de la primera insurrección, la dirección del partido reconocía esta vez la necesidad de manifestar más iniciativa e independencia en la preparación y ejecución del movimiento.

No obstante, desde el 18 de febrero por la noche, una reunión de los militantes sindicales activos de Shanghai, estimando, bajo la impresión de las victorias del sur en el frente de Shanghai, que Sun Chuan-fan estaba definitivamente aplastado, decidió por unanimidad declarar inmediatamente la huelga general y llamar a los obreros a la insurrección. El representante del Comité Central comunista, que asistía a esta reunión, se vio obligado a sumarse a la decisión. La huelga fue declarada y comenzó el 19 de febrero. El 20 alcanzó su punto máximo, con más de 200.000 obreros organizados en huelga.

La correlación de las fuerzas armadas en la ciudad era la siguiente: el Partido Comunista tenía 130 hombres armados de

revólveres y máusers, y 3.000 aproximadamente sin armas. Además, gracias al trabajo hecho en la flota, gozaba de una influencia enorme entre los marineros. De los cuatro cañoneros que se hallaban en el río Wampu, el partido podía contar enteramente con uno, pero poseía células en los demás, así que tenía motivos para suponer que con circunstancias favorables en el curso de la insurrección, los otros tres pasarían al lado de la revolución. El partido no disponía de otras fuerzas armadas. Niu Yun-sian había visto dispersarse a sus hombres después de la primera insurrección y había perdido al mismo tiempo las armas que les habían sido distribuidas. Yu Kho-de no tenía nada tampoco.

El problema de los dirigentes militares se presentaba bastante mal. Eran muy poco numerosos y aquéllos de que disponía el partido habían sido nombrados justamente la víspera del movimiento, y por esta razón no habían podido trabar conocimiento con sus hombres ni estudiar la ciudad y los diversos objetivos tácticos. Esta circunstancia iba a tener consecuencias negativas en la marcha del movimiento.

Las autoridades de Sun Chuan-fan en Shanghai disponían, el 19 de febrero, de 500 soldados y 2.000 policías. El resto de sus fuerzas se hallaba en el frente. Por lo tanto, la correlación de fuerzas en la ciudad era, esta vez, más favorable que durante la primera tentativa en octubre de 1926.

Los acontecimientos se desarrollaban con extraordinaria rapidez; la huelga general había sido declarada por otros, y el Comité Central se encontró frente al hecho consumado: excepto uno de sus miembros, no había conocido la decisión de los militantes sindicales hasta el 19 de febrero al mediodía, en el momento en que la huelga había comenzado ya, y por esta causa había tenido que examinar a toda prisa una serie de cuestiones relacionadas con la próxima insurrección (como la formación del gobierno, etcétera), y, en general, había tenido que tomar diversas medidas para la preparación de la insurrección. Toda la jornada del 19 de febrero transcurrió en preparativos de este género y en discusiones. El partido, en su conjunto, y en particular en su dirección, no estaba de ninguna manera preparado para la insurrección.

El 20 de febrero se vio que el ataque del Sur sobre Shanghai estaba suspendido y que el ejército esperaba refuerzos. Los representantes de Sun Chuan-fan, teniendo presente esta circunstancia, comenzaron a emplear el terror sobre los huelguistas. Se torturó a algunos de ellos. Sun-Chuan-Fan publicó un manifiesto en el que calificaba a cada huelguista de traidor, merecedor de la pena de muerte.

La suspensión de la ofensiva del Sur y el terror desencadenado sobre los huelguistas plantearon ante la dirección del partido un nuevo problema: ¿interrumpir la huelga o continuarla con la perspectiva de transformarla en levantamiento armado? Tres opiniones se abrieron paso: una, por acabarla; otra, por la continuación de la huelga y la organización de la insurrección hasta la toma del poder en Shanghai; la tercera quería la continuación de la huelga sin organizar la insurrección.

En fin, después de largos debates, se decidió continuar la huelga y fijar la insurrección para el 21 de febrero, a las seis de la tarde. A pesar de todo, la insurrección no se realizó, porque la señal que debía desencadenarla no se dio. El movimiento debía comenzar después de un disparo realizado desde un cañonero. El disparo no se hizo por ciertas razones materiales. Los grupos se dispersaron. Más tarde, la dirección del partido sancionó el hecho.

Todo esto abatió la moral de los miembros de los grupos e influyó negativamente en los acontecimientos que siguieron.

La insurrección se fijó, por segunda vez, para el 22 de febrero, a las seis de la tarde. Sin embargo, las circunstancias habían cambiado sensiblemente en favor de Sun Chuan-fan. Dueño de una posición relativamente estable en el frente (las tropas del Sur habían suspendido su ofensiva), se dedicó a reprimir cada vez más duramente el movimiento huelguista y a multiplicar las ejecuciones de obreros. Como los comunistas no habían logrado arrastrar a la huelga a los ferroviarios, transportó rápidamente a Shanghai un batallón de infantería para reforzar la guarnición. El 21 de febrero, ya no había más que unos cien mil obreros en huelga; los demás, bajo la influencia

del terror, habían reanudado el trabajo.

El plan de insurrección determinaba que un cañonero abriría el fuego a las seis en punto contra el arsenal, los cuarteles, el Estado Mayor del comandante de la guarnición (general Li Bao-chan) y el grupo de casas de los funcionarios gubernamentales.

En este mismo momento, en los barrios, los grupos desarmarían a la policía y se apoderarían de las administraciones; los que no estuviesen armados, y todos los obreros, tomarían la armas conquistadas.

Además, desde el comienzo del bombardeo, un destacamento de cien obreros debería dirigirse hacia el cañonero para tomar allí setenta fusiles prometidos por los marinos.

La insurrección comenzó a la hora señalada. Los cuatro cañoneros rompieron el fuego primero contra el arsenal, después de que éste izara la bandera blanca en señal de rendición, sobre los cuarteles, la estación y el Estado Mayor del comandante de la guarnición. Estuvieron disparando dos horas y media sin interrupción.

La empresa de los grupos que debían tomar los setenta fusiles fracasó, porque la embarcación que debía transportarlos junto al cañonero no llegó a tiempo. Así que los objetivos que habían sido conquistados por el fuego de la artillería no pudieron ser realizados de manera efectiva.

En la parte sur de Shanghai, los insurgentes tuvieron un completo éxito. En Putung (uno de los barrios obreros), después de un corto combate contra la policía, superior en número, los grupos se dispersaron. Chapei (el mayor centro obrero al norte de la ciudad) no participó en el movimiento, porque los miembros de sus grupos no oyeron los cañonazos (el norte y el sur de Shanghai estaban separados por la concesión francesa y el barrio internacional, o sea una distancia de 10 kilómetros aproximadamente). Después de haber esperado algún tiempo la señal se dispersaron.

En presencia de esta situación (el sur sin apoyo del norte, la

huelga disminuyendo, el fracaso de Putung) la dirección de la insurrección decidió, en la noche del 22 al 23, dar la orden de cesar el combate.

Las causas del fracaso son claras.

Por una parte, el movimiento se había visto influenciado desfavorablemente por las causas de orden técnico ya mencionadas: retraso de la embarcación que debía permitir recibir los setenta fusiles, de donde la imposibilidad de desarrollar el éxito obtenido por los cañoneros; la señal del comienzo de la insurrección sin hora fija, sino por medio de una señal aleatoria, lo que produjo la inacción de Chapei; falta de buena dirección y de enlace entre el Estado Mayor de la insurrección y los barrios. Aunque Chapei no hubiese oído la señal aleatoria y no hubiese entrado en línea, el deber de la dirección era, después de comenzado el movimiento en los demás barrios, hacerle llegar, aunque fuera con retraso, la orden de acción. La información sobre la situación en el frente era insuficiente. El enlace entre los barrios y la insurrección era débil.

Una de las causas esenciales del fracaso de la insurrección fue ciertamente que *había sido organizada en el momento en que el movimiento revolucionario de las masas no era ya creciente, sino descendente. La hora favorable había pasado. Esta hora era el 20 de febrero*. Eso no podía por menos que tener una influencia decisiva sobre el resultado de la insurrección. Habría sido infinitamente más justo que el partido, contando con la situación en Shanghai, hubiese llamado a las masas a la insurrección en la jornada del 20 de febrero. Por una parte, se tenía el apogeo de la moral del proletariado; por otra parte, el partido debía responder a los suplicios infligidos por Sun Chuan-fan a los huelguistas, con actos más categóricos que la huelga, con la insurrección. La correlación real de las fuerzas, por otra parte, parecía aconsejar también esta solución.

Hay una pregunta que conviene hacer aquí: el hecho de que las autoridades de Sun-Chuan-Fan hubiesen logrado desorganizar el movimiento de masas y obligado a la mitad de los huelguistas a reanudar al punto el trabajo, ¿no nos debe hacer suponer que

las disposiciones combativas del proletariado de Shanghai no eran suficientes para una acción decisiva? Es difícil dar una respuesta categórica, pero hay que plantear la cuestión. Esta suposición es muy verosímil. *El partido, como se ha indicado más arriba, carecía absolutamente de preparación, no había hecho en las masas una agitación suficientemente amplia en favor de la insurrección, no fue capaz de arrastrar a la huelga a los ferroviarios ni a las demás categorías de la clase obrera*.

Por otra parte, la detención de la ofensiva del ejército nacional, precisamente los días 19 y 20 de febrero y siguientes, no podía dejar de afectar la moral del proletariado.

LA TERCERA INSURRECCIÓN DEL SHANGHAI (21 DE MARZO DE 1927)

La insurrección del 21 de marzo de 1927, con acción combinada del ejército y del proletariado revolucionario en la retaguardia del enemigo y un bloque del Partido Comunista con el Kuomintang, es un ejemplo clásico a la vez en cuanto a la organización y a la elección del momento y en cuanto a la dirección y ejecución técnica. La experiencia de octubre de 1926 y de febrero de 1927 fue perfectamente aprovechada. En esta insurrección, el proletariado de Shanghai obró como verdadero guía del bloque que existía entonces de las cuatro fuerzas coligadas (proletariado, burguesía, campesinos, clase pobre de la ciudad). *La insurrección fue preparada y ejecutada principalmente por el proletariado*: la burguesía, que en las dos primeras insurrecciones había desempeñado un papel considerable y hasta dominante en la primera, fue utilizada, esta vez, simplemente como fuerza auxiliar. En aquellas condiciones, esto era un enorme progreso.

Inmediatamente después de la derrota del 22 de febrero, el Comité Central del Partido Comunista dio a las diversas organizaciones la directiva de estudiar las causas del fracaso de los dos movimientos precedentes, sacar de este estudio las lecciones necesarias y prepararse activamente para una nueva insurrección. La

situación en el frente era tal que la organización de esta insurrección podía convertirse en un plazo muy breve en una necesidad práctica.

A pesar del fracaso del proletariado el 22 de febrero, Sun Chuan-fan no se había atrevido a prolongar el terror inaugurado en el momento de la huelga. El Partido Comunista se aprovechó muy hábilmente de ello para prepararse para nuevos combates decisivos.

Entre la segunda y tercera insurrección, la preparación militar puede resumirse así:

1) El Comité Central del Partido Comunista decide aumentar el número de integrantes de los grupos de 2.000 a 5.000. Esta tarea fue perfectamente ejecutada por la dirección militar en un lapso de tiempo muy corto.

2) Se hizo el censo del mando de los equipos de combate y se nombró a nuevos jefes. Poco antes de la insurrección del 21 de marzo, todos los equipos estaban ya dotados de un jefe para cada 20 o 30 hombres.

3) Se realizó un trabajo intenso para dar instrucción militar a los miembros de los equipos y, sobre todo, a sus jefes. Los ejercicios, tanto para los segundos como para los primeros, se realizaban con regularidad.

4) Se constituyó un Estado Mayor flexible y activo, destinado a dirigir las operaciones en el curso de la insurrección. Al lado de este Estado Mayor se formó un destacamento especial de enlace y otro de exploradores.

5) Se concedió una gran importancia al estudio de la ciudad desde el punto de vista táctico. Cada jefe debía conocer perfectamente su barrio y, a grandes rasgos por lo menos, el conjunto de la ciudad. Debía apreciar, desde el punto de vista táctico, cada edificio de los que serían ocupados durante la insurrección, cada calle, etc. Para esto, los jefes y los miembros de los equipos hacían un reconocimiento personal

de los objetivos destinados a ser ocupados, estudiaban sus accesos, preveían los emplazamientos de las barricadas en el caso en que fuera obligado recurrir a la defensa, examinaban hasta los tejados de las casas principales para elegir buenas posiciones de tiro, etc.

6) Se compraron aproximadamente cien nuevos máusers, que se añadieron a los cincuenta que quedaron de la segunda insurrección.

Hasta mediados de marzo, el partido fue muy insuficientemente informado de la situación del frente. Ahora bien, el 12 de marzo, el ejército nacional había reanudado la ofensiva general contra Shanghai. El partido no lo supo, y de forma muy vaga, sino hasta el 16. En este mismo momento recibió informes según los cuales se podía suponer que el ejército del sur esperaba entrar en Shanghai el 20 o el 22. Después de estos informes, el Comité Central condujo toda su preparación de manera que la insurrección pudiera ser desencadenada el 20 o el 22.

Concretamente se decidió que, cuando las tropas del sur se aproximasen a la estación de Sung-Kiang en la dirección Hankeu y a la estación de Chen-Cheu, en la dirección de Nankín (ambas a treinta kilómetros de Shanghai), el partido llamaría a los obreros y a la pequeña burguesía a la huelga general y organizaría el levantamiento armado.

Por lo que se refiere a la preparación de la insurrección y a la colaboración del ejército nacional, el partido y, en particular, su personal militar, hicieron una propaganda y trabajo intensos entre los ferroviarios de la línea Shanghai-Nankín. En efecto, entonces se enviaban por línea férrea, en socorro de Sun Chuan-fan, tropas de la provincia de Cantón, con el gobernador Chan Sun-chan.

El 8 de marzo, los ferroviarios de esta línea declararon la huelga. Una gran parte de las tropas de Cantón, es cierto, estaba ya concentrada en los puntos señalados; no obstante esta huelga, en una línea que abastecía al frente, creó grandes dificultades al enemigo. Los

trenes no circulaban más que cuando se podían encontrar maquinistas y otros empleados a quienes los guardias armados obligaban a ejecutar su trabajo. Entre la segunda y la tercera insurrección y, sobre todo, durante la huelga, los ferroviarios, bajo la dirección de la organización militar del partido, organizaron descarrilamientos de trenes militares, y, por todos los medios, desorganizaron la circulación. Para hacer sus transportes, las tropas de Cantón tuvieron que emplear una enorme cantidad de hombres en la protección de la línea férrea.

La acción del Partido Comunista entre los ferroviarios es verdaderamente ejemplar, y muestra cómo se debe obrar en caso semejante en la retaguardia de «su» propio ejército.

Por lo que respecta a la preparación política del proletariado y de las clases medias de Shanghai, el partido hizo mucho también. Además de su trabajo corriente de movilización revolucionaria de las masas proletarias y semiproletarias, obtuvo grandes resultados por la preparación y la convocatoria de una asamblea de delegados. Esta asamblea debía elegir de su seno un comité ejecutivo que durante la insurrección se proclamaría autoridad suprema. En los barrios hizo un gran trabajo de preparación de esta asamblea; el 12 de marzo de organizó la primera sesión, que eligió un comité de veintiséis miembros, de los cuales quince eran comunistas. Durante la insurrección, este comité ejecutivo, formado por representantes de las diversas clases, designó de su seno al nuevo gobierno revolucionario de Shanghai, en el que participaban los comunistas.

El 21 de marzo, por la mañana, se supo que las tropas del sur podían llegar por la noche. Las estaciones de Sun-Kiang y Chen-Cheu estaban ocupadas. Inmediatamente, el Comité Central decide declarar la huelga general a partir del mediodía y la insurrección a partir de la una.

La correlación de las fuerzas en la ciudad, al comienzo de la huelga general, era la siguiente:

Fuera de los 6.000 miembros de los grupos sin armas (en vez de los 5.000 previstos, el partido tenía ya 6.000) y de 150 hombres

armados, el partido no tenía nada. La flota, que había tomado parte en la segunda insurrección, había dejado las aguas de Shanghai y se encontraba ahora en la rada delante de la fortaleza de Putung. Ya no se podía contar con su concurso en el momento deseado.

El enemigo tenía en Shanghai, aproximadamente, una brigada de infantería y un tren blindado servido por guardias blancos rusos. Además, disponía de toda la policía, 2.000 hombres, aproximadamente.

Según el plan, la insurrección debía comenzar simultáneamente en todos los barrios (excepto en los barrios extranjeros), con el desarme de la policía. Hecho esto, los miembros de los equipos debían acudir a los puntos de concentración señalados de antemano, para recibir nuevas órdenes, concernientes principalmente al desarme de las tropas.

A mediodía, comenzó la huelga. Durante media hora aproximadamente toda la ciudad parecía muerta. Todo el proletariado estaba en huelga, así como la mayor parte de la pequeña burguesía (tenderos, artesanos, etc.). A la una en punto, en todo Shanghai comenzó el desarme de la policía. *En unas decenas de minutos, toda la policía fue desarmada*. A las dos, los insurgentes poseían ya 1.500 fusiles aproximadamente. Inmediatamente después, las fuerzas insurgentes fueron dirigidas hacia los principales edificios gubernamentales y se dedicaron a desarmar a las tropas.

Se entablaron serios combates en Chapei (cerca de la estación del norte, de la iglesia rusa y de la casa editorial *Commercial Press*). Finalmente, a la cuatro de la tarde, el segundo día de la insurrección, el enemigo (3.000 soldados aproximadamente y un tren blindado con instructores rusos blancos) era definitivamente derrotado. Rota esta última muralla, todo Shanghai (a excepción de las concesiones y del barrio internacional) se encontraba en manos de los insurgentes.

El 22 de marzo por la noche entraron en Shanghai las tropas del general Bai-Sun-Chi, el siniestro héroe de los acontecimientos ulteriores del 12 de abril (ametrallamiento de una manifestación

obrera).

Los dirigentes de la tercera insurrección habían *elegido bien el momento de la huelga general y del levantamiento armado. Fue éste un ejemplo de buena combinación de las operaciones del ejército ante Shanghai y de la intervención revolucionaria en la ciudad misma; por una parte, al apogeo de un gran impulso revolucionario de los trabajadores de Shanghai; por otra parte, la proximidad de las tropas de Chang Kai-chek y la desorganización en las filas enemigas. En fin, acciones hábiles y atrevidas de los equipos de combate para el desarme de la policía y de la tropa*.

La tesis de Marx, «la insurrección es un arte», fue puesta en práctica en la insurrección del 21 de marzo en la lucha por el poder, y de manera absolutamente ejemplar.

Este triunfo del proletariado de Shanghai fue comprado al precio de dos derrotas precedentes. Las masas se instruyen por la experiencia. La experiencia de los combates precedentes había señalado la necesidad, mucho tiempo antes de la insurrección, de una cuidadosa y sistemática preparación para combates decisivos, la necesidad de dejar guiar este combate únicamente por el partido del proletariado. Esta experiencia, en la tercera insurrección de Shanghai, fue muy bien utilizada por el Partido Comunista de China.

Llama la atención *la admirable disciplina y la magnífica aptitud para el combate de la clase obrera de Shanghai*. La huelga general se fija a una hora precisa, y en este instante justo todo el Shanghai obrero se halla en estado de huelga. A la una en punto comienza en todos los barrios obreros el desarme de la policía. Y, lo que es más, este desarme es realizado por obreros que en su mayoría carecían de armas (puesto que no había más que 150 máusers).

Una ejecución tan precisa de la huelga general y de la insurrección solo fue posible gracias a la influencia enorme que el Partido Comunista tenía entonces entre la clase obrera y en una fracción de la pequeña burguesía de Shanghai.

Cualquier lector que conozca un poco los acontecimientos de China en este periodo puede hacerse, y se hará seguramente, la pregunta siguiente: si la moral del proletariado de Shanghai había alcanzado, en la época de la tercera insurrección, un grado tan alto de entusiasmo, y si el Partido Comunista de China ejercía una influencia tan enorme sobre las clases laboriosas de la ciudad, no se comprende por qué no fue proclamado el poder de los soviets, por qué los generales reaccionarios de Chang Kai-chek pudieron dispersar al gobierno organizado durante la insurrección, por qué, en fin, se dejó desarmar el proletariado. En efecto, una semana después de la insurrección, Chang Kai-chek dio un golpe de Estado contrarrevolucionario, y la clase obrera, en el poder antes de la llegada de las tropas del Sur, no supo aprovecharse de su victoria.

Para responder a esta pregunta, legítima desde luego, hay que remontarse a los problemas de política general que hemos indicado ya al examinar las causas del fracaso de la primera insurrección.

A pesar de seguir en conjunto una línea justa en cuanto concierne a la organización, la preparación y la ejecución de la insurrección, el Partido Comunista de China, o, mejor dicho, su dirección, siguió *una línea menos justa con respecto al Kuomintang: subestimó el papel revolucionario del proletariado, viendo en el Kuomintang y en la burguesía nacional un factor revolucionario, cuando una fracción de esta burguesía, y por tanto del Kuomintang (su ala derecha), había entrado ya francamente en el campo de la contrarrevolución y estaba dispuesta a pactar con los grupos reaccionarios indígenas y con el imperialismo extranjero*.

Aquí es donde radica la causa del fracaso del proletariado de Shanghai, inmediatamente después de la entrada de las tropas de Chang Kai-chek.

La dirección del Partido Comunista no vio o no quiso ver que la marcha de las tropas de Chang Kai-chek sobre Shanghai no había sido emprendida más que para apoderarse de esta ciudad, la fuente más rica de riquezas materiales a ojos de los militaristas; para desembarazarse así de la influencia del gobierno de izquierda de

Ukhang y enfrentar Shanghai a Ukhang. El Comité Central sabía que Chang Kai-chek había emprendido la campaña contra Shanghai sin la autorización del gobierno de Ukhang.

A pesar de esto, y aunque la política de Chang Kai-chek, sus intenciones, sus frecuentes desacuerdos con Ukhang fuesen conocidos por el Comité Central, este último orientó los preparativos de insurrección solamente con esta consigna: «¡Ayudad a las tropas del sur!» *El partido no previno a la clase obrera contra el peligro que la amenazaba por el hecho de la ofensiva de Chang Kai-chek*. Esperaba que se lograría de una manera u otra influir sobre Chang Kai-chek y sus hombres, de tal suerte que no se atrevieran a hacer en Shanghai ni en la región una política reaccionaria. Seguía considerando al proletariado como una fuerza auxiliar y no como el dirigente de la revolución democrática. Por esta razón, *no preparó a las masas obreras para la resistencia contra las tentativas de contrarrevolución que era lógico esperar de parte de Chang Kai-chek*.

Esto es lo que explica que el nuevo gobierno formado durante la insurrección, en el que se encontraban, al lado de Niu Yun-sian y otros miembros de derecha del Kuomintang, varios comunistas, permaneciese prácticamente inactivo, esperando que lo dispersara Chang Kai-chek. Los comunistas no intentaron influir sobre los demás miembros del gobierno, no supieron aprovecharse de sus puestos oficiales para continuar la movilización revolucionaria de las masas.

El partido no hizo nada contra la designación para el puesto de jefe de policía de un hombre de derechas, y con esto puso en manos de su enemigo de clase todo el poder ejecutivo en Shanghai. Más aún, una parte del Comité Central era de la opinión de dejar desarmar a la guardia obrera y devolver las armas al mando militar. Hay que advertir que una parte había sido ya entregada a las tropas a título de gracioso donativo. Si no se entregaron todas las armas fue solo a instancias de los dirigentes militares.

La dirección del partido, a pesar de las directivas recibidas de la Internacional Comunista, a pesar de las exigencias categóricas de algunos camaradas, no hizo nada para hacer penetrar el espíritu

revolucionario en la guarnición. Se hicieron proposiciones para que entrasen obreros entre las tropas, para realizar una intensa agitación política dentro de las unidades. La fracción dirigente del aparato central del partido se mantuvo tercamente en sus posiciones.

Caracterizaba bien a la dirección comunista de entonces el caso siguiente, referido por Yang Sao-Cheng en el artículo ya citado. Entre las unidades de la guarnición, la más revolucionaria era la primera división. Chang Kai-chek, que, inmediatamente después de la ocupación de la ciudad, había comenzado a aplicar su política personal (detención del secretario de la fracción de izquierda del Kuomintang en Chapei, fusilamiento de la sección política designada por el gobierno de Ukhang, separación de los jefes indeseables, orden dada a los batallones obreros para que entregaran la armas, etc.), dio orden a la primera división de abandonar Shanghai y partir para el frente:

> Entonces se presentó al partido el comandante de la primera división, Sé-Io, que planteó la pregunta siguiente: «He recibido orden de Chang Kai-chek de abandonar Shanghai. ¿Qué debo hacer? Si no obedezco es preciso que detenga a Chang Kai-chek». A pesar del tiempo perdido, la izquierda tenía aún una influencia predominante en Nankín, en Sutcheu y en el mismo Shanghai. Pero a esta proposición de ataque decisivo contra Chang Kai-chek no se le dio ninguna respuesta clara. Se aconsejó a Sé-Io que sabotease la orden, que se hiciese pasar por enfermo, pero llegó el momento en que se hizo imposible retrasarla a pesar de todo. Sé-Io recibió un ultimátum y cuando se dirigió al partido no había otra salida: o tomar las armas contra Chang Kai-check con la ayuda y bajo la dirección del Partido Comunista, u obedecer, es decir, sacar de Shanghai una tropa numerosa y muy preciosa revolucionariamente[2].

Después de la partida de la primera división, Chang Kai-chek dispersó al gobierno y desarmó a los batallones obreros. Estos son, brevemente expuestos, los hechos que caracterizan la política oportunista de los dirigentes del Partido Comunista en el periodo del bloque con el Kuomintang. Esta política fue causa de la derrota del proletariado en marzo de 1927. Era necesario, como indicaba

2. Yang Sao-Cheng: *Materiales sobre la cuestión china,* p. 20.

la Internacional Comunista, aun conservando el bloque con el Kuomintang, reivindicar para el Partido Comunista el derecho de realizar la política propia del proletariado en la revolución democrática.

A pesar de todo, la situación en Shanghai y la correlación de las fuerzas eran tales que el proletariado tenía derecho a esperar del partido una acción decisiva.

7 EL TRABAJO DEL PARTIDO COMUNISTA PARA LA DESCOMPOSICIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS DE LAS CLASES DOMINANTES

La Internacional Comunista, en sus decisiones, se ha detenido muchas veces a examinar la actitud que debe observar el proletariado hacia el ejército burgués. Pero con las tesis sobre la lucha contra la guerra imperialista y las tareas de los comunistas, que fueron adoptadas por el VI Congreso mundial en base al informe de Bell, el proletariado revolucionario internacional posee ahora un programa detallado y conforme a la doctrina de Marx, de Engels y de Lenin sobre los problemas de la guerra y de la actitud del proletariado frente a las diversas categorías de guerras y de ejércitos en las diversas fases de la revolución proletaria. Estas tesis aportan una orientación neta a la táctica del partido y de todo el proletariado revolucionario con relación a los diversos ejércitos, según su carácter (ejércitos basados sobre el servicio militar obligatorio, ejércitos de milicias o de mercenarios, ejércitos imperialistas, organizaciones voluntarias de la burguesía, ejércitos nacionales democráticos) y según los fines de clase que sirven. La importancia enorme de estas tesis está en que los problemas de la guerra y del ejército no se tratan en ellas abstractamente, académicamente, sino en estrecha relación con toda la política y la táctica del partido revolucionario en la preparación y organización de la revolución proletaria.

Plantear bien el problema de las relaciones del proletariado y el ejército, determinar netamente la línea táctica a seguir en la materia, son cosas que tienen una enorme importancia de principio e incluso

práctica. *El ejército es la parte esencial de la organización del Estado*. De su grado de solidez y de su estado general depende el grado de solidez del Estado entero. *Del grado de descomposición de un ejército burgués dependerá en una amplia medida la posibilidad para el proletariado de derribar a la burguesía y de quebrar el Estado burgués ante una situación inmediatamente revolucionaria*, cuando sea preciso plantear la cuestión del derrumbamiento de la clase burguesa sobre el terreno actual y práctico.

La historia de todas las revoluciones muestra que si un ejército y una policía bien instruidos militarmente, dotados de todos los procedimientos modernos de ataque y de defensa (ametralladoras, vehículos blindadas, procedimientos químicos, aviación, etc.) con un buen mando, sostenidos por los destacamentos fascistas armados que existen hoy en cada país, *se baten efectivamente contra la revolución, son capaces de hacer singularmente difícil la victoria de esta última, aunque todas las demás condiciones sean favorables*.

> Si la revolución no arrastra a las masas y no abarca al ejército mismo, no podemos hablar de lucha seria[1].

Es indudablemente cierto que en los periodos de crisis, en presencia de una situación revolucionaria aguda, el ejército y la policía no podrán sustraerse a la influencia del espíritu revolucionario ambiente. En virtud de su composición de clase, la fermentación revolucionaria se dejará sentir fatalmente en ellos en un grado mayor o menor. No obstante, sería cándido suponer que el paso franco del ejército o de ciertas partes del ejército al campo de la revolución sea posible sin una acción oportuna del partido revolucionario, que el proceso de revolución del ejército y de la policía nazca y se desarrolle por sí mismo. La fermentación revolucionaria en las tropas, su vacilación entre la revolución y la contrarrevolución serán tanto más fuertes, las unidades aisladas que pasan al lado del proletariado serán tanto más numerosas cuanto el partido revolucionario haga entre ellas un trabajo político y de organización intenso, antes de la situación inmediatamente revolucionaria como, y sobre todo, durante esta

1. V. I. Lenin: tomo X, p. 50.

última. Durante toda la insurrección este trabajo de organización en el ejército debe combinarse con los métodos de lucha física contra él.

En efecto, si en Alemania se hubiese hecho dentro de las unidades de la Reichswehr y de la policía una agitación revolucionaria apropiada, cosa que, a pesar del aislamiento de la Reichswehr, era perfectamente posible, el mando no habría podido sin duda enviar tan fácilmente sus tropas para ocupar la Sajonia y la Turingia revolucionarias, como se vio en septiembre-octubre de 1923. Si en Estonia, en otoño de 1924, se hubiese tenido la *organización requerida* (células de comunistas, grupos de soldados revolucionarios, etc.), la influencia bastante considerable que el Partido Comunista de Estonia tenía ya en el ejército no habría permitido a la reacción reprimir tan rápidamente la insurrección de Reval el 1 de diciembre. En fin, si el Partido Comunista de China en la provincia de Cantón hubiese sido capaz de hacer, aunque fuera en pequeña medida, este trabajo de descomposición y conquista política de las tropas de Chang Fa-ku, de Li Tin-sings y de Li Fu-lin, *enviadas para aplastar al Cantón rojo* (no hablamos aquí del regimiento de instrucción ni de otras muchas unidades dentro de las cuales había trabajado brillantemente la organización del partido), el resultado del combate habría sido ciertamente diferente. Por otra parte, la insurrección de Cantón comenzó precisamente con la rebelión de una unidad militar: el regimiento de instrucción. Sin la rebelión del regimiento de instrucción, en las condiciones en que se encontraba Cantón a principios de diciembre de 1927, la insurrección en general era imposible.

En todas las insurrecciones absolutamente (Shanghai, Petrogrado, Moscú, Cracovia, varias insurrecciones de Alemania, etc.) el papel decisivo lo ha jugado siempre el ejército. Del grado de simpatía del ejército por la revolución, de la medida en que el mando pueda emplearlo contra el proletariado revolucionario, de la solución que se dé al problema de la lucha por el ejército, depende muy a menudo el desenlace mismo de la revolución, pues el paso del poder de una clase a manos de otra clase se decide, a fin de cuentas, por la fuerza material. Ahora bien, el ejército es el elemento esencial de esta fuerza.

La situación se convierte en revolucionaria, en un país u otro, no solo *a consecuencia de una guerra (a consecuencia de una guerra la cosa es inevitable), sino que puede convertirse y se convertirá, sin duda, también, a pesar de una estabilización temporal del capitalismo y en periodo de «paz»*.

> La experiencia de estos últimos años —1919 y 1923, en Alemania; 1923, en Bulgaria; 1924, en Estonia; julio de 1917, en Austria, en Viena— demuestra que la guerra civil del proletariado es provocada no solo por las guerras imperialistas de la burguesía, sino también por la situación «normal» del capitalismo contemporáneo, que agrava hasta el último grado la lucha de clases y crea situaciones revolucionarias[2].

Pero de esto no se desprende de ningún modo la conclusión a que llegan los elementos de derecha de la Internacional Comunista, que pretenden que la revolución no es posible sino después y a consecuencia de una guerra. La conclusión que de aquí se deriva es únicamente que la preparación de la insurrección debe hacerse a la vez por la agitación en el ejército y por la formación de fuerzas armadas proletarias idóneas, capaces de combatir con las armas en la mano a la fracción aún no descompuesta del ejército regular. No hay que olvidar que en el momento de la insurrección la lucha por el ejército debe hacerse también por las armas. Cuanto más avanzada esté la descomposición del ejército burgués, cuanto más poderosas sean las fuerzas armadas del proletariado, tanto más fácil será la lucha durante la insurrección misma. La inversa es igualmente cierta.

En periodo de guerra, este principio conserva toda su importancia. Hay que insistir en que la consigna de transformación de guerra imperialista en guerra civil será una simple frase si el partido revolucionario no realiza tan seriamente como sea posible un trabajo regular dentro del ejército.

A propósito de la decisión de la Federación Internacional del Metal, reunida en Hannover, sobre la necesidad de responder a la guerra con la huelga, escribía Lenin en una carta dirigida a los

2. *Tesis y resoluciones del VI Congreso,* p. 126, «Tesis sobre la lucha contra la guerra imperialista y el deber de los comunistas».

miembros del Buró político:

> Plantear en la próxima sesión ampliada del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista la cuestión de la lucha contra la guerra y adoptar resoluciones detalladas haciendo comprender que solo un partido revolucionario experimentado y preparado de antemano, con un buen aparato ilegal, puede dirigir con éxito la campaña contra la guerra; que el medio de luchar no es la huelga contra la guerra, sino *la organización de las células revolucionarias en los ejércitos beligerantes y su preparación para hacer la revolución*[3].

Pero este trabajo de organización y agitación política dentro del ejército en tiempo de guerra será singularmente facilitado si, ya en tiempo de paz, el partido se dedica a él sistemáticamente.

> Uno de los grandes errores de la mayor parte de los partidos comunistas es el de plantear la cuestión de la guerra de una manera abstracta y desde el punto de vista de la propaganda y la agitación exclusivamente, sin examinar de forma seria la cuestión del ejército, factor decisivo en todas las guerras. *Hay que explicar a las masas el sentido de la política revolucionaria en el problema de la guerra y hay que trabajar el ejército, sin lo cual toda lucha contra la guerra imperialista, todo esfuerzo para preparar las guerras revolucionarias, se limitan al dominio de la teoría*[4].

La Internacional Comunista, en sus decisiones, ha subrayado muchas veces la importancia del trabajo en el ejército y la marina. A pesar de esto, muchas secciones —y entre otras una sección como la sección china, a la que el curso de los acontecimientos ha enfrentado muchas veces con el problema de la lucha armada contra las tropas militaristas, y a la que el desarrollo previsto de la ola revolucionaria debía empujar fatalmente a organizar y a ejecutar la insurrección general del proletariado— no han comprendido suficientemente hasta estos últimos tiempos, hasta comienzos de 1928, la importancia de las decisiones de la Internacional Comunista, y no han realizado en casi ninguna parte, excepto en regiones aisladas, un trabajo conveniente

3. *Pravda*, 20 de enero de 1920.

4. *Tesis y resoluciones del VI Congreso*, p. 135, «Tesis sobre la lucha contra la guerra imperialista y el deber de los comunistas». (Cursiva de A.N.).

en el ejército.

El principio esencial para todo partido revolucionario es que debe realizar un trabajo revolucionario donde haya masas concentradas. Los ejércitos y las marinas burguesas agrupan siempre decenas y centenas de millares de jóvenes proletarios o campesinos, que no son menos aptos para recibir las consignas y las ideas revolucionarias que los obreros de las fábricas y ciertas categorías de campesinos. Teniendo en cuenta que el ejército, la policía y la marina son los principales instrumentos de opresión, los principales medios por los que el Estado burgués (y cualquier otro Estado) combate al proletariado revolucionario, *hay que encarecer constantemente* la necesidad del trabajo revolucionario dentro de sus filas. Un partido que renuncia directa o indirectamente a esta rama esencial de la acción revolucionaria se expone a consecuencias extraordinariamente peligrosas para la revolución. *Esta acción debe proseguirse incansablemente por todos los partidos comunistas, tanto en el periodo de acumulación de las fuerzas revolucionarias, como, y aún más intensamente, en el periodo de plenitud de la revolución. Nosotros creemos que esta agitación, vistas las consideraciones arriba expuestas, no es menos esencial que el trabajo del partido en otros muchos dominios (conquista de las clases medias, etc.)*.

Si la agitación dentro del ejército es nula o insuficiente en muchos casos, la razón es que dicha agitación es extraordinariamente difícil y arrastra múltiples riesgos. Esto es particularmente exacto en los ejércitos mercenarios como el ejército chino, y en algunos ejércitos europeos: Bulgaria, Alemania, etc. Evidentemente, la estructura del ejército, la disciplina militar, el aislamiento de los soldados con relación a la población, crean dificultades enormes. La burguesía emplea el terror con los partidos que hacen un trabajo revolucionario dentro del ejército. Pero, ante esto, *todo partido comunista debe realizar este trabajo con mucha más energía, decisión y empeño*.

El objetivo esencial del trabajo en el ejército, en la marina y en la policía (o en la gendarmería) es lograr que entre el grueso de los soldados (marinos, policías) *en el frente común de la lucha de clase del proletariado; es obrar de tal suerte que los soldados conozcan las*

consignas y los objetivos del partido comunista y los adopten.

La acción del partido y de las juventudes comunistas para la desmoralización del ejército y de la marina burguesa debe orientarse sobre dos planos esenciales:

1) en el interior del ejército y de la flota;

2) por el trabajo general del conjunto del partido fuera del ejército: actividad de la fracción parlamentaria en las cuestiones militares, agitación oral y por medio de la prensa para popularizar en el ejército tal o cual consigna, etc.

Estos dos modos de acción, dentro del ejército y fuera de él, *deben estar íntimamente unidos, bajo la dirección de un centro único*: el comité central del partido.

Los métodos y las formas de propaganda y agitación en el ejército varían según los países. Cada partido comunista, guiándose por las condiciones locales del país y del ejército, debe elaborar formas y modos de ejecución apropiados. Lo esencial en esto está en que la descomposición del ejército burgués debe proseguirse lo más seriamente posible, en que el trabajo de la organización militar del partido dentro del ejército (esta organización debe ser creada) y el de todo el partido por la desorganización del ejército estén *en estrecha relación con la acción política diaria, con las consignas que lanza el partido a cada momento como consignas de combate prácticas y actuales*.

El trabajo revolucionario dentro de los ejércitos y marinas burgueses debe ser casi en todas partes estrictamente ilegal y secreto. La burguesía emplea todos sus esfuerzos y todos sus recursos para proteger sus fuerzas armadas contra la influencia revolucionaria que pueda desmoralizarlas, y toma medidas draconianas contra los elementos revolucionarios que se dejan descubrir. Sin embargo, con la acentuación de la lucha de clase, y particularmente con la proximidad de una situación inmediatamente revolucionaria (sea en periodo «pacífico» o bien en tiempo de guerra), es decir, *cuando entre el*

proletariado y las clases dominantes comienza la lucha abierta por el ejército, los cuadros del trabajo clandestino del partido se amplían poco a poco, arrastrando a la lucha revolucionaria inspirada por las consignas comunistas un número cada vez mayor de soldados. En estos momentos, el partido revolucionario debe combinar convenientemente los métodos clandestinos en el interior del ejército con la acción revolucionaria de masas por la conquista de este último.

Una ilustración excelente en este sentido nos la proporciona el trabajo de los bolcheviques en el ejército en las diferentes fases de la Revolución Rusa. El Partido Bolchevique prosiguió incansablemente su agitación revolucionaria clandestina en el ejército zarista a partir de 1902; durante la revolución de 1905 este trabajo había alcanzado, en muchas guarniciones, una envergadura que le permitía influir verdaderamente en las masas; los bolcheviques supieron combinar la acción secreta organizada con la agitación de masa entre las tropas. Después de la derrota de la revolución de 1905, cuando el terror zarista obligó al partido a refugiarse en la acción clandestina para proseguir la preparación de las masas para nuevos combates revolucionarios, el trabajo en el ejército tomó un carácter aún más secreto. Esto duró hasta la revolución de febrero de 1917.

Inmediatamente después del derrumbamiento del gobierno zarista, el Partido Bolchevique no desplegó una acción de masas menos vasta entre las tropas. Los métodos clandestinos fueron reemplazados por el trabajo legal de descomposición; células comunistas, comités de soldados, conferencias de delegados de los soldados, periódicos para los soldados, etc.

La verdadera orientación leninista del proletariado revolucionario frente a la guerra imperialista es la transformación de esta guerra en guerra civil. Respecto al ejército, factor principal de la guerra imperialista, la actitud del partido y de todo el proletariado revolucionario debe tender a lograr la descomposición absoluta del ejército imperialista y el paso de los soldados al campo del proletariado. Éste es el objetivo final de toda la agitación dentro del ejército. Esto no podrá lograrse de manera perfecta más que con la victoria de la revolución proletaria. Mientras esté el poder en manos

del Estado burgués, el ejército burgués subsistirá como uno de los elementos esenciales de este Estado. *El objetivo del proletariado es, independientemente de la situación política del país, descomponer todo lo posible e introducir ideas revolucionarias en el ejército burgués*.

Para ganar al ejército burgués para la revolución y para debilitarlo hay que contar mucho con la agitación en favor de las reivindicaciones parciales, así como con la lucha revolucionaria por la reforma de tal o cual aspecto de la vida militar del Estado burgués. En cada país, según la naturaleza de las fuerzas armadas regulares, la forma de reclutamiento, la duración de servicio y su carácter en las tropas como resultante del servicio militar obligatorio, la condición material y jurídica de los oficiales y de los soldados, etc., variarán las reivindicaciones parciales del proletariado en materia militar. El partido revolucionario, en cada momento dado, debe presentar reivindicaciones parciales cuya realización puede interesar a la mayor parte de los soldados y sea comprensible, en la situación concreta dada, para el mayor número posible de trabajadores.

Veamos cómo definió el VI Congreso de la Internacional Comunista los objetivos comunistas en lo concerniente a las reivindicaciones parciales en materia militar:

> Aun combatiendo por la revolución y por el socialismo, no nos negamos a servir en el ejército. Nuestra campaña tiene por objeto desenmascarar los métodos empleados por la militarización imperialista en beneficio de la burguesía. A esta militarización, nosotros oponemos la consigna: armamento del proletariado. Al mismo tiempo, los comunistas deben presentar y sostener las reivindicaciones parciales de los soldados que, en la situación concreta dada, pueden estimular la lucha de clase en el ejército y fortalecer la unión entre los soldados de origen proletario o campesino y los obreros de fuera del ejército.
>
> A título de ejemplo, citaremos algunas de estas reivindicaciones parciales:

1) *Por lo que se refiere al sistema de defensa*:

- licenciamiento de los ejércitos mercenarios, de las unidades fundamentales y de los cuadros;
- desarme y licenciamiento de la gendarmería y de la policía, etc., así

como de las fuerzas especialmente armadas con vistas a la guerra civil;
- desarme y licenciamiento de las asociaciones fascistas;
- reivindicaciones concretas concernientes a la abolición de los consejos de guerra y a la reducción de la duración del servicio militar;
- aplicación del sistema territorial (los soldados prestan su servicio en su región de origen);
- supresión de la residencia obligatoria en el cuartel;
- formación de comités de soldados;
- derecho para las organizaciones obreras de enseñar a sus miembros el manejo de las armas, con libre elección de los instructores;
- para los ejércitos (mercenarios, o formados por profesionales), hay que reclamar, en general, no la reducción del servicio, sino el derecho a separarse del servicio en cualquier momento.

2) *Por lo que se refiere a la condición material y jurídica de los soldados*:
- aumento de sueldo;
- mejora de la alimentación;
- formación de comisiones de rancho, elegidas por los soldados;
- supresión de los castigos;
- supresión del saludo obligatorio;
- penas severas por los actos de violencia cometidos por los oficiales y suboficiales sobre los soldados;
- derecho a vestirse de paisano fuera de los actos de servicio;
- derecho a salir todos los días del cuartel;
- permisos y aumento del viático durante los permisos;
- derecho a casarse, sin autorización especial;
- indemnización a los miembros de la familia;
- derecho a suscribirse a cualquier periódico;
- derecho a agruparse en sindicatos;
- derecho a votar y concurrir a las reuniones políticas.

El hecho de que los ejércitos de muchos países imperialistas comprendan de ordinario una gran proporción de soldados que provienen de las minorías nacionales oprimidas, mientras que los cuadros pertenecen en su totalidad o en gran parte a la nación opresora, ofrece un terreno sumamente favorable para la agitación revolucionaria dentro del ejército. Por lo tanto, es necesario reservar a las reivindicaciones nacionales el lugar que conviene entre las reivindicaciones parciales que presentamos en favor de los soldados: derecho a prestar el servicio en el país natal, a hablar la lengua materna en el ejercicio, en el mando[5].

5. *Tesis y resoluciones del VI Congreso,* pp. 139-140.

Las tesis añaden:

Estas dos clases de reivindicaciones (arriba no hemos enumerado más que algunas de ellas) deben presentarse no solo dentro del ejército, sino que también fuera, en el parlamento, en los mítines populares, etc. Su propaganda será eficaz solo si tiene un carácter concreto. Para esto, es necesario:

1) Conocer bien el ejército en cuestión, las condiciones del servicio, las necesidades y reclamaciones de los soldados, etc., todo lo cual se logra con un contacto personal permanente.
2) Conocer concretamente el sistema de defensa del Estado y la situación en que se encuentra en cada momento el problema militar.
3) Conocer el estado moral del ejército y la situación política del país en el momento dado (por ejemplo, no se puede reclamar la elección de los oficiales por los soldados más que en el caso de que la desmoralización haya alcanzado un cierto grado).
4) Combinar bien las reivindicaciones parciales con las consignas generales del Partido Comunista: armamento del proletariado, milicia proletaria, etc.

Todas estas reivindicaciones no tiene valor revolucionario más que si se combinan con un programa político claro que tienda a revolucionar el ejército burgués.

Hay que dedicarse particularmente a organizar a los soldados, para que defiendan sus propios intereses, en completa unión con el proletariado revolucionario, tanto antes de su ingreso en el servicio (asociaciones de reclutas, cajas de solidaridad), como después (comités de soldados), y hasta cuando hayan dejado el servicio (asociaciones de antiguos soldados revolucionarios). Los sindicatos obreros tienen el deber de mantener el enlace con aquéllos de sus miembros que están en el ejército y de contribuir a la formación de las organizaciones mencionadas.

Las condiciones del trabajo revolucionario en los ejércitos profesionales difieren de las de los ejércitos reclutados por el servicio obligatorio. En los primeros es ordinariamente difícil hacer propaganda por las reivindicaciones parciales arriba indicadas. Sin embargo, no se debe renunciar a este trabajo bajo ningún pretexto. Los ejércitos profesionales están formados principalmente por elementos proletarios (parados) y por campesinos pobres: ésta es una base para trabajar e

> influir en la masa de estos soldados. Debe tenerse cuidadosamente en cuenta la composición social y las particularidades de las tropas. Contra las tropas especiales creadas por la burguesía para combatir al proletariado (gendarmería, policía) y, en particular, contra las bandas armadas de voluntarios (los fascistas), se debe hacer la más enérgica propaganda. Se luchará sobre todo implacablemente contra las homilías reformistas, en que se hable de «utilidad pública» y de «policía popular», de «derecho normal» de los fascistas y de otras tonterías, y se trabajará sobre todo en excitar el odio de la población contra estas tropas especiales, cuyo verdadero carácter se denunciará. Pero se debe trabajar al mismo tiempo para provocar la descomposición social en estas organizaciones militares y para reconquistar los elementos proletarios que puedan tener.
>
> El trabajo revolucionario dentro del ejército debe coordinarse con el que se hace entre las masas del proletariado y de los campesinos pobres. Si existe una situación revolucionaria, si el proletariado de las fábricas elige sus comités, la consigna de comités de soldados cobra actualidad y contribuye a acercar la masa de soldados al proletariado y a los campesinos pobres en la lucha por el poder[6].

Las encargadas de llevar la acción revolucionaria al interior del ejército y de la marina deben ser (ante la proximidad de la situación revolucionaria sean legales o semilegales) *las células clandestinas de comunistas y de juventudes comunistas, o bien los grupos de soldados revolucionarios en las unidades en que no haya comunistas*.

La constitución de estos puntos de apoyo en las unidades de base del ejército y de la flota (compañías, escuadrones, baterías, parques de artillería, servicios de intendencia, Estados Mayores, buques, etc.) exige la más seria atención de cada partido comunista. Para lograrlo hay que formar, antes del llamamiento a filas, la lista de todos los comunistas y miembros de las juventudes y darles instrucciones detalladas sobre su conducta en el ejército, sobre el enlace que deben mantener con el partido, etc. Sin la formación de una sólida organización militar del partido en el ejército y la marina no hay posibilidad de acción revolucionaria entre los soldados y los marinos.

6. *Tesis y resoluciones del VI Congreso,* pp. 140-141.

Hay que prestar mucha más atención a la agitación entre las tropas y a la formación de células comunistas en las regiones y guarniciones *cuya influencia sea preponderante* para la victoria de la revolución (capitales, grandes centros industriales, etc.), es decir, en todos los sitios donde debe tomarse el poder en primer lugar y donde habrán de crearse bases, focos, para extender la revolución a los demás territorios. A estas regiones el partido debe enviar un número mayor de militantes y más medios que a las demás.

Hay que tener presente que el éxito de la agitación en el ejército depende en una amplia medida de la composición social de cada unidad. Hay en todo ejército unidades y servicios en los cuales, por causa de su composición social, el partido no puede esperar que entren nunca elementos de lucha de clase. Son las escuelas militares de alumnos aspirantes a oficiales, los destacamentos especiales, a veces la caballería, que en muchos países se recluta entre los campesinos acomodados, y otras agrupaciones análogas. Estas unidades pueden y deben ser descompuestas únicamente por la fuerza de las armas del proletariado insurreccionado. Por el contrario, el partido debe dirigirse ante todo, en su propaganda militar, a la artillería y a las armas especiales, en las que la proporción de obreros entre los soldados es más fuerte, de ordinario, que en las demás secciones. Igual ocurre, evidentemente, con la infantería.

En cuanto a la posibilidad de ganar para la revolución a los oficiales subalternos, la experiencia ha demostrado que en tiempo de paz las esperanzas son muy limitadas. Claro que el partido no renunciará nunca, y no debes renunciar, a utilizar a los oficiales revolucionarios para desmoralizar tal o cual unidad. Pero, en todo caso, su acción debe dirigirse en general al grueso de los soldados.

He aquí lo que dice sobre la agitación del partido entre los oficiales la Resolución de la Conferencia de las Organizaciones Militares y de Combate del Partido Socialdemócrata (bolchevique) en 1916:

Considerando:

1) que la composición social del cuerpo de los oficiales, lo mismo que sus intereses como casta militar profesional, le obligan a esforzarse

en conseguir la conservación del ejército permanente y la inferioridad jurídica de las masas populares;
2) que, por esta razón, en la revolución democráticoburguesa en vía de realización, los oficiales desempeñan en conjunto un papel reaccionario;
3) que los grupos de oposición que existen entre los oficiales no desempeñan un papel activo;
4) que, a pesar de todo, es posible la entrada de ciertos oficiales en nuestro partido y que estos individuos, por razón de sus conocimientos y de su preparación militar especial, pueden prestar importantes servicios en el momento de la insurrección de la tropa y de su paso al lado del pueblo, así como también en la preparación técnica del levantamiento armado; por esto, la conferencia de las organizaciones militares y de combate estima:
1) Que las organizaciones militares no pueden fundar ninguna organización socialdemócrata independiente entre los oficiales.
2) Que es indispensable utilizar a los grupos de oposición que existen entre los oficiales para conseguir informes de ellos y hacer entrar a ciertos individuos en nuestras organizaciones militares y de combate a título de instructores y dirigentes prácticos[7].

Las células de comunistas y de juventudes dentro de los cuerpos de tropas, como también estas mismas células o fracciones en las fábricas, empresas, sindicatos y, en general, en las diversas organizaciones de masa del proletariado, representan al partido, reflejan en su actividad, en el seno de la unidad correspondiente, la táctica del partido en todas las cuestiones sin excepción. La organización militar comunista en el ejército no tiene ni puede tener línea política propia, no es más que una fracción del partido y debe poner en práctica la línea política general de este último.

Ante una situación inmediatamente revolucionaria, en el momento en que el partido llama a las masas a levantarse para tomar el poder, el objetivo esencial de las células *comunistas en el ejército será oponerse terminantemente al mando reaccionario y arrastrar tras de sí al grueso de los soldados para ejecutar, en coordinación con el proletariado, las misiones revolucionarias*.

La conferencia de las organizaciones militares y de combate del

7. *El partido comunista y el ejército,* Moscú, 1928, p. 49.

partido socialdemócrata (bolchevique), en una resolución de 1906 sobre los objetivos del partido, definía así los de las organizaciones militares:

> Los objetivos de la organización militar en el momento actual son:
>
> 1) la formación de sólidas células socialdemócratas en cada cuerpo de tropa;
> 2) la agrupación en torno a estas células, y por intermedio de ellas, de todos los elementos revolucionarios del ejército, con el fin de sostener activamente las reivindicaciones populares y pasar abiertamente al lado del pueblo sublevado;
> 3) la perfecta coordinación de su actividad con la de las organizaciones proletarias y de combarte, la subordinación de todo su trabajo a las necesidades generales del momento y a la dirección política de las organizaciones comunes del proletariado.
>
> Además, la conferencia estima:
>
> 1) que el carácter mismo de la agitación en el ejército debe ser determinado por los objetivos perseguidos por el proletariado como vanguardia del pueblo combatiente;
> 2) que estos objetivos, y la composición misma de los elementos del ejército de naturaleza propicia para ser ganados a la revolución, señalan la vía que debe seguirse para obtener *el máximo de resultados en la propaganda y la agitación socialdemócratas dentro del ejército y para asegurar la influencia ideológica de la organización del partido*;
> 3) que solamente un trabajo combinado de todas las organizaciones militares del partido socialdemócrata, realizado en el sentido expuesto, puede garantizar la incorporación de las grandes capas democráticas del ejército a las filas del pueblo sublevado[8].

La organización militar, para poder cumplir sus funciones, debe

8. *El partido comunista y el ejército, op. cit.*, p. 47.

estar estrechamente ligada a la organización local del partido. Teniendo en cuenta las condiciones especiales de su trabajo, este enlace se efectuará con ayuda de delegados designados por las autoridades del partido para la organización del trabajo en el ejército. Recibiendo de las células militares, de los diversos comunistas o miembros de las juventudes comunistas y de los soldados sin partido, pero políticamente probados, los informes necesarios sobre el estado de la unidad (disposiciones de las diversas subdivisiones, efectivos de los oficiales, moral de los soldados, organización de la vida interior, etc.), el delegado del partido (organizador) da, a su vez, a las células y a los diversos camaradas, instrucciones sobre lo que deben hacer, sobre los métodos que han de emplear, les proporciona publicaciones (periódicos del partido, manifiestos, llamamientos), etcétera.

Las condiciones específicas de la agitación en el ejército (conspiración) exigen que las autoridades del partido designen para este efecto el número necesario de militantes. Estos últimos deben ser absolutamente seguros, políticamente. A veces, convendrá hacerles seguir cursos especiales de breve duración, en los que recibirán las indicaciones necesarias para los métodos de trabajo en el ejército (sobre la técnica del trabajo clandestino). Las organizaciones del partido, a su vez, deben organizar sobre este mismo asunto charlas instructivas con los soldados comunistas o miembros de las juventudes. La observación estricta de las reglas de la acción ilegal, en periodo ordinario (no revolucionario), tiene una importancia considerable, a causa de la inquisición policíaca y del terror que las autoridades gubernamentales ejercen sobre los individuos u organizaciones que hacen propaganda en el ejército.

Sobre el trabajo en el ejército, las secciones de la Internacional Comunista pueden encontrar indicaciones sumamente útiles en la historia del Partido Bolchevique.

He aquí lo que en su discurso en el VI Congreso mundial de la Internacional Comunista dijo Yaroslavski[9] sobre el trabajo de los

9. Emilian Yaroslavski (1878-1943) fue miembro del POSDR desde su fundación en 1898. Bolchevique desde el segundo congreso (1903). Bolchevique de izquierda en 1918. Miembro del Comité Central desde 1919. Era amigo de infancia de Stalin. Fue uno de los más activos

bolcheviques en el ejército antes de la revolución:

> En condiciones ilegales dificilísimas, pudimos crear más de veinte periódicos clandestinos que hicieron propaganda revolucionaria entre las tropas de 1905 a 1907. Cada guarnición importante, Reval, Riga, Dvinsk, Batum, Odesa, Ekaterinoslav, Varsovia, Sveaborg, Kronstadt, San Petersburgo, Moscú, etcétera, tenía su periódico para soldados, editado por la organización ilegal, distribuido por los miembros de esta organización o bien por intermedio de obreros en relación con los soldados. Si se quiere contar el número de los manifiestos que repartimos, debo decir que no hubo un acontecimiento político, de la significación que fuera, que no fuese motivo para un llamamiento a los soldados. De estos manifiestos se lanzaba un gran número de ejemplares, varios millares. No eran solo distribuidos entre la guarnición local, sino en toda una región, aprovechando la menor ocasión.
>
> La estructura de nuestra organización era la siguiente: considerábamos que el ejército no es homogéneo, no nos proponíamos de ningún modo atraer a nosotros, costase lo que costase, a todas las unidades, sino que elegíamos aquéllas que, por su composición social, eran más aptas para acoger nuestra propaganda revolucionaria. Elegíamos los cuerpos en que había más obreros, por ejemplo, los artilleros, los zapadores, los marinos, todas las armas especiales que contaban con un fuerte porcentaje de obreros, y dirigíamos hacia este lado el grueso de nuestras fuerzas. El papel de estas armas, marina, artillería y armas especiales, es muy considerable en los ejércitos modernos. Donde podíamos tener menos éxito era en cuerpos como la caballería, que se recluta principalmente entre campesinos acomodados. Lo mismo ocurre también en Occidente, donde esta fuente de reclutamiento es la principal.
>
> Formábamos siempre que podíamos, en cada unidad, un pequeño núcleo secreto, cuyos representantes se agrupaban en comités ilegales de batallones o de regimientos. Estos comités estaban ligados con nuestras células militares secretas fuera de los cuarteles. Claro está que todos los enlaces de la organización militar estaban sujetos a un secreto especialísimo. Elegíamos a camaradas particularmente seguros, sin investigar nunca el número, porque nosotros no considerábamos a la organización militar como fuerza capaz de ejercer por sí misma

colaboradores de Stalin en la lucha contra la Oposición de Izquierda. Apartado de los puestos dirigentes desde 1932. (N.d.E.)

> una acción directa. La considerábamos como un elemento organizador capaz de arrastrar en el momento necesario a la masa de soldados y marinos simpatizantes. Por esto es por lo que no inquiríamos el número. Debo decir, no obstante, que a veces teníamos organizaciones de varios centenares de hombres, como, por ejemplo, en Kronstadt, Sebastopol y otros puntos. Os quiero recordar aún que nosotros supimos reunir, en condiciones de ilegalidad sumamente difíciles, varias conferencias militares. Tuvimos una en 1906, en primavera, aquí en Moscú. Cierto que casi toda entera fue detenida después de la primera reunión, pero no por esto dejó menos huella. En noviembre de 1906, celebramos una amplia conferencia de las organizaciones militares y de combate; se reunió en Finlandia, en Tammerfors. Ejerció una influencia considerable. En las obras de Vladimir Ilitch podéis leer un artículo que le está consagrado, con el análisis detallado de las resoluciones adoptadas y con apreciaciones muy halagadoras[10].

Los demás partidos comunistas (de Francia, Alemania, etc.), han adquirido también, en estos últimos años, una experiencia bastante rica de la agitación en el ejército y en la marina. Desgraciadamente, por razones bien comprensibles, esta experiencia no puede convertirse en patrimonio de todo el proletariado revolucionario (imposibilidad, por razones de seguridad, de imprimir informes sobre el trabajo ilegal del partido en el ejército y en la flota). Hay que hacer notar, sin embargo, que, en ciertos países, este trabajo en el ejército ha dado y da aún resultados extraordinariamente apreciables, en las guarniciones o en los cuerpos de tropas en que ha sido seriamente organizado.

Por lo que se refiere a este mismo trabajo ante una situación inmediatamente revolucionaria, o en tiempo de guerra, debemos acudir a la historia de la lucha organizada y dirigida por el partido bolchevique después de la revolución de febrero de 1917, para conquistar al ejército y ganarlo a la revolución. No entra en nuestro propósito descubrir este trabajo, puesto que esto se ha hecho ya en muchos folletos y artículos publicados por toda clase de periódicos y libros. Hay que indicar, únicamente, que las secciones de la

10. V. I. Lenin: Obras completas, tomo VIII de la primera edición, artículo publicado en *El Proletario,* nº 16, de 2 de mayo de 1907, p. 370. / Discurso de Yaroslavski en el VI Congreso mundial de la Internacional Comunista.

Internacional Comunista tienen en él una fuente inagotable de enseñanzas preciosas sobre los métodos de trabajo político y de organización que hay que aplicar para ganar para la revolución al grueso de los soldados e incorporarlos al frente común de la lucha por el aniquilamiento del poder de la burguesía y de los terrateniente.

La actitud del proletariado, respecto a los ejércitos de los países coloniales o semicoloniales, ha de ser muy diferente de su actitud frente a los ejércitos imperialistas. Existen en la colonias y semicolonias distintos tipos de ejércitos: los ejércitos imperialistas o de ocupación, los ejércitos democráticos nacionales, que luchan por la independencia del país, los ejércitos o las unidades reaccionarias, que van unidas al imperialismo contra el movimiento de liberación nacional, etc.

> Para determinar la posición que hay que adoptar respecto al sistema militar en los países coloniales y semicoloniales, hay que tener en cuenta el papel político desempeñado en tal o cual momento, por este o aquel país, en el curso de las etapas decisivas de la revolución internacional: el país en cuestión, ¿es un aliado o un enemigo de la Unión Soviética, un aliado o un enemigo de la revolución china? etc. En general, el proletariado y las masas trabajadoras de los países oprimidos deben defender el sistema de armamento democrático, sobre cuya base todos los trabajadores aprenden el manejo de las armas, sistema que eleva la capacidad de defensa del país contra el imperialismo, asegura a los obreros y a los campesinos la influencia sobre el ejército y facilita la lucha por la hegemonía del proletariado en la revolución democrática. Las consignas: servicio militar obligatorio, educación militar de la juventud, milicia democrática, ejército nacional, etc., forman parte aquí del programa revolucionario, y no ocurre lo mismo en los Estados imperialistas. En nuestra época, la práctica de los movimientos nacionales revolucionarios debe estar subordinada a los intereses de la revolución proletaria mundial. Los revolucionarios no pueden adoptar el mismo programa en los países oprimidos que desempeñan también un papel de opresores y de vasallos de los imperialistas, luchando contra una revolución proletaria o nacional. En estos países, nuestros militantes deben combinar como sea la propaganda de la guerra revolucionaria por la defensa de otros países revolucionarios; la propaganda de una política de guerra revolucionaria, con el derrotismo respecto a la guerra que mantiene su país y respecto a su ejército. Ésta es la línea que se

debe seguir actualmente en las provincias de China que están en poder de los generales del Kuomintang[11].

Si con respecto a los ejércitos imperialistas de las colonias o semicolonias, o bien respecto a los ejércitos de las agrupaciones políticas reaccionarias de estos mismos países aliados o subordinados a los imperialistas, debemos proponernos descomponerlos completamente y expulsar a los ejércitos imperialistas del país en cuestión, por lo que se refiere a los ejércitos de liberación nacional, que no son aún, desde todos los puntos de vista, ejércitos revolucionarios, pero que luchan contra el imperialismo extranjero y contra las fuerzas reaccionarias indígenas, para hacer triunfar la independencia nacional y la revolución democrática (ejemplo: los ejércitos nacionales de China, durante la campaña del Norte en 1926 y a principios de 1927, o bien antes, los ejércitos de Cantón), debemos proponernos *democratizarlos y ganarlos a la revolución, para consolidar en sus filas la influencia del proletariado*. Para estos ejércitos, las reivindicaciones parciales de los comunistas deben tender, principalmente, a este fin. El trabajo del partido en estos ejércitos nacionales democráticos tiene una importancia colosal. Del grado de espíritu revolucionario de los ejércitos nacionales democráticos, del grado de influencia política y material que tenga, dentro de ellos, el proletariado y su vanguardia, el partido comunista, dependerá en una amplia medida la velocidad con que la revolución democrática nacional se transforme en revolución socialista. La experiencia negativa del Partido Comunista de China, en este sentido, debe ser aprovechada por todos los partidos comunistas de los países coloniales y semicoloniales.

Al tratar de las insuficiencias del trabajo de las secciones de la Internacional Comunista en el ejército, hay que enumerar, brevemente, los errores cometidos por el partido chino. En el periodo del bloque con el Kuomintang (hasta julio de 1927), el Partido Comunista de China *tuvo condiciones excepcionalmente favorables para realizar su trabajo político en el ejército nacional revolucionario y ganar a la revolución al grueso de los soldados*. A pesar de eso, este partido, o

11. *Tesis y resoluciones del VI Congreso,* pp. 144-145.

más exactamente, el Comité Central que lo dirigió hasta la conferencia de agosto de 1927, a causa de su política de oportunismo y de capitulación en todas las cuestiones esenciales y decisivas de la revolución, no hizo casi nada por conquistar para la revolución a los soldados del ejército nacional. Examinemos las indicaciones dadas por las tesis de la comisión militar de Cantón para el trabajo en el ejército del Kuomintang (estas tesis son de otoño de 1925):

> Si nosotros trabajamos en el ejército revolucionario, no es para desorganizar las tropas del Kuomintang, sino para fortalecer al ejército de la revolución nacional y conservar su unidad. No debemos hacer en el ejército propaganda política que diferencie nuestros fines de los del Kuomintang y que pueda suscitar divisiones en sus filas.

Esta orientación respecto al ejército nacional fue la del Partido Comunista de China desde el principio hasta el fin de su bloque con el Kuomintang. Correspondía a la «concepción» de uno de los dirigentes más destacados de este partido antes de la conferencia de agosto, Chen Du-siu, concepción así enunciada: «Primero, extender la revolución y después profundizarla», es decir, que antes de destruir al ejército nacional de los militaristas del norte (Chang So-lin y otros), y de ocupar Pekín, es inadmisible extender la revolución agraria, desarrollar el movimiento revolucionario de la clase obrera opuesto a la política de Kuomintang, hacer un trabajo revolucionario en el ejército nacional (a riesgo de destruir su unidad y de debilitar su valor combativo). Todo esto no será necesario hasta después del fin de la expedición del Norte.

Mientras formaba bloque con el Kuomintang, el Partido Comunista no se planteó nunca seriamente la cuestión de la traición fatal en el futuro del Kuomintang. Por esta razón *no hizo en el ejército más que una agitación exclusivamente legal*, renunciando a formar células clandestinas. He aquí por qué el día en que el Kuomintang se pasó al campo de la contrarrevolución pudo expulsar del ejército, sin esfuerzo, a todos los comunistas y privar al partido de toda influencia apoyada sobre una base material. El Partido Comunista, de esta manera, perdió el ejército.

Durante la expedición del Norte, el Partido Comunista no se

preocupó nunca de conquistar los puestos de mando del ejército nacional, aunque las condiciones eran sumamente favorables para lograrlo. Así es que no se podían encontrar más que algunos mandos comunistas, y esto en los grados inferiores: jefes de escuadras y secciones, comandantes de compañías y, muy raramente, de batallones. El nombramiento del comunista Ye Ting como jefe de regimiento, a fines de 1926, fue más bien resultado de una maniobra de Li Tin-sings que el de una acción consciente del partido. Y así y todo, el regimiento de Ye Ting no se diferenciaba, esencialmente, de las demás unidades de los militaristas, aunque hubiese en él un número considerable de comunistas. La depuración del mando reaccionario no se llevó a cabo, no se hizo ningún trabajo político entre los soldados, ni se creó aparato político alguno. La única diferencia consistió en que, a la cabeza del regimiento, había un comunista en vez de un militarista. *Durante todo este periodo, el Partido Comunista no pensó ni por un momento en ampliar el regimiento de Ye Ting para convertirlo en una división, ni en organizar en sus filas la agitación política*. Fue únicamente un poco antes de la insurrección de Nangan (agosto de 1927) cuando este regimiento se transformó en división. *La inexistencia de trabajo político y de consignas políticas fue una de las causas principales que contribuyeron a la derrota de la división de Ye Ting (y Ho Lung) en Swatow, en octubre de 1927*.

Aunque el Partido Comunista multiplicó sus efectivos, durante la campaña del Norte, el número de comunistas en el ejército siguió siendo insignificante. De tal manera que, a principios de octubre de 1926, el ejército nacionalista contaba con 74.000 combatientes aproximadamente, y entre ellos 1.200 comunistas, 900 de los cuales en las unidades acantonadas en la provincia de Cantón. Hacia mediados de 1927, el número de comunistas en el ejército era ciertamente considerable, *pero su acción no estaba dirigida desde arriba, por falta de un órgano apropiado*.

El trabajo político entre los soldados era casi inexistente (si existía en algunos lugares era solo por iniciativa de los comunistas de los cuerpos de tropa). Los dirigentes, es cierto, recordaban, de vez en cuando, por pura fórmula, la necesidad de reforzar la influencia del partido en las unidades del ejército nacional. Pero la mayoría de los

soldados no conocían siquiera la existencia del Partido Comunista, y los que la conocían no veían ninguna diferencia entre él y el Kuomintang.

En vez de entregarse a una seria preparación revolucionaria en el ejército, los dirigentes del partido se ocupaban de toda serie de combinaciones superficiales con los generales militaristas, bajo el pretexto de conservar la unidad en el ejército, y procuraban persuadir a estos últimos de que permaneciesen fieles a los principios de la «izquierda» del Kuomintang.

Esta actitud de la dirección del partido fue condenada, como se sabe, por la conferencia de agosto de 1927.

Examinemos cómo se expresan las tesis de estas conferencias al enjuiciar la conducta de la antigua dirección del Partido Comunista de China.

> Todos saben que el ejército del gobierno de Ukhang, en su gran mayoría (con excepción de su pequeña fracción comunista, y de los obreros y campesinos que entraron en sus filas a la llamada del Partido Comunista), es un ejército mercenario exactamente igual a los ejércitos de todos los militaristas de China. Todos saben también que el mando de este ejército viene en aplastante mayoría de los medios agrarios o burgueses, y no sigue la revolución más que de una manera provisional y con la esperanza de sacar de ella alguna ventaja y de hacer una carrera militarista más brillante. La dirección del Partido Comunista debía comprender, como es lógico, que, ante un ejército semejante, su política debía dirigirse solamente al grueso de los soldados, y no al mando reaccionario; que había que hacer una propaganda activa entre los soldados y el mando subalterno para adquirir de este modo un apoyo sólido contra las maniobras contrarrevolucionarias del mando superior.
>
> Ahora bien, la dirección del Partido Comunista ha juzgado y ha hecho precisamente lo contrario. Toda su política y todo su «trabajo» respecto al ejército se han limitado a coquetear con los generales y a hacer combinaciones superficiales con el mando reaccionario. Prácticamente, no ha realizado ninguna agitación entre los soldados, ni ha intentado siquiera organizar esta agitación. El V Congreso del partido no ha estudiado aparte este asunto, a pesar de toda su importancia; la comisión militar del Comité Central ha demorado desmesuradamente

el examen del problema del trabajo en el ejército y, después de cuatro meses, lo ha dejado sin resolver[12].

Por el contrario, para charlar con los generales, para coquetear con ellos, siempre se ha encontrado el tiempo necesario.

Esta actitud de la dirección del Partido Comunista, en una cuestión tan esencial para la revolución, era consecuencia directa de su táctica oportunista en el conjunto de la revolución china.

Es natural que, después de todo esto, en el momento en que la burguesía china pasó al campo de la contrarrevolución, no quedase al lado de la revolución más que el pequeño grupo de las tropas de Ye Ting y de Ho Lung. Todo el resto del ejército nacional siguió dócil a los generales contrarrevolucionarios y ejecutó sus órdenes para el aplastamiento de las organizaciones de clase del *proletariado y de los campesinos, fusiló a los jefes revolucionarios, etc*.

Y sin embargo, sería difícil imaginarse condiciones más favorables para la agitación en el ejército que las que existían entonces en China.

Hoy es sumamente difícil la agitación en los ejércitos militaristas, pero no es de ningún modo imposible. Los métodos que hay que emplear serán sensiblemente diferentes de los que podían emplearse cuando los comunistas formaban legalmente parte de los regimientos como simples soldados, comandantes, subalternos o militantes políticos.

Además del trabajo en el ejército y en la marina, los partidos comunistas deben proponerse desorganizar las asociaciones voluntarias de la burguesía, que existen hoy casi en todas partes. Los objetivos esenciales de estas asociaciones, cuyo efectivo es en muchos países muy superior al de los ejércitos regulares de los mismos[13], son la movilización de la opinión pública en favor de la

12. Tesis de la Conferencia del Partido Comunista de China de agosto de 1927.

13. Así, por ejemplo, en Finlandia, los *Schützkor* y otras organizaciones militares agrupan aproximadamente de 140.000 a 150.000 miembros, incluidas mujeres; la Liga de Defensa de

guerra, la instrucción militar de sus miembros y, sobre todo, como lo demuestra su historia, *la defensa del régimen burgués*, es decir, la lucha contra el proletariado revolucionario dentro del país.

Por su composición social, algunas de estas asociaciones son proletarias en una amplia medida. Los partidos comunistas de los países en que existen deben encontrar el medio de arrancar a estos elementos proletarios a la influencia de la burguesía.

Los partidos comunistas deben reclamar, de una manera general, la disolución de las asociaciones voluntarias. Al mismo tiempo que se hace una campaña política en este sentido, deben procurar descomponerlas en su interior. La experiencia demuestra que un arma muy poderosa para lograrlo, un buen medio para atraerse a los elementos proletarios, consiste en la formación de organizaciones proletarias semimilitares, como el Frente Rojo en Alemania. Por esto, *en todas partes donde sea posible, deben hacerse esfuerzos para crear organizaciones de este género*, uno de cuyos objetivos será el trabajo (político y de organización) para descomponer las asociaciones militares de la burguesía.

El Frente Rojo, en Alemania, organización de masas de carácter mixto entre el Partido Comunista y la clase obrera (más de 100.000 miembros), que tiene en sus filas fracciones comunistas, es uno de los centros de movilización revolucionaria de las masas proletarias, un medio para arrancarlas de la asociación reformista y burguesa Liga de la Bandera Nacional, sometida a la influencia del partido socialdemócrata y del centro. Pero no se preocupa solo de hacer penetrar el espíritu revolucionario en la Liga de la Bandera Nacional creando en su seno una oposición de izquierda, sino que, al mismo tiempo, mantiene una lucha política activa contra la reacción en general y particularmente contra las manifestaciones de ésta en la

Estonia tiene aproximadamente 37.000; la Liga de Defensa de Letonia, 30.000; en Polonia, diversas organizaciones militares y semimilitares cuentan con más de medio millón de miembros. En Alemania, las organizaciones militares de todas clases (Cascos de Acero, Liga de la Bandera Nacional, Jung-Do, etc.), tienen cuatro millones de miembros. Existen asociaciones análogas en casi todos los países. En Letonia, Estonia, Finlandia y Polonia, reciben subsidios gubernamentales bastante fuertes y armas, y hacen su instrucción militar bajo la dirección de oficiales de reserva, etc.

actividad de las asociaciones militares burguesas y monárquicas (cascos de acero). El Frente Rojo hace también propaganda contra las nuevas guerras imperialistas y la guerra contra la URSS.

El partido revolucionario debe también plantearse y resolver en forma conveniente la cuestión del trabajo en la policía. Por su naturaleza social, la policía está frecuentemente compuesta en gran parte de elementos proletarios y, por consiguiente, una acción revolucionaria entre los simples policías es objetivamente posible. La experiencia de la revolución de Alemania, en 1923, es una prueba de ello. La policía de Sajonia, de Turingia y de otras regiones simpatizaba, en parte, con los comunistas, y esto, a pesar de que el partido no hizo casi ninguna agitación especial en sus filas. Algunos policías manifestaron esta simpatía con actos. No fueron raros los casos, por ejemplo, en que los policías avisaran de antemano a los comunistas de los registros, detenciones, etc.

La policía alemana no es una excepción. El trabajo revolucionario es necesario y posible en la policía de los demás países. Si se tiene presente la importancia de la policía como instrumento de opresión en manos de las clases dirigentes, y los resultados que puede dar este trabajo ya en tiempos de evolución «pacífica», sin hablar de la influencia que las disposiciones políticas de la policía ejercen en tiempo de revolución sobre la lucha del proletariado por el poder, esta rama de trabajo tiene una importancia tan grande, que nunca se insistirá bastante sobre ello.

8 LA ORGANIZACIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS DEL PROLETARIADO

Uno de los objetivos del partido del proletariado revolucionario en una situación inmediatamente revolucionaria, *es la constitución de las fuerzas armadas del proletariado*, la formación de una organización de combate. La necesidad de esta organización de combate es indiscutible.

La experiencia de las insurrecciones armadas, que se han realizado en muchos países, enseña que, por muy excelente que sea el trabajo del partido en el ejército y, en general, en las fuerzas armadas de la burguesía, *nunca será posible* tener descompuesto a todo el ejército en el momento de la insurrección; nunca se podrá conquistar a todo el ejército para la insurrección, ni siquiera neutralizarlo enteramente solo con los métodos del trabajo político dentro de él. Siempre quedarán unidades y grupos fieles al mando reaccionario y que combatirán activamente al proletariado. En su artículo *Las lecciones de la insurrección de Moscú*, escribía Lenin, en 1906:

> Nosotros hacemos y haremos aún con ahínco la «preparación» ideológica del ejército. Pero seremos unos pedantes miserables si olvidamos que en el momento de la insurrección habrá que combatir también físicamente por la conquista del ejército[1].

Cada ejército tendrá y tiene ya muchas unidades probadas, reclutadas entre los elementos fieles a la burguesía (escuelas de

1. V. I. Lenin: Obras completas, tomo X, p. 79.

oficiales y suboficiales, destacamentos especiales de policía o del ejército, grupos de «mauseristas», como en China, etc.), mejor retribuidos, toda clase de organizaciones voluntarias (muy extendidas en Occidente) destinadas especialmente a conducir la lucha activa contra el proletariado revolucionario. Además, hay que tener en cuenta que, durante la insurrección, la burguesía empleará todos los medios a su alcance (corrupción, engaño, embriaguez, represión, etc.) para conservar en sus manos a las tropas vacilantes. Por esto, se puede afirmar con toda seguridad que nunca logrará el proletariado sustraer completamente el ejército a la influencia de las clases dirigentes, ni arrancar a los soldados vacilantes del mando contrarrevolucionario para llevarlos al lado de la revolución. *La desmoralización y la neutralización de estas unidades u organizaciones no son posibles sino después de su desarme por las fuerzas armadas del proletariado. De aquí nace la necesidad imperiosa de constituir en tiempo oportuno unas fuerzas armadas suficientes de la clase obrera, capaces de sumarse a las unidades del ejército, que pasen al campo de la revolución, para aniquilar definitivamente la base militar del antiguo régimen*.

En las insurrecciones futuras, sobre todo si la situación inmediatamente revolucionaria no nace a consecuencia de una guerra, ocurrirá con frecuencia que todo el peso de los primeros combates decisivos deben ser soportados por destacamentos de la Guardia Roja, sin ningún sostén de las tropas revolucionarias.

> El ejército revolucionario es necesario para realizar la lucha armada y para conducir a las masas al combate contra los restos de la fuerza militar de la autocracia. El ejército revolucionario es indispensable, porque solo la fuerza puede resolver los grandes problemas históricos; ahora bien, *la organización de la fuerza en los combates modernos es la organización militar*[2].

La estructura de la organización de combate del proletariado varía según los países. Solo una cosa está clara: los destacamentos de esta organización de combate deben basarse en las masas (fábricas, empresas, etc.) y ser numéricamente considerables. Su estructura

2. V. I. Lenin: Obras completas, tomo X.

debe parecerse más o menos a la de la Guardia Roja de Rusia, a la de las Centurias Proletarias de Alemania en 1923, a los equipos de combate de China, etc.

La Guardia Roja no puede formarse en cualquier situación política.

> La Guardia Roja es un órgano de insurrección. Hacer agitación con vistas a su constitución y constituirla es el deber de los comunistas en presencia de una situación inmediatamente revolucionaria.
>
> No se puede perder de vista en ningún caso que, en los países imperialistas, la existencia de una milicia proletaria o de una Guardia Roja en el cuadro del Estado burgués, en tiempo de «paz general», es inadmisible e imposible[3].

La organización militar proletaria de masas (la Guardia Roja) debe crearse cuando el partido pone al orden del día la cuestión de la dictadura del proletariado y se orienta hacia la preparación directa de la toma del poder.

Las lecciones de Petrogrado, de Moscú, de Alemania en 1923, de Cantón, de Shanghai y otras, demuestran que, en un periodo revolucionario agudo, es relativamente fácil poner en pie una vasta organización de combate. El tiempo de que se dispone para ello se cifra ordinariamente en algunos meses. Pero una formación tan rápida de una organización militar verdaderamente apta para el combate no es posible más que disponiendo de un número lo bastante elevado de cuadros suficientemente preparados militar y políticamente. Sin estos cuadros, que serán el esqueleto de la organización de combate, su mando, la organización militar no tendrá gran valor desde el punto de vista combativo.

En Petrogrado, en Moscú y en las demás ciudades de Rusia, en 1917, la situación era sumamente favorable en este sentido. Por dirigentes e instructores, la Guardia Roja tenía soldados e incluso frecuentemente oficiales comunistas. Estos instructores, que durante

3. *Tesis y resoluciones del VI Congreso,* p. 42.

los combates de octubre mandaron los destacamentos de la Guardia Roja, habían enseñado antes a los combatientes a servirse de sus armas, les habían enseñado los principios de la táctica y del arte militar en general.

Muy diferente es el cuadro que hemos observado en la Alemania de 1923. Allí se organizaron en algunos meses 250.000 guardias rojos, aproximadamente, agrupados en centurias proletarias. Pero, por carecer de cuadros militarmente instruidos (toda esta masa de guardia rojos no tenía más que algunos antiguos oficiales comunistas), porque los dirigentes desconocían los elementos de la táctica de la guerilla urbana y de la insurrección en general, ignoraban la organización y la táctica del ejército gubernamental, el valor militar de estas centurias dejó mucho que desear. Esto es tanto más cierto cuanto que disponían de un número muy limitado de armas.

Otro tanto puede decirse de Cantón. La Guardia Roja, como hemos visto más arriba, tenía una idea muy débil del valor de sus armas y no sabía servirse de ellas para el combate; experimentó grandes pérdidas y ejecutó muchas operaciones desdichadas, porque se habían puesto a su frente camaradas sin experiencia y con pocos conocimientos del arte militar. El número de los comunistas entrenados en este arte era sumamente limitado en Cantón.

Muy frecuentemente, en la práctica, los partidos comunistas conceden demasiada poca importancia a la preparación de los cuadros. Sin embargo, es éste un problema de una gravedad excepcional, sobre todo en países como China y otros semejantes, donde el proletariado tiene pocas posibilidades de formar cuadros propios en el seno de los ejércitos que existen.

La táctica de la insurrección y de la guerrilla urbana (toda insurrección en una ciudad toma la forma de guerrilla urbana), a causa de diversos rasgos específicos que examinaremos inmediatamente y que la diferencian de la táctica ordinaria de los ejércitos regulares, es extraordinariamente complicada. Su estudio exige esfuerzos prolongados y perseverantes. Por esto, un partido revolucionario que sea marxista hasta el fin, es decir, que considere la insurrección como

un arte y propague entre la clase obrera la idea del levantamiento armado, debe plantearse prácticamente el problema de la educación de los cuadros de la futura insurrección y darle una u otro solución. Para esto, todo el partido proletario debe prepararse desde ahora mismo sin esperar una situación inmediatamente revolucionaria, ya que entonces sería demasiado tarde. Debe prepararse para ella con independencia de la situación política presente. El problema, a pesar de su dificultad aparente, no es, desde luego, insoluble. Al lado del estudio del marxismo-leninismo, la dirección del partido debe organizar también el del arte militar, el estudio de las lecciones de las diversas insurrecciones, principalmente las de Rusia, Alemania y China. Este estudio puede hacerse en los círculos, en las escuelas (legales, semilegales o ilegales, según las circunstancias), consignando las lecciones de la lucha armada del proletariado en las publicaciones del partido, estudiando el arte militar en la práctica (envío de camaradas al ejército), formando organizaciones militares legales e ilegales (Frente Rojo, en Alemania; Asociación Revolucionaria de Antiguos Combatientes, en Francia).

El conocimiento de la teoría no basta, naturalmente, para formar dirigentes militares experimentados para los destacamentos de la Guardia Roja. *Sin embargo, es ésa la condición primera a la que no debemos renunciar*.

En la formación de los cuadros militares de la futura insurrección y en la preparación de las masas proletarias en el arte militar, las grandes organizaciones semimilitares del proletariado desempeñan un papel inmenso (Frente Rojo, en Alemania; Asociación Revolucionaria de Antiguos Combatientes, en Francia). Estas organizaciones no pueden identificarse de ningún modo con la Guardia Roja, pues no son instrumentos de lucha directa por la dictadura del proletariado. Su destino esencial, como indicamos en el capítulo precedente, es la movilización y la educación del proletariado en el espíritu de la lucha de clase; es también la lucha política contra las organizaciones militares de la burguesía pero, además, permiten a decenas de millares de proletarios aprender el arte de la guerra y educarse para la guerra civil. Siendo la organización de combate para la defensa del proletariado, estas agrupaciones son al mismo tiempo los campeones

de la idea de la guerra civil y un poderoso medio para propagar esta idea en el conjunto de la clase obrera.

La instrucción militar de las masas puede hacerse también, hasta cierto punto, en diversas organizaciones legales: sociedades deportivas, sociedades de tiro, etc. El partido comunista debe utilizar, en todas las partes en que pueda, estas sociedades para dar una educación militar a la juventud revolucionaria.

Al llegar la situación inmediatamente revolucionaria, la instrucción militar de las masas (manejo de las armas, elementos de la táctica de la insurrección y de la guerrilla urbana, reconocimientos, servicio de enlace, estudio de la organización y de la táctica del ejército y la policía, etc.), el armamento del pueblo, la formación en cada lugar de destacamentos de Guardia Roja, deben alcanzar su máximo. Se debe conceder la mayor atención en esos momentos a los centros decisivos de la vida política y económica del país (la capital, los grandes centros industriales, los nudos de vías férreas, etc.).

Descuidar estos diferentes extremos es exponerse, en los momentos críticos de la revolución, a consecuencias extraordinariamente funestas.

La insurrección de Cantón demostró que las tres cuartas partes, aproximadamente, de los obreros que tomaron parte activa en los combates no sabían servirse de sus fusiles, eran incapaces de utilizar las armas de que se habían apoderado al comenzar el movimiento. Se dieron casos en que los obreros, que habían recibido su fusil sin conocer las reglas del tiro, tiraban sobre sus propios camaradas. Por desconocimiento de las reglas elementales del tiro y de la táctica del combate, por desconocer la técnica del reconocimiento y del enlace, por desconocer los puntos fuertes y los puntos débiles del ejército de los militaristas, los insurgentes sufrieron grandes pérdidas. A este respecto, la insurrección de Cantón reveló las insuficiencias del Partido Comunista en materia militar y los errores cometidos por él, en este aspecto, en todo el periodo precedente.

En julio de 1905, en su artículo *El ejército revolucionario y el*

gobierno revolucionario, Lenin escribe, a propósito de la necesidad de estudiar el arte militar:

> No hay un solo socialdemócrata que conozca algo la historia y que haya estado en la escuela de Engels, el gran conocedor en este arte, que haya dudado nunca de la enorme importancia de la técnica y de la organización militar como instrumentos de los que deben servirse las masas populares y las clases populares para resolver los grandes conflictos históricos. La socialdemocracia no se ha rebajado nunca a jugar a conjuras militares; no ha puesto nunca en primer plano las cuestiones militares, hasta que no se han reunido las condiciones que engendran la guerra civil. Pero *hoy*, todos los socialdemócratas han llevado adelante las cuestiones militares, si no al primer plano, por lo menos a uno de los primeros planos; han puesto al orden del día su estudio y su propaganda en las masas populares. El ejército revolucionario debe hacer aplicación práctica de los conocimientos militares y de los medios militares para decidir todo el destino futuro del pueblo ruso, para resolver la cuestión primera y más esencial, la de la libertad[4].

El Comité Central anterior del Partido Comunista de China (antes de la conferencia de agosto)[5] había seguido, por lo que se refiere al armamento de las masas y a la formación de una potente fuerza armada proletaria, así como para el trabajo en el ejército nacional, una línea extremadamente oportunista:

> El Comité Central del Partido Comunista de China nunca ha pensado seriamente en el armamento de los obreros y de los campesinos, en la necesidad de este armamento, ni, en general, en la formación de cuadros militares campesinos, verdaderamente revolucionarios. Su comisión militar ha manifestado en este sentido una perfecta inacción. No se ha hecho nada para la instrucción militar de

4. V. I. Lenin: Obras completas, t. VII, pp. 445-446.

5. La «Conferencia de emergencia» del PCCh, reunida el 7 de agosto de 1927, dos días después de la derrota del levantamiento de Nanchang, a convocatoria del delegado de la Internacional Comunista, Lominadzé, apartó de la dirección del partido a Chen Du-siu, reemplazándolo por Chu Chiu-pai, y se reafirmó en la fidelidad a las directrices de la Internacional Comunista. La condena de Chen Du-siu equivalió, en última instancia, más que a una condena de la política seguida hasta entonces, a la personalización en Chen Du-siu de los «errores oportunistas» cometidos en su aplicación. Así, el punto político fundamental, la alianza con el Kuomintang, no fue sustancialmente cambiado tras esta conferencia. (N.d.E.)

> todos los comunistas, lo que era el primer deber del partido. No se ha preocupado de reunir sistemáticamente a los diversos destacamentos aislados de obreros y campesinos en una fuerza organizada capaz de defender efectivamente la revolución en el curso de su desarrollo. No se ha tomado casi ninguna medida para procurarse armas allí donde verdaderamente podían encontrarse, ni para distribuirlas entre los obreros y los campesinos. El Comité Central ha juzgado el problema del armamento de los obreros y campesinos como inexistente e incluso peligroso para su combinación política con el mando del Kuomintang. Y repentinamente, después de esta larga inacción, manifestó su actividad, pero en el sentido contrario, proponiendo a los piquetes de Ukhang, «para evitar conflictos y provocaciones», que entregasen voluntariamente sus armas. ¿Cómo calificar de otro modo que como mentalidad derrotista esta actitud del Comité Central frente a exigencias vitales de la revolución?[6]

Estos errores de la antigua dirección del Partido Comunista, estos errores que han tenido, hasta cierto punto, consecuencias fatales en la hora crítica de la revolución de 1927, están tratando de corregirse en este momento.

Un problema difícil de resolver en la preparación de la insurrección es el de las armas. Tiene una gran importancia política. Bajo la dictadura de la burguesía (en tiempo de «paz»), el proletariado está generalmente privado de la posibilidad de armarse. Y, sin embargo, a pesar de sus dificultades, este problema no es insoluble. La situación política en la que se presentará la toma del poder como una cuestión práctica (es decir, en caso de crecimiento rápido de las disposiciones revolucionarias entre los trabajadores, de grandes oscilaciones de la pequeña burguesía y de debilitación del aparato gubernamental burgués) permitirá al proletariado, con una buena dirección en el partido, adquirir armas, comprándolas, desarmando a las ligas fascistas, apoderándose de ciertos depósitos, fabricándolas (aunque sean primitivas) y armar a la organización de combate de manera suficiente, por lo menos para *garantizar en el momento de la insurrección el éxito de las tentativas para proporcionarse otras*. Al elaborar el plan de insurrección, la dirección debe conceder una gran importancia a esta cuestión de las armas y del armamento de los

6. *Tesis de la Conferencia* de agosto de 1927 del Partido Comunista de China.

equipos no armados o de los revolucionarios dispuestos al combate.

En 1905, en el artículo *Los objetivos de los destacamentos del ejército revolucionario*, Lenin escribía:

> Los destacamentos deber armarse por sí mismos como puedan (fusiles, revólveres, bombas, cuchillos, palos, bayonetas, trapos empapados en petróleo para prender fuego, cuerdas o escalas de cuerda, palas para levantar barricadas, cartuchos de dinamita, alambre para alambradas, clavos contra la caballería, etc.). En ningún caso se puede esperar socorro de arriba ni de fuera, tiene que procurárselo uno mismo.

Y Lenin indica mas adelante que «en ningún caso hay que renunciar a formar un destacamento o retrasar su formación con el pretexto de falta de armas»[7].

En respuesta al informe del Comité Militar del Comité de San Petersburgo, que consignaba la lentitud de la formación de los destacamentos de combate y la penuria de armas, Lenin aconsejaba:

> Id a los jóvenes, formad inmediatamente equipos de combate, por todas partes y en cada lugar, entre los estudiantes y, sobre todo, entre los obreros; que se organicen sin dilación destacamentos de tres a diez, o treinta hombres, todo lo más. Que se armen inmediatamente, por sí mismos, como puedan, uno con revólver, otro con un cuchillo, otro con un paño empapado en petróleo para prender fuego[8].

Las instrucciones de Lenin sobre la formación de los destacamentos del ejército revolucionario y sobre la manera de proporcionarse armas, están aún hoy en vigor.

Hay que tener en cuenta que, en las insurrecciones futuras, tanto en Oriente como en los países de capitalismo desarrollado, el proletariado, o por lo menos algunos de sus elementos, antes de apoderarse de una cantidad suficiente de armas modernas (en el primer momento de la insurrección), tendrán que contentarse a

7. Leninski Sbornik, tomo V.

8. *Ibid.*

menudo con las armas más imperfectas. En ningún caso hay que hacerles ascos, pues con estas armas primitivas y muy imperfectas, los destacamentos de combate pueden y deben proporcionarse otras verdaderas y más modernas.

La insurrección está dirigida por el partido; cada miembro del partido es un soldado de la guerra civil. Este principio obliga a todo comunista a poseer un arma. Esto debe ser practicado principalmente en los países en que la lucha de clases es más viva, y en los que las condiciones específicas hacen más verosímil una explosión revolucionaria.

Para insistir sobre la cuestión de la formación de la Guardia Roja (ejército revolucionario) y de su estructura, hay que indicar los siguientes factores principales, que se desprenden de la experiencia adquirida en este sentido en los diferentes países.

Cuando llega una situación inmediatamente revolucionaria, la Guardia Roja debe formarse por todas partes a la vez: en las fábricas, en las ciudades, cuando el partido lanza consignas de combate cada vez más activas y llama directamente a las masas a la preparación del levantamiento armado. Los destacamentos de la Guardia Roja deben componerse generalmente de obreros sin partido, de estudiantes, de campesinos pobres. El partido debe esforzarse por asegurar su dirección en estos destacamentos, por tener en los puestos de mando de estos destacamentos a hombres probados; por dirigir su instrucción militar, etc. En muchos países no hay inconveniente en que los destacamentos de la Guardia Roja se formen ilegalmente, por lo menos en sus comienzos. El grado de legalidad de la Guardia Roja dependerá de toda una serie de condiciones, sobre todo de la profundidad del movimiento revolucionario en las clases oprimidas, de la extensión de la descomposición del aparato gubernamental de las clases dirigentes, etc. El deber del partido es tener en cuenta la situación política real en cada región y lanzar entre las masas consignas cuya realización asegure la existencia legal de las organizaciones obreras, entre ellas el partido y la Guardia Roja, así como sus progresos. No hay que olvidar nunca que *la cuestión de la legalidad de la Guardia Roja será finalmente resuelta por la lucha de*

las masas obreras y únicamente por ella. El partido debe, por todos los medios, explicar a las masas que una lucha triunfante por la formación del ejército revolucionario determina, en una amplia medida, una lucha victoriosa durante la insurrección, ya que luchar por la formación y el desarrollo legal de la Guardia Roja *es luchar por la principal vía de acceso a las posiciones decisivas, es el principio de la lucha directa por el poder*. En este periodo, las escaramuzas con las fuerzas armadas de la burguesía (tropas, policía, gendarmería, destacamentos fascistas) serán inevitables. También lo serán las derrotas parciales.

La experiencia de los diferentes países demuestra que, en el fondo, la estructura de los destacamentos de la Guardia Roja se reduce a lo siguiente. Las fuerzas armadas del proletariado, en las condiciones ilegales actuales, se deben constituir en pequeños grupos (de tres, cinco, diez) organizados en cada fábrica, etc., y subordinados, por intermedio de sus comandantes, a una instancia superior (jefes de fábrica o de barrio). La formación de unidades más grandes (compañías, batallones) no es recomendable en este periodo, para poder conservar el secreto.

Con el desarrollo de la campaña por la formación de la Guardia Roja, cuando la idea haya abrazado a las masas obreras, quebrando todos los cuadros de la legalidad; cuando la formación del ejército revolucionario tome un carácter de masa, el partido debe dar un esquema apropiado de organización de la Guardia Roja, basándose en las exigencias de la guerrilla urbana y en las armas de que dispone. Este esquema debe ser sencillo e inteligible para cualquier obrero. No hay que esforzarse por tener una estructura complicada, por formar grandes unidades. Hay que procurar más bien agrupar de manera muy compacta a las pequeñas unidades de base: escuadras y grupos (diez a veinte hombres), secciones (treinta y cinco a cuarenta y cinco) y compañías (de dos a tres secciones). En ciertos casos, se podrán reunir dos o tres compañías en un batallón. La formación de unidades más grandes (regimientos o divisiones), como se hizo en Alemania en 1923, no es conveniente, e incluso es contraproducente, porque vela la importancia de los pequeños destacamentos de base en la guerrilla urbana, y revela una incomprensión de la naturaleza de este combate, cuyo peso cae entero sobre grupos y destacamentos que

corresponden numéricamente a la escuadra, a la sección o a la compañía. La formación de grandes unidades será necesaria después de la toma del poder en una ciudad y al empeñar la lucha fuera, en campo raso.

En la formación e instrucción militar de la Guardia Roja hay que prestar una gran atención a la preparación, en el seno de los destacamentos de base, como la escuadra o la compañía, de hombres o grupos con misiones especiales: agentes de enlace, exploradores, enfermeros, ametralladores, artilleros, zapadores, chóferes, etc.; es ésta una cosa muy importante, pues la presencia de todas estas especialidades (aun sin existir los ejércitos correspondientes) permitirá, en primer lugar, combatir mejor a estas armas del enemigo y, en segundo lugar, al apoderarse de ellas, utilizarlas para el propio uso. Los agentes de enlace (en bicicleta a ser posible) y los exploradores serán siempre indispensables en la guerrilla urbana; por esto hay que preparar necesariamente a camaradas o a grupos enteros de cada sección y de cada compañía para las funciones de exploradores y para el servicio de enlace.

En la designación y preparación del mando de los destacamentos hay que tener presente que, durante el combate, habrá que exigirle mucha independencia e iniciativa, aptitud para orientarse en las condiciones complejas de la guerrilla urbana, valor personal, capacidad para asumir responsabilidades en la solución independiente de los incidentes del combate y, en fin, una abnegación sin límites por la causa revolucionaria.

La elección del personal dirigente de la Guardia Roja debe tener en cuenta estas exigencias. Hay que recordar que la persona del comandante, en las luchas callejeras y en el curso de la insurrección, juega un papel muy importante.

9 LA DIRECCIÓN DEL TRABAJO MILITAR DEL PARTIDO

La dirección del trabajo militar en su conjunto es, naturalmente, obra de todo el partido y de todas las juventudes, y de cada uno de sus miembros en particular.

Pero, además, en vista de las particularidades específicas del trabajo militar, es necesario que exista un aparato especial, con un personal de buenos militantes que se encarguen de él. Es un error creer que se puede organizar bien este trabajo sin aparato especializado. Los objetivos militares adquieren una importancia particular, no solo en la situación inmediatamente revolucionaria, sino también en los periodos que se llaman pacíficos. No se puede, por ejemplo, concebir ningún trabajo militar en el interior del ejército sin un personal especializado, sin un aparato director especial. La experiencia demuestra que encargar de la dirección completa del trabajo entre las tropas al comité correspondiente del partido es muy a menudo renunciar prácticamente a este trabajo. Si esta apreciación es justa en la acción sindical, en la agitación en el seno de las grandes organizaciones de proletariado (cooperación, sociedades deportivas, etc.), lo es mucho más aún respecto al ejército. Eso concierne, muy particularmente, a los partidos comunistas legales. El trabajo militar del partido, por lo que se refiere a las medidas de organización antes de la situación inmediatamente revolucionaria, es, en el fondo, un trabajo ilegal que exige la aplicación de métodos extremadamente completos de conspiración y que requiere habilidad, invención, etc.; exige, por lo tanto, un personal especialmente apropiado.

En ausencia de una situación inmediatamente revolucionaria, el aparato militar puede tener la composición siguiente:

1) la comisión militar adjunta al comité central del partido, compuesta por tres camaradas, uno de ellos, el presidente, miembro del comité central;
2) las comisiones militares adjuntas a los comités de partido de provincia u otros análogos, compuestas por dos o tres camaradas, según la amplitud del trabajo;
3) los delegados militares adjuntos a los comités de distrito;
4) las comisiones militares o delegados, según la importancia de la ciudad y la amplitud del trabajo, adjuntos a los comités de ciudad.

Uno de los miembros de la comisión militar debe siempre ser miembro del comité del partido al que está adjunta dicha comisión. Además, la comisión debe comprender, entre sus tres miembros, un miembro del comité correspondiente de las juventudes comunistas.

Se debe poner a disposición de las comisiones militares, según los objetivos y las posibilidades del partido, un cierto número de militantes, entre los cuales debe haber miembros de las juventudes, cuyo trabajo esencial de partido sea cumplir los encargos de las comisiones militares.

Las funciones de las comisiones militares consisten en conducir y dirigir, según las directivas de los comités correspondientes del partido, el trabajo en el ejército, en la policía, en la flota y en las asociaciones militares burguesas; en organizar la información del partido; en formar los cuadros militares de la futura Guardia Roja; en proporcionarse armas; en editar y extender, por decisión del comité central o de los comités provinciales, todos los materiales impresos (manifiestos, folletos, periódicos militares); suministrar materiales a las redacciones de la sección militar de los periódicos del partido, etcétera. La distribución de las funciones debe hacerse teniendo en cuenta todos estos extremos.

Una decisión del comité del partido debe poner a disposición de la comisión militar correspondiente los recursos financieros necesarios para ejecutar bien el trabajo confiado a esta última. Hasta donde permitan los fondos, los miembros de las comisiones o los delegados

militares, por lo menos en las principales ciudades o provincias, deben ser mantenidos a expensas del partido y liberados así de cualquier otro trabajo para asegurar su existencia.

A medida que se acentúa la lucha de clases y se aproxima la situación revolucionaria, cuando el partido lanza consignas de lucha cada vez más acentuadas, orienta toda su acción política hacia la preparación inmediata de la toma del poder, lanza la consigna de la formación de una Guardia Roja, etcétera, las comisiones militares deben ser completadas con militantes suficientemente preparados. En este periodo hay que formar incluso nuevas comisiones en las regiones en que no existen aún. En los grandes centros políticos y económicos (las capitales, las grandes ciudades industriales, los puertos), donde existen, además de los comités de ciudad, los comités de barrio, hay que formar junto a estos últimos también comisiones militares o designar delegados. El efectivo de los dirigentes militares de estas comisiones debe ser al mismo tiempo sensiblemente aumentado. La formación de los destacamentos de la Guardia Roja, la instrucción militar de los hombres, la descomposición de la máquina gubernamental burguesa y, ante todo, del ejército y la policía, la creación de una red de informaciones en el campo enemigo, la búsqueda intensificada de armas, etc., todo esto exige un personal mucho más numeroso que en circunstancias ordinarias.

Incumbe, además, a las comisiones militares trazar, guiándose por las indicaciones generales de los correspondientes comités del partido, la parte militar del plan de insurrección en cada ciudad y provincia o en el conjunto del país. Durante la insurrección, las comisiones se transformarán en Estado Mayor, es decir, en aparato técnico adjunto al comité revolucionario correspondiente, que será el que dirija las operaciones.

La dirección general del trabajo militar del partido en el país entero, así como la actividad en cada uno de los sectores (sindicatos, prensa, fracción parlamentaria, cooperación, etcétera, corresponde al comité central, como autoridad suprema del partido en el intervalo de las conferencias y de los congresos. *Localmente, este trabajo será dirigido, de acuerdo con las directrices del comité central*, por el comité

correspondiente de territorio, de región, etc.

El comité central determina el carácter y el contenido (del trabajo) en el interior del ejército. Señala las consignas de cada estadio de desarrollo de la revolución, da indicaciones para ligarlas al conjunto del trabajo político del partido, indica los centros y las regiones que han de considerarse como más importantes desde el punto de vista de la descomposición de las fuerzas armadas de las clases dirigentes, y refuerza de acuerdo con esto los comités correspondientes, enviándoles fondos y militantes, y, en fin, controla todo este trabajo. Decide el momento en que hay que comenzar la formación de la Guardia Roja, da indicaciones sobre la adquisición de armas, juzga la utilidad o inoportunidad de tal o cual diversión, etc. En una palabra, todas las empresas de alguna importancia que tengan un interés político general para el partido *deben ser sometidas* por los comités locales, e igualmente por el comité central de las juventudes comunistas, *a la sanción del comité central*. Las comisiones militares no tienen línea de conducta propia que no sea resultado de la orientación general del partido. Funcionan según las directivas de las organizaciones comunes del partido.

Estos principios pueden parecer elementales y universalmente conocidos. No obstante, no es inútil recordarlo, ya que, a veces, son olvidados.

En la insurrección de Cantón, como hemos visto, ni siquiera la fecha de la insurrección fue fijada por el Comité Central, sino por el comité de la provincia de Cantón. El Comité Central no tuvo noticia de la insurrección hasta el momento en que el mundo entero hablaba ya de ella. Lo absurdo de este hecho es evidente. En la segunda insurrección de Shanghai, el comienzo de la huelga y del levantamiento armado fue decidido por los militantes sindicales, con la participación de un gran número de miembros del partido, pero sin la declaración del Comité Central. En varias provincias de China, en 1927, se han organizado insurrecciones ignoradas por las instancias superiores del partido.

A veces, por toda una serie de razones se abren paso tendencias

autonomistas en la organización militar; negativas a someterse a las decisiones de los comités, del partido, deseo de tomar decisiones políticas con independencia de los organismos cualificados, etc. Tendencias semejantes se constataron en Rusia después de la revolución de febrero, y aún mucho más tarde, en la organización militar de ciertas regiones. En relación con los debates en curso en el Comité Central y en el buró panruso de las organizaciones militares, el Comité Central se vio obligado, en su sesión del 29 de agosto, a plantear la cuestión de las relaciones entre la organización militar y el conjunto del partido. Se tomó la decisión siguiente:

> El buró militar es la organización que hace la propaganda entre los soldados... Según los estatutos del partido, no puede existir ninguna organización directora que funcione paralelamente a otra organización del partido. Esto se refiere tanto a las organizaciones panrusas como a las organizaciones locales. Por tanto, el Buró Panruso de las Organizaciones Militares no puede existir como centro político independiente[1].

Se produjeron roces entre la dirección del partido y organizaciones militares a causa de las tendencias autonomistas de estas últimas en Tomsk, Ekaterinburg y otras ciudades en el curso de 1917.

Tendencias análogas se advirtieron en la organización de combate de Alemania en 1923.

Los principios de organización del bolchevismo reclaman la estricta subordinación de la organización militar, como la de cualquier otra organización del partido (fracción parlamentaria, fracciones sindicales, etc.), a la dirección general del partido. Es la única garantía de la disciplina, de la unidad de acción y de doctrina. Este principio aumenta las aptitudes combativas del partido y multiplica las posibilidades de victoria durante el combate decisivo por la dictadura del proletariado.

1. Informes del Comité Central, citados según el artículo de Rabinovitch: «Las organizaciones militares de los bolcheviques en 1917», *Revolución proletaria,* 1918, nº 6-7.

10 EL CARÁCTER DE LAS ACCIONES MILITARES AL COMIENZO DE LA INSURRECCIÓN
(PRINCIPIOS GENERALES DE TÁCTICA)

ADVERTENCIAS DE CARÁCTER GENERAL

La insurrección armada, al perseguir la destrucción del aparato gubernamental y la toma del poder por el proletariado, adquiere la forma de lucha armada implacable entre la fracción militarmente organizada del proletariado y de sus aliados y la fuerza militar de las clases dominantes. En el primer periodo de esta guerra civil declarada, la lucha se desarrollará principalmente en las ciudades, es decir, revestirá la forma de combates de calle, diferenciándose, por otra parte, por su carácter y por su duración según las circunstancias. Del resultado del combate en este periodo y de la rapidez con que el proletariado logre poner en pie un número suficiente de unidades aptas para el combate de su ejército rojo dependerá en una amplia medida el resultado de la lucha por la consolidación y la extensión territorial de la revolución. Más tarde, cuando el poder esté sólidamente tomado por el proletariado, en las principales regiones económicas y políticas (las capitales, los grandes centros económicos), la lucha armada tomará principalmente un carácter de guerra en campo abierto entre el ejército rojo regular y los restos de la contrarrevolución indígena, o de la intervención extranjera.

La guerra civil (y la insurrección armada por tanto), al igual que las operaciones de los ejércitos regulares, está sujeta a las reglas del arte militar. No obstante, en vista de los caracteres específicos de las operaciones que comporta la insurrección, la táctica de la lucha armada del proletariado por el poder, es decir, del primer periodo de la guerra civil, difiere sensiblemente de la de los ejércitos regulares.

En el duelo entre dos ejércitos regulares, ya tenga lugar a campo abierto o en el interior de una ciudad, existe entre ambos una cierta línea de frente que los separa. La lucha del proletariado, *por lo menos en los primeros momentos del levantamiento armado*, se desarrolla en condiciones completamente diferentes.

En primer lugar, *no hay una línea de frente determinada entre los beligerantes*. El frente, para el proletariado, como para las clases dominantes, *está alrededor y por todas partes. Amigos y enemigos, de una y otra parte, no están separados territorialmente*. Por una parte, el proletariado revolucionario tiene fatalmente partidarios, ocultos o declarados, en el campo de las clases dirigentes (en el ejército, la policía, las organizaciones de todas clases que están bajo la influencia política y material de los partidos de las clases dominantes, etc.); por otra parte, en las filas del proletariado habrá muchos partidarios, ocultos o declarados, del antiguo régimen (el aparato del partido socialdemócrata, la fracción del proletariado y de la pequeña burguesía sometida a la influencia de la socialdemocracia, etc.).

En segundo lugar, en el momento de la lucha armada por el poder, el proletariado no poseerá aún un verdadero ejército rojo regular, organizado y equipado conforme a las exigencias del combate moderno. Los destacamentos de la Guardia Roja no son más que un embrión del futuro ejército rojo. *El ejército regular del proletariado se forma y debe formarse en el curso de la lucha por el poder*.

En tercer lugar, la experiencia demuestra que el estado de las fuerzas armadas de las clases dominantes se modifica sensiblemente en el curso de la insurrección y que, por esta razón, el ejército difiere seriamente, en cuanto a su cohesión y a su valor combativo, del que combate en tiempo normal contra el ejército de un Estado enemigo. En sus filas se producirán necesariamente, bajo la influencia del combate mismo y de la agitación del partido revolucionario, procesos de diferenciación social que harán penetrar en él gérmenes de descomposición y quebrantarán su valor combativo. En fin de cuentas, se hallarán en el ejército (como en la policía), al lado de unidades que combatan activamente al proletariado revolucionario, otras unidades, grandes y pequeñas, cuyos soldados pueden vacilar entre la

revolución y la contrarrevolución. Veremos multiplicarse los casos de desobediencia al mando reaccionario, los casos de rebelión y los pasos al campo de la revolución.

Al mismo tiempo que combate por el poder, el proletariado revolucionario *forma su ejército propio y descompone por su agitación, y también por la lucha física*, el apoyo armado de las clases dirigentes, el ejército mismo, la policía, la flota, las diversas asociaciones fascistas.

Las tres particularidades específicas de la lucha del proletariado por el poder, que acaban de mencionarse, imponen un sello especial a la táctica empleada, a consecuencia de lo cual la táctica de guerra del proletariado durante la insurrección difiere en muchos puntos de la de los ejércitos regulares. Los organizadores y los dirigentes de la insurrección no deben, por tanto, conocer solamente el arte militar en general, deben saber, además, aplicar las reglas de la teoría y de la táctica militares a las condiciones particulares de la insurrección.

Las particularidades de la táctica de la insurrección serán puestas de relieve cuando examinemos los diversos elementos de la organización y de la ejecución del levantamiento armado.

Una de las cuestiones esenciales de toda insurrección proletaria será en el porvenir la de *asegurar la superioridad* a las fuerzas militares organizadas de la insurrección sobre las fuerzas armadas del enemigo.

Las insurrecciones proletarias de Cantón, Hamburgo, Reval y otras fueron vencidas, en realidad, porque sus dirigentes, por diversas causas objetivas y subjetivas, de las que se ha tratado ya, no supieron resolver este problema esencial a favor de los insurgentes. Por no tener la superioridad militar sobre el enemigo, por no haber aumentado rápidamente sus fuerzas armadas en el curso del levantamiento, los insurgentes se vieron obligados, casi inmediatamente después de su entrada en acción, a *volver a la defensiva y a renunciar a toda operación activa*. Ahora bien, la defensa, en la insurrección como en la guerra entre dos ejércitos regulares, *no decide ni puede decidir* la

suerte de una operación.

La experiencia de las insurrecciones proletarias de las ultimas décadas permite sacar la conclusión de que el proletariado tendrá muy raramente, antes de la insurrección, la superioridad militar sobre las fuerzas armadas de las clases dominantes. La mayor parte del tiempo, por el contrario, al comienzo de la insurrección será mucho más débil militarmente. *La superioridad sobre las fuerzas armadas del enemigo debe ser conseguida* (y esto es posible) *en el curso de la insurrección*. La misma situación política general, favorable a la revolución y que influye necesariamente, en provecho suyo, sobre el ejército burgués, sobre la policía y, en general, sobre todas las fuerzas armadas de las clases adversas, *favorecen objetivamente la obtención de esta superioridad*. El plan de insurrección y las demás medidas de organización del proletariado deben proponerse esta necesidad de un aumento regular y tan rápido como sea posible de las fuerzas armadas en el curso de la insurrección, con el fin de lograr la superioridad sobre el enemigo y aplastarlo bajo los golpes concentrados de las potentes fuerzas armadas de la revolución.

A esto se une otra cuestión: ¿Cómo asegurar a la organización de combate, durante la insurrección, el apoyo activo de las masas revolucionarias? ¿Cómo arrastrar a la lucha activa y cómo utilizar adecuadamente (conforme al plan de insurrección) a las masas revolucionarias de tal manera que se logre hacerlas colaborar en la ejecución de los objetivos de la insurrección? *Descuidar esta cuestión* es condenar al fracaso a la organización de combate del proletariado. La causa principal de la derrota de Reval, el 1 de diciembre de 1924, como sabemos, fue que la organización militar, una vez comenzado el ataque, *se encontró aislada*, porque el partido no supo organizar y arrastrar al grueso del proletariado a la lucha activa en el momento de la entrada en acción de la organización de combate.

La incorporación y la buena utilización de las masas revolucionarias durante la insurrección constituyen *uno de los problemas más complejos, y, al mismo tiempo, más esenciales de la dirección de la insurrección*.

Hay que tener en cuenta, naturalmente, estas consideraciones generales al establecer el plan estratégico de insurrección. Pero aún hay que tenerlas más en cuenta al trazar los planes tácticos con relación a los diversos objetivos (en la ciudad, en un barrio o, en general, en un lugar habitado).

FUERZAS ARMADAS DE LAS CLASES DIRIGENTES

La clase dirigente dispone de las siguientes categorías de fuerzas armadas, las cuales, durante la insurrección del proletariado, serán lanzadas contra:

1) El ejército regular.
2) La flota marítima y fluvial.
3) La policía y la gendarmería.
4) Las organizaciones militares voluntarias.

EL EJÉRCITO REGULAR

El ejército regular, si no está desmoralizado, en plena fermentación revolucionaria (o bien aquellas de sus unidades que no están descompuestas), es el ejército más poderoso contra el proletariado revolucionario. Dotado de un personal de mando excelente desde el punto de vista militar, y profundamente devoto al gobierno, provisto de todos los medios más modernos de ataque (ametralladoras, artillería, automóviles, gas, aviación, etc.), el ejército regular es hoy *una fuerza extraordinariamente seria*, contra la cual y por cuya conquista tendría que luchar, en primer término, el proletariado, durante la insurrección.

Es en la guerra en campo abierto, y durante las operaciones de día, donde mejor se manifiesta la fuerza del ejército regular. El combate en el interior de las ciudades reduce sensiblemente el campo de utilización de sus medios, especialmente durante la noche, y

obstaculiza la dirección de las operaciones de las diversas unidades. Por esta razón, la táctica de las operaciones en el interior de las ciudades, principalmente en caso de insurrección, difiere mucho de la táctica ordinaria del ejército regular.

Las cualidades combativas de las diversas armas y sus posibilidades de utilización en la guerrilla urbana pueden caracterizarse, en conjunto, de la manera siguiente:

Infantería. En casi todos los ejércitos, la infantería constituye el grueso de los efectivos y el arma principal, tanto en campo abierto como en la guerrilla urbana. Emplea, al mismo tiempo, la pólvora y la bayoneta, se adueña de los edificios y de los barrios, limpia el terreno de insurgentes, ocupa las posiciones conquistadas.

Los factores esenciales de la infantería, en la guerrilla urbana, son su organización, la posibilidad que tiene de combatir en pequeñas o en grande unidades (escuadras, secciones, compañías, batallones), su instrucción militar, su hábito de apoyo mutuo, su habilidad para conservar el enlace con las unidades vecinas. La infantería está admirablemente armada para la guerrilla urbana (ametralladoras, fusiles, revólveres, granadas de mano, artillería, etc.). A causa de su movilidad, puede combatir no solo en las calles, sino también en los patios, dentro de los edificios y sobre los tejados.

Los lados débiles de la infantería son los siguientes:

1) Sus armas no pueden ser utilizadas en el interior de las ciudades más que a distancias relativamente cortas.
2) Sus unidades encuentran dificultad para desplegarse en las calles, cuando son algo importantes (regimientos, brigadas, divisiones); no lucha, por regla general, más que por destacamentos pequeños y medios (hasta el batallón).
3) En los comienzos del combate, las particularidades de la ciudad son poco conocidas desde el punto de vista de su utilización para las operaciones (dificultad de orientación).
4) Siempre existe el peligro de ser atacado por insurgentes parapetados (sótanos, tejados, patios, ventanas, buhardillas).

5) Cuando la infantería está dentro del cuartel, por la noche principalmente, los insurgentes pueden, con una buena organización, atacarla de improviso (como a todas las tropas regulares, por otra parte) y privarla de toda posibilidad de hacer uso de sus armas.
6) La infantería (como todo el ejército regular) está compuesta, principalmente, de campesinos, de obreros y, en general, de elementos proletarios (los ejércitos mercenarios, en China, Alemania, Bulgaria, etc.), comprenden también elementos desclasados: objetivamente, esta masa *no está de ningún modo interesada* en defender a las clases dominantes ni al régimen burgués o feudal-burgués. Al entrar en contacto íntimo, durante el combate, con la población obrera de las ciudades, la infantería no puede sustraerse, hasta cierto punto, a la influencia del proletariado revolucionario. La fraternización y la agitación, si son bien dirigidas por el proletariado revolucionario, pueden desmoralizar a la tropa y hacerla pasar al lado de los insurgentes.

La necesidad de operar, en la guerrilla urbana, por pequeños grupos que no están ya directamente sometidos al mando reaccionario, así como el contacto de estos grupos con la población, hacen que ciertos soldados o grupos de soldados dejen de ser seguros. Con un buen trabajo de los insurgentes, es entonces relativamente fácil hacerlos pasar al lado del pueblo. *De ahí la necesidad para los insurgentes de poner fuera de combate al mando* (buenos tiradores, ataques atrevidos de pequeños grupos de insurgentes contra los Estados mayores o contra tales o cuales oficiales, etc.) y hacer una activa agitación entre los soldados, en todos los casos en que esto sea posible.

Artillería. La artillería, principalmente los morteros y los lanzagranadas (de gran trayectoria), son un arma poderosa en manos del enemigo.

El empleo de la artillería pesada (152 milímetros y más), así como de la artillería ligera (de tiro rasante), es limitado en la guerrilla urbana. No obstante, en el tiro directo puede ser frecuentemente utilizada con

gran éxito.

El objetivo esencial de la artillería en la guerrilla urbana es la destrucción de los diversos obstáculos (barricadas) o edificios ocupados por los insurgentes. Por su tiro, logra un gran efecto moral, ejerciendo una influencia deprimente sobre la población, y frecuentemente también sobre los combatientes, cuando están mal instruidos y no conocen las propiedades de la artillería y los medios para ponerse a cubierto de su fuego y combatirla.

El daño material, para insurgentes que sepan cubrirse, es ordinariamente insignificante. Es ésta una verdad que conviene hacer penetrar en la conciencia de los destacamentos insurreccionados, durante su preparación, a fin de neutralizar el efecto moral desfavorable que ejerce la artillería enemiga durante el movimiento.

Las posibilidades de desorganización y de desmoralización de las unidades de artillería por los insurgentes (por medio de ataques sorpresa) son exactamente las mismas que para la infantería, y que, en general, para todas las armas del ejército moderno.

Vehículos blindados. Los vehículos blindados y los carros armados de ametralladoras y de artillería ligera son poderosas máquinas para la guerrilla urbana y pueden desempeñar un gran papel durante su desarrollo. Provistos de una coraza que defiende a sus ocupantes y a su armamento contra las balas de los fusiles y de las ametralladoras ordinarias, pueden maniobrar rápidamente en el curso de la guerrilla urbana. Los insurgentes no pueden tener el arma especial para oponer a los tanques, salvo en raras excepciones. Además, los tanques pueden destruir y derribar, en su marcha hacia adelante, las barricadas levantadas apresuradamente. Por consiguiente, los vehículos blindados y los tanques de que dispone todo ejército moderno, si los insurgentes no toman las medidas necesarias, pueden penetrar impunemente en su dispositivo y causarles grandes pérdidas, sembrando entre ellos el pánico y multiplicando con su fuego los daños materiales.

Para resistir a los carros y a los vehículos blindados, los

insurgentes tienen a su disposición los medios siguientes: la artillería, si la tienen; las granadas de mano y las bombas de gran potencia explosiva, lanzadas en paquetes de cinco o seis bajo los carros y los vehículos blindados; las zanjas anchas y hondas, abiertas a través de las calles (según el tipo de tanques, la anchura debe ser de 1,50 a 3 metros, la profundidad de 1,50 a 2 metros).

La experiencia de la lucha de los insurgentes de Hamburgo contra los vehículos blindados (aislamiento de los coches con ayuda de barricadas, etcétera), nos da un ejemplo excelente de buena defensa contra estas máquinas.

Caballería. La caballería es el arma más vulnerable en el interior de una ciudad, pues no puede desplazarse más que por las calles y ofrece un blanco de gran superficie. Por esta razón, su papel en los combates de calles es insignificante. De ordinario, se la emplea contra las masas sin armas o bien para vigilar barrios aún no ocupados por los insurgentes, para aislar los barrios insurreccionados, para hacer de servicio de enlace. La caballería, desmontada, puede combatir en las calles, aproximadamente de la misma manera que la infantería.

Aviación. La aviación puede ser utilizada en la guerrilla urbana para los reconocimientos (empleando, igualmente, la fotografía) y para operar ataques aéreos por bombardeo y fuego de ametralladoras. Sin embargo, si los insurgentes aplican los medios más elementales de camuflaje (simple adaptación a la localidad), el reconocimientos aéreo no puede dar resultados importantes. El daño moral y material causado por un ataque aéreo no puede ser grave más que en el caso de que los insurgentes, reunidos en grandes masas, omitan las medidas necesarias de camuflaje y de protección. Los aviones pueden emplearse con gran éxito para dispersar los mítines al aire libre y las manifestaciones, para reconocer la disposición de las barricadas (fotografía aérea).

Medios químicos. Los medios químicos no han sido empleados aún en la lucha contra el proletariado insurgente. Sin embargo, hay que pensar en la *posibilidad muy real* de que, en las insurrecciones futuras de occidente, sean empleados por las clases dirigentes, a

pesar de ciertos efectos negativos para aquellos mismos que los empleen (envenenamiento de toda la población, niños, mujeres, ancianos, que dará por resultado la irritación de las masas contra el antiguo régimen).

La mejor defensa contra las armas químicas es la *toma por los insurgentes de los aparatos correspondientes* (bombonas de gas, caretas, etc.) y la destrucción (aniquilamiento físico) del personal. Si hay medio de tomar y emplear aparatos protectores, hay que aprovecharlos, naturalmente.

FLOTA MARÍTIMA Y FLUVIAL

La potencia de la flota de guerra radica en su armamento, sus cañones. El empleo de la artillería pesada de marina está descartado en las luchas callejeras, en la guerrilla urbana. La artillería de la flota no puede utilizarse más que para disparar sobre ciertos edificios o barrios (bombardeo por el crucero *Aurora* del Palacio de Invierno durante la jornada de octubre de 1917) y sobre los puertos. Otro tanto puede decirse de la flotilla fluvial. Sin embargo, las tripulaciones de la flota, si son políticamente seguras para el gobierno, pueden ser utilizadas como fuerza de infantería, en forma de pequeños destacamentos, en los puertos (intentos de utilización de la tripulación del crucero *Hamburgo* durante la insurrección de Hamburgo en 1923).

POLICÍA Y GENDARMERÍA

La misión esencial de la policía y de la gendarmería es la de reprimir los «desórdenes interiores». Su armamento varía de un país a otro. En China, por ejemplo, y en otros países, la policía no supone una fuerza temible frente a los insurgentes. Las insurrecciones de Shanghai, Cantón y otras ciudades han demostrado que los insurgentes han podido, muy rápida y relativamente con muy pocas pérdidas, ponerla fuera de combate. De igual modo, en la Revolución

de Octubre en Rusia. En China y en Rusia la policía no era en realidad más que un depósito de armas, que cayeron luego en manos de los insurgentes.

El débil valor combativo de la policía china se explica por su mal armamento (revólveres, pocos fusiles relativamente, ni una ametralladora, ni vehículos blindados), por su mala preparación militar, por su acantonamiento fuera de los cuarteles, por su carencia de organización militar y su situación material miserable. Todo esto, unido a su contacto permanente con la población (influencia de la población revolucionaria sobre la policía), redujo extraordinariamente su valor combativo.

No obstante, en algunos países, Alemania por ejemplo, y en algunos más, la policía y la gendarmería se distinguen poco, por sus cualidades militares, del ejército regular. Están admirablemente armadas (revólveres, fusiles, ametralladoras, vehículos blindados), bien instruidos militarmente, provistas de un mando excelente, tácticamente preparado y políticamente entregado al régimen existente. La policía alemana está organizada sobre un tipo semimilitar (secciones, compañías, etc.) y acuartelada. Se recluta principalmente entre los suboficiales y soldados del antiguo ejército imperial, es decir, entre gentes que conocen muy bien el arte militar y bastante seguras políticamente. Su estrecho contacto (como el de cualquier otra policía) con la población debilita hasta cierto punto su valor de combate; no obstante, las insurrecciones de 1919-1923 han demostrado que constituye una fuerza bastante temible que el proletariado alemán no debe en ningún caso olvidar. Una parte de la policía alemana, aun en el caso de que el Partido Comunista se entregue a un trabajo político intenso entre ella para arrancarla de la influencia de los oficiales contrarrevolucionarios, luchará activamente contra los insurgentes en tiempo de revolución, por lo menos en el primer periodo del movimiento.

Es inútil caracterizar a las policías de los diversos países. Nos hemos detenido solamente en la más débil: la policía china, y en la más fuerte militarmente: la policía alemana. Se puede, con alguna modificación, asimilarlas a cualquiera de las policías o gendarmerías

de todos los demás países.

La policía y la gendarmería, por su mismo carácter, están, a diferencia del ejército regular, *bien familiarizadas con la ciudad*.

El mando de la policía y de la gendarmería alemanas, desde las insurrecciones de Alemania y de los demás países, recibe una instrucción especial sobre los procedimientos y la táctica del combate contra los insurgentes. Para esto hay reglamentos y manuales especiales donde se estudia la historia y la táctica de la lucha contra el proletariado. Citemos el del coronel de policía Hartenstein: *Dere Kampfeinsatz der Schutzpolizei bei inneren Unruhen*, 1926, y los de los capitanes de policía y de gendarmería B. Elster y H. Vilski: *Polizei Taktik*, 1928.

ORGANIZACIONES MILITARES VOLUNTARIAS DE LAS CLASES DOMINANTES

No hay actualmente casi ningún país de Europa donde no existan diversas organizaciones militares y fascistas bajo el nombre de Sociedades de tiro, Ligas y Cuerpos de defensa, Sociedades de antiguos combatientes, Organizaciones de jóvenes, ligas puramente fascistas, etc. Hecho característico es el que la socialdemocracia tome una parte activa en su formación y en su desarrollo (Liga de la Bandera Nacional, en Alemania). En algunos países como Alemania, Polonia, Finlandia, Letonia, etc., estas organizaciones agrupan muchos más miembros que soldados tiene el ejército regular.

El objeto esencial de estas diversas organizaciones, como hemos dicho ya, es la defensa del régimen existente.

En periodo de sacudidas revolucionarias, estas organizaciones no pueden sustraerse a la influencia de la situación, gracias a la presencia en su seno de una fuerte proporción de elementos proletarios y semiproletarios. Sin embargo, algunas de estas unidades y grupos combatirán activamente al proletariado revolucionario. No cabe la menor duda. La autoridad las utilizará de manera diferente. En forma

de destacamentos armados independientes, subordinados a la policía y al mando militar, una parte será mezclada con la policía para ciertos servicios en los barrios de importancia secundaria; otra, como se vio en Alemania en 1923, entrará en el ejército regular.

Las cualidades combativas de estas formaciones irregulares no son *muy elevadas*. Pero como en el curso de las operaciones tendrán una dirección bastante competente militarmente en la persona de oficiales de reserva o incluso oficiales en activo, como poseerán armas modernas (fusiles, ametralladoras, etcétera), pueden desempeñar, y desempeñarán, al lado del ejército, un papel auxiliar importante. Por consiguiente, el proletariado revolucionario, en su lucha por el poder, tiene que contar con ellas.

FUERZAS ARMADAS DEL PROLETARIADO

El punto más débil del proletariado insurreccionado es la falta de armas al comienzo de las operaciones. Raros son los casos en que la organización militar ha podido antes de la insurrección acumular reservas suficientes. La experiencia de las insurrecciones pasadas demuestra que la organización militar del proletariado es frecuentemente incapaz, a causa del régimen terrorista y por la falta de recursos para comprarlas, de proporcionarse antes de la insurrección la cantidad necesaria de armas y municiones (Hamburgo, Shanghai, Reval, etc.), por no hablar de armar a las masas proletarias. Las armas se adquieren, de ordinario, en el curso de la insurrección.

Otro lado débil del proletariado es que los insurgentes, en su mayor parte, salvo raras excepciones (cuando, por ejemplo, la toma del poder se produce en tiempo de guerra o inmediatamente después de una guerra y el proletariado tiene así la posibilidad de aprender el manejo de las armas en el ejército), no saben servirse lo bastante de las armas, en particular de las ametralladoras y de la artillería. Se vio, sobre todo, en la insurrección de Cantón (de treinta cañones que se tomaron no se utilizaron, y no a fondo, más de cinco) y en la de Reval. Los insurgentes de Reval, como hemos dicho más arriba, no supieron

servirse de las tres ametralladoras Thomson que tenían en su poder, por no haber aprendido a utilizarlas.

Los insurgentes, en general, están mal preparados militarmente. Esto se explica, sobre todo, por causas objetivas (carencia de armas, terror, etc.). No obstante, la mayor parte de los partidos comunistas conceden demasiada poca atención a la instrucción militar de los obreros. El proletariado carece de personal tácticamente preparado para su organización de combate (ejemplo: en Reval, las operaciones del destacamento que se apoderó del grupo de aviación, del que debía libertar a los presos, etc.).

Los insurgentes son, en su mayor parte, muy impresionables: pequeños fracasos temporales ejercen frecuentemente sobre ellos una influencia desastrosa; su moral y su valor combativo caen súbitamente. Por el contrario, el éxito levanta extraordinariamente su ánimo y les da un nuevo impulso para operaciones atrevidas. Por esta causa la persecución permanente de éxitos, aunque sean poco considerables, es una necesidad imperiosa en tiempo de insurrección. Esto tiene particular importancia en el primer periodo de la insurrección.

Por otra parte, las fuerzas armadas del proletariado (organización de combate) *poseen cualidades combativas sumamente considerables y preciosas* que les dan grandes ventajas sobre las fuerzas armadas de la burguesía. Son: el conocimiento de sí mismas, el interés vital que tienen en la victoria de la insurrección, su contacto permanente con las masas trabajadoras que las sostienen, la idea de que reina el caos en las clases dominantes, de que el gobierno está acorralado por contradicciones insolubles, de que el único medio de salir del caos y de mejorar la condición material y cultural miserable de los trabajadores es una lucha implacable contra los explotadores para instaurar por fin, a ejemplo de la Unión de los Soviets, la dictadura del proletariado. De esto se desprenden *condiciones favorables* para que cada combatiente despliegue al máximo la iniciativa, el entusiasmo en el combate, la disposición al sacrificio, la posibilidad de ordenar ataques atrevidos contra el enemigo, de llevar la lucha callejera o bien con grandes destacamentos (100, 300, 500 hombres), o bien con

grupos muy pequeños.

Los insurgentes, que viven en la ciudad, la conocen admirablemente, saben orientarse, saben las condiciones de existencia, etc. Gracias a todo esto, disponen de todos los medios para asegurarse las ventajas de un ataque súbito, de aparecer de improviso donde menos los espera el enemigo, de ejecutar salidas victoriosas al amparo de las tinieblas y, en caso de fracaso, de desaparecer sin ser vistos para emprender una nueva operación en otro barrio con nuevos objetivos.

Todo esto a la vez, más la lucha revolucionaria de las masas, que desde antes de abrirse las operaciones por la organización de combate del proletariado y durante la insurrección misma han quebrantado y desorganizado por su actividad creciente el poder gubernamental, unido a la incorporación constante (gracias al entusiasmo real de los trabajadores) de nuevos obreros dispuestos a luchar y de unidades del ejército que se pasan al campo de la revolución, *compensa hasta cierto punto* los defectos de carácter técnico o táctico de que hemos hablado más arriba y garantiza el éxito de las operaciones.

Para resumir lo que hemos dicho de las fuerzas armadas de las clases dirigentes y del proletariado hay que establecer la siguiente conclusión, que servirá de regla para la formación del plan de insurrección:

1) Las tropas del ejército regular son una fuerza militar temible no solo en campo abierto, sino también en la guerrilla urbana. Si no hay por lo menos alguna unidad que simpatice con la revolución, si los insurgentes no logran atraerse a tal o cual unidad del ejército, *la insurrección está condenada al fracaso*. Para asegurarse el éxito, el proletariado debe, desde antes de su entrada en acción, mantener una lucha encarnizada por la conquista del ejército, para atraer el ejército a las filas del proletariado revolucionario o, por lo menos, para neutralizarlo. A este trabajo deben conceder el partido y todo el proletariado que le sigue la máxima atención.

Hay que pensar que la insurrección, en el sentido amplio de la palabra, no comienza con la entrada en acción de la organización de combate, sino que comienza en realidad varios días o varias semanas antes de empezar la lucha armada, en el momento en que la fecha de la insurrección está ya señalada y en que el partido realiza (debe realizar) su trabajo para la conquista de las tropas, el armamento del proletariado, la movilización de cada vez más elementos proletarios y semiproletarios para la batalla decisiva; en que las masas, en fin, por propia iniciativa, entren en lucha contra las fuerzas gubernamentales. En este periodo, que comienza antes del combate general, en este periodo de preparación para el asalto, el partido debe concentrar su atención sobre la desmoralización y conquista política del ejército. Hay que designar para la agitación dentro del ejército a los mejores militantes, organizar la fraternización de los obreros con los soldados, repartir las publicaciones del partido, reforzar las células comunistas dentro de las unidades y darles instrucciones regulares, trabajar individualmente a cada hombre, etc.

Este trabajo no debe interrumpirse de ningún modo durante la insurrección misma; por el contrario, debe intensificarse, a pesar de los sacrificios y de los posibles fracasos.

2) Las tropas de mentalidad contrarrevolucionaria deben ser desarmadas *por un ataque sorpresa de destacamentos obreros armados*, en el momento en que no están aún preparadas para el combate y en que no pueden utilizar toda la potencia de su armamento.

   En las unidades en que exista una célula comunista algo fuerte, que tenga influencia sobre una parte de los soldados, hay que organizar la insurrección para suprimir al mando reaccionario y para poder utilizar después a los soldados contra las demás unidades no desmoralizadas. Es conveniente introducir en las tropas pasadas al lado de la revolución, o en los diferentes grupos de soldados, un cierto número de obreros. En general, es útil, en el curso de la guerrilla urbana, reforzar las unidades militares conquistadas para la revolución con destacamentos de guardias rojos.

3) En el caso de que el ataque sorpresa no sea coronado por el éxito, hay que cercar a las tropas en sus cuarteles e impedirles que se aproximen a la ciudad. En este caso hay que utilizar las barricadas, organizar el bloqueo de los cuarteles y de los acantonamientos, en espera de que en los demás barrios los insurgentes hayan puesto en pie fuerzas armadas propias, reforzado las posiciones conquistadas y organizado sus fuerzas para atacar al enemigo bloqueado. Durante el sitio hay que esforzarse en privar al adversario de todas las relaciones con el mundo exterior, con las unidades vecinas y los Estados mayores, privarle de agua y de luz, hostigarle física y moralmente, multiplicando los ataques atrevidos y súbitos, haciendo circular rumores alarmantes para él, etc.
4) Si las tropas regulares han entrado en la ciudad para combatir a la insurrección, hay que aplicar la táctica de las barricadas, retenerlas así de frente y organizar al mismo tiempo ataques por la retaguardia desde lo alto de las ventanas y de los tejados de las casas, a fin de agotarlas con acciones incesantes y atrevidas, organizar la fraternización y la agitación política, desmoralizar a los soldados y lograr que pasen al lado de la revolución.

LOS OBJETIVOS DEL COMBATE DURANTE LA INSURRECCIÓN

Después de que el poder haya sido tomado por los insurgentes, en la ciudad en cuestión, el principal objetivo de estos últimos será naturalmente el que más obstaculice el poder conquistado y su extensión a nuevos terrenos, es decir: las unidades del ejército regular y los diversos destacamentos contrarrevolucionarios que vienen de otras regiones para aplastar la insurrección, o bien que han quedado intactos y que han salido provisionalmente de la ciudad durante el movimiento. En este caso, es bastante fácil determinar la dirección más favorable para atacar este único objetivo: las fuerzas armadas contrarrevolucionarias. La necesidad de concentrar los recursos y las fuerzas del nuevo poder contra un enemigo que no está aún

definitivamente derrotado es clara hasta la evidencia.

Una cuestión muy diferente, mucho más difícil de resolver, es la de la elección de los objetivos que hay que atacar y tomar en el primer momento de la entrada en acción de la organización de combate después de la insurrección en una ciudad. Se les presenta entonces a los dirigentes de la insurrección una lista de objetivos concretos que hay que tomar para lograr la victoria definitiva: edificios gubernamentales (ministerios, comisarías de policía, administraciones, etc.), establecimientos económicos (cámaras de comercio, bancos, direcciones de fábricas y de truts, etc.), estaciones, telégrafos, Estados mayores y cuerpos de tropas, depósitos de armas, organizaciones fascistas, órganos directores de los partidos hostiles a la revolución, redacciones de periódicos e imprentas, etc.

Naturalmente, todos estos objetivos deben ser ocupados y, o bien destruidos (policía, partidos y asociaciones contrarrevolucionarias, etc.), o bien utilizados por el proletariado para alcanzar los fines que se propone. No se trata de eso, sino de saber *el orden en que* deben ser ocupados. ¿Cuál es la mejor manera de utilizar la organización de combate y las armas de que dispone? La experiencia demuestra que antes de la toma del poder el proletariado tiene una necesidad extrema de armas. En Cantón, por ejemplo, la organización de combate, que contaba aproximadamente con 2.000 hombres, no tenía más que 200 granadas y 27 revólveres. La organización de combate de Shanghai, con 6.000 hombres, no podía armar más que a 150. En Alemania, en 1923, las centurias proletarias agrupaban 250.000 obreros, y no tenían armas más que para algunos millares. En las futuras insurrecciones, si no tienen lugar en plena guerra (lo cual es posible y verosímil para diferentes países), la cuestión de las armas será igualmente una de las más graves: el proletariado, salvo raras excepciones, no tendrá nunca la cantidad necesaria de armas perfeccionadas.

Por consiguiente, en vista del número sumamente reducido de armas de que dispone, *su buena utilización es, en el primer momento de la insurrección, uno de los problemas esenciales de la táctica revolucionaria*.

La igual distribución de los grupos armados, el deseo de adueñarse simultáneamente de todos los objetivos posibles, como ocurrió en Reval, *producen fatalmente* la derrota no solo de algunos destacamentos, sino la de toda la insurrección en su conjunto. Con esta distribución igual de las fuerzas y de las armas, los guardias rojos lograrán apoderarse de objetivos secundarios que no tienen influencia directamente decisiva (ni para el adversario ni para los insurgentes) sobre la marcha general de la insurrección: estaciones, edificios gubernamentales, empresas municipales, centrales telefónicas y telegráficas, etc. Al contrario, en la lucha por los objetivos esenciales y decisivos (el ejército, las armas, la policía, los jefes de la contrarrevolución, etc.), los destacamentos proletarios, a causa de sus efectivos insuficientes (falta de armas para armar al mayor número posible de obreros), fracasarán y las probabilidades de victoria *disminuirán sensiblemente*. He ahí por qué el principio de la victoria parcial (ser más fuerte que el enemigo en el momento decisivo y en el punto decisivo), que es uno de los más esenciales de la táctica de los ejércitos regulares, ve *aún redoblar* su importancia en la insurrección.

La dirección de la insurrección debe determinar el objetivo principal entre todos los objetivos, aquél cuya ocupación romperá el equilibrio de las fuerzas en favor de los insurgentes, y debe concentrar, en consecuencia, el máximo de fuerzas y de medios (armas) para apoderarse de él. No hay que temer entonces, para comenzar, el descuidar ciertos objetivos o barrios secundarios, teniendo en cuenta que, una vez conseguido el objetivo esencial, será fácil conseguir los objetivos secundarios.

El objetivo esencial será diferente según las circunstancias. En general, estos objetivos son: en primer lugar, el ejército; en segundo lugar, la policía (si no hay ejército o si el ejército se ha pasado antes de la insurrección al campo de la revolución); en tercer lugar, los depósitos de armas para armar a los obreros; en cuarto lugar, la liquidación de los jefes de la contrarrevolución (gobierno, Estados mayores, órganos centrales de los partidos y asociaciones, etc.).

Entre los objetivos enumerados, los dirigentes de la insurrección deben elegir el principal, guiándose para ello por el papel político y

militar de cada uno. Según las circunstancias y las fuerzas de los insurgentes, el fin principal puede estar compuesto por todos estos objetivos o por algunos solamente. Después, hay que distribuir convenientemente las fuerzas armadas del proletariado. Para conquistar todos los objetivos secundarios, hay que reservar, en el primer momento de la insurrección, el mínimo de fuerzas; si el logro de estos objetivos no contribuye directamente a la solución de la tarea principal, hay que dejarlos provisionalmente a un lado. Hay que recordar que muchos objetivos para cuya conquista se designan a veces grupos provistos de armas (en Reval se enviaron veinticinco hombres para ocupar las estaciones) *pueden conseguirse muy bien por destacamentos de obreros provistos simplemente de armas de lucha cuerpo a cuerpo* (barras de hierro, hachas, cuchillos, revólveres, etc.), bajo la dirección de un pequeño número de miembros del partido, enérgicos y experimentados.

Respecto a los cuerpos de tropas, varias tareas pueden presentarse a los insurgentes: por una parte, la organización de una rebelión en la unidad misma (o en las unidades), si el grueso de los soldados está bajo la influencia de los comunistas de esta misma unidad; por otra parte, la organización de un ataque sopresa para suprimir al mando y arrastrar al grueso de los soldados, si se está seguro de que una parte de ellos puede ir contra los insurgentes. En los dos casos hay que enviar, con los destacamentos de la Guardia Roja, a algunos comunistas experimentados suficientemente influyentes y conocidos por los soldados.

Para ilustrar las anteriores consideraciones sobre la elección del objetivo principal, tomemos algunos ejemplos en la historia de las insurrecciones.

En Petrogrado, en 1917, el Comité Militar Revolucionario eligió como objetivo principal de ataque de la Guardia Roja y de las unidades revolucionarias de la guarnición al gobierno y las escuelas militares. En la situación dada, era la solución más racional, pues una vez detenido el gobierno y los principales generales o líderes de los partidos contrarrevolucionarios, una vez aplastadas las escuelas de junkers, a los que se había sumado el batallón contrarrevolucionario de mujeres,

la revolución podía darse por terminada en su conjunto. Fue esto lo que sucedió en efecto. Si la revolución pudo realizarse tan fácilmente en la capital de Rusia, fue porque, en el fondo, el poder había pasado a manos del proletariado y de la guarnición revolucionaria, que estaban bajo la influencia del Partido Bolchevique, mucho antes de que el II congreso de los soviets hubiese proclamado la caída del gobierno de Kerenski. La entrada en acción de la Guardia Roja y la detención del gobierno no fueron, por así decirlo, más que la ratificación del hecho consumado. Ya varias semanas antes de la revolución, el gobierno de Kerenski no podía apoyarse en la guarnición de Petrogrado ni en la flota el Báltico, a excepción de algunas unidades (junkers, batallón de mujeres, etc.), sin hablar del proletariado. Inútil decir que una situación semejante no se había creado por sí sola, sino, en una amplia medida, bajo la influencia del trabajo de organización y de agitación política del Partido Bolchevique, tanto entre la clase obrera como entre los soldados y los marinos.

Por el contrario, en Moscú, en 1917, el objetivo principal *durante la insurrección era la conquista del ejército*. Por razones particulares de esta ciudad (el Partido Bolchevique era menos fuerte que en Petrogrado, centro de la revolución; la burguesía, por razones históricas, era más fuerte), la agitación en el ejército no había alcanzado la misma amplitud, la Guardia Roja estaba mucho menos instruida y mucho peor armada que en Petrogrado y, en general, la preparación material y política del partido y de la clase obrera había sido peor ejecutada. Por esta razón, los combates duraron en las calles ocho días.

El objetivo principal de la insurrección de Cantón fue primero la organización de la rebelión del regimiento de alumnos-oficiales. En las condiciones dadas, como lo demuestra lo que antecede (véase el capítulo V), esta elección era absolutamente justa y racional. Con el número muy limitado de armas de que se disponía y con la existencia de una fuerte célula comunista en este regimiento, era imposible imaginar ningún objetivo más importante que la organización de la rebelión del regimiento de alumnos-oficiales y el desarme de los regimientos de artillería y de infantería, así como el de un batallón de infantería acantonado cerca de allí y que vacilaban ya. Pero los

dirigentes de la insurrección, después de haber elegido con justeza el objetivo principal para el principio, cometieron un gran error, dejando intactos los depósitos de armas: era ése, después de la organización del levantamiento en el regimiento citado y del desarme de las unidades mencionadas, un objetivo indiscutiblemente mucho más importante que la larga lucha que se sostuvo contra los Estados Mayores de las divisiones segunda y doceava y del cuarto cuerpo.

En Hamburgo, el objetivo primero y principal de los insurgentes fue la conquista de armas para la organización del combate mismo y para el armamento de las masas obreras. Esto no podía lograrse, en las condiciones dadas, más que por el desarme de la policía, que fue lo que se hizo.

En Reval, como hemos visto, por el plan de insurrección, no se ve objetivo principal sobre el que los insurgentes hayan concentrado el grueso de sus fuerzas. Casi todos los objetivos parecen haber tenido la misma importancia para ellos. Para la ocupación de un gran número de puntos, enviaron el mismo número de pequeños grupos de insurgentes. Ahora bien, con un número tan limitado de hombres y de medios, habría sido infinitamente más racional concentrar el grueso (la casi totalidad) de fuerzas ya fuera para la toma de la escuela de oficiales, ya para arrastrar al campo de la revolución al tercer batallón del décimo regimiento. Habiéndose logrado el objetivo esencial, se podía disponer inmediatamente de sus fuerzas para los que seguían en orden de importancia.

El respeto del principio de la victoria parcial es indispensable para la distribución de las fuerzas al principio de la insurrección, y no lo es menos durante todo el periodo de lucha. La inobservancia de esta regla esencial del arte militar no permite a los insurgentes lograr una ruptura rápida del equilibrio de fuerzas en provecho suyo, y, en consecuencia, arrastra en fin de cuentas el aplastamiento del movimiento. Es necesario, inmediatamente después de haber resuelto el problema planteado, dirigir el grueso de las fuerzas hacia la solución del problema que le sigue en importancia, liquidando de paso los grupos enemigos aislados y apoderándose de los diversos objetivos que pueden ser obstáculo para la obtención del fin principal. Y, lo que

es más, este mismo principio del arte militar debe ser observado por cada comandante de destacamento en el momento en que distribuye sus fuerzas para ejecutar la misión particular que le ha sido encomendada.

Ya hemos dicho más arriba que uno de los primeros objetivos de la insurrección, cuya obtención asegura inmediatamente grandes ventajas a los insurgentes, puede ser la liquidación de los jefes de la contrarrevolución: ocupación de los Estados Mayores, captura de los altos funcionarios (ministros, jefes de policía, etc.), inutilización para el combate de los jefes reaccionarios, de los líderes de los partidos hostiles, etc. Este objetivo se presentará frecuentemente desde el primer momento de la insurrección, como sucedió en Petrogrado en 1917, y dominará a todos los demás. No obstante, la experiencia de las revoluciones nos obliga a subrayar que este objetivo no debe perderse de vista desde el momento de la preparación del movimiento y del establecimiento del plan de acción, incluso en los casos en que los insurgentes deben consagrar ante todo el grueso de sus fuerzas a otros objetivos cuya importancia sea predominante (organización de la rebelión en los cuerpos de tropas, desarme de las unidades contrarrevolucionarias, toma de armas, etc.). La liquidación de las autoridades superiores y de los defensores activos del antiguo gobierno en el curso de la insurrección tiene una importancia de primer orden. A pesar de eso, algunos camaradas que estudian especialmente la táctica de la guerrilla urbana en periodo de insurrección estiman que la liquidación de los jefes de la contrarrevolución y la organización de diversiones de este género son cosas que no tienen gran interés. Así, por ejemplo, Anulov escribe, en la recopilación *La guerrilla urbana*:

> Por lo que se refiere a los *actos terroristas*, no pueden dar grandes resultados en los combates de calles, *ya que cada individuo es estas condiciones desempeña un papel absolutamente insignificante*[1].

Más lejos, criticando el reglamento sobre el servicio del ejército rojo en campaña, según el cual, «*la persona del comandante, al que*

1. Anulov: «Esbozo de la táctica de la guerrilla urbana», en la recopilación: *La guerrilla urbana*, p. 77, Moscú, 1924.

se ha confiado una tropa, tiene una importancia de primer orden para la represión de la insurrección»[2], Anulov insiste: «En cuanto a los actos terroristas, su importancia en la lucha de masas organizadas es ínfima»[3].

Es imposible aceptar esta afirmación, ya que es absolutamente inexacta, antileninista. Anulov confunde dos nociones diferentes del terror individual. Toma el juicio formulado por el marxismo sobre el terror individual en periodo «pacífico» no revolucionario y lo transporta a la lucha de masas del proletariado por el poder. Ahora bien, la actitud del marxista en estos dos casos debe ser diferente. Rechazando el terror individual, que para los anarquistas era una panacea contra el mal social en general, el marxismo admite el terror en periodo revolucionario, durante la lucha inmediata del proletariado por el poder.

He aquí lo que Lenin escribía sobre este asunto en su artículo de 1906 *Las lecciones de la insurrección de Moscú*:

> Nosotros no debemos predicar la pasividad, ni la espera pura y simple del momento en que las tropas se pasen a nosotros: debemos repetir a voz en grito la necesidad de un ataque audaz y de un ataque con las armas en la mano, *la necesidad de exterminar al mismo tiempo al mando* y de luchar tan enérgicamente como sea posible por conquistar a la tropa vacilante[4].

Por otra parte, Anulov se contradice a sí mismo. Citando un pasaje de la *Rote Fahne*[5] sobre el inmenso movimiento de las masas y el ardor combativo de estas masas durante la insurrección de los espartaquistas en enero de 1919, en Berlín, y sobre la inacción y la pasividad de los dirigentes, que «permanecían sentados y conferenciaban» en el momento en que 200.000 obreros aguardaban desesperadamente directivas y órdenes de acción[6], saca la conclusión

2. *Reglamento sobre el servicio del Ejército Rojo en campaña*, X, p. 10.

3. Anulov: *ibidem*, p. 88.

4. V. I. Lenin: Obras completas, tomo X. / Vease p. 361 del presente libro.

5. *Bandera Roja*, órgano político de los espartaquistas. (N.d.E.)

6. Recordamos que la insurrección espartaquista no respondía a ningún plan global político-militar de toma del poder. El primer biógrafo de Rosa Luxemburg, Paul Frölich, llega a afirmar

siguiente:

> Un ejemplo clásico de derrota causado por la pasividad y la fata de decisión de las masas sublevadas y, sobre todo, de sus dirigentes, nos lo ofrece la insurrección de los espartaquistas en enero de 1919 en Berlín[7].

Las masas fueron derrotadas a causa de la pasividad de los jefes. Esto quiere decir que el papel de los dirigentes en la insurrección es inmenso.

En todas las insurrecciones en que los insurgentes no han sabido, o no han sabido suficientemente, liquidar a tiempo a los jefes de la contrarrevolución, han sido derrotados o bien obligados a combatir en condiciones infinitamente más difíciles que si hubiesen suprimido en el momento necesario a los dirigentes enemigos. Insurrecciones como la de Hamburgo *y el ejemplo citado más arriba por la Rote Fahne*, en las que ha faltado la dirección, en las que las masas han estado entregadas a sí mismas, están condenadas al fracaso. Las insurrecciones victoriosas son aquéllas en que, además de los otros factores necesarios para el éxito, existe una dirección firme y experimentada y en las que, por el contrario, el proletariado insurgente ha «cortado la cabeza» de la contrarrevolución a tiempo. Esta cabeza puede ser cortada por medio de diversiones cuidadosamente preparadas, y, entre otras, por actos terroristas (supresión o detención).

Es éste un principio indiscutible. Hay que aplicarlo en todas partes donde se presente la ocasión, ya sea respecto a los dirigentes políticos, a los jefes del ejército y de la policía, ya respecto a los comandantes de las unidades más o menos importantes del enemigo en la guerrilla urbana. El reglamento del ejército rojo sobre el servicio en campaña tiene también plenamente razón al conceder una gran importancia a la persona del jefe, al que se confía el mando de las

rotundamente que la insurrección espartaquista «no existió», subrayando con ello tanto el hecho de que la iniciativa, en último término, no escapara al gobierno Ebert (que, en cierto modo, la provocó con la destitución del jefe berlinés de policía, Eichhorn) como el de que la insurrección solo consistiera en una serie de actos de fuerza y enfrentamientos armados parciales, sin que se produjeran ataques concertados contra los principales centros de poder. (N.d.E.)

7. Anulov: *La guerrilla urbana*, p. 83.

tropas.

Hay que tener en cuenta que el logro de este objetivo, la supresión de las autoridades enemigas o, por lo menos, de una parte de los individuos que, por su puesto y su situación social, pueden tener una influencia directa y activa para obstaculizar la insurrección en sus comienzos, no exige de ordinario más que un pequeño número de hombres. Si su residencia ha sido cuidadosamente reconocida de antemano, bastará, para apoderarse de ellos en su casa o dondequiera que se encuentren, con pequeños grupos aislados de hombres cuidadosamente instruidos en general, y especialmente para esta misión. Hay que esforzarse, por tanto, al organizar la insurrección, en plantear siempre y en cada caso el problema de la liquidación de las autoridades enemigas y resolver este problema desde el principio de la ofensiva general del proletariado (desde el primer momento de su entrada en acción), si no completamente, por lo menos en parte. Si en la insurrección de Cantón se hubiesen designado (cosa que era perfectamente posible) grupos cuidadosamente preparados para suprimir a los jefes más señalados del Kuomintang y, en general, a los reaccionarios, Chang Fa-ku entre otros, esto no habría dejado de ejercer una gran influencia sobre el resultado del combate. Como sabemos, las autoridades contrarrevolucionarias de Cantón, inmediatamente después de la intervención del proletariado, huyeron a Hong-Kong y a la isla de Honan, al lado de Li Fu-lin, y desde allí dirigieron la represión. Si los camaradas de Estonia hubiesen tenido suficientes fuerzas y hubiesen preparado de antemano diversiones para apoderarse de los altos funcionarios más reaccionarios, si esta misión se hubiese ejecutado aunque fuera de manera incompleta, la insurrección de Reval se habría desarrollado en condiciones sensiblemente más favorables. Verdad es que con las pocas fuerzas de los insurgentes, este problema no podía ser planteado desde el primer momento de la insurrección.

Entre los objetivos esenciales, hay que citar también los medios de enlace: teléfono, telégrafo, telegrafía sin hilos (ya sean las estaciones urbanas o del ferrocarril, estaciones o cuerpos de tropas). La dirección del movimiento debe conceder mucha atención a la ocupación en tiempo oportuno y a la buena utilización de todas estas

instalaciones. Si no hay fuerzas para esto, hay que tomar medidas para neutralizarlas de tal manera que el enemigo no pueda servirse de ellas. Es mucho más fácil desorganizar estos servicios que conquistarlos: basta para esto con algunos individuos que corten los hilos de las principales líneas telefónicas y telegráficas.

De ordinario, los insurgentes consagran, desde el principio del movimiento, grandes fuerzas a la ocupación de las diversas instalaciones municipales: correos, estaciones, bancos, etc. Así debilitan los efectivos que debían destinarse a la ejecución de las misiones esenciales, que son las más importantes en el primer momento. Se produce un reparto defectuoso de fuerzas. Instalaciones como las estaciones, las oficinas de correos, los ayuntamientos, etc., no tienen importancia capital para la insurrección. Siempre será fácil apoderarse de ellas, y, por el contrario, difícil conservarlas si la fuerza viva del enemigo no está destruida. Por esto, la ocupación de estos establecimientos, cuando los insurgentes no disponen más que de efectivos limitados, debe ser relegada a segundo término o, por lo menos, confiada a destacamentos de obreros no provistos de armas modernas.

Al establecer el plan de insurrección, es necesario tener en cuenta la liberación de los detenidos políticos. Es éste un objetivo que, como lo ha demostrado la experiencia de Cantón y de Reval, tiene también una gran importancia. Esta liberación debes emprenderse, si se ofrece la menor posibilidad, desde el comienzo del movimiento.

LA SORPRESA Y EL ELEMENTO «TIEMPO» AL COMIENZO DE LA INSURRECCIÓN

Al pasar revista a los objetivos de la insurrección, hemos subrayado siempre el primer momento, los primeros minutos de la entrada en acción de la organización de combate del proletariado. Como militarmente es mucho más débil que el enemigo, la organización de combate del proletariado está obligada a compensar esta inferioridad con su actividad y con la rapidez de sus operaciones,

de manera que pueda apoderarse así de las armas que le faltan y arrastrar a sus filas nuevas fuerzas armadas (por ejemplo, suscitando rebeliones en los cuerpos de tropas, armando con las armas conquistadas a nuevos destacamentos obreros) y debilitar, por el contrario, y desorganizar todo lo posible al enemigo. Para todo esto, *el primer instante de la insurrección tiene un papel decisivo*. Del éxito o del fracaso de las operaciones de la primera o de las dos primeras horas dependerá, en gran parte, la continuación del combate.

La sorpresa, en la lucha por el poder en una ciudad, tiene una importancia colosal. Los insurgentes, como atacantes, deben aprovecharse de ella al máximo, y, sobre todo, *en el primer momento de su entrada en acción*, a fin de coger al enemigo de improviso, cuando no ha tenido aún tiempo para preparar la resistencia. Lo más ventajoso es ejecutar estos ataques sorpresa de noche o de madrugada, cuando las tropas y la policía movilizada o en cuerpos permanentes, como en Alemania) duermen, cuando es, sobre todo, fácil apoderarse de los depósitos de armas y suprimir a los jefes contrarrevolucionarios. No obstante, el ataque rápido debe organizarse de manera que asegure la entrada en lucha de las masas obreras, llegado el momento.

En la mayor parte de los casos conocidos, el elemento «sorpresa» ha sido utilizado y, salvo raras excepciones, estos ataques sorpresa de los insurgentes han tenido siempre un gran éxito. El desarme de diecisiete puestos de policía y la toma en cada uno de una treintena de fusiles o ametralladoras por destacamentos débilmente armados y numéricamente insignificantes, no fueron posibles en Hamburgo, como hemos visto, más que por ataques sorpresa. Si los insurgentes de Reval fracasaron en su ataque sorpresa a la escuela de alumnos-oficiales, este hecho se explica por la falta de coordinación y simultaneidad entre los dos grupos encargados de atacar el piso inferior y el segundo piso del edificio. Sin este error, los 56 insurgentes habrían tomado con toda seguridad la escuela y desarmado a junkers ocho veces más numerosos. En el mismo Reval, los ataques de otros varios objetivos tuvieron pleno éxito gracias a la sorpresa.

En la insurrección de Cantón, la sorpresa fue ampliamente

aprovechada y dio siempre resultados favorables: desarme de varios regimientos de infantería y de artillería y de un batallón de infantería; desarme de cuerpos de policía, etc. En la tercera insurrección de Shanghai (21 de marzo de 1927), el ataque sorpresa a la policía se ejecutó en pleno día, y los insurgentes tuvieron completo éxito.

Por el contrario, en la insurrección campesina de Bulgaria de 1923[8] *el elemento sorpresa se utilizó raramente: los destacamentos campesinos entraban aisladamente en acción contra las tropas y la gendarmería, y eran, por fin, aplastados.*

Pero las operaciones bruscas, además de la audacia y la decisión que exigen por parte de los insurgentes, no pueden tener éxito más que en presencia de ciertos factores:

1) cuidadoso reconocimiento de los objetivos que se han de tomar;
2) establecimiento de un plan muy detallado y perfecta *coordinación (por lo que se refiere al tiempo y a la distribución de funciones)* entre las diversas unidades o individuos que toman parte en el ataque;
3) sostenimiento del destacamento o de los destacamentos por las masas obreras en el momento preciso, con el fin de desarrollar el éxito.

El papel del reconocimiento en la insurrección armada es inmenso. Antes de trazar el plan de acción, hay que hacer un reconocimiento cuidadoso y completo, y solo después de sus resultados, distribuir las fuerzas disponibles entre los objetivos. Como la iniciativa corresponde al proletariado, como el momento de entrada en acción depende de él, como, en fin, los objetivos en una ciudad son fijos casi siempre, es fácil realizar en tiempo oportuno un reconocimiento completo y perfecto. Puede haber naturalmente excepciones, casos en que el proletariado, a causa de su grado de preparación o por cualquier otra circunstancia, se vea obligado a atacar en tal o cual momento, pero estos casos no serán nunca la

8. Véase el capítulo XII del presente libro. (N.d.E.)

regla. Hay que tener en cuenta también que, cuanto más pequeño es el objetivo, más minucioso debe ser el reconocimiento. La dirección de la insurrección en una gran ciudad no tiene necesidad, por ejemplo, de conocer la disposición de las habitaciones de tal o cual puesto de policía, los alrededores de tal comisaría, del grado de preparación táctica o las cualidades personales de tal o cual comandante de la policía o de las pequeñas unidades del ejército; la situación de las unidades en los cuarteles, el servicio de guardia de estas últimas, el emplazamiento de las armas ordinarias de los soldados, etc. Le bastará con datos más generales, como el grado de influencia que ejercen los oficiales sobre los soldados, la mentalidad de las diversas unidades, el emplazamiento de los almacenes de armas, los alojamientos de los más altos funcionarios y de los líderes de los partidos contrarrevolucionarios, etc. Pero los dirigentes de la insurrección en tal o cual barrio de esta ciudad y los jefes de cada destacamento de la Guardia Roja tienen, por el contrario, necesidad de poseer informes muy detallados sobre el adversario y sobre los lugares que han de ser su campo de acción.

En la guerrilla urbana, el reconocimiento personal de los jefes de destacamentos y de los dirigentes de grupos llamados a ejecutar tal o cual misión independiente juega un papel más importante que en la guerra en campo abierto. Este reconocimiento personal es, por otra parte, infinitamente más realizable en el interior de una ciudad, antes del comienzo de la insurrección, que en campaña, o bien durante el curso de la insurrección misma. Por esto, además de los reconocimientos necesarios sobre el enemigo, es preciso que todos los dirigentes, desde el que tiene más responsabilidad hasta el tiene menos, aprovechen la menor posibilidad para realizar reconocimientos personales sobre los objetivos previstos.

El desarme de los puestos de policía de Hamburgo habría sido completamente imposible si los insurgentes no hubieran realizado de antemano un cuidadoso reconocimiento de las comisarías que tenían que atacar, si no hubiesen estudiado sus alrededores, la disposición de las habitaciones en su interior, el emplazamiento de las armas y de los centinelas, etc. El ataque sorpresa a la escuela de alumnos-oficiales de Reval no fue posible porque el jefe del destacamento y

sus adjuntos inmediatos no habían estudiado sistemáticamente, una semana antes, los alrededores del edificio, la vida interior de sus habitantes, la disposición de la escuela y del casino de oficiales. Será absolutamente imposible, por ejemplo, suprimir a tiempo y bien a las principales autoridades de la contrarrevolución, si los grupos encargados de esta misión no disponen de datos extremadamente precisos sobre la residencia de los individuos en cuestión y sobre los medios de llegar hasta ellos, o en caso de que no dispongan más que de datos generales: tal o cual funcionario vive en tal calle, en tal número, etc. Además de la calle y del número de la casa y del piso, estos grupos deben conocer la hora en que entra el personaje en su casa, la manera de penetrar en su habitación y, si no hay medio de suprimirle en la calle, la forma en que está guardada su vivienda, etc. La liberación del comunista alemán Braun (de la cárcel de Berlín en 1928) demuestra que las operaciones de este género (después de un reconocimiento cuidadoso y con una buena organización) no ofrecen ninguna imposibilidad y son, por el contrario, perfectamente realizables.

Para asegurar el éxito, además de los datos suministrados por el reconocimiento, los insurgentes deben tener *un plan de acción detallado y preciso hasta en sus menores detalles*, que prevea la exacta distribución de las fuerzas entre la misiones particulares, los enlaces entre los diversos grupos o individuos, el momento del comienzo y del fin de la concentración, el minuto preciso del ataque de tal objetivo, etc. *El elemento «tiempo», en las primeras operaciones sorpresa* (y, en general, en las operaciones sorpresa de cualquier fase del combate), *desempeña un papel considerable*. De ahí la necesidad que tienen los grupos de insurgentes de observar escrupulosamente los tiempos señalados por el plan para el comienzo y para las diversas etapas del combate: es *ésta una de las exigencias tácticas más esenciales*. La menor infracción de este principio entraña frecuentemente el fracaso de la operación y la muerte de los propios insurgentes.

Veamos algunos ejemplos:

El ataque de la escuela de alumnos-oficiales de Reval fracasó

porque el grupo designado para tomar el piso superior llegó con un pequeño retraso de uno o dos minutos respecto al grupo encargado del piso inferior.

En Hamburgo, los dirigentes de los grupos de insurrección concedieron la mayor importancia a la exacta observación de los tiempos señalados. Así, el dirigente de Barmbeck dio a sus subordinados la siguiente indicación: cada grupo debía concentrarse a las cuatro y cincuenta y cinco en punto en un lugar preciso; estos lugares habían sido elegidos de tal manera que estuviesen a cinco minutos de distancia exactamente del puesto de policía que debían atacar. A las cinco en punto debía comenzar el ataque de las comisarías. Para lograr esta simultaneidad, los relojes de los jefes de grupos fueron examinados y puestos en la misma hora, inmediatamente antes del ataque.

Gracias a esta estricta determinación del tiempo, la operación tuvo un éxito brillante para la mayoría de los grupos.

Lo que antecede se refiere a la ejecución de las misiones particulares durante la insurrección. Pero el elemento «tiempo» ejerce también una gran influencia sobre la suerte de la insurrección en una gran ciudad entera, o en un barrio, o aún en varias ciudades. Se trata aquí de la simultaneidad de acción. La simultaneidad es necesaria en una gran ciudad, y lo es también en toda una provincia (o en un país entero, si no es muy extenso). Permite a los insurgentes utilizar a la vez todas sus fuerzas disponibles, trabar de este modo la libertad de acción del enemigo e impedirle que concrete sus fuerzas para derrotar a los insurgentes por grupos, unos tras otros. Hay que esforzarse siempre por comenzar la insurrección en el mayor número de puntos a la vez y con todas las fuerzas disponibles. Es relativamente fácil para el proletariado, parte atacante, comenzar las operaciones a la vez en todo un país. Sin embargo, la experiencia demuestra que no siempre se ha sabido aprovechar esta ventaja.

Un camarada que ha estudiado la insurrección de Bulgaria de 1923 aprecia de la manera siguiente este elemento táctico de la simultaneidad:

> Para la toma de la capital del distrito Staraia-Zagoram se enviaron cuatro destacamentos campesinos de 10.000 hombres aproximadamente. Debían ocupar en secreto las salidas de la ciudad, con el fin de comenzar simultáneamente el ataque por todas partes (las fuerzas gubernamentales se calculaban aproximadamente en 1.500 hombres con treinta ametralladoras y doce cañones). La señal del ataque debía ser dado por un *raid* de obreros, en el interior de la ciudad, en la cárcel, con ayuda de granadas. Este *raid* fue realizado en el instante señalado, pero los destacamentos campesinos no habían terminado aún su concentración y, por consiguiente, el ataque simultáneo no tuvo lugar. El adversario pudo así derrotar a los insurgentes unos tras otros.

El mismo camarada añade:

> Para apoderarse durante la noche de la capital del distrito de Kazanlyk, se enviaron distintos destacamentos campesinos de este distrito, sumando en total más de 1.000 hombres. Las fuerzas gubernamentales de la ciudad eran aproximadamente 600 hombres con veinte ametralladoras. La señal del ataque simultáneo debía ser dada por el apagado del alumbrado eléctrico. Esta señal no fue dada; de ahí la dispersión de las operaciones de los insurgentes.

La experiencia de las dos primeras insurrecciones de Shanghai (23 de octubre de 1926 y 21 de febrero de 1927) demuestra que, a veces, es imposible, por razones puramente materiales, conseguir esta simultaneidad.

Así, por ejemplo, el 23 de octubre, la entrada en acción de la organización de combate había sido señalada a las tres de la mañana, pero las operaciones debían comenzar por la señal dada desde un cañonero pasado al campo de los insurgentes (un cañonazo). Esta señal, a su vez, dependía de un cohete que debía partir del alojamiento de NiuYun-sian, representante del gobierno nacional. Pero la señal no se dio, porque el cañonero no vio el cohete.

En la segunda insurrección, como ya hemos visto, se produjo un error del mismo género. El bombardeo del arsenal, que debía servir de señal a toda la insurrección, no tuvo lugar, y por esto la insurrección fue aplazada del 21 de febrero al 22. Esta vez el cañonero rompió el

fuego contra el arsenal exactamente a la hora señalada (seis de la tarde). La insurrección comenzó, pero solamente en la parte sur de la ciudad. Los equipos de la parte norte (Chapei) no habían oído los cañonazos, y por esta razón no tomaron parte en el movimiento.

La tercera insurrección de Shanghai, como se sabe, comenzó exactamente a la hora señalada (una de la tarde), sin más señal y simultáneamente en todos los barrios.

Esto demuestra que no debe hacerse depender la entrada en acción de señales auditivas, luminosas u otras que, por tal o cual razón, material y a veces accidental, pueden no ser dadas o, si se han dado bien, no ser vistas por los interesados. *La mejor señal es el tiempo. Hay que fijar el comienzo de las operaciones a una hora fija*. Es el mejor medio material de garantizar la simultaneidad.

Tratándose de destacamentos campesinos, se puede y se debe igualmente regular el tiempo. Tan solo hay que asegurarse de antemano de que los destacamentos han llegado efectivamente a las plazas de armas designadas. A este respecto, la experiencia búlgara y la de Cantón (debía llegar a Cantón, para el comienzo de la insurrección, un destacamento de 1.500 campesinos, pero no llegaron más que 500) son concluyentes.

La simultaneidad es mucho más difícil de conseguir sobre un sector más extenso: un país entero en Occidente, una provincia o grupo de provincias en China o en otra parte. No obstante, hay que tender a ella en lo posible. Sería un error ordenar, como en Alemania, una insurrección en una sola ciudad como Hamburgo, sin prever nada en las ciudades vecinas por lo menos y en la zona circundante en que las condiciones no eran menos favorables.

Cualquier partido comunista que organice y dirija preparativos de insurrección debe saber que, cuanto más centralizado está el aparato gubernamental y más desarrolladas las vías de comunicación y los procedimientos de enlace, tanto mayor será la importancia de la simultaneidad en el ataque y tanto más deberá esforzarse la dirección del movimiento por conseguirla.

Las expediciones sorpresa de los insurgentes contra los diferentes objetivos deben ser apoyadas en el momento necesario por las masas proletarias, entrando en la lucha activa: en caso contrario, la organización de combate será incapaz de desarrollar el éxito inicial y se producirá una ruptura entre las operaciones de esta organización y el movimiento del grueso del proletariado. Teniendo en cuenta el débil armamento y el efectivo relativamente reducido de la organización de combate (que es el resultado, a su vez, de la limitación del armamento), es necesario que los destacamentos de ataque, inmediatamente después de los primeros éxitos, puedan estar en disposición de distribuir las armas conquistadas a los obreros prestos al combate y de extender inmediatamente, gracias a este aumento de fuerzas, el éxito inicial.

La insurrección armada no se reduce a las operaciones militares de destacamentos, aunque sean numéricamente importantes. Estos últimos, en presencia de una situación favorable para la insurrección (véanse las condiciones señaladas por Lenin y las indicaciones dadas por el programa de la Internacional Comunista), deben dar inmediatamente un golpe rápido al adversario; después de esto, deben entrar en la lucha armada grandes masas de población proletaria. En este sentido, el movimiento de masas del proletariado es, al mismo tiempo, la base sobre la que deben ejecutarse las operaciones de la Guardia Roja (organización de combate), y sirve a esta última de reserva inmediata. La dirección de la insurrección debe conseguir a toda costa que las masas sean arrastradas al combate al mismo tiempo que la organización militar entre en acción. Es éste uno de los principios tácticos más esenciales de la insurrección armada. En ningún caso se debe contar exclusivamente con la iniciativa de las masas revolucionarias. El partido debe, inmediatamente antes de la entrada en acción de la organización de combate, tomar las medidas necesarias para garantizar en el momento preciso la participación de las masas.

Muchos participantes en la insurrección de Reval han indicado que uno de los errores tácticos de sus dirigentes fue el de no prever reservas. Esta acusación es infundada. En el caso de Reval es imposible tener reservas a causa del efectivo sumamente reducido

de los equipos. Pero no es ésa la única razón. Nosotros creemos que, en general, en el momento del primer ataque sorpresa (comienzo de la insurrección), se podrá disponer muy difícilmente de reservas. Será, en todo caso, una excepción. Por regla general, no es útil prever reservas en la primera fase de la insurrección. Los insurgentes deben consagrar absolutamente todas sus fuerzas disponibles para dar al enemigo un primer golpe brusco. El papel de las reservas para extender el éxito deben desempeñarlo los obreros no armados que, en el curso de la insurrección, se proporcionarán armas desarmando al enemigo y apoderándose de sus depósitos de armas. Las reservas serán necesarias más tarde, en caso de prolongación del combate en las calles o de operaciones en campo raso; pero poner en reserva al comienzo de la insurrección destacamentos armados no sirve más que para debilitar las fuerzas revolucionarias. Las reservas deben nacer y crecer en el curso mismo del combate, por la incorporación de nuevos destacamentos obreros. Si esto es imposible, si la dirección de la insurrección no es capaz de obtener en el curso del combate el aumento constante del núcleo activo de sus fuerzas, no puede pensarse en conseguir la victoria.

Además, desde el punto de vista táctico, designar reservas al comienzo de la insurrección no tiene sentido. Si los ataques de los diferentes objetivos son concebidos conforme al principio de la sorpresa (y este será el caso el 95 por 100 de las veces), las operaciones de los insurgentes en este periodo inicial no pueden naturalmente tener un carácter duradero. Serán golpes de mano de breve duración, que, en la mayor parte de los casos, terminarán o bien con el aplastamiento completo del enemigo, o bien con el fracaso. En caso de triunfo, el destacamento atacante está disponible para ejecutar la misión siguiente, y, en cierto sentido, se convierte en una reserva, ya que puede ser transportado allí donde su presencia sea más necesaria en el momento dado. Por ejemplo, el destacamento que se había apoderado del grupo de aviación de Reval y que se encontraba por esta causa en posesión de ametralladoras y de fusiles con una cierta cantidad de municiones, de automóviles y camiones, y al que se había incorporado una cuarentena de hombres, era una especie de reserva que se podía y debía utilizar para la ejecución de misiones nuevas.

Si, por el contrario, el destacamento que ejecuta el ataque sorpresa fracasa, ninguna reserva restablecerá la situación. Si se tiene en cuenta el carácter instantáneo de esta clase de operaciones (organizadas según el principio de la sorpresa), con un mínimo de fuerzas y la inexistencia en este periodo de la insurrección de todo enlace técnico, entre la dirección a cuya disposición debe estar la reserva, y los jefes de los grupos de combate, la reserva difícilmente puede llegar en el momento útil.

LA ACTIVIDAD Y LA TENACIDAD EN EL COMBATE DURANTE LA INSURRECCIÓN

> Acordémonos —escribía Lenin a fines de agosto de 1906— de que se aproxima el día de la gran lucha de masas. Será la insurrección armada. Debe ser, si es posible, instantánea. Las masas deben saber que van a un combate sangriento y desesperado. El desprecio a la muerte debe difundirse entre las masas y asegurar la victoria. El ataque debe ser todo lo enérgico posible. Es la ofensiva, y no la defensiva, la consigna de las masas. La exterminación implacable de los enemigos será su objetivo. La organización del combate será móvil y flexible. Los elementos vacilantes de la tropa serán arrastrados a la lucha activa. El partido del proletariado consciente debe cumplir su deber en este combate[9].

Inmediatamente en vísperas de la Revolución de Octubre (el 9 de octubre de 1917), en su carta *Consejos de un ausente*, Lenin escribía respecto a la actividad necesaria en la insurrección:

> La insurrección armada es una forma particular de la lucha política; obedece a reglas particulares que hay que meditar profundamente. Karl Marx ha expresado este pensamiento con un relieve particular, cuando ha dicho que, al igual que la guerra, *la insurrección armada es un arte*.

Las reglas principales que ha dado Marx sobre este arte son las siguientes:

1) *No jugar nunca* con la insurrección y, cuando se comienza,

9. V. I. Lenin: Obras completas, tomo X.

estar bien penetrado de la idea de que debe ser llevada *hasta el fin*.

2) Reunir en el lugar y en el momento decisivos *fuerzas muy superiores* a las del enemigo, sin lo cual este último, mejor preparado y mejor organizado, aniquilará a los insurgentes.
3) Una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar, cueste lo que cueste, a la ofensiva. «La defensiva es la muerte de la insurrección.»
4) Esforzarse en coger al enemigo desprevenido y aprovechar el momento en que sus tropas están dispersas.
5) Obtener victorias *todos los días*, aunque sean poco considerables (incluso podría decirse: «cada hora», si se trata de una ciudad), a fin de conservar a todo precio la *superioridad moral*.

Marx ha resumido las enseñanzas de todas las resoluciones sobre la insurrección armada, citando la frase «del más grande maestro de táctica revolucionaria que conoce la historia, Danton: “¡Audacia, más audacia y siempre audacia!”»[10].

Después de haber expuesto estos principios esenciales de táctica, Lenin saca una conclusión práctica para Petrogrado y da al partido toda clase de consejos sobre las medidas militares y políticas que debe tomar para adueñarse del poder en esta ciudad. Llama en particular la atención sobre la necesidad de desplegar el máximo de valor y decisión en la lucha, la triple audacia de que habla Danton.

La experiencia de todas las revoluciones ha confirmado tan categóricamente como es posible los principios tácticos de Marx y de Lenin. Es necesario que los insurgentes den prueba de una audacia absoluta, que sean activos hasta la osadía, que no dejen escapar una sola ocasión de dar un golpe al enemigo; es necesario que cada destacamento, cada combatiente aislado, después de haber ejecutado la misión que le ha sido confiada, se esfuerce por buscar al enemigo y por acabarle mientras no esté completamente aniquilado; es necesario todo esto, al mismo tiempo que una buena organización del

10. V. I. Lenin: Obras completas, tomo XXI, pp. 389-390.

movimiento, una elección acertada del instante en que se desencadena una firme dirección en manos del partido comunista y de su organización de combate para que el éxito sea posible.

Hemos visto fracasar precisamente las insurrecciones (no se trata de la victoria definitiva de la insurrección, sino de la buena dirección de toda lucha armada del proletariado aun en insurrecciones que, como la de 1905 en Moscú, la Comuna de París, las insurrecciones de Alemania en 1919, 1920 y 1921 y otras, por toda suerte de condiciones desfavorables, no podían triunfar), en las cuales no se ha desplegado bastante actividad, audacia, desprecio a la muerte y encarnizamiento en el combate, o bien aquéllas en que todas estas cualidades no se han desplegado más que al principio de la lucha para debilitarse después.

En el movimiento de marzo de 1921 en Alemania central, los insurgentes de las fábricas *Leunawerk*, varias decenas de millares de obreros (solo este grupo de fábricas contaba entonces aproximadamente 22.000 trabajadores), tenían todas las posibilidades de apoderarse de las ciudades vecinas, sobre todo Merseburgo (a cuatro kilómetros aproximadamente de Leunawerk), de aplastar el aparato gubernamental y los cuarteles de policía, de ampliar el territorio de la insurrección y de unirse a los insurgentes de las demás regiones (norte de Sajonia, etcétera). Después de haber organizado quince centurias proletarias y fuerzas auxiliares (un destacamento de zapadores, un grupo ciclista, etc.) y de haberse apoderado de grandes reservas de armas (no tenemos cifras precisas sobre el armamento de los insurgentes, pero en el momento de la ocupación de las fábricas *Leunawerk* por la Reichswehr y la policía se encontraron allí aproximadamente 800 fusiles, tres ametralladoras y otras armas, pero los insurgentes poseían muchas más, ya que una gran parte fue escondida después de la insurrección), a los insurgentes no se les ocurrió otra cosa que acantonarse en sus regiones y permanecer inactivos hasta el momento en que la Reichswehr, avanzando por tres lados a la vez con la artillería y la policía, aplastó este teatro, el más importante de todos en la insurrección de marzo. Las cosas en toda Alemania central habrían podido tomar muy bien un giro diferente si los obreros de Leunawerk hubiesen dado pruebas de la actividad

necesaria en un caso semejante.

En esta inercia de la Leunawerk no se puede ver, naturalmente, una falta de actividad por parte de estos miles de obreros que habían dado ya prueba de ella sublevándose. Los culpables son aquí los dirigentes de la insurrección, que no supieron dar a las masas consignas y directivas prácticas. La falta recae completamente sobre el Comité Revolucionario (*Aktionsausschuss*), formado por representantes del Partido Comunista Unificado de Alemania y del Partido Comunista Obrero (partido de extrema izquierda, con fuertes tendencias anarquistas, hoy degenerado y privado de toda influencia en las masas)[11].

Se pueden encontrar en la historia de la lucha armada del proletariado muchos ejemplos para ilustrar y confirmar los principios de Marx y de Lenin, enunciados más arriba sobre la necesidad de desplegar el máximo de actividad en la insurrección. Citaremos solamente uno, el más sorprendente de todos, que demuestra que el triunfo del proletariado y la toma del poder son posibles incluso cuando los obreros están absolutamente desarmados, pero tienen una inquebrantable voluntad de vencer y despliegan la máxima actividad. Se trata de la insurrección de Cracovia del 6 de noviembre de 1923.

Veamos lo que escribe un comunista polaco que ha estudiado esta insurrección:

> Los acontecimientos de noviembre y la insurrección de Cracovia son un ejemplo instructivo de lucha de clases proletaria. El 4 de noviembre, el gobierno publicó una orden prohibiendo las reuniones a cielo abierto. El 6 de noviembre, la multitud se dirigió hacia la Casa del Pueblo situada en el centro de la ciudad. Las calles que conducían hacía allí estaban bloqueadas por fuertes unidades de policía. Detrás de la policía, una compañía de infantería. La multitud rompió el cordón de policía y desarmó a los soldados. Las armas de que se sirvió, como

11. Estos datos están tomados de un artículo anónimo del *Diario político y militar*, publicación comunista de Alemania, 1923, nº 2. / El VKPD se formó en 1920, como producto de la fusión de la minoría de derecha del KPD (*Spartakusbund*), dirigida por Paul Levi, y la mayoría de izquierda del USPD (grupo de los independientes). El KAPD (Partido Comunista Obrero de Alemania) se constituyó en base a la mayoría de izquierda del KPD. (N.d.E.)

reconoce el acta de acusación, eran palos, botellas y tronchos de berza! Ahora, una parte de los obreros poseía armas. La mayoría, sin embargo, continuaba luchando con palos. Aún no se había hecho ningún disparo. Un refuerzo de policía llegado en este momento formó en cuadro. La multitud abrió en seguida fuego y la policía se vio obligada a retroceder a las callejuelas, donde fue igualmente recibida a tiros. Los policías huían y se escondían en las casas. En este momento entra en juego la caballería. Uno tras otro, cuatro escuadrones, bajo la protección de un grupo de ametralladoras y de tres vehículos blindados, se lanzaron al combate. Bajo una lluvia de balas que los acogía desde lo alto de las ventanas y desde el fondo de los refugios, se vieron en la imposibilidad de avanzar y fueron rechazados como liebres. El pavimento estaba cubierto de caballos que impedían avanzar a los que venían detrás. Los vehículos blindados, una vez su equipo fuera de combate, cesaron de funcionar. Uno de ellos cayó en manos de los insurgentes. Después de tres horas de combate, la clase obrera se encontró dueña de la ciudad. Desde el punto de vista puramente militar, el proletariado de Cracovia obtuvo la victoria. Las autoridades políticas y administrativas habían perdido la cabeza. El comandante militar de la ciudad había emprendido la fuga[12].

Los obreros de Cracovia, absolutamente desprovistos de armas al principio del combate, se armaron en el curso de la lucha y deshicieron medio batallón de infantería, un regimiento de caballería, sostenido por vehículos blindados, y a toda la policía de la ciudad. Si la insurrección fue luego aplastada, la causa de ello fue la traición del Partido Socialista de Polonia (PPS)[13] y el mal uso que el Partido Comunista hizo de la situación revolucionaria en este instante.

La insurrección de Cracovia entra en la historia de la lucha armada del proletariado internacional como un bello ejemplo de la lucha de las masas por el poder.

12. *Diario político y militar*, *op. cit.*

13. El PPS (Partido Socialista Polaco) agrupó a los sectores nacionalistas del socialismo polaco, contraponiéndose a la serie de grupos socialdemócratas, situados a su izquierda, formados en torno a Karsprzak, Jogiches, Rosa Luxemburg, Marchlewski, etc. Su evolución derechista, paralela a la del conjunto de los partidos socialdemócratas, en la segunda década del siglo, fue particularmente acentuada, y al acceder al poder en Polonia, en 1918, bajo la dirección de Pilsudski, el PPS pasó a desempeñar una función abiertamente contrarrevolucionaria (expansionismo territorial contra la Rusia soviética, guerra ruso-polaca de 1920, bajo la inspiración y con la ayuda de distintas potencias occidentales, en particular Francia). (N.d.E.)

«La defensiva es la muerte de la insurrección» (Lenin). Es una verdad indiscutible. La victoria no puede ser alcanzada más que por la ofensiva, por operaciones activas de los insurgentes. Aun la misma defensiva provisional, a la que se puede estar obligado en tal o cual sector, debe tener un carácter activo. No es la defensiva por la defensiva, sino para reanudar inmediatamente operaciones activas y poner al enemigo fuera de combate; tal es la divisa de los insurgentes.

Si, en este o aquel punto, una correlación de fuerzas demasiado desventajosa obliga a los insurgentes a atrincherarse provisionalmente a la defensiva, deben manifestar el máximo de tenacidad, retener ante ellos al mayor número de enemigos posible, causarles pérdidas con su fuego y aprovechar, al mismo tiempo, la menor posibilidad de contraataque ejecutando, por lo menos, ataques sorpresa sobre los flancos o sobre la retaguardia del enemigo, organizando fuego graneado sorpresa, hostigando al adversario y, en fin, reanudando la ofensiva general para liquidarle definitivamente.

Los insurgentes reducidos a la defensiva, si dan prueba de bastante obstinación y utilizan bien las ventajas de su situación (casas, ventanas, buhardillas, tejados y, en general, todos los refugios, incluidas las barricadas), pueden infligir al enemigo grandes pérdidas materiales y morales.

Trotsky, en su libro *1905*[14], cuenta un episodio característico de la defensiva de los insurgentes de Moscú en diciembre:

> Un grupo de trece hombres, instalados en una casa, sostuvo durante cuatro horas el fuego de 500 a 600 soldados que disponían de tres cañones y dos ametralladoras. Después de haber disparado todos sus cartuchos y causado grandes pérdidas a la tropa, los miembros del grupo se alejaron sin haber sido heridos. Los soldados habían derribado a cañonazos varias manzanas de casas, incendiado varias casas de madera, exterminado a muchos habitantes, todo esto para obligar a la retirada a un grupo de revolucionarios.

Se podrían encontrar en esta insurrección de Moscú muchos

14. L. Trotsky: *1905*, Ed. Ruedo Ibérico, París. (N.d.E.)

episodios análogos.

Por el contrario, la insurrección de Reval, en 1924, ofrece un ejemplo negativo de este aspecto. Los insurgentes, como hemos visto, no demostraron la menor tenacidad. Desde los primeros fracasos se dispersaron sin organizar la resistencia. Esto se explica, es verdad, hasta cierto punto, porque los insurgentes no se sentían apoyados por las masas: de ahí su desmoralización. La insurrección no había estado precedida de grandes intervenciones obreras, huelgas, mítines, manifestaciones o demás. Durante la insurrección misma, las masas no tuvieron tiempo de entrar en lid, ya que el movimiento fue aplastado al cabo de tres o cuatro horas. Esto hubiese sido posible si el grueso de los obreros hubiera sabido que se proyectaba una insurrección y se hubiera preparado para ella. Pero no era este el caso. La insurrección fue inesperada, incluso para el proletariado de Reval.

EL PLAN DE INSURRECCIÓN ARMADA

La necesidad de tener un plan es evidente. No hacer este plan y contar únicamente con la improvisación es renunciar voluntariamente a ejercer la menor influencia consciente y racional sobre la marcha de la insurrección.

El plan debe ser, en sus grandes rasgos, un plan estratégico general que abarque a todo el país. De acuerdo con este plan de conjunto, deben hacerse planes detallados (planes tácticos) para cada ciudad o cada centro.

El plan estratégico general debe prever los centros o ciudades (la capital, las grandes ciudades industriales, tal o cual provincia) que tienen, en las condiciones dadas, una importancia decisiva para el movimiento proyectado. Debe estudiar todas las regiones o centros que puedan ser focos de insurrecciones revolucionarias y de donde puede partir la insurrección para irradiar sobre las demás regiones. Debe prever, por lo menos a grandes rasgos, las relaciones mutuas entre estos diversos focos revolucionarios, ya desde el punto de vista

del tiempo (fecha del desencadenamiento de la insurrección), ya, más tarde, en el curso de la insurrección, desde el punto de vista del concurso material y político que pueden prestarse y de la coordinación de las operaciones. El plan estratégico debe responder a esta pregunta: ¿Debe la insurrección ser precedida necesariamente de una huelga general, de la que nacerá, como consecuencia natural, o bien la situación política existente permite desencadenar la insurrección sin huelga general (como, por ejemplo, en Rusia, en octubre de 1917)? Al elaborar su plan, la dirección de la insurrección armada debe preguntarse si el movimiento se debe señalar con ocasión de tal o cual congreso de organizaciones proletarias (sindicatos, soviets, comités de fábricas), como ocurrió en Petrogrado en 1917 (Segundo Congreso de los Soviets) y en Alemania en 1923 (Congreso de los Comités de Fábricas de Chemnitz). Este último, según el plan del Comité Central del Partido Comunista, debía declarar la huelga general, como comienzo de la insurrección; es decir, de un organismo político que proclame la imposibilidad de dejar subsistir al antiguo régimen y que se declare autoridad suprema del nuevo régimen revolucionario, o si no es más racional, en las condiciones dadas, organizar la toma del poder y la destrucción de antiguo régimen por una acción directa del proletariado, cuando no existe, en los centros decisivos del país, organismo proletario autorizado, capaz de desempeñar el papel de autoridad legislativa suprema de la revolución.

En fin, el plan estratégico debe prever, a grandes rasgos, las medidas que debe tomar el partido en caso de intervención exterior, así como la formación de un ejército rojo regular después de la consolidación del poder revolucionario en tal o cual región o gran ciudad. Ni que decir tiene que los dirigentes deben tener, igualmente, presentes las grandes medidas políticas (nacionalización del suelo y de la gran industria, jornada de trabajo, salarios, alojamientos, etc.), que el nuevo poder debe decretar y poner en práctica inmediatamente.

Se comprende que el plan estratégico (las consideraciones esenciales de la insurrección proyectada) debe establecerse, por lo menos en grandes trazos, mucho antes de la insurrección. Más tarde, si se modifican las circunstancias, será profundizado y perfeccionado. De acuerdo con este plan, el partido debe tomar a tiempo todas las

medidas políticas o de organización para crear condiciones favorables a la revolución, sobre todo en las regiones decisivas.

Al establecer el plan de insurrección para un centro, para una ciudad y, en general, para todo lugar habitado, hay que comprender que es imposible prever todas las circunstancias cambiantes de los combates futuros y, por consiguiente, la conducta que han de observar los insurgentes durante toda la duración del movimiento. El plan táctico de una ciudad aislada debe ser tan detallado como sea posible y no prever más que el primer momento de la insurrección, las acciones iniciales, las primeras misiones que se deben dar a cada gran unidad de la Guardia Roja. Para lo sucesivo, la dirección de la insurrección puede y debe dar, en el momento necesario, las indicaciones de orden general, que serán después precisadas según las circunstancias que se presenten en el curso del movimiento en la ciudad misma y en las regiones vecinas.

El plan de insurrección de una ciudad debe indicar:

1) La apreciación de las circunstancias y de la relación de las fuerzas en la ciudad en cuestión.
2) La fecha del desencadenamiento de la insurrección.
3) Los principales objetivos en que los insurgentes deben triunfar a toda costa y cuya ocupación debe ejercer la máxima influencia sobre la marcha del movimiento.
4) Las regiones y los objetivos secundarios, cuya ocupación viene en segundo lugar (si no pueden ser ocupados por una tropa de obreros no armados).
5) La distribución de fuerzas entre los diversos objetivos, reservando los efectivos más fuertes para los objetivos principales.
6) Las misiones aproximadas que tienen que cumplir los destacamentos, después de la buena ejecución de la primera.
7) Indicaciones sobre la conducta a seguir en caso de fracaso de tal o cual destacamento.
8) Las medidas que hay que tomar para impedir la llegada de las tropas gubernamentales de las demás ciudades o regiones (sabotaje de las vías de comunicación, operaciones

de partidas, etc.).

9) Las medidas apropiadas para arrastrar a la lucha armada al grueso de los obreros y la distribución de armas entre estos últimos.
10) La supresión de los jefes de la contrarrevolución.
11) La formación de unidades regulares del ejército rojo en el curso del combate.
12) La organización del enlace durante la insurrección.
13) El emplazamiento del dirigente militar general y de los demás dirigentes militares y políticos, entre otros de los miembros del comité revolucionario, al comienzo de la insurrección.
14) Las medidas políticas que ha de tomar el comité revolucionario como representante y organizador del nuevo régimen.

Los datos que deben servir de base al plan son los siguientes:

1) El plano social de la ciudad, indicando los barrios favorables por su carácter social; el grado de organización y de disposición para el combate de los barrios que sean el foco del movimiento, que han de dar el golpe inicial y alimentar después la insurrección con nuevas fuerzas; los barrios socialmente enemigos, que deben ser destruidos durante la insurrección.
2) El dispositivo detallado y el grado de descomposición de las tropas, de la policía y de las asociaciones militares contrarrevolucionarias, si estas últimas están en pie de guerra (movilizadas).
3) Las señas de los funcionarios, de los dirigentes de los partidos y asociaciones hostiles a la revolución, de los comandantes de las tropas y de la policía.
4) El emplazamiento de los depósitos de armas y su servicio de guardia.
5) La apreciación táctica de la ciudad, con indicación de los lugares, edificios, grupos de edificios, etc., apropiados para la ofensiva y la defensiva.
6) Informes sobre los garajes de automóviles, camiones, motocicletas, etc., que pertenezcan al Estado o a los

particulares y que hay que tomar.

7) La utilización, durante la insurrección, de las vías de comunicación urbanas, del teléfono, etc.
8) El efectivo y el armamento de las fuerzas revolucionarias, la apreciación táctica de los diversos dirigentes de la Guardia Roja.

El plan de insurrección o, por lo menos, sus diversos elementos deben ser establecidos de tal manera que los dirigentes de los destacamentos y de sus subdivisiones, así como el núcleo activo y seguro del partido, puedan estudiar con bastante tiempo sus primeros objetivos y prepararse, en consecuencia, y que la dirección misma pueda tomar bastante a tiempo las medidas políticas o de organización capaces de asegurar la mejor ejecución posible de las primeras operaciones.

Ni que decir tiene que el plan de insurrección y todos sus elementos son un secreto, y que los dirigentes deben tomar las mayores precauciones para que el plan o los diversos problemas que en él se tratan no caigan en manos del enemigo (por provocación, charlatanería de los camaradas, etc.).

11 EL CARÁCTER DE LAS OPERACIONES DE LOS INSURGENTES EN EL CURSO DE LA INSURRECCIÓN

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

Hemos insistido, en el capítulo precedente, sobre los problemas que plantea la guerrilla urbana en el sentido propio de la palabra; el centro de gravedad de este capítulo estaba en la exposición de los grandes principios tácticos que deben concurrir al establecimiento del plan que prevé *las primeras acciones sorpresa del proletariado, al comienzo de la insurrección*.

Pero es difícil imaginarse una situación en que el proletariado pueda de un solo golpe, por una explosión corta, aunque potente, quebrar la máquina gubernamental de la clase dominante en su ocaso y aniquilar su fuerza armada, el ejército regular, la policía y las asociaciones militares voluntarias que la sostienen. Esta situación, en todo caso, no puede presentarse más que excepcionalmente, aun en una ciudad aislada, sin hablar de todo un país.

Las acciones iniciales de las fuerzas armadas del proletariado, frente a un enemigo que no está aún definitivamente trabado por sus antagonismos interiores y que conserva todavía algunas posibilidades de defender su situación dominante, pueden y deben —por la conquista de las armas y por el armamento del grueso de los obreros y de los elementos proletarios dispuestos a combatir y a morir por la revolución, por la organización de sublevaciones en la tropa y el

arrastre de los soldados al lado de la revolución, por la ocupación de los objetivos tácticos importantes y la supresión de una parte, por lo menos, de los dirigentes contrarrevolucionarios—, asestar al enemigo de clase un golpe material y moral tan fuerte como sea posible, a fin de obtener así la correlación de fuerzas más favorable posible y condiciones que permitan continuar con éxito la lucha por la consolidación definitiva del poder proletario.

La experiencia de las insurrecciones armadas confirma categóricamente la justeza de este principio. Por tentador que sea desembarazarse del enemigo por un golpe fulminante, como el enemigo se prepara también para un combate encarnizado y como tampoco para él ha sido inútil la experiencia del pasado, la cosa es prácticamente irrealizable. Al prepararse para la insurrección, el proletariado debe saber que tendrá que sostener una lucha armada, más o menos larga, antes de lograr romper completamente la resistencia de las clases dominantes.

Las condiciones de lucha que se presentarán después de la brusca entrada en acción de la organización de combate serán esencialmente distintas de las que existían antes de esta entrada en acción. En el *desencadenamiento de la insurrección* (comienzo de las hostilidades por las fuerzas armadas del proletariado), la iniciativa, si la insurrección ha sido bien preparada, corresponderá al proletariado. Las clases dirigentes sospecharán, naturalmente, del movimiento en preparación. Pero aunque sienta la aproximación de los combates decisivos, el adversario, si la insurrección ha sido bien preparada y organizada, con el necesario secreto, no sabrá *cuándo ni en qué orden* tendrá lugar. Las cosas son muy distintas después de los primeros golpes dados por la organización de combate sobre los objetivos previstos. *A partir de este momento, las dos partes se hallan en estado de guerra civil declarada e implacable*. Desde entonces, todas las demás categorías de lucha de clase están enteramente subordinadas a la lucha armada; toda la vida normal de la ciudad se interrumpe, la atención pública se concentra y se detiene sobre las operaciones militares de los beligerantes.

Según las circunstancias, convendrá aplicar diversas tácticas. La

lucha armada, en caso de insurrección proletaria. La táctica de la guerrilla urbana no es más que *una variedad* de la táctica militar en general; obedece, en conjunto, a los mismos principios que la táctica de los ejércitos regulares.

El objetivo del presente capítulo es exponer los principales principios de táctica que hay que aplicar en los diferentes casos que pueden presentarse en el curso de la guerrilla urbana, teniendo en cuenta las particularidades específicas de esta táctica cuando es puesta en práctica por insurgentes, es decir, por fuerzas armadas irregulares en tiempo de insurrección. En el capítulo precedente, hemos tratado con bastante detalle ciertos factores comunes, como el principio de la sorpresa, el de las victorias parciales, el de la concentración del grueso de las fuerzas en la dirección principal, el de la actividad, la decisión y la tenacidad en el combate; por esto, no tendremos que insistir sobre estos elementos tácticos, por lo menos en cuanto a su importancia general.

La duración de los combates de calles, en caso de insurrección proletaria, depende de muchas condiciones; pero, ante todo, de la correlación de las fuerzas en presencia. Esta duración variará según las circunstancias. La experiencia demuestra que no hay que contar con una rapidez excesiva. En Moscú, en 1917, los combates de calles duraron aproximadamente una semana, en Hamburgo y en Cantón más de dos días, en Shanghai treinta y ocho horas. En Reval, duraron tres o cuatro horas; fue porque la correlación de las fuerzas en presencia era demasiado manifiestamente desfavorable para los insurgentes. De ahí la breve duración de los combates en esta ciudad.

En las condiciones existentes, los combates de la guerrilla urbana, que tienden a la exterminación física del enemigo, tienen un carácter absolutamente implacable. Toda piedad manifestada por el proletariado durante la lucha armada para con su enemigo de clase no hace más que crear dificultades nuevas y puede producir, en caso de condiciones desfavorables, el fracaso del movimiento.

La burguesía ha asimilado perfectamente este precepto. Todas las insurrecciones que han ido mal para el proletariado muestran la

crueldad inhumana con que las clases dirigentes tratan a su enemigo de clase. La misma crueldad aplican durante la lucha armada.

La experiencia de las revoluciones proletarias de Alemania y de Rusia, permite a un teórico militar de la burguesía alemana, W. Balk, escribir sobre este motivo:

> La detención en masa de los insurgentes suscita grandes inconvenientes, a causa de la falta de locales. Órdenes convenientes indicarán la manera de tratar a los insurgentes cogidos con las armas en la mano. En todo caso, los rebeldes no pueden esperar ninguna clemencia excesiva por parte de los oficiales y de los soldados, a quienes ha puesto furioso el combate en las calles y, sobre todo, en las casas[1].

Ya sabemos la conducta que las «órdenes convenientes» imponen a los militares para con los insurgentes durante el combate. Es, sencillamente, el fusilamiento en masa de todos los miembros de los grupos de combate hechos prisioneros y, en general, de todos los que han tomado la menor parte en la revuelta.

La lección que la burguesía ha sacado de la historia de las guerras civiles debe ser igualmente aprovechada por el proletariado.

La guerrilla urbana es la forma de combate más terrible.

> No hay ninguna clase de guerra que exija más talento por parte de los jefes subalternos y más valor personal —dice el reglamento inglés sobre la guerrilla urbana— que las operaciones ejecutadas sobre un espacio reducido y los cuerpo a cuerpo que tienen lugar en los combates de calles.
>
> La guerrilla urbana es pródiga en dificultades y en particularidades que no se vuelven a encontrar en los géneros de combates ordinarios, y todo comandante que participe en ellos sin estudio previo puede sufrir fácilmente un fracaso.

Este principio del reglamento inglés, para uso de los oficiales del

1. W. Balk: «La táctica de guerrilla urbana», *La guerrilla urbana*, p. 115, Moscú, 1924.

ejército británico, puede y debe ser aprovechado por los jefes de los destacamentos de insurgentes.

CARACTERÍSTICAS DE LA CIUDAD

La dificultad de la guerrilla urbana depende del carácter específico de la ciudad, de su disposición, de su estructura. Para el que no la conoce, la ciudad es un conjunto gigantesco de construcciones acumuladas, sin orden, un laberinto de calles, de callejuelas y de plazas, en cuyo interior no es posible ninguna operación regular, donde todo debe dejarse a la improvisación y al azar.

Un jefe de este género es absolutamente incapaz de dirigir combates en las calles de una gran ciudad moderna. Estas operaciones exigen un conocimiento perfecto de la ciudad en su conjunto y una buena apreciación táctica de los diversos barrios, calles, plazas, edificios o manzanas de casas, desde el punto de vista de la ofensiva, de la defensiva y de la organización de las defensas artificiales, etc.; el conocimiento del sistema de las comunicaciones urbanas (vías férreas, terrestres y subterráneas, tranvías, etc.) y de las comunicaciones con las demás regiones del país, de las relaciones telegráficas y telefónicas en el interior de la ciudad y con el mundo exterior; el conocimiento de la composición social de la población, etc.

La historia económica de la ciudad determina objetivamente la correlación de las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución, así como su disposición territorial. En las ciudades industriales, la población proletaria predomina sobre las demás capas sociales. Está situada, en conjunto, en la periferia. Es allí, o inmediatamente fuera de la ciudad (ciudades militares), donde se encuentran de ordinario todas las tropas que componen la guarnición.

Las autoridades gubernamentales, los centros de enlace y comunicación, las organizaciones económicas (bancos, cámaras de comercio, direcciones de las asociaciones patronales), están principalmente en el centro.

Esta estructura de la vida social y esta disposición territorial de la población parecen indicar el modo de acción del proletariado en tiempo de insurrección: insurrecciones en los barrios, con diversiones simultáneas en los demás barrios; luego, ataque general y concéntrico de los barrios centrales.

La antigüedad, la situación geográfica y la importancia de la ciudad, ejercen una gran influencia sobre la táctica de combate. Las ciudades situadas en una comarca accidentada están más descentralizadas, hay menos orden en la disposición de los edificios y de las calles, los barrios están más dispersos y son más caóticos que en las ciudades de llanura. Las ciudades cortadas por un río tienen sus particularidades tácticas, que debe tener en cuenta el dirigente de la guerrilla urbana. En las grandes ciudades, el combate será infinitamente más complicado que en las pequeñas.

Las calles anchas y largas de la gran ciudad moderna son apropiadas para las operaciones ofensivas realizadas por unidades relativamente importantes. Por el contrario, las calles y callejuelas estrechas de las antiguas ciudades (o de los barrios antiguos de las ciudades modernas) son más favorables para la defensiva y para las pequeñas unidades.

> Los edificios urbanos presentan toda clase de inconvenientes para el combate. En las grandes ciudades, es muy difícil abarcar de una ojeada la localidad, observar al enemigo, dirigir las tropas, organizar el enlace, desplegarse en orden de batalla, sostenerse mutuamente, etc.
>
> Al mismo tiempo, las construcciones de piedra ofrecen una defensa perfecta contra el fuego de infantería, defienden incluso hasta cierto punto del de la artillería y, con ciertos dispositivos, contra los gases asfixiantes; ofrecen a la guarnición un refugio en caso de mal tiempo, la abrigan contra los reconocimientos aéreos y permiten así aprovechar más fácilmente el elemento de sorpresa.
>
> El relieve de la localidad, el plano de la ciudad, su arquitectura, su grado de cultura, influyen sobre el carácter de la guerrilla urbana. En cada ciudad, el combate tendrá un sello original. La complejidad de las operaciones aumenta en proporción a las dimensiones de la ciudad.

> Lo que es muy característico de la guerrilla urbana es la influencia de la población sobre el carácter general de las operaciones. La intervención de la población puede ser un factor decisivo, según el partido al que se una la parte más activa[2].

Las vías de comunicación y los procedimientos de enlace de la ciudad moderna pueden ser, en caso necesario, empleados con gran provecho por los insurgentes. Las vías férreas eléctricas subterráneas, por ejemplo, proporcionan caminos de aproximación y vías de concentración cómodas; los tranvías, los ferrocarriles terrestres y los automóviles pueden servir para transportar las fuerzas de un sector a otro; los autocamiones pueden transformarse rápidamente en vehículos blindados (con un revestimiento apropiado de hojalata bastante gruesa y con la instalación de ametralladoras); los vagones pueden constituir, de igual forma, trenes blindados.

Los medios de enlace, principalmente el teléfono, pueden y deben ser enteramente utilizados para las necesidades militares de los insurgentes.

Las defensas artificiales, en las condiciones que presente la ciudad, pueden levantarse muy rápidamente, gracias a la participación de la población y al empleo de toda clase de materiales; hachas, palos, objetos de todas clases para la construcción de las barricadas, etc.

La guerrilla urbana permite a los insurgentes maniobrar por grupos aislados, pasar rápidamente y de improviso de la defensiva a la ofensiva e inversamente, emplear masivamente el camuflaje, las diversiones de todas clases, etc.

Para las unidades del ejército regular, las operaciones más incómodas son las operaciones de noche. W. Balk, en el artículo antes citado, escribe que «al aproximarse la oscuridad, los combates cesan ordinariamente»[3]. Comparte esta opinión el célebre escritor militar, especialista en materia de combate en lugares habitados, V. Muratov, oficial del Ejército Rojo[4].

2. *Reglamento provisional sobre el servicio del Ejército Rojo en campaña.*

3. W. Balk: «La táctica de la guerrilla urbana», *La guerrilla urbana*, p. 116.

Aunque esta advertencia de W. Balk es relativamente justa, por lo que se refiere al ejército regular, no conviene a los insurgentes. La experiencia de las insurrecciones demuestra lo contrario. Las operaciones iniciales de la organización de combate comienza de ordinario por la noche o al alba (Reval, Cantón, Hamburgo, etc.). Así como es posible una buena dirección de las operaciones durante la noche, al comienzo de la insurrección, no lo es menos durante todo el periodo de las luchas callejeras. Son los insurgentes los que, *aprovechándose de la oscuridad, de su conocimiento de la ciudad y del apoyo de la población, deben recurrir a las operaciones nocturnas y, con ataques súbitos y audaces, hostigar a las tropas, destruir su sistema de enlace, poner fuera de combate a sus oficiales, etc.* Las operaciones nocturnas, del lado de los insurgentes, deben ser consideradas como un procedimiento habitual y normal, que ofrece ciertas ventajas determinadas. La ciudad, como teatro de operaciones, favorece por su carácter las operaciones nocturnas de los insurgentes.

Las condiciones del combate dentro de la ciudad exigen de los dirigentes de destacamentos, y de cada combatiente, la máxima iniciativa y actividad. La dificultad que hay en la guerrilla urbana, para mantener el enlace entre los jefes y los subordinados, obliga frecuentemente a estos últimos a obrar por iniciativa propia, dentro del espíritu del plan general. Por consiguiente, hay que prestar la mayor atención a la elección de los comandantes y a la composición de los grupos.

LOS RECONOCIMIENTOS EN LA GUERRILLA URBANA

El partido revolucionario debe proseguir siempre, y prosigue, en efecto, sin interrupción, su trabajo de reconocimiento y de información. A medida que cambian las circunstancias, los objetivos a reconocer cambian igualmente. Sin una buena información, el partido no solo es incapaz de conducir la insurrección del proletariado, no puede ni siquiera realizar convenientemente su actividad en tiempo de paz. La

4. Véanse las notas de V. Muratov sobre el artículo *La guerrilla urbana*, p. 116.

información recibida de la prensa nacional, del grupo parlamentario, de los corresponsales obreros y de los grupos de base del partido, acumulada por las secciones de información que existen junto a los comités del partido, no siempre es suficiente. Aun en periodo «pacífico», el partido tiene siempre un gran interés por obtener informes secretos o semiconfidenciales sobre las decisiones de los órganos dirigentes de los partidos enemigos, en particular del partido socialdemócrata, sobre las medidas que proyecta el gobierno, en particular sobre las que se refieren al partido o a sus miembros; sobre las decisiones e intenciones de las asociaciones patronales, etc. Es imposible, por ejemplo, realizar ningún trabajo en el ejército, en la flota, en la policía y las asociaciones militares voluntarias sin este trabajo de reconocimiento.

Para que este servicio de informaciones esté convenientemente organizado, el partido debe tener a su disposición toda clase de agencias estrictamente secretas y que funcionen con regularidad. Cuando la situación se convierte inmediatamente en revolucionaria, este aparato, ya existente, debe ampliarse más aún por el reclutamiento de un nuevo personal que esté bien al corriente de su misión, por la multiplicación de las agencias, por el aumento de los créditos, etc.

La importancia del reconocimiento en época de insurrección es inmensa. Sin un buen reconocimiento de los objetivos perseguidos no es posible ningún éxito para los destacamentos insurreccionales en los primeros ataques del comienzo del movimiento. Sin él no se puede concebir tampoco ningún éxito en las luchas callejeras durante todo el curso de la insurrección. El reconocimiento es como los ojos de los insurgentes.

La importancia colosal de este servicio durante la insurrección resalta con evidencia de los ejemplos que hemos citado.

Si durante la insurrección de Cantón el destacamento de Li Fu-lin pudo aproximarse a 150 metros del Estado Mayor del Comité Revolucionario, fue porque los insurgentes habían descuidado el reconocimiento. Al contrario, el éxito del desarme de los puestos de

policía en Hamburgo se explica en una amplia medida por el buen reconocimiento que se había hecho con antelación. Análogamente en todas las demás insurrecciones.

Es necesario que el partido y sus comisiones militares, al mismo tiempo que abordan la formación de la Guardia Roja (grupos de combate, centurias proletarias, etc.), creen junto a cada destacamento una sección de exploradores y ejerciten a esta sección convenientemente. Estas secciones de exploradores deben existir al lado de cada destacamento de la Guardia Roja. Además, las comisiones militares deben tener a su disposición todo un servicio de agentes (existente ya antes, pero completado ante la proximidad de la situación directamente revolucionaria).

El procedimiento principal de reconocimiento de que dispone la organización de combate del proletariado antes del desencadenamiento de la insurrección es el servicio de los *agentes y observadores*.

El reconocimiento de la organización de combate se divide en cuanto a sus objetos, como sigue:

1) Reconocimiento de las fuerzas armadas del enemigo (ejército, policía, gendarmería, flota, organizaciones fascistas y demás asociaciones voluntarias militares de las clases dirigentes).
2) Reconocimiento de la localidad (la ciudad), comprendiendo en él los reconocimientos especiales de zapadores, artilleros, etc.
3) Reconocimiento político.

Una categoría especial de reconocimiento es el contraespionaje.

Los fines a perseguir, por lo que se refiere al reconocimiento de las fuerzas armadas antes de la insurrección, son:

1) Establecer el dispositivo detallado de las tropas de la ciudad y de sus alrededores inmediatos; determinar los depósitos de

armas y municiones, Estados Mayores, puestos de guardia, vías de acceso, posibilidades de destrucción; señalar los alojamientos de los oficiales y las posibilidades que pueden presentarse para aislarlos desde el comienzo de la insurrección; estudiar las relaciones telefónicas y telegráficas de los Estados mayores con los cuerpos de tropas y con el mundo exterior. Hay que interesarse particularmente en la vida de los soldados, en sus relaciones con los oficiales, en las disposiciones políticas de las diversas unidades y de sus subdivisiones.

Para conseguir todo esto, el reconocimiento debe ser tan cuidadoso como sea posible y penetrar en los menores detalles. Los jefes de los destacamentos de la Guardia Roja deben conocer igualmente *los principios de la táctica de las tropas, las propiedades tácticas de las diversas armas del ejército regular*.

Los medios de reconocimiento en el ejército regular son: los soldados miembros del partido o de las juventudes comunistas y, en general, los soldados revolucionarios; los informes recogidos personalmente por los jefes de destacamentos de guardias rojos; las informaciones de los exploradores, especialmente instruidos para este efecto.

2) Por lo que se refiere a la policía, el reconocimiento debe determinar todos los puestos y comisarías, el efectivo de las diversas unidades, las reservas de armas, los garajes de vehículos blindados, los alojamientos de los jefes, las disposiciones de los hombres. Respecto a las comisarías, hay que conocer exactamente la disposición de las habitaciones, los medios de llegar a ellas, el emplazamiento de los centinelas, el de los pabellones de armas y el de las reservas de armas.

   Medios: los policías que simpatizan con el partido comunista, los informes personales de los jefes de los destacamentos de guardias rojos y de los exploradores especializados.

3) Por lo que se refiere a las organizaciones fascistas y demás organizaciones militares de las clases dirigentes, el reconocimiento debe señalar los depósitos de armas de los diversos barrios, los jefes y sus alojamientos, la moral del

personal, etc.
Medios: envío de comunistas encubiertos a estas organizaciones, utilización de los elementos proletarios que formen parte de ellas, etc.

Por lo que se refiere a la localidad, los servicios de reconocimiento de la organización de combate deben establecer:

1) El sistema de enlace dentro de la ciudad y entre la ciudad y el mundo exterior; centrales telefónicas, telegráficas y de telegrafía sin hilos, cables subterráneos y líneas subterráneas, puestos telefónicos de los altos funcionarios y de los oficiales del ejército y de la policía. Estos datos son necesarios para asegurar su conquista o su inutilización.
2) El sistema de comunicaciones en el interior de la ciudad y con las demás regiones del país: toma de estaciones, ferrocarril, vías férreas de superficie y subterráneas, medios de apoderarse de ellas o de inutilizarlas para el servicio; garajes y parques de automóviles y medios de apoderarse de ellos; líneas de tranvías y situación de las cocheras de tranvías.
3) La distribución de agua y la red de alumbrado; electricidad, gas y otras instalaciones de energía.
4) Los puentes y vados, si la ciudad está atravesada por un curso de agua, emplazamiento de las embarcaciones, pontones de la flotilla fluvial; defensa de los puentes; medios de forzar el río si los puentes están en manos del enemigo.
5) Disposición de las calles longitudinales, de las plazas, apreciación de unas y otras desde el punto de vista del combate defensivo y ofensivo; apreciación táctica de los diversos edificios o grupos de edificios.
6) Direcciones de las redacciones de periódicos, imprentas, depósitos de papel, etc.
7) Direcciones de las instituciones gubernamentales, de las direcciones de las asociaciones patronales, de los bancos, etcétera.
8) Emplazamiento de las cárceles y posibilidades de liberar a los detenidos.
9) Arsenales, fábricas de armas, talleres, medios para

apoderarse de ellos.

Para todo esto, los medios a emplear pueden ser: los exploradores especializados, los agentes, los empleados simpatizantes del Partido Comunista, los informes recogidos personalmente por los jefes de los destacamentos, etc. El empleo de las recopilaciones oficiales, guías, descripciones y planos de todas clases puede facilitar enormemente el trabajo.

Los objetivos del *reconocimiento político*, en el periodo que procede inmediatamente a la insurrección, son: la reunión y sistematización de los informes concernientes a la situación política de las diversas categorías de la población (sindicatos, cooperativas, sociedades deportivas, asociaciones de todas clases, etc.), sobre la mentalidad de los obreros de las fábricas, de los ferroviarios, de los cuerpos de tropa, de la policía, de la flota, etc. Uno de sus objetivos será también el de poseer las direcciones de los principales dirigentes de la contrarrevolución, de los altos funcionarios, de los dirigentes de los partidos enemigos, para poder aislarlos desde el comienzo de la insurrección.

Todos estos datos deben ser concentrados en las secciones correspondientes del partido, estudiados y sistematizados de manera que se pueda trazar de antemano, basándose sobre ellos, un plan de conjunto (que puede ser modificado, completado o corregido, según las circunstancias) para las operaciones de toda la ciudad o en los diferentes barrios.

El contraespionaje tiene por misión descubrir en la filas del partido y de su organización de combate a los provocadores y espías de la policía. El partido está rodeado de enemigos, pueden introducirse fácilmente entre sus filas diversos espías o agentes de la policía y, en general, toda serie de elementos hostiles. Así que el contraespionaje es el deber de todo miembro del partido. Es ésta una obligación esencial para él. No obstante, teniendo en cuenta el carácter específico de este trabajo, será conveniente, en los grandes partidos, confiarlo a un aparato especial o, por lo menos, a un grupo de camaradas particularmente seguros y firmes en el seno del servicio

general de reconocimiento.

Durante los combates de la guerrilla urbana, el reconocimiento tiene un carácter algo diferente del que tiene antes del levantamiento armado. Antes, el elemento tiempo desempeña con frecuencia un papel reducido. La organización de combate puede hacer el reconocimiento de los objetivos necesarios sin contar especialmente con el tiempo. Por el contrario, durante los combates de la guerrilla urbana, el tiempo desempeña un papel considerable. Los mejores informes no tendrán ningún interés práctico si no se consiguen en el momento necesario y se transmiten a tiempo al jefe que debe utilizarlos. Hay que acordarse bien de esta verdad en la organización del servicio de reconocimiento durante la guerrilla urbana.

El centro de gravedad del reconocimiento, en la guerrilla urbana, exactamente igual que antes de la insurrección, por otra parte, está en la red de agentes. Las diversas categorías de reconocimiento siguen siendo las mismas que antes de la insurrección: reconocimiento político, reconocimiento del dispositivo enemigo, reconocimiento de los zapadores, etc. Sin embargo, durante los combates de la guerrilla urbana, el reconocimiento militar puede tener también cierta importancia.

Veamos lo que dice sobre esto el *Reglamento provisional sobre el servicio del Ejército Rojo en campaña*:

> El reconocimiento militar es sumamente difícil. El centro de gravedad del reconocimiento debe radicar en la red de agentes.
>
> En el interior de la ciudad, el servicio de los exploradores lo hacen los vehículos blindados, los ciclistas, los motoristas y los exploradores a pie. Los camiones armados de ametralladoras reconocen el dispositivo enemigo (barricadas, casas) y previenen rápidamente a las columnas de ataque que les siguen. Este mismo reconocimiento se esfuerza por establecer la disposición de los patios, en las principales manzanas de casas. A veces podrá ocupar incluso tal o cual punto importante antes de la llegada de fuerzas más considerables.
>
> Se puede sacar gran ventaja de la observación hecha desde lo alto de los edificios elevados, si lo permite la configuración de las calles

vecinas[5].

Lo que decimos aquí del reconocimiento en la guerrilla urbana se refiere al reconocimiento de las unidades regulares. No obstante, eso puede aplicarse lo mismo a los destacamentos de insurgentes.

En la guerrilla urbana, el reconocimiento activo (diversiones) tiene una gran importancia. Sus objetivos son:

1) destrucción de los almacenes, puentes, pasajes, vías férreas, trenes militares, etc., a retaguardia del enemigo;
2) destrucción de las comunicaciones a retaguardia del enemigo;
3) ataque y desarme de los pequeños grupos de soldados, la organización de actos terroristas contra los jefes de las fuerzas lanzadas contra la insurrección;
4) organización de motines en las tropas y, en general, en el campo enemigo;
5) «desinformación» del enemigo (difusión de informes favorables a los insurgentes, etc.).
6) La intercepción de las conversaciones telefónicas, intercalando un aparato telefónico en la red enemiga.

Pequeños grupos de diversión, bien instruidos en general y desde el punto de vista técnico, pueden, con sus operaciones en el interior del dispositivo enemigo, ayudar grandemente a los combates de la guerrilla urbana contra la tropa y la policía. Al reconocimiento activo corresponde, hasta cierto punto, la organización de revueltas (y, en general, la incorporación al combate) de los elementos proletarios, en las regiones ocupadas por las tropas, especialmente si la organización comunista local no es bastante fuerte.

Las demás formas de reconocimiento (reconocimiento político, reconocimiento de las fuerzas armadas del enemigo, reconocimiento de la localidad) que hemos estudiado más arriba, para el periodo que precede a la insurrección, tienen por objeto dar a la dirección

5. *Reglamento provisional sobre el servicio del Ejército Rojo en campaña.*

de la insurrección y a los jefes de los destacamentos los informes necesarios sobre el enemigo, sus efectivos, la situación política de sus unidades y de sus subdivisiones, las intenciones del mando, el estado de espíritu de los habitantes en el dispositivo enemigo, particularidades de la localidad, etc.

Pero el reconocimiento, en la guerrilla urbana, solo puede suministrar los informes deseados en tiempo útil si su organización es impecable, si el jefe del destacamento de guardias rojos tiene a sus órdenes un personal suficientemente preparado, si él sabe muy bien, a su vez, lo que pide al reconocimiento y si da a los servicios especiales (a los exploradores) instrucciones apropiadas. Al dar a los exploradores o al servicio de reconocimiento, en general, una misión, hay que calcular el tiempo necesario para su ejecución. Por consiguiente, la buena organización del reconocimiento exige de todo jefe una seria atención. Ningún comandante de guardias rojos, ninguno de los dirigentes de la insurrección, está exento de este deber.

El reconocimiento es obligatorio en todas las circunstancias y en todo momento. Solo así serán reducidas al mínimo las posibilidades de sorpresa por parte del enemigo, lo que permitirá al mando hacer una preparación completa y seria y ejecutar sus operaciones con conocimiento de causa.

En los combates de calles de la insurrección proletaria, toda la población toma parte en el reconocimiento. Ésta es una circunstancia que facilita infinitamente el trabajo de los servicios especiales de la organización de combate. A los jefes de los destacamentos de guardias rojos y, en general, a los dirigentes de la insurrección, corresponde orientar y coordinar de manera conveniente las operaciones de los servicios especiales y el concurso de la población que participa de un modo u otro en el movimiento.

La experiencia demuestra que es muy conveniente utilizar a las mujeres y a los niños, confiándoles toda serie de misiones fáciles. Por ejemplo: saber si tal o cual calle, plaza o edificio están ocupados por las tropas, buscar el lugar donde está instalada la artillería, si tal o cual unidad ha pasado por ésta o aquella calle y cuándo lo ha hecho, etc.

EL ENLACE EN LOS COMBATES DE LAS GUERRILLAS URBANAS

El enlace es muy importante en toda clase de combates. En los combates de la guerrilla urbana de la insurrección proletaria, lo es aún más. Sin un buen enlace, la dirección de los destacamentos de combate no tiene ningún medio de orientar los esfuerzos de los insurgentes, ni de coordinar bien sus operaciones. Sin enlace, o con un enlace defectuoso, los acontecimientos se desarrollarán espontáneamente, de manera desordenada e improvisada, sin que la dirección pueda ejercer sobre ellos una acción consciente.

> El enlace es el conjunto de medios que permiten dirigir las tropas. Una buena dirección es imposible si el enlace falta o funciona mal.
>
> El servicio de enlace debe funcionar de manera segura (sin tropiezos ni interrupciones), transmitiendo segura y rápidamente las órdenes necesarias, los informes, etc., y de manera que permita el control de su funcionamiento[6].

El plano y el relieve de la ciudad, la necesidad de luchar en pequeños grupos, la dispersión de estos grupos, hacen sumamente difícil la buena organización del enlace en la guerrilla urbana. Para los insurgentes, la cosa se complica aún más por el hecho de que no siempre tienen a su disposición los medios materiales necesarios o no los tienen en cantidad suficiente, o bien carecen de personal técnico y tácticamente instruido.

En la guerrilla urbana, como en la guerra en campo abierto, las circunstancias exigen diversos modos de enlace: técnicos, ordinarios, puestos militares.

Entre los medios técnicos, hay que contar el teléfono, en caso necesario (en las grandes ciudades como París, Londres, Berlín, etc.), el telégrafo, la telegrafía sin hilos y la radio, las señales luminosas, auditivas o mecánicas.

Los medios ordinarios, son: las relaciones personales de los jefes

6. *Reglamento provisional sobre el servicio del Ejército Rojo en campaña,* pp. 40-41.

con sus subordinados, los agentes de enlace que circulan entre las unidades y los Estados mayores, los mensajeros, la transmisión verbal.

La comunicación militar comprende las diferentes clases de correo volante: las comunicaciones por palomas y perros.

La utilización de conjunto de todos los procedimientos enumerados no es posible más que en grandes unidades que dispongan de todos estos medios, con el personal correspondiente. Los insurgentes se encontrarán frecuentemente colocados, a este respecto, en condiciones de inferioridad. En el momento del golpe inicial (comienzo de la insurrección) no tendrán más que medios materiales muy limitados. En este momento, serán, sobre todo, los mensajeros a pie, los ciclistas y motoristas o automovilistas, los agentes de enlace junto a los destacamentos y en el campo de acción, la presencia personal de los dirigentes. La red telefónica urbana no puede ser utilizada más que en una medida muy reducida.

Un empleo más amplio del teléfono, que en los combates de calles es uno de los métodos más necesarios de enlace, solo será posible después de la ocupación de la central telefónica y de las diversas estaciones de barrio y del paso a la insurrección de ciertos cuerpos de tropa, en particular los zapadores telegrafistas.

En cuanto a la utilización por los insurgentes de medios de enlace tales como el telégrafo, la telegrafía sin hilos y la radio, los perros y las palomas, las posibilidades, al menos en el primer periodo del movimiento, son ínfimas. Antes de poder emplearlos, hay que tenerlos, y aun suponiendo que al comienzo de la insurrección pudieran apoderarse de ellos, es dudoso que se encuentre una persona capaz de utilizarlo. Sin duda, el telégrafo y la telegrafía sin hilos pueden utilizarse para el enlace con otras regiones insurgentes, pero su empleo como medio de enlace en el interior de una misma ciudad es extremadamente problemático.

Es esencial para los insurgentes procurar adueñarse, desde el primer momento, de las comunicaciones urbanas: teléfono, telégrafo,

telegrafía sin hilos, aviación, garajes de automóviles, etc. Esta obligación la dicta, no solo la necesidad que se tiene que hacerlas servir para los fines propios, sino también la de *privar de ellas al adversario*.

En Petrogrado, durante la insurrección de octubre, los insurgentes se apoderaron en primer lugar de las centrales telefónicas y telegráficas, privando de golpe al gobierno provisional de toda relación con la ciudad y con las unidades que le seguían fieles (junkers, batallón de mujeres). En Cantón, por el contrario, los insurgentes cometieron un grave error no aislando desde el principio al Estado Mayor del Cuarto Cuerpo y no destruyendo su enlace con las unidades subordinadas y con Hong Kong; este Estado Mayor conservó durante toda la primera jornada de la insurrección, sus relaciones con el mundo exterior, y el enlace entre Hong Kong y el barrio aristocrático de Tun Chang funcionó durante toda la insurrección.

De igual manera que los insurgentes deben esforzarse por adquirir la superioridad de las fuerzas en el curso del combate, deben y pueden, durante la insurrección misma, procurar hacerse dueños del enlace y organizar su funcionamiento regular. Poseen suficientes medios para lograrlo; basta con tomar la iniciativa y saber organizarse.

La falta de medios materiales en cantidad suficiente, durante las primeras operaciones de los guardias rojos (comienzo de la insurrección), puede y debe compensarse con la organización del enlace directo y, principalmente, con *la unidad de acción y de fin* de todas las fuerzas combatientes, con la perfecta distribución de los objetivos entre los destacamentos, con el conocimiento por parte de los jefes de los objetivos de las unidades que combaten a su lado. Si cada comandante de destacamento conoce exactamente el objetivo confiado a su tropa, si está suficientemente informado del plan de acción general y de los objetivos de los grupos vecinos, le bastará con un poco de iniciativa para obrar dentro del espíritu del plan general, aun en el caso de que no exista ningún enlace material directo entre estos diversos comandantes, o bien entre ellos y la dirección superior. Por consiguiente, este factor (la buena información de los jefes de destacamentos sobre el plan de conjunto) reclama una

atención especial en el momento de la organización de la insurrección.

Además, en la organización de los primeros combates, la dirección del movimiento debe procurar asegurar bien su enlace material con los destacamentos combatientes para que, inmediatamente después de la entrada en acción del proletariado, esté al tanto de las circunstancias y pueda tomar las decisiones necesarias. Este resultado puede conseguirse por los medios siguientes:

1) Nombrando junto a los destacamentos combatientes agentes de enlace, cuya misión será informar regularmente a la autoridad superior de la situación en el destacamento. Estos agentes de enlace deben tener una buena preparación táctica y estar informados de los planes e intenciones del mando, de manera que puedan, si lo exigen las circunstancias, dar en el acto, en nombre de este último, las instrucciones necesarias.
2) Nombrando en cada destacamento un cierto número de ciclistas y motoristas, para transmitir los informes. Debe haber también ciclistas, motoristas y, a ser posible, automóviles a disposición del mando (sobre todo, del comité revolucionario), para transmitir las órdenes a los comandantes de las unidades y para visitar personalmente los lugares.
3) Enviando mensajeros a pie junto a la autoridad superior o a los destacamentos vecinos.
4) Señalando «puntos de informaciones» conocidos por los jefes de destacamentos donde puedan enviar estos últimos sus informes; esto puntos pueden fijarse, según las circunstancias, en varios barrios de la ciudad, pero con preferencia a poca distancia del Estado Mayor central o particular correspondiente.
5) Organizando un servicio de comunicación rápida; ese último está desempeñado por hombres a pie, ciclistas o a veces motoristas, que, transmitiendo las órdenes o informes de un puesto a otro, aseguran la rápida llegada a su destino.

Con una buena organización, estos cinco procedimientos de enlace, complementados unos por los otros (este paralelismo es

indispensable en tiempo de insurrección), pueden permitir una dirección regular de las operaciones al comienzo de la insurrección.

No hay que olvidar tampoco que es posible servirse del teléfono urbano, aun antes de haberse adueñado de él. Únicamente es necesario que las conversaciones se verifiquen conforme a una clave convenida de antemano. No se puede, sin embargo, contar con un empleo amplio de la red urbana. Esto no será posible sino después de su ocupación por los insurgentes.

Para obtener informes regulares sobre la situación en los destacamentos combatientes, la dirección debe elaborar un plan que prevea los momentos en que deben suministrarse estos informes. Al principio, es evidente que la dirección tiene necesidad de ser informada inmediatamente de la ejecución de cada misión dada, del paso a la misión siguiente; en caso de fracaso, de la situación del destacamento.

Más tarde, cuando los medios de enlace: teléfono, automóviles, motocicletas, hayan sido ocupados, cuando varias unidades se hayan pasado al lado del pueblo y, particularmente, los especialistas de los servicios de enlace y de las estaciones telefónicas, la organización del enlace será sensiblemente más fácil.

El enlace debe ser inviolable y seguro. Por consiguiente, al organizarlo hay que tener siempre en cuenta estos dos objetivos. El sistema de enlace debe estar, en lo posible, codificado. Esto se aplica, sobre todo, al teléfono. Es, en efecto, muy fácil para el adversario, en las luchas callejeras, introducirse en la red y sorprender las conversaciones. Para evitarlo, no se debe transmitir por teléfono ningún informe secreto, desde el momento en que se tiene la menor sospecha de que puede ser interceptado por el adversario, o, si se hace, hay que servirse de la clave convenida. Las principales líneas telefónicas deben ser vigiladas por un servicio de guardia especial. Se deben guardar muy especialmente las estaciones telefónicas centrales y de barrio, para impedir que el enemigo las recupere.

Los informes y órdenes importantes deben enviarse por varias

vías a la vez. Si no se está seguro de que el mensajero que las lleva no será capturado por el enemigo, hay que hacerlas transmitir, no por escrito, sino de viva voz. Es muy conveniente utilizar, a este efecto, a las mujeres y a los niños, porque llaman menos la atención. Esto es todavía más necesario cuando el mensaje debe ser enviado desde el interior del dispositivo enemigo.

> El jefe es siempre y en todas las circunstancias responsable del enlace en la zona ocupada por su tropa. Debe saber siempre dónde se encuentra su tropa y lo que ésta hace, como también cuáles son las últimas órdenes recibidas por ella. Los subalternos, por su parte, deben saber siempre dónde se encuentran sus superiores inmediatos[7].

Este principio del Reglamento del Ejército Rojo no debe ser olvidado tampoco por los organizadores de la insurrección. Al igual que el comandante del destacamento, todos los demás dirigentes de la guerrilla urbana deben esforzarse por establecer y conservar un enlace regular, teniendo presente que en esto está, juntamente con las demás condiciones favorables, la garantía del éxito.

LA DEFENSIVA EN LAS LUCHAS CALLEJERAS. PRINCIPIOS GENERALES

La defensiva, como modo de acción, se emplea para:

1) ganar tiempo, concentrando las fuerzas y recursos para reanudar la ofensiva;
2) mantener al adversario sobre ciertos puntos, a fin de asestarle el golpe principal en otros;
3) guardar el dispositivo de las unidades en situación de descanso.

> El fin de la ofensiva es obligar al adversario a renunciar al ataque, infligiéndole el máximo de pérdidas[8].

Los textos del Reglamento del Ejército Rojo que conciernen a la defensiva están hechos con vistas al ejército regular. No obstante,

7. *Reglamento provisional sobre el servicio del Ejército Rojo en campaña.*

8. *Idem.*

la defensiva, como modo de combate, no debe solo ser aplicada por los ejércitos regulares y en la guerra a campo abierto, sino que frecuentemente es necesario recurrir a ella igualmente en la insurrección proletaria y en el interior de una ciudad.

La defensiva puede ser aprovechada por los insurgentes en ciertos casos, sobre ciertos sectores, ya sea durante los combates de la guerrilla urbana en el interior de la ciudad, ya en caso de ataque de una ciudad ocupada por los insurgentes por fuerzas contrarrevolucionarias procedentes del exterior, o cuando los vencedores, por tal o cual razón, no estén aún en condiciones de continuar la ofensiva para aplastar al enemigo en campo raso.

Por esto, los principios del Reglamento del Ejército Rojo conservan su valor en los combates de la guerrilla urbana de la insurrección.

La experiencia de la lucha armada del proletariado es la prueba de ello. En la insurrección de Cantón, después de la toma de los principales elementos del poder, los insurgentes se vieron obligados a defender la ciudad contra los ejércitos militaristas que venían de la provincia de Cantón, en espera de haberse organizado suficientemente en Cantón para emprender la ofensiva en el exterior. La Comuna de París ofrece un ejemplo análogo.

En cuanto al empleo de la defensiva en los diversos sectores o direcciones durante la lucha del proletariado por el poder, en el interior de la ciudad, es decir, durante la guerrilla urbana, la historia de las insurrecciones demuestra, con numerosos ejemplos, que frecuentemente los insurgentes están obligados a recurrir provisionalmente a la defensiva, sin renunciar por esto a prepararse para una ofensiva decisiva (insurrección de diciembre de 1905, en Moscú, y muchas otras).

Por otra parte:

> En sí misma, la defensiva no es un medio decisivo de aniquilar al adversario. La defensiva no permite llegar al fin de la operación (aplastamiento del adversario); el único medio para eso es la ofensiva[9].

«La defensiva es la muerte de la insurrección» (Lenin). Es absolutamente indiscutible. Aunque se empleen en ciertos casos la defensiva como modo de combate, los insurgentes no deben olvidar ni un solo instante que en la primera ocasión deben pasar de la defensiva a la ofensiva.

La defensiva, a su vez, debe ser considerada como un medio de preparar la ofensiva (debilitar las fuerzas enemigas, concentrar las propias fuerzas para dar un golpe decisivo).

Al considerar la defensiva como un modo de acción de los insurgentes durante la insurrección en una ciudad, hay que insistir sobre la cuestión siguiente: se producen insurrecciones proletarias que, históricamente, no pueden vencer y que están objetivamente condenadas al fracaso. Ejemplos: la Comuna de París, la insurrección de diciembre de 1905 en Moscú, la insurrección de Cantón, etc. Solo después de cierto tiempo se ha comprendido que la insurrección de diciembre de 1905 no podía triunfar objetivamente. Otro tanto puede decirse de Cantón. Durante el combate, nadie podía predecir que la insurrección fuese solo el punto final de la lucha revolucionaria de determinada fase de la historia, que se producía durante un reflujo de la ola revolucionaria en China, que no era sino un combate de retaguardia victorioso del proletariado de Cantón. Solo se ha podido decir esto después de varios meses.

Más aún, aunque hubiese en el partido comunista gente capaz de predecir el fracaso inevitable del movimiento, en la mayoría de los casos sería imposible, sin embargo, renunciar al combate, abandonar la dirección de las masas, a pesar de que, a fin de cuentas, la derrota del proletariado apareciese como inevitable. Consideremos movimientos de masas tan típicos como la insurrección de Viena en 1917 o esta misma insurrección de Cantón, que, en el fondo, era impuesta.

Insurrecciones como la de diciembre de 1905, la de Cantón, la de Viena y otras muchas, objetivamente condenadas, tendrán lugar

9. *Reglamento provisional sobre el servicio del Ejército Rojo en campaña.*

seguramente en el futuro.

De lo que precede resulta que, en estas insurrecciones históricamente condenadas, el proletariado, como parte atacante, después de haber asestado a su enemigo de clase una serie de golpes más o menos sensibles, está fatalmente obligado, más pronto o más tarde, a quedarse a la defensiva, esforzándose en infligir por este medio al adversario el máximo de pérdidas materiales y morales, con la esperanza de aplastarlos a través de una nueva ofensiva en cuanto sea posible. En estos casos, la defensiva es para el proletariado el único medio de combate posible. Es preferible ser aplastado combatiendo, causando al adversario una derrota parcial y desorganizando sus filas, a ser derrotado sin combate. La lucha será entonces defensiva para el proletariado, no solo tácticamente, sino también políticamente (estratégicamente).

Defensa de una ciudad ocupada por los insurgentes y operaciones defensivas en el interior de una ciudad

La defensa de una ciudad, como se ha indicado anteriormente, puede ser una necesidad real en el caso en que los insurgentes no hayan podido terminar aún la organización de las fuerzas interiores y prepararlas para aniquilar al enemigo en el exterior, en campo raso.

El éxito depende entonces de una serie de circunstancias, entre las que son más importantes:

1) El concurso aportado al partido por la mayoría de la población, la voluntad de ésta para defender la ciudad por encima de todo.
2) La existencia de una dirección política y militar firme, competente, popular, en la población, y una buena organización táctica.
3) La existencia de recursos técnicos de combate.
4) La fuerza de los asaltantes.

El papel de la población, en el caso aquí examinado, es enorme. Es mayor todavía si los insurgentes no tienen a su disposición suficientes tropas regulares (incorporadas a ellos durante la insurrección), que puedan ser lanzadas inmediatamente contra el enemigo, y si las fuerzas armadas de la revolución han de crearse en pleno combate. En tales casos, la suerte de la ciudad depende, por completo, de la población.

De ahí la necesidad imperiosa de que el nuevo régimen, por su agitación y su propaganda, por un sistema justo de medidas económicas y políticas, pruebe a las masas proletarias y semiproletarias que la revolución se ha realizado para destruir radicalmente el antiguo régimen y crear un régimen nuevo, diametralmente opuesto y que, por consiguiente, corresponde al proletariado y a todos los habitantes pobres la defensa de la ciudad contra la reacción.

El partido comunista y el mando militar de la defensa han de hallar fórmulas concretas para hacer participar a las masas en la defensa de su ciudad, darles consignas oportunas.

Uno de los objetivos esenciales de la dirección y de la defensa será aumentar sus fuerzas armadas, formar nuevos destacamentos proletarios, instruirlos, armarlos, pertrecharlos de municiones, dotarlos de jefes, abastecerlos, etc.

Toda la vida de la ciudad debe reglamentarse según las necesidades de la defensa. Las fábricas y talleres que puedan dedicarse a la fabricación de material de guerra (armas, municiones, material para alambradas, transformación de automóviles en vehículos blindados, transformación de plataformas de ferrocarriles en trenes blindados, pólvora, hilos telefónicos, etc.) deben aprovecharse. Hay que interesar en esta fabricación (o bien obligar a trabajar en ella bajo la dirección de las nuevas autoridades) al antiguo personal técnico (ingenieros, contramaestres, etcétera). Con una dirección competente, una buena determinación de los objetivos perseguidos y la participación de las masas obreras, esta militarización de la industria puede ser de gran ayuda para la defensa de la ciudad.

Todos los aprovisionamientos de la ciudad deben registrarse y concentrarse en los almacenes. Las distribuciones de víveres a la población deben ser racionadas (por un sistema de tarjetas), según el principio de clase y con arreglo a las exigencias de la defensa. La burguesía debe ser reducida a la más mínima expresión. El comercio de la alimentación debe prohibirse o, por lo menos, estar reglamentado por las autoridades.

En la distribución de víveres hay que cuidar, especialmente, de abastecer primeramente a los destacamentos combatientes o en formación, así como a los obreros de las empresas que fabrican material de guerra.

Todos los establecimientos sanitarios y el personal médico deben registrarse y utilizarse para la defensa. Hay que organizar el transporte de los heridos desde el campo de batalla y su evacuación al interior de la ciudad. Esta es una medida que tendrá una gran influencia en la moral de los combatientes.

La dirección de la defensa debe organizar la participación del grueso de la población en la preparación de la ciudad para la defensa. Los combatientes, a excepción de los trabajos a ejecutar inmediatamente en el frente, deben liberarse en cuanto sea posible de esta obligación, a fin de dedicar todo su tiempo a prepararse para el combate.

La parte activa de la burguesía debe ser aislada. Para prevenirse contra la traición de la burguesía que habita en la ciudad, es útil anunciar de antemano que se empleará el terror para con ella y, ante todo, para con los líderes ya detenidos de los partidos burgueses y sus hombres políticos.

La parte no activa de la burguesía puede utilizarse, si hay necesidad, para realizar los trabajos públicos, ante todo para preparar la ciudad para su defensa.

La defensa debe organizarse después de un cuidadoso reconocimiento de las fuerzas del enemigo, de la dirección de ataque,

de las posibilidades proporcionadas por la localidad ya sea para la defensiva, ya sea para el contraataque. Por consiguiente, el reconocimiento del enemigo y el estudio del plano de la ciudad han de retener particularmente la atención de la dirección de la defensa.

Si las fuerzas enemigas son poco considerables y los defensores se sienten bastante fuertes, disponen de suficientes medios materiales (artillería, ametralladoras, etc.), se puede organizar la defensa en la siguiente forma: retener al enemigo en la periferia, disparando para infligirle pérdidas sensibles, atacarlo y batirlo allí, sin dejarle llevar el combate al interior de la ciudad. No hay que decir que aun en este caso el interior de la ciudad debe estar preparado para la defensa, previniendo el caso de que los combates de la periferia terminaran desfavorablemente para los defensores.

Pero, aun si el enemigo lanza grandes fuerzas contra la ciudad, hay que organizar una primera línea de defensa en la periferia, en la dirección del ataque, luego una segunda línea en el interior de la ciudad.

La función de la primera línea de defensa es reconocer las fuerzas del enemigo y la dirección de su golpe principal. Para ello, se crea un sistema de puntos de apoyo en la periferia de la ciudad o en su proximidad inmediata, con guarniciones suficientes, que deben trabar el combate contra los atacantes y obligarlos así a descubrir sus fuerzas y su dirección de ataque. Ejecutada esta misión, cuando la defensa de la primera línea viene a ser imposible, estas guarniciones se retiran con buen orden a la línea principal de defensa, en el interior de la ciudad.

Los puntos de apoyo deben establecerse de manera que se sostengan unos a otros por su fuego combinado y puedan ser sostenidos, a su vez, por la artillería situada en el interior de la ciudad.

Según la extension, el carácter de la localidad y la dirección del ataque (si ésta se conoce de antemano), la línea de defensa debe dividirse en sectores, subordinados cada uno a un Estado Mayor. La dirección general de todos los sectores incumbe al Estado Mayor de la

defensa.

Las fuerzas de la defensa deben distribuirse entre los sectores de modo que permitan combinaciones de fuego y de contraataques, donde las circunstancias lo exijan. Para ello (para los contraataques y contragolpes), los comandantes de los sectores deberán tener a su disposición grupos de choque suficientemente numerosos.

En este periodo del combate, la dirección de la defensa debe buscar los medios de influir sobre el adversario y de debilitar sus fuerzas combativas a través de la agitación o mediante diversiones sobre su retaguardia o en su dirección de ataque. El envío de agitadores obreros a la zona enemiga, para trabajar en la desmoralización de las tropas contrarrevolucionarias, la difusión entre los soldados (también por vía aérea) de folletos, proclamas, decretos del nuevo poder, periódicos; la buena organización de diversiones y de acciones de partisanos en la retaguardia del enemigo, todo esto puede dar resultados extremadamente favorables para la defensa de la ciudad.

> La fuerza de la defensa reside en la combinación de la utilizacion de armas de fuego con la buena utilización del terreno y la ejecución de contraataques con fuerzas vivas de refresco[10].

Este principio del servicio en campaña del Ejército Rojo debe estar en la base del plan de defensa del interior de la ciudad (segunda línea de defensa). Esta combinación del fuego con la utilización del terreno y la ejecución de contraataques, si se tiene una buena y competente dirección de la defensa, no es difícil de realizar.

Una parte esencial del plan de defensa es la construcción de fortificaciones. Hay que concebir estas últimas como sistema de obras que cubran lo más perfectamente posible a los defensores de la vista del enemigo, y que permitan, al mismo tiempo, batir a este último utilizando armas de fuego y realizando contraataques. De la buena combinación de estos tres factores, fortificación, utilización de armas de fuego, contraataque, depende, en gran parte, el éxito de la defensa.

10. *Reglamento provisional sobre el servicio del Ejército Rojo en compaña.*

Cuando la ofensiva de Yudenich contra Petrogrado, en 1919[11], Trotsky escribía en una orden del día:

> Desde el punto de vista estrictamente militar, lo más ventajoso sería dejar penetrar a las bandas de Yudenich en el interior de la ciudad pues no sería difícil hacer de Petrogrado una trampa gigantesca para los guardias blancos.
>
> La capital septentrional de la revolución obrera ocupa una superficie de 41 kilómetros cuadrados. Petrogrado tiene unos veinte mil comunistas, fuerte guarnición, reservas inmensas, casi inagotables, de material de ingenieros y de artillería. Una vez hubieran entrado en esta ciudad colosal, los guardias blancos estarían como en un laberinto, en que cada casa sería para ellos un enigma, una amenaza o un peligro mortal.
>
> ¿De dónde vendría el golpe: de las ventanas, de la buhardilla, del fondo de un patio, de la esquina de una casa? En todas partes tenemos a nuestra disposición ametralladoras, fusiles, revólveres, granadas de mano.
>
> Nosotros podemos obstruir las calles con alambradas, dejar otras calles completamente libres y convertirlas en trampas; para esto basta que algunos millares de hombres estén bien decididos a no entregar Petrogrado.
>
> Ocupando una situación central, nosotros podemos obrar en el sentido de los radios, del centro a la periferia, asestando cada vez un golpe en la dirección más importante para nosotros[12].

Convertir la ciudad en una trampa para aniquilar allí al enemigo, he ahí en qué debe consistir la idea esencial del plan de defensa.

Lo mismo que en la primera fase de la defensa, la ciudad debe dividirse en varios sectores. A la cabeza de cada sector debe hallarse un comandante responsable de la defensa de su sector. En cada uno

11. El general Yudenich, lugarteniente de Kolchak, asumió, en 1919, el mando del ejército blanco del noroeste. Estuvo a punto de apoderarse de Petrogrado, que fue salvada, en última instancia, por el encuadramiento de los obreros de la ciudad, y de las tropas rojas en desbandada por tropas escogidas bajo el mando directo de Trotsky. (N.d. E.)

12. L. Trotsky: *Cómo se ha armado la revolución.*

habrá igualmente un punto de apoyo central (el reducto del sector). Allí se situarán preferentemente el Estado Mayor del sector y la reserva del comandante.

En el centro de la ciudad, convendrá instalar un punto de apoyo central, donde se hallarán el Estado Mayor de la defensa y los servicios generales: depósitos de armas, víveres, centros de enlace, etc. Este punto de apoyo debe constituir toda una zona fortificada que esté en condiciones de continuar la lucha después de la caída de los diversos sectores de defensa. Esta zona fortificada tiene una importancia particular cuando está en una altura que domina los sectores circundantes (por ejemplo: en Moscú, el Kremlin).

Después de la caída de los puntos de apoyo de los sectores, todas las fuerzas disponibles se retirarán a la zona fortificada del centro de la ciudad, para continuar la lucha.

La fortificación de los sectores debe residir en la fortificación de todas las calles longitudinales que van del centro en dirección del enemigo. Este resultado se conseguirá levantando grandes barricadas a través de estas calles, instalando de frente y en los flancos posiciones de tiro en la retaguardia de estas barricadas, estableciendo otras posiciones de tiro en los tejados, en las ventanas, en los balcones de las casas, etc.

Veamos cómo deben construirse las barricadas. Se cava a través de la calzada un foso de un metro a metro y medio de ancho y de cincuenta y cinco centímetros a un metro y medio de profundidad. Los bordes de la trinchera se revisten de adoquines. Se levanta encima una defensa de cincuenta a setenta centímetros, formada de alambre de espino, carros, muebles, toneles llenos de arena o de piedras; en una palabra, todo lo que se encuentre a mano. Conviene instalar las barricadas en los cruces de las calles, de manera que se corten por distintos lados los accesos de la calle principal que conduce al centro de la ciudad.

CONSTRUCCIÓN DE UNA BARRICADA

El tipo de barricada que acabamos de describir, situada en el cruce de varias calles y obstruyendo el acceso de la calle principal que conduce al centro de la ciudad, proporciona a los defensores el máximo de ventajas. Si disponen de ametralladoras disimuladas en los tejados, en los balcones o en las ventanas de las casas en ángulo, los insurgentes tienen posibilidad plena de infligir al enemigo, con un fuego cruzado, pérdidas cuantiosas.

No hay necesidad de emplazar un gran número de tiradores en la trinchera de la barricada, ya que ésta ofrece un blanco demasiado cómodo a la artillería enemiga. Bastará con apostar en ella un pequeño grupo de tiradores, mientras los demás están disimulados en los tejados, en los balcones, en las ventanas y en las buhardillas de las casas en ángulo, a fin de ametrallar desde allí al enemigo en el momento en que éste ataque la barricada. Al emplazar a los fusileros y las ametralladoras hay que pensar en la necesidad de tener un fuego paralelo desde varios pisos, lo que se conseguirá colocando hombres en los tejados, en los balcones y en las ventanas de todos los pisos. Esto permitirá al mismo tiempo a los defensores disimularse mejor.

Delante de las barricadas, los defensores deben tener grupos de exploradores encargados de descubrir a tiempo al enemigo.

Si el adversario dispone de carros de combate, los defensores deben prever las medidas de protección correspondientes. El tipo de barricada indicado anteriormente no ofrece un abrigo suficiente contra carros de combate. Esta máquina es capaz, por su peso y su fuerza, de aniquilar cualquier barricada. Por el contrario, un medio de protección muy eficaz será la artillería ligera de campaña (76 milímetros). Los carros de combate se desplazan lentamente, a una velocidad media de 10 a 20 kilómetros por hora y, por consiguiente, ofrecen un blanco excelente a la artillería. Un solo cañonazo certero pone al carros de combate fuera de combate. Si los defensores tienen artillería, esta última debe, por tanto, utilizarse también para combatir a los carros de combate.

Existe otro medio muy eficaz de combatir a los carros de combate: abrir delante de las barricadas varias filas de pozos cuidadosamente disimulados. Deben abrirse a través de la calle y estar bien disimulados. Su diámetro debe ser de tres metros, aproximadamente, y su profundidad de tres o cuatro. Las paredes deben ser lo más abruptas posible. Estos fosos deben estar cubiertos de manera que no obstaculicen la circulación normal, es decir, que deben poder soportar una carga de dos a tres toneladas. Lo mejor es abrirlos durante la noche y guardar el secreto.

No hay que olvidar que las granadas de mano, bien lanzadas bajo un carros de combate en paquetes de cinco a siete, o hasta granadas aisladas pero de gran fuerzas explosiva, son capaces de poner al carro fuera de combate.

Estos mismos procedimientos permiten combatir eficazmente a los vehículos blindados. Estos últimos no están en condiciones de atravesar una barricada ordinaria o de franquear una trinchera. Una granada bien lanzada bajo sus ruedas, del género de la granada Novitski (que pesa dos kilos y medio), o bien un paquete de granadas ordinarias, pone al vehículo fuera de combate.

En general, los defensores no carecen de medios de combatir con éxito a las máquinas blindadas. Deben aprender solamente a servirse de los recursos de que disponen y a utilizar bien las diversas posibilidades.

Un arma de gran importancia en las luchas callejeras y, en particular, en la defensa, es la ametralladora. Debe utilizarse lo más ampliamente posible, ya que de esto depende en gran medida el éxito de la defensa. Al instalar una ametralladora hay que preocuparse siempre de camuflarla. No hay que olvidar que la atención del enemigo se dirigirá naturalmente a las ametralladoras, que buscará para aniquilarlas con su fuego de artillería o con sus bombas de aeroplano, si están emplazadas en los tejados y las descubre la aviación.

En el momento en que el enemigo descubra una ametralladora, hay que cambiarla de posición. Lo mejor será instalar las

ametralladoras en los pisos superiores de las casas (la zona muerta será menor).

La defensa debe tener un carácter activo, pues solo así puede esperar el triunfo. Al organizar y construir las barricadas hay que pensar siempre en la posibilidad y en la necesidad de asestar golpes rápidos y decisivos. A este efecto, se dispondrá de grupos de choque bien arropados, cuya misión será, a la menor posibilidad, asaltar al enemigo con ataques rápidos, bajo la protección de los disparos realizados desde las casas.

En caso de que fracasara el ataque enemigo, una parte de las fuerzas de defensa deben permanecer en su sitio para continuar disparando; el resto, con los grupos de choque, debe entregarse a rápidos contraataques.

En caso de que el enemigo penetrara en el dispositivo de la defensa, esta última no debe abandonar sus posiciones, sino que debe estar dispuesta a combatir en el interior de los edificios y de las casas. En este periodo, los grupos de choque, como por otra parte todos los defensores, deben dar pruebas de la máxima actividad.

EL ATAQUE EN LAS LUCHAS CALLEJERAS

No entra en nuestros cálculos estudiar las cuestiones concernientes a la toma de una ciudad por los ataques del exterior seguidos de combates en el interior. Nos limitaremos a examinar el ataque en el interior de la ciudad como uno de los aspectos de la actividad combativa de los insurgentes contra las fuerzas armadas del antiguo régimen, no aniquiladas aún por los primeros golpes de la organización de combate.

> Defendiéndose, solo se consigue debilitar al adversario, pero no aniquilarlo[13].

13. *Reglamento provisional sobre el servicio del Ejército Rojo en campaña.*

Los insurgentes, al empeñar el combate contra el aparato gubernamental, deben utilizar lo más perfectamente posible las ventajas que les proporciona su situación de atacantes. Después de haber explotado los primeros éxitos, obtenidos como consecuencia de ataques sorpresa, no deben perder un instante para aplastar al adversario, por pequeños grupos, por todas partes donde se muestre, a fin de no dejarle colocarse en estado de defensa. El factor tiempo, como hemos indicado más arriba, juega un papel muy importante en la primera fase de la insurrección. A veces, media hora o una hora puede tener una influencia decisiva sobre el resultado del combate. Ninguna consideración, política ni de otro orden (falta de armas, carencia de datos sobre el adversario, etc.), capaz de debilitar la marcha de las operaciones ofensivas de la insurrección, puede ni debe tenerse por válida. La actividad, la ofensiva, el ataque a toda costa, deben dominar todo en este momento.

Solo cuando el adversario se ha preparado para el combate, cuando es él quien toma la ofensiva y cuando los insurgentes se han refugiado en la defensiva, es cuando las operaciones deben tomar un carácter sistemático. Los ataques deben ser cuidadosamente preparados:

> El principal factor del éxito en los ataques de la guerrilla urbana —dice el reglamento inglés ya citado— es su perfecta preparación y organización antes del lanzamiento de las tropas al ataque. No hay ninguna clase de guerra en la que un ataque no preparado produzca pérdidas tan enormes como en la guerrilla urbana. Un error cometido no puede repararse más que con mucho daño; el éxito no puede lograrse más que por medio de un estudio sistemático de los métodos y de los planes de dirección de la guerrilla urbana. Esto es aún más importante cuando el enemigo emplea estratagemas y dispone de tiempo bastante para preparar su defensa[14].

Antes de cada ofensiva, el atacante debe hacer el más cuidadoso reconocimiento del enemigo y del terreno, así como de los accesos del adversario que esté a la defensiva. Este reconocimiento debe

14. «Reglamento inglés para los oficiales subalternos», en la recopilación de artículos, *La guerrilla urbana.*

proporcionar datos exactos y completos sobre el sistema de fortificaciones, los puntos de apoyo, el emplazamiento de las ametralladoras, la posibilidad de ejecutar un ataque concéntrico, etc. De acuerdo con estos datos sobre el enemigo y el terreno el mando establecerá su plan de ataque.

En su idea esencial, el plan de ataque debe ser sencillo, pero, al mismo tiempo, escrupulosamente sistemático, se debe prever el desgaste sistemático del dispositivo enemigo. Las misiones de los diversos destacamentos deben enunciarse clara y concretamente, de lo contrario, se producirán fatalmente mezclas entre las unidades que darán por resultado la confusión en las operaciones, lo que puede reducir a la nada toda la empresa.

El plan de ataque debe prever la necesidad de fortificar inmediatamente las casas o calles ocupadas por los asaltantes, a fin de constituir buenas plazas de armas para ejecutar el salto siguiente.

Hay que dedicarse, especialmente, a destruir los nidos de ametralladoras. La ametralladora es, en manos del que la defiende, un arma excelente. Si el asaltante dispone de artillería o de lanzagranadas, debe servirse de ello ante todo para aniquilar las ametralladoras enemigas. Las posiciones de artillería deben ser elegidas de ordinario ya sea en los lindes de la ciudad, ya en las plazas. En este caso, los observadores de la artillería deben estar con los asaltantes. Pueden presentarse casos en que convenga tener cañones en la proximidad inmediata de la columna de ataque para ejecutar disparos directos.

Así, por ejemplo, durante la revuelta de los socialistas revolucionarios de izquierda de Moscú, en 1918, el mando rojo dio orden de emplazar una batería de dos piezas ante el hotel Morozov, ocupado por los rebeldes con ametralladoras. Uno de los cañones fue instalado a 300 pasos del hotel y disparó. Los resultados de estos disparos fueron extremadamente favorables. Vatzetis[15], que dirigía las

15. I. I. Vatzetis. Tras dirigir la represión de la insurrección de los eseristas en 1918, mandó una división de cazadores letones en el frente oriental. En 1919 reemplazó a Muraviev como comandante del frente oriental, y obtuvo ventajas importantes sobre Kolchak. Fue reemplazado

operaciones, escribe a este respecto:

> Como se reconoció después de la represión, en el momento en que Berzin (comandante de la batería) abrió fuego, se celebraba en el hotel una reunión de los socialistas revolucionarios de izquierda. La primera granada estalló en la habitación vecina de la que se celebraba la sesión. La segunda también. Los disparos siguientes, hechos con metralla, alcanzaron los tejados y los balcones. Las detonaciones ensordecedoras produjeron un efecto fulminante sobre los miembros de la reunión, que se lanzaron a la calle y se dispersaron en todas direcciones. Detrás de los jefes se vio huir a las tropas[16].

Los lanzagranadas tienen, en el ataque del guerrilla urbana, un papel considerable. W. Balk, basándose en la historia de las luchas callejeras de Berlín, en 1919, estima que rinden más servicios que la artillería de campaña. En su artículo, ya antes citado, «La táctica de la guerrilla urbana», ofrece ejemplos de empleo de lanzagranadas durante la represión de la insurrección espartaquista en Berlín.

> El objetivo principal de los asaltantes era el aniquilamiento de las posiciones de los espartaquistas a la entrada del túnel. Del lado del mercado Werder, la plaza Alejandro era bombardeada con granadas pesadas que abrían cráteres de seis a siete metros de profundidad. Estas granadas perforaban el revestimiento de la calle por encima del túnel del metropolitano y causaron enormes pérdidas a los espartaquistas. Como de costumbre, el efecto moral fue decisivo. Los espartaquistas retrocedieron asustados, abandonando sus puntos de apoyo, y se retiraron hacia el *Müntzstrasse*. La guarnición comunista de la casa del sindicato de maestros y del café Braun intentó oponer una enérgica resistencia. Como la artillería no podía hacer nada contra estos edificios, se destruyeron lanzando granada. El efecto aquí también fue admirable. Los insurgentes supervivientes abandonaron en seguida la casa y cayeron en manos de las tropas. De igual modo, dos granadas que cayeron en el almacén Tietz pusieron fuera de combate a una ametralladora instalada allí. Los lanzagranadas son más útiles en la guerrilla urbana que la artillería de campaña[17].

por el general Kamenev en 1920, por diferencias de criterio con el alto mando. Años más tarde fue catedrático de la Academia de Guerra. (N.d.E.)

16. I. I. Vatzetis: «El levantamiento de los socialistas revolucionarios de izquierda en Moscú», en la revista *Guerra y revolución*, 1927, nº 10-11.

Esta opinión sobre las ventajas de los lanzagranadas comparados con la artillería de campaña en los combates de la guerrilla urbana es compartida por los americanos, que, en su instrucción sobre la represión de las insurrecciones en las ciudades y, en general, sobre toda la táctica de la guerrilla urbana en tiempos de insurrección, aprovechan la experiencia alemana. En el ataque de los diversos objetivos de una ciudad, «los morteros de trinchera serán, según toda verosimilitud, más útiles que la artillería ligera» (Instrucción americana).

En el ataque de las casas, las granadas de mano y las bombas de gran potencia explosiva juegan un papel considerable. Pueden emplearse con gran ventaja ya sea contra la fuerza viva de los defensores, ya contra sus ametralladoras (con tal de que uno se aproxime a ellas a cubierto hasta el alcance de las granadas), así como para destruir los obstáculos de poca importancia (puertas, etc.).

Toda la carga del ataque en la guerrilla urbana incumbe a las pequeñas unidades de la organización de combate del proletariado: escuadra, sección, compañía o batallón, reunión de varias compañías. Teniendo en cuenta que estas unidades deben, la mayor parte del tiempo, obrar independientemente, resolver por sí mismas diversos problemas, es necesario en lo posible adjuntar a cada una de ellas (compañía, batallón e incluso sección algunas veces) uno o dos cañones o lanzagranadas. Cada una de estas unidades debe estar abundantemente provista de granadas de mano y de bombas de gran potencia explosiva. Además, debe tener un número bastante elevado de hachas, picos, azadones, escalas de cuerda, necesarias para el combate en el interior de las casas (para forzar las puertas de las habitaciones, perforar las murallas, trasladarse de un piso a otro, etc.).

> El ataque de este tipo de lucha está compuesto de la toma sucesiva de las diversas manzanas de casas, de las plazas y las barricadas. Puede ejecutarse por una ofensiva siguiendo la dirección de la calle o bien, si ésta está ocupada, rodeando las casas, patios y jardines. El primer procedimiento es más rápido, el segundo más seguro, entraña menos pérdidas, pero es lento. La elección del procedimiento se deja al

17. W. Balk: «La táctica de la guerrilla urbana», en la recopilación *La guerrilla urbana.*

ejecutante, según las circunstancias generales y la importancia de los recursos técnicos de que dispone[18].

Si el atacante tiene a su disposición bastante artillería (cañones de campaña y lanzagranadas) para reducir al silencio a las ametralladoras enemigas, es preferible aplicar el primer procedimiento, que da el resultado más rápido, es decir, avanzar en la dirección de la calle. En el caso contrario, conviene atacar rodeando las casas, patios y jardines. A veces, se puede emplear un modo de ataques combinados: avanzar al mismo tiempo a lo largo de la calle y por movimientos envolventes.

Los movimientos envolventes tienen por fin penetrar poco a poco de una casa a otra, hostigar con ataques frecuentes a las fuerzas vivas del enemigo, desorganizando su sistema de defensa y obligándole a abandonar sus posiciones.

Al penetrar en una casa el atacante debe hacer un cuidadoso reconocimiento de todos los locales. En el caso de que descubriese que los habitantes de la casa han tomado parte en el combate, hay que privarles de libertad y encerrarlos durante la batalla en locales especiales bajo vigilancia.

El ataque de las barricadas se ejecutará inmejorablemente con la ayuda de vehículos blindados o de tanques. Si los asaltantes no los tienen, están obligados a enviar al asalto unidades de infantería sostenidas por ametralladoras y, sobre todo, por la artillería, que tomará como blanco los nidos de las ametralladoras y la fuerza viva de los defensores inmediatos, así como las casas que dominan la barricada. El ataque de frente debe ir acompañado de movimientos envolventes para atacar por detrás a los defensores de la barricada.

En el establecimiento del plan de ataque de tal calle o barrio debe darse una importancia particular a la organización del enlace. Además de la utilización del enlace urbano existente (teléfono), hay que hacer un gran empleo del enlace vivo. Solo en el caso de que el enlace funcione sin interrupción puede influir en el mando con sus

18. *Reglamento provisional sobre el servicio del Ejército Rojo en campaña,* p. 414.

disposiciones sobre la marcha del combate.

Un medio importante de influir sobre el combate durante el ataque es la reserva del comandante de la operación. De ahí la necesidad de prever, en la distribución de fuerzas, una reserva bastante numerosa, que se colocará en la proximidad inmediata de la zona de ataque. A veces, esta reserva deberá ponerse a disposición de los comandantes de batallones o de compañías.

Su papel consiste en:

1) explotar el éxito en caso de ataque triunfante;
2) reforzar las unidades atacantes;
3) rechazar los golpes imprevistos.

En la ocupación del tal o cual edificio, hay que aislar ante todo el edificio en cuestión de los edificios vecinos, después organizar el ataque con las armas de fuego, y solo después de esto dar el asalto conforme a un plan detallado. Se logrará el aislamiento del edificio que se quiere atacar ocupando los edificios vecinos y todos los pasos que conducen de allí a la ciudad.

El ataque debe hacerse con la artillería y las ametralladoras. El papel de la artillería es aniquilar las ametralladoras de los defensores, destruir las puertas, etc. Las ametralladoras deben disparar a los balcones, ventanas y tejados. Lo mejor sería organizar esta acción desde las ventanas y los tejados de las casas vecinas una vez limpias de enemigos.

El ataque propiamente dicho, ejecutado por la infantería, debe ser rápido y enérgico.

El mando del ataque debe tomar de antemano medidas para prevenir la fuga del adversario.

El mando del ataque de una casa o de una manzana de casas debe prever en su plan las medidas que hay que tomar en caso de derrota.

12 EL TRABAJO MILITAR DEL PARTIDO ENTRE LOS CAMPESINOS

LOS PARTIDOS REVOLUCIONARIOS

La victoria de la revolución proletaria es imposible en los países agrarios y semiagrarios *si el proletariado revolucionario no está activamente sostenido* por el grueso de la población campesina. Es una verdad indiscutible, tanto para la revolución democrática burguesa como para la revolución proletaria. En el periodo de la revolución democrática burguesa no hay lucha del proletariado por la realización de sus consignas, por la transformación de la revolución democrática burguesa en revolución proletaria, *que pueda ser coronada por el éxito* sin un bloque revolucionario del proletariado y los campesinos, sin la participación activa de la masa de los campesinos oprimidos para la realización de las consignas de la revolución. Una prueba evidente de ello nos la dan tres revoluciones en Rusia, la gran revolución china y las luchas revolucionarias de muchos otros países. Este principio leninista esencial es hoy un hecho absolutamente indiscutible para todo verdadero revolucionario. En China, en la India, en América Latina, en muchos países de Europa (países balcánicos, Rumanía, Polonia, Italia, Francia, España, etc.), el aliado decisivo del proletariado en la revolución será la población campesina. Solo en el caso de que la ola revolucionaria movilice a las masas agrarias, conducidas por el proletariado, podrá triunfar la revolución. De ahí la importancia excepcional que tiene la agitación del partido en el campo.

Todo movimiento revolucionario importante entre los campesinos, como se vio en China y como se ve aún hoy hasta cierto punto, adopta al principio la forma de levantamientos aislados, espontáneos y no organizados de destacamentos de partisanos contra los grandes propietarios, los kulaks, los comerciantes y los usureros, contra las autoridades que hacen la leva de impuestos, en una palabra, contra todos los poderes administrativos y políticos que existen en la ciudad y en el campo, contra el régimen existente, por la confiscación y el reparto de la tierra, por la supresión de los arrendamientos y de las deudas, por la toma del poder político por las organizaciones campesinas.

En el primer estadio del movimiento revolucionario, los campesinos lanzan raramente consignas muy acusadas de revolución agraria; se levantan solamente contra los «malos» propietarios, reclaman solo la disminución de los arrendamientos y de los impuestos, etc.

El rasgo esencial de la revolución campesina en su primera etapa es su carácter espontáneo, el aislamiento y la falta de organización de las intervenciones, la inexistencia de un programa político determinado y único para todas las regiones, la falta de consignas fijas.

El objetivo del partido proletario respecto a los campesinos consiste en conquistar la dirección del movimiento, en organizarlo, en movilizar a las masas campesinas en torno a ciertas consignas de clase conforme al carácter de la revolución, en una palabra, en dirigir todo el movimiento hacia la realización de estas consignas. El partido del proletariado debe coordinar el movimiento campesino con los fines y las operaciones revolucionarias del proletariado en los centros industriales.

Para el partido revolucionario debe ser evidente que el movimiento campesino, por amplio que sea, no puede pensar en ningún éxito decisivo sin la entrada en acción de la clase obrera. Lo mismo sucede con las operaciones de esta última (en los países agrarios y semiagrarios) que no van acompañadas de una potente acción revolucionaria de los campesinos. Organizar y preparar

acciones combinadas y, a ser posible, simultáneas en las ciudades y en los campos, tal será el fin esencial del partido revolucionario en los países agrarios y semiagrarios.

En China, a consecuencia de la campaña del Norte, el desarrollo del movimiento campesino alcanzó proporciones colosales. Hacia la época del V Congreso del Partido Comunista de China (mayo de 1926), había en el centro y en el Sur del país, aproximadamente, diez millones de campesinos organizados en ligas campesinas. La enorme mayoría, principalmente en el Sur, en la cuenca del Yang Tse-kiang, luchaba conscientemente, ya desde entonces (1927), bajo la consigna de la revolución agraria. El Partido Comunista de China (su dirección de entonces), en vez de realizar la agitación revolucionaria entre los campesinos según las directivas de la Internacional Comunista, en vez de arrastrar a las masas de la población agraria al camino de la acción revolucionaria, ayudándolas a organizarse y a elaborar un programa político y un plan de acción, acelerando la diferenciación social en el campo; en vez de someter el movimiento a su influencia y de orientarse firmemente hacia la extensión y profundización de la revolución agraria, trabó el movimiento campesino y combatió, de acuerdo con el Kuomintang, los supuestos excesos, es decir, en realidad, las intervenciones revolucionarias de las organizaciones campesinas. Este fue el mayor error de la dirección comunista de entonces.

Nada tiene de asombroso que esta política del Partido Comunista para con los campesinos y este bloque con el Kuomintang hayan tenido como consecuencia que los insurgentes de Ye Ting y de Ho Lung, cuando después de haberse sublevado, el 1 de agosto de 1927, en Nanghan, se pusieron en camino hacia el Sur, no pudieran encontrar para trasladar sus municiones y, en general, su material de guerra, el número suficiente de coolíes [1]. *Los campesinos abandonaban sus pueblos para escapar a la movilización. Los ejércitos de Ye Ting y de Ho Lung se vieron por esto obligados a abandonar enormes cantidades de municiones, que cayeron en manos*

1. Los ejércitos del Sur no poseen convoyes especiales, y todos los transportes de material de guerra se hacen con culíes, es decir, con campesinos movilizados o libremente asalariados.

del enemigo. Lo mismo ocurrió en la región de Swatow, donde el mando de este ejército revolucionario, que tenía a su frente a comunistas y a miembros de la izquierda del Kuomintang, intentó hacer entrar en sus filas a los campesinos y distribuirles las armas no utilizadas. Los campesinos no entraron en el ejército revolucionario, pues no encontraban ninguna diferencia entre éste y los ejércitos de los militaristas. En realidad, no existía diferencia, pues aunque en algunas divisiones (la 24.ª y la 25.ª) todos los comandantes de los regimientos y el veinte por cien de los oficiales eran comunistas, aunque el comité militar revolucionario tenía también en su seno a comunistas, la política del ejército para con los campesinos (como en todas las demás cuestiones, por otra parte) no se diferenciaba en nada de la de la izquierda del Kuomintang. En lugar de las consignas «¡Abajo los grandes propietarios!» «¡Confiscación de tierras!», etc., lanzadas por las ligas campesinas, el Comité Revolucionario lanzó las consignas siguientes: «¡Abajo los malos propietarios! Confiscación de las propiedades que excedan de 20 *mus* [1,33 hectáreas], disminución del 50 por 100 de los arrendamientos», etc. Nada tiene de extraño que, después de esto, las masas campesinas se apartaran de este ejército, abandonando sus pueblos para retirarse a las montañas ante la sola noticia de su llegada. Nada tiene de extraño tampoco que en la ciudad de Lin-Chuan el ejército de Ye Ting y Ho Lung fuera acogido por una demostración amistosa de los comerciantes. En esta manifestación, los campesinos estaban totalmente ausentes.

Hay que tener presente que estos mismos campesinos, al comienzo y durante la campaña del Norte, creyendo que el ejército del Kuomintang les llevaría la liberación social y económica, le habían ayudado con todas sus fuerzas a aplastar al ejército de los militaristas del antiguo estilo (Sun Chuan-fan, Wu Pei-fu y otros), levantándose contra sus retaguardias y hostigándoles con ataques incesantes de partisanos, con asesinatos de oficiales y de grandes propietarios, desorganizando, en una palabra, toda la vida de la retaguardia.

Se debe subrayar que la mala política del Partido Comunista en la cuestión campesina fue una de las causas fatales de la derrota de la revolución china de 1927.

Otro ejemplo de la manera como no hay que obrar respecto al movimiento campesino nos lo dan los acontecimientos de Bulgaria en 1923. En el otoño de 1923, en este país, las insurrecciones campesinas estallaban espontáneamente en todas las regiones, y, a pesar de esto, el Partido Comunista Búlgaro pasó una semana entera sin emprender nada para asegurar la dirección del movimiento. Las insurrecciones campesinas, por falta de organización y de coordinación, por causa de su aislamiento y de la falta de una buena dirección del Partido Comunista, fueron aplastadas por la contrarrevolución.

Por otra parte, la victoria de la Revolución de Octubre hubiera sido imposible si el Partido Bolchevique no hubiese sabido movilizar a las masas campesinas bajo sus propias consignas y llevarlas al combate por el derrumbamiento del poder de la burguesía y el establecimiento de la dictadura del proletariado. Sin esta buena política del Partido Bolchevique para con los campesinos, nunca se hubiera podido lograr la conquista del ejército zarista para la revolución, pues fue, precisamente, la política audaz del Partido Bolchevique respecto a los campesinos la que le proporcionó inmensas posibilidades para hacer pasar a sus filas al ejército zarista, compuesto principalmente por campesinos.

Una de las causas de la derrota de la insurrección de Cantón fue que en las regiones circundantes no había, en la época en que se sublevó el proletariado dentro de la ciudad, grandes movimientos revolucionarios campesinos. Antes al contrario, los innumerables alzamientos campesinos de las diversas provincias de China, y en particular la de Cantón, fueron sofocados principalmente porque estuvieron aislados del movimiento revolucionario de la clase obrera de los centros industriales y no fueron sostenidos por una intervención del proletariado en las ciudades.

En el momento de la lucha revolucionaria activa del proletariado ruso, en 1905, el grueso de la masa campesina manifestaba aún muy poca actividad revolucionaria. El movimiento campesino en Rusia no alcanzó su apogeo hasta 1906-1907, aproximadamente un año después del reflujo de la ola revolucionaria del proletariado urbano.

La falta de concordancia entre el movimiento revolucionario de las ciudades y del campo fue la causa esencial de la derrota de la primera Revolución Rusa.

Para asegurar todo lo posible la simultaneidad de acción del proletariado y los campesinos, el partido del proletariado, sobre todo en los países agrarios y semiagrarios, debe fijar su atención sobre el trabajo político y de organización (militar, entre otros) entre los campesinos. Este trabajo no se debe hacer accidentalmente, sin plan, de manera uniforme en todo el país, sino conforme a las consideraciones esenciales del partido, concernientes al orden y a la fecha de las diversas intervenciones revolucionarias posibles en tal o cual región o provincia. Una agitación política y un trabajo de organización uniformes, en un país tan vasto como China, producirán fatalmente la dispersión de las fuerzas y de los recursos. La distinta importancia que tienen las diversas provincias en la vida política de China (y de los países análogos), debe determinar los diferentes grados de intensidad en la acción del partido entre los campesinos de cada una de ellas. Así, por ejemplo, la importancia política de Gan-Su, de Guit-Cheu, del Kuang-Si y otras provincias análogas, no puede compararse a la de Cantón, a las de Hupé, Hunan, Siang-Su, etc., con sus grandes centros industriales y comerciales y su numeroso proletariado. Naturalmente, la agitación revolucionaria entre los campesinos debe hacerse por todas partes, pero *su centro de gravedad* debe hallarse en una provincia o grupo de provincias determinado. Este principio se desprende de la verdad, universalmente reconocida, de que la revolución (la toma del poder por el proletariado aliado a los campesinos y a la población pobre de las ciudades) en países como China y otros semejantes, que presentan una infinita diversidad de condiciones geográficas, económicas y políticas, no puede realizarse como un acto instantáneo (es decir, que dure algunas semanas o meses), sino que debe comprender necesariamente todo un periodo, más o menos largo, de movimientos revolucionarios en las diversas provincias o centros industriales o políticos. Se puede considerar como indudable que el poder de los soviets se establecerá en China, en primer lugar, en alguna provincia o grupo de provincias que posean un gran centro industrial o comercial, que sirva de base para el desarrollo ulterior de la revolución. La fecha

de la incorporación de nuevos territorios a esta base revolucionaria dependerá de la correlación de las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias, no solo en China, sino en el mundo entero. Éste es un problema que solo la lucha puede resolver. Pero en todo caso, la consolidación y la unión revolucionaria de China exigirán infinitamente más tiempo del que ha sido necesario para arrojar de Rusia a todas las fuerzas contrarrevolucionarias, después de la Revolución de Octubre en Petrogrado y Moscú.

Por lo tanto, es necesario que el partido revolucionario, en previsión de la proximidad de una situación inmediatamente revolucionaria, al mismo tiempo que sigue realizando la educación y la movilización revolucionaria de la clase obrera, indique aquellas provincias o territorios que tienen más importancia, desde el punto de vista de la agitación entre los campesinos, y fije como debe su atención y concentre sus recursos sobre estas provincias. En cuanto a la agitación entre los campesinos, hay que preocuparse, sobre todo, de las regiones vecinas de los centros industriales y políticos. Esto es aplicable por igual a todos los países europeos (Polonia, Francia, Rumanía, etc.).

No cabe la menor duda de que en los casos en que un fuerte movimiento campesino comienza después de una derrota del proletariado (primera Revolución Rusa; China, después de la derrota del proletariado en 1927), el partido debe ponerse a la cabeza de este movimiento campesino y dirigirlo. La lucha revolucionaria de los campesinos, sobre todo si se desarrolla con éxito en las regiones que poseen centros industriales y comerciales, es un arma poderosa, que incita a la clase obrera deshecha y caída nuevamente en las garras de la reacción a volver a tomar la iniciativa de la acción.

Sabiendo que todo movimiento revolucionario importante de la población campesina reviste necesariamente la forma de intervenciones armadas contra la arbitrariedad de los grandes propietarios, de los usureros, de la administración, etc., es decir, en realidad, la forma de operaciones militares de destacamentos campesinos, es esencial e indispensable prestar atención al trabajo militar del partido entre los campesinos.

No se puede emprender en cualquier momento la formación de destacamentos armados de campesinos, como no se puede formar en cualquier instante una Guardia Roja en las fábricas. Siendo la lucha armada de los campesinos una forma de la lucha de masas, surge en determinadas circunstancias políticas, cuando las masas rurales, por consecuencia de un yugo insoportable de las clases dominantes se hallan en estado de fermentación revolucionaria y dispuestas a combatir activamente al poder existente. Las acciones espontáneas de los destacamentos armados de campesinos indican que «las masas explotadas y oprimidas han adquirido conciencia de la imposibilidad de seguir viviendo como antes y reclaman cambios» (Lenin), que el país se halla ante una situación inmediatamente revolucionaria. No hay movimiento de partisanos revolucionarios posible en una situación «normal y pacífica», puesto que es la expresión de un periodo de guerra civil declarada entre dos fracciones de un pueblo.

La experiencia de la guerra de partisanos en diferentes países demuestra que, en su periodo inicial, esta guerra, por la debilidad y el efectivo reducido de los destacamentos, por la poca conciencia que tienen los campesinos de sus objetivos, por falta de experiencia revolucionaria y por falta de influencia suficiente del partido proletariado en el campo, tiene el carácter de pequeños combates de importancia local. El objetivo esencial de los destacamentos de partisanos, en este periodo, es la defensa de los campesinos de una región, de una localidad o de un lugar habitado, contra las violencias de la burocracia reaccionaria, contra las requisas arbitrarias del ejército (en tiempo de guerra), etc. Por eso la lucha de los destacamentos de partisanos toma, frecuentemente, la forma de actos de terrorismo individual o de sabotaje contra funcionarios rurales, comerciantes, propietarios, oficiales, policías, jefes de organizaciones de fascistas o de Cien-Negros[2], o de ataques contra pequeños destacamentos de represión o de pequeños cuerpos de tropas para apoderarse de sus armas, de liberación de detenidos, de deterioración y desmantelamiento de las vías de comunicación, de expropiaciones para apoderarse de sumas de dinero, de incendios de propiedades,

2. Los Cien-Negros, o centurias negras, fueron la principal organización de civiles armados de la contrarrevolución en Rusia. (N.d.E.)

etc.

La toma del poder político, la coordinación de las operaciones de partisanos entre las diversas regiones, la adaptación de sus operaciones a la lucha política o económica del proletariado de las ciudades, son problemas que ordinariamente no se plantean en este periodo inicial de la guerra civil en el campo. Las consignas de la guerra de guerrillas no tienen aún un carácter social tan marcado.

Después, a medida que crece el impulso revolucionario del campo, a medida que se acentúan los antagonismos de clase en la población campesina y que crece la influencia del proletariado sobre los campesinos, las intervenciones de los guerrilleros se irán multiplicando. Al mismo tiempo, aumentará el número de destacamentos, abarcando incesantemente nuevas regiones, sus operaciones adquirirán poco a poco mayor envergadura, la lucha armada de los campesinos oprimidos contra la reacción comienza a revestir un carácter de masa, se pasa progresivamente de la defensa al ataque, teniendo a las autoridades con el temor perpetuo de estar expuestas a bruscas incursiones de destacamentos campesinos.

En este periodo, los destacamentos de partisanos no se limitan ya a operar en su propia región, salen de su pueblo y de su comarca, se transforman paulatinamente en destacamentos móviles de fuerzas diversas, se unen a los destacamentos de las regiones vecinas y crece su decisión hasta emprender operaciones más vastas. El número de sus objetivos de ataque aumenta también sensiblemente. A las pequeñas incursiones contra los depósitos, a las matanzas de grandes propietarios, de reaccionarios, de policías, a los incendios de grandes propiedades, etc., se unen los ataques en regla contra la policía, las tropas y sus disposiciones de retaguardia, los ataques sorpresa y el saqueo de las ciudades pequeñas, etc.

La historia de la lucha campesina en los diversos países ilustra abundantemente la manera en que el movimiento de partisanos se transforma paulatinamente en una fuerza seria, capaz de ejecutar, con buenos dirigentes, misiones revolucionarias de una importancia enorme.

Durante la campaña del Norte, en 1926 y al comienzo de 1927, el ejército revolucionario del gobierno de Cantón, que al salir de la provincia de Cantón contaba aproximadamente con 90.000 combatientes, destrozó los ejércitos, varias veces superiores y muy notables para un país como China, de Wu Pei-fu, Sun Chuan-fan y Chan Su-chan. Este gran éxito militar del ejército poco numeroso, medianamente armado y mal pertrechado de Cantón, solo fue posible gracias a *las operaciones activas de los destacamentos campesinos*, que obraban detrás de los enemigos. Durante toda la campaña del Norte y, particularmente, al principio, los campesinos de las provincias del sur y del centro, que veían entonces en el ejército revolucionario el instrumento de lucha contra los grandes propietarios, los imperialistas, los militaristas y, en general, contra toda la China reaccionaria, aportaron, con sus operaciones, con sus revueltas, con su sabotaje de las vías de repliegue de las tropas militaristas y con sus ataques sorpresa contra estas tropas, un concurso inestimable al ejército nacional. Los ejércitos de los militaristas se vieron obligados a sostener de frente el ataque de las tropas revolucionarias y a oponer a retaguardia una resistencia encarnizada a los destacamentos campesinos. En estas condiciones, ningún ejército era capaz de luchar con éxito. El ejército de los militaristas del sur y del centro de China, sostenido enérgicamente por el imperialismo, se desorganizó y no podía por menos que desorganizarse bajo los golpes combinados y coordinados del ejército nacional y de los innumerables destacamentos campesinos que atacaban su retaguardia.

En la organización y dirección de los destacamentos campesinos que desorganizaron la retaguardia de los militaristas, tuvo una participación considerable el Partido Comunista, y también el Kuomintang, que hacían su propaganda entre los campesinos de las provincias sometidas a los militaristas.

Un magnífico ejemplo de utilización de los destacamentos de los partisanos en provecho de objetivos contrarrevolucionarios nos lo ofrece una vez más la historia de la lucha revolucionaria en China.

Al comienzo de 1926, el Segundo Ejército Popular de Feng Yu-sian, acantonado en la provincia de Hunan, se hallaba en guerra con

el ejército de Wu Pei-fu. Después de incesantes combates entre las camarillas militaristas, la provincia de Hunan estaba completamente arruinada y los campesinos reducidos a la mendicidad. El proceso de pauperización de la población campesina había seguido durante la estancia del Segundo Ejército, cuyos 200.000 hombres eran sostenidos, naturalmente, por la población. Esta pauperización había llevado a centenas de millares de campesinos a entrar en las bandas de «*tin-fei*» (bandidos). Otros se organizaban en las ligas campesinas, religiosas y semirreligiosas, cuyo número creció singularmente en 1925 y 1926.

El descontento de los campesinos del Hunan fue explotado por Wu Pei-fu, cuyos agentes realizaban una hábil agitación contra el Segundo Ejército Popular. Diversas organizaciones campesinas (Picas Rojas, Cuchillos Grandes, Cintos Apretados, etcétera) se levantaban activamente contra el régimen al que el Segundo Ejército sometía a Hunan, desorganizaban con sus ataques las retaguardias de este ejército, haciendo incursiones sistemáticas sobre las pequeñas unidades, induciendo a los soldados a desertar y a ingresar en las agrupaciones campesinas, etc.

La desmoralización del Segundo Ejército Popular, a consecuencia de esta actitud hostil de las organizaciones campesinas semimilitares, llegó a tal punto que, inmediatamente después de los primeros ataques de las tropas de Wu Pei-fu, numéricamente insignificantes, este ejército de 200.000 hombres se derrumbó como un castillo de naipes.

Wu Pei-fu supo explotar, con una intención contrarrevolucionaria, las disposiciones revolucionarias de los campesinos del Hunan. Pero cuando las tropas de Wu Pei-fu entraron en la provincia, estos mismos campesinos, que hacía poco atacaban al Segundo Ejército Popular, volvieron sus golpes contra el ejército de Wu Pei-fu. Este último, en su lucha contra el ejército de Cantón, sufrió duras derrotas a causa de la hostilidad de los destacamentos de guerrilleros.

Se pueden encontrar, en la historia de la guerra civil en Rusia, múltiples ejemplos de heroicas acciones de guerrilleros en Siberia, en

Ucrania, en el Don, en el Cáucaso septentrional, etc. Los guerrilleros ayudaron al Ejército Rojo a limpiar el país de las fuerzas contrarrevolucionarias de los generales, de los grandes propietarios y de la burguesía.

La condición esencial del éxito duradero de los destacamentos de guerrilleros es una unión sólida con las masas campesinas. No hay acciones de guerrilleros sin una situación revolucionaria, sin una fermentación revolucionaria en las masas campesinas. Es preciso que la lucha de los partisanos reflejen, como un espejo, los intereses de las grandes masas campesinas; es preciso estar en presencia de una situación inmediatamente revolucionaria para que su éxito sea posible. Los destacamentos de kulaks creados artificialmente por los partidos contrarrevolucionarios en diversas regiones de Rusia durante la guerra civil no tuvieron, y no podían tener, éxito duradero, porque no reflejaban las aspiraciones de la población campesina, que se negaba rotundamente a combatir el poder de los soviets. Sus éxitos temporales, por ejemplo, en la provincia de Tambov en 1920, fueron rápidamente reemplazados por derrotas y por el levantamiento de las masas trabajadoras de los campos contra sus instigadores contrarrevolucionarios.

Las condiciones de la lucha, la amplitud del movimiento revolucionario en los campos y el carácter de los objetivos que se propone la población campesina en cada momento y en cada país, determinan las formas de la lucha de partisanos[3]. El partido del proletariado tiene en cada momento el deber de tener un cuenta condiciones concretas para dar al movimiento de partisanos las formas que corresponden a esta situación y para dirigir sus operaciones. La dirección del movimiento de partisanos no debe ser solamente política, sino también militar y táctica.

Las recetas generales y los esquemas para todo evento en materia de organización y de táctica son absolutamente inaplicables a la lucha de partisanos campesinos. Las formas que reviste esta lucha en China, por ejemplo, difieren esencialmente de las que revestirá

3. De estas formas se deducen, a su vez, la organización y la estructura de los destacamentos de guerrilleros.

en Francia, por la sencilla razón de que el teatro de las operaciones será muy diferente, sin hablar de toda otra serie de diferencias y particularidades. No se puede hablar, sin dejar el terreno del marxismo y arriesgarse a caer en la abstracción, más que de manera muy general, de las formas y de la estructura de los destacamentos de guerrilleros, esbozando tan solo las cuestiones de principio.

Antes de recomendar tal o cual forma de organización de la lucha de partisanos, hay que hacer un profundo análisis de la situación política de la región en cuestión, teniendo en cuenta las particularidades de existencia y cultura de la población, la experiencia de la lucha de clase que tienen ya los campesinos, etc.

En el esquema de conjunto de la lucha de clases, el movimiento de guerrilleros desempeña el papel de un factor auxiliar; no puede resolver por sí mismo los objetivos históricos, no hace más que contribuir a la solución aportada por otra fuerza, el proletariado. De aquí se desprende que el carácter de los objetivos particulares de las operaciones de guerrilleros consiste en hostigar a las fuerzas reaccionarias, en desorganizarlas, facilitando así la victoria común de las clases trabajadoras guiadas por el proletariado.

Las condiciones esenciales a que debe responder el movimiento de partisanos, en materia de organización, son las siguientes:

1) la organización debe ser flexible, formada por varios escalones capaces de obrar con independencia unos de otros;
2) debe ser móvil, apta para acciones rápidas, capaz de pasar rápidamente, si las circunstancias lo exigen, de la ilegalidad a la legalidad e inversamente, capaz de combinar juiciosamente los métodos legales, semilegales e ilegales;
3) la estructura debe ser tal, que permita al partido tomar su dirección en materia política y operativa;
4) debe ser simple, inteligible para las masas, conforme a sus usos, de manera que permita la incorporación continua de fuerzas nuevas.

Los destacamentos de guerrilleros (pequeños grupos iniciales) en el periodo inicial, en que el movimiento se propone la defensa de los campesinos del lugar contra la arbitrariedad de la reacción, se forman según el principio territorial. Por regla general, son clandestinos. Más tarde, a medida que se acentúa la lucha de clases en el campo, a medida que se convierte en guerra civil declarada, estos grupos iniciales se reúnen para formar destacamentos regionales de mayor envergadura (pueblos, comarcas).

Es evidente que los destacamentos de guerrilleros deben enrolar (esto es, por otra parte, lo que sucede siempre en realidad) a los elementos más avanzados del pueblo. No obstante, en el periodo inicial, teniendo en cuenta la necesidad de observar la conspiración, el espionaje y la provocación de las autoridades, hay que vigilar muy de cerca el reclutamiento de los grupos iniciales. Más tarde, cuando el movimiento se transforma en un vasto y potente torrente de masas, que arrastra a sus filas a todo lo que hay de avanzado y activo en las aldeas, la conspiración y la selección del personal pierden un poco su importancia. Pero una buena selección de los dirigentes, que deben ser políticamente seguros y estar suficientemente preparados militarmente, será siempre un problema actual y cualquier negligencia sobre este punto tendrá siempre consecuencias funestas para la organización.

Una buena dirección del movimiento de partisanos por el partido del proletariado solo es posible si este último tiene influencia sobre los campesinos, si los campesinos aceptan las consignas lanzadas por él y luchan por su realización. En los países donde existen organizaciones campesinas de masas, el partido debe esforzarse por hacer penetrar su influencia y por dirigir el movimiento de los guerrilleros a la vez directamente y por intermedio de ellas (los destacamentos de guerrilleros son dirigidos precisamente por estas organizaciones campesinas). Donde no existen estas organizaciones de masas, el partido debe utilizar las organizaciones de guerrilleros como instrumentos para dirigir políticamente a los campesinos. La organización de partisanos debe ser y es, en efecto, la vanguardia de los campesinos trabajadores, su fracción activa, combativa y dirigente.

Las insurrecciones campesinas de Bulgaria, en 1923, fueron muy desfavorablemente influenciadas por el hecho de que no existía entonces en Bulgaria una buena organización de fuerzas armadas ni aparato de dirección de los destacamentos de guerrilleros. De ahí las acciones mal combinadas y mal coordinadas de los diversos destacamentos, de ahí la campaña relativamente fácil de las tropas regulares enviadas contra ellos. No fue sino a comienzos de 1924 cuando el Partido Comunista comenzó a construir un aparato de dirección. Las fuerzas armadas de los campesinos debían constituirse, o, mejor dicho, reorganizarse, según el esquema siguiente: en la base, grupos de seis (un jefe y cinco hombres armados); tres o cuatro grupos de seis formaban una checa, tres a cinco checas, una *drujina*. En caso de necesidad, las *drujina* pueden ser reunidas en destacamentos de tres a cinco.

La dirección de la organización de combate de los campesinos la tiene en el cantón un Estado Mayor político y militar, en el distrito un dirigente de distrito, al que están sometidas las *drujina*.

Hay que advertir que la organización de la *drujina* búlgara se basa en una diferenciación bastante clara de las funciones; además de las checas de combatientes, la *drujina* comprende exploradores, ametralladoras, agentes de enlace, etc.

Esta organización precisa, y que responde a las condiciones impuestas por el lugar, los objetivos, el secreto, etc., habría permitido ciertamente una buena ejecución de las misiones confiadas a los insurgentes búlgaros. Desgraciadamente, el Partido Comunista emprendió demasiado tarde la organización de las fuerzas de los guerrilleros conforme a este esquema, tanto que no se realizó, por decirlo así, en ninguna parte. Esta reorganización no comenzó a efectuarse seriamente hasta el momento en que la ola revolucionaria, después de la derrota de septiembre de 1923, estaba ya en descenso.

En China, la estructura de las organizaciones de combate de la población campesina (Picas Rojas y otras) es distinta que en Bulgaria. La célula de base es el grupo de diez; estos grupos se reúnen en otros de cien y estos últimos forman, de ordinario, unidades más

importantes.

En Alemania, a fines de 1923 y comienzos de 1924, los destacamentos campesinos de Pomerania y de Prusia oriental se formaron según el mismo esquema que las centurias proletarias de las ciudades: escuadras de diez a quince hombres, secciones de tres a cuatro escuadras, centurias de dos o tres secciones.

La medida en que esta estructura era favorable o desfavorable es difícil juzgar, ya que la organización de las centurias campesinas de Alemania no tuvo un gran desarrollo; el partido no comenzó a formarlas hasta el momento del reflujo de la ola revolucionaria, y se disgregaron rápidamente. Sin embargo, como estas centurias reproducían, en el fondo, la estructura de las compañías del ejército imperial, con la que estaban familiarizadas las masas por la experiencia de la guerra y como, por otra parte, las centurias proletarias de las ciudades habían adquirido en 1923 (y aún antes) una gran popularidad, se puede deducir que esta organización por centurias era la forma que mejor convenía a las condiciones alemanas.

En Rusia, durante la guerra civil, el movimiento de guerrilleros adoptó generalmente la misma forma que las pequeñas unidades del ejército regular: secciones, compañías, escuadrones, batallones, regimientos de caballería y de infantería. Después, cuando el Ejército Rojo atacando por el frente y los guerrilleros atacando por retaguardia, arrojaron con golpes combinados al enemigo de las posiciones ocupadas por él, los destacamentos de guerrilleros, o bien se fundieron dentro de las unidades del Ejército Rojo, o bien, como ocurrió con frecuencia, continuaron viviendo como unidades independientes del Ejército Rojo, recibiendo su mando y su material de las reservas generales del ejército y obrando conforme a las órdenes del mando superior.

Los ejemplos citados más arriba sobre la estructura del movimiento de guerrilleros en los diversos países demuestran que en el fondo hay que guiarse en esta materia por los mismos principios que para las unidades de base del ejército regular, *pero teniendo en cuenta las particularidades específicas de cada país, los objetivos del*

movimiento de guerrilleros en cada periodo, las armas que existen o que pueden adquirirse en el curso de la lucha y, en fin, la necesidad de guardar el secreto. Observando todas estas condiciones, tendremos la estructura de los destacamentos de partisanos; en el periodo inicial, pequeños grupos de combate, convenientemente encubiertos, de cinco, ocho o diez hombres, formados pueblo por pueblo y subordinados, por intermedio de sus jefes, a comisiones militares de comarcas y de distritos y a los delegados de las mismas en los pueblos. A medida que se desarrolla el movimiento (con la acentuación de la lucha de los campesinos oprimidos), estos pequeños grupos se reúnen en subdivisiones superiores (secciones, *drujinas*, piquetes). Estas últimas, a su vez, forman unidades más grandes.

En esta agrupación de los destacamentos en unidades más grandes, hay que someterse al principio establecido por el arte militar de que, en periodo de acción, un solo dirigente no debe tener bajo sus ordenes más de tres a cinco unidades, pues si su número es más considerable, esto dificultará sensiblemente su dirección y tendrá funestas consecuencias sobre el éxito final. Este principio debe ser tanto mejor observado, respecto a los destacamentos de partisanos, cuanto que, como consecuencia de su carácter específico y también de la carencia fatal de buenos dirigentes entre los partisanos mismos, la cuestión de la dirección será siempre una de las más difíciles de resolver.

Por lo que se refiere a la dirección de la formación de los destacamentos, de la preparación militar y de las operaciones en la comarca, el distrito, la provincia y el país entero, debe pertenecer, naturalmente, a las comisiones militares de los comités correspondientes del partido comunista, encargados de todo el trabajo militar del partido. Hay que introducir en estas comisiones a camaradas especializados en el trabajo entre los campesinos. Las comisiones de distrito y de cantón tendrán, en caso necesario, sus delegados militares entre los campesinos en cada pueblo o grupo de pueblos, para dirigir, a través de los correspondientes dirigentes (comandantes), las subdivisiones de partisanos y las demás organizaciones campesinas donde existan guerrilleros, para dirigir la formación de los destacamentos y su preparación militar en el lugar de

formación.

La preparación de los guerrilleros para las operaciones militares y, ante todo, el manejo de las armas, será una de las tareas principales de los organizadores y de los dirigentes, sobre todo en los países en que los campesinos no tienen la posibilidad de aprender el arte de la guerra en el ejército regular (ejércitos de mercenarios, limitación de armamentos, no participación en la última guerra mundial o en otras guerras). No basta con enseñar a los partisanos a manejar las armas que poseen en un momento dado; es necesario, además, que sepan servirse tanto como sea posible de las armas que pueden más tarde ser arrancadas al enemigo. La consigna esencial debe ser ésta: cada guerrillero debe aprender a disparar bien con fusil, a servirse de diferentes sistemas de revólver, a lanzar granadas de mano y a manejar hábilmente el arma blanca (pica, sables, etc.).

También es muy importante que cada subdivisión tenga en número bastante grande de exploradores, ametralladores, agentes de enlace, zapadores y enfermeros suficientemente preparados. La formación de un contingente suficiente de estos especialistas debe ser motivo de preocupación para la dirección de los destacamentos de guerrilleros.

¿Cómo proporcionarse armas con que armar a la organización de guerrilleros en vías de formación? Es éste un problema no menos difícil de resolver que el del armamento de la Guardia Roja. A pesar de las dificultades, es posible así y todo resolverlo, por lo menos de manera suficiente para comenzar la lucha por la conquista de las armas. Hay que señalar, en general, que nunca se poseerán depósitos de armas almacenadas de antemano. Habrá que utilizar todo lo que nos caiga entre las manos, las armas de que disponen de ordinario los campesinos (escopetas de caza, revólveres, hachas, barras de hierro, etc.), además de las granadas, bombas, picas, sables y todo cuanto pueda adquirir uno mismo. En ciertos casos, únicamente, se pueden comprar armas de fuego, pero la fuente principal del armamento de los guerrilleros serán las incursiones contra los depósitos de armas, las confiscaciones, el desarme de los policías y de algunos grupos de soldados; todo esto ejecutado con las armas primitivas de que

se disponga al principio. Hay que subrayar que todo movimiento importante de guerrilleros tiene, como tarea constante y siempre actual, completar sus reservas de armas y municiones.

La historia del movimiento de partisanos, en Rusia, en China y en otras partes, demuestra que los destacamentos que han comenzado la lucha contra las autoridades y el ejército sin disponer al principio más que de hachas, barras de hierro, horcas, guadañas o simples palos, se han apoderado después, en el curso del combate, de todas las armas modernas necesarias (fusiles, ametralladoras, cañones, etc.), así como de municiones.

La lucha de guerrilleros, al igual que las operaciones de la Guardia Roja en la ciudad, debe ser conducida conforme a los principios fundamentales del arte militar y de la táctica. No obstante, en cada momento dado, se deben tener en cuenta particularidades del momento y las condiciones en que tiene que obrar el destacamento.

Lo mismo que la organización de combate en la ciudad, el destacamento de guerrilleros no puede contar con el éxito más que si cada uno de sus miembros, los dirigentes en particular, dan pruebas de la máxima actividad, si en la preparación de las operaciones se observa estrictamente el factor «tiempo», si se ha elaborado cuidadosamente, de antemano, un plan de acción, si se han distribuido conforme a las circunstancias las fuerzas destinadas a cada misión particular, si se ha hecho un cuidadoso reconocimiento del adversario y de la localidad, si se ha observado el principio del ataque rápido, etc. La pobreza del armamento, la ausencia de grandes unidades (dispersión de las fuerzas), la dificultad de lograr una buena dirección para toda una provincia o siquiera para todo un distrito, deben y pueden compensarse con las ventajas de la sorpresa, con la audacia, con la decisión en las acciones.

Citemos uno de los múltiples ejemplos que la historia de los guerrilleros rojos de Rusia ofrece, para confirmar las ideas precedentes.

A fines de julio de 1918, los guardias blancos cercan el soviet

de la región de Sal. El pueblo de Platovskaia es ocupado por el destacamento de Gnilorybov, con un centenar de oficiales y unos doscientos calmucos reclutados por la fuerza. Se comienza a fusilar a los campesinos favorables a los bolcheviques. Budienny[4] forma en la aldea de Kuzorino un grupo de cuatro hombres y decide atacar Platovskaia para liberar a los prisioneros. En la noche del 27 al 28, este grupo ejecuta un audaz ataque y libera a los prisioneros, desarma a los calmucos, estupefactos, y arma inmediatamente a los prisioneros libertados. Después de un cuerpo a cuerpo encarnizado, la compañía de oficiales retrocede, dejando como trofeo a Budienny dos cañones, cuatro ametralladoras, 300 fusiles, 60.000 cartuchos y 150 caballos ensillados[5].

Los destacamentos de guerrilleros, mientras no estén agrupados en un ejército campesino más o menos fuerte, no están en condiciones de sostener una lucha seria contra el ejército regular en batalla desplegada y en terreno descubierto. Por esto, en los casos en que estos destacamentos son atacados por las tropas regulares, lo más ventajoso para ellos es rehusar el combate antes que organizar la defensa a la manera de las tropas regulares, pues, con su debilidad frente a estas últimas, los partisanos no pueden esperar ningún éxito en la defensiva. *La fuerza de los partisanos no reside en la defensiva, sino en los ataques súbitos y audaces. Los partisanos no son bastante fuertes, militarmente, para defenderse. Deben siempre y por todas partes esforzarse por maniobrar: asestar un golpe rápido y brusco al enemigo en el momento y en el punto en que éste menos lo espere; retroceder rápidamente y rehusar el combate decisivo, si las circunstancias y la correlación de las fuerzas sobre el punto y en el momento dado no están a su favor, con el fin de atacar sobre otro punto*.

En la organización de ataques de gran envergadura contra ciudades, cuerpos de tropa, etc., el mando de los destacamentos de guerrilleros debe prestar una gran atención a la elección de *la*

4. Simón Mijailovich Budienny. General de origen cosaco, especialista del arma de caballería. Uno de los protagonistas de la guerra civil en Rusia (campañas contra Denikin y Wrange) y de la Segunda Guerra Mundial (defensa y retirada de Ucrania). (N.d.E.)

5. *La revolución proletaria en el Don*, Recopilación nº 1, 1922.

dirección principal del golpe a dar. Querer ser igualmente fuerte en todas las direcciones conduce a dispersar las fuerzas. El mando debe concentrar sus esfuerzos y su atención en la dirección principal, en la que puede esperar la obtención de un éxito rápido y decisivo, no reservando para las misiones secundarias sino el mínimo de medios y fuerzas. Además, en la organización de las acciones combinadas de varios destacamentos para tomar bruscamente tal o cual objetivo, hay que tener en cuenta que el elemento «tiempo» tiene una importancia enorme. La inobservancia de estos dos principios de táctica trae consigo, frecuentemente, el fracaso y hasta el aplastamiento de los destacamentos de ataque.

En estas operaciones combinadas, *la unidad de mando* juega igualmente un gran papel. La falta de una buena dirección, o bien la existencia de varias direcciones (obrando cada destacamento a su manera), son inadmisibles. El plan de operación debe establecerse en común; la dirección común da a los destacamentos que toman parte en la operación sus órdenes en el curso del combate. Es ésta la condición esencial para que las operaciones combinadas tengan éxito.

La necesidad del mando único en las acciones de guerrilleros es un lugar común de la táctica del combate de partisanos y de todo combate en general. No obstante, la experiencia de la guerra de guerrilleros, principalmente en China, demuestra que esta exigencia elemental no es siempre observada, no es siempre puesta en práctica. Ha habido numerosos casos en que varios destacamentos de guerrilleros que tenían un objetivo común, pero que no tenían un mando único, han dispersado sus esfuerzos y, por esta razón, han sido derrotados.

Ninguna operación debe ser emprendida antes de un cuidadoso reconocimiento. Los datos exactos sobre el adversario, sobre su instalación, sus puntos fuertes y sus puntos débiles, los datos sobre la localidad, las carreteras, los medios de transporte, la población, etc., deben conseguirse por medio de exploradores y deben figurar en la base del plan de operación. La continuidad de las operaciones de reconocimiento es una de las exigencias esenciales del combate de partisanos. Antes de cada operación, los partisanos deben hacer

un reconocimiento especial de sus objetivos de ataque, hasta en sus menores detalles.

APÉNDICE A: EL ARTE DE LA INSURRECCIÓN

Lev Trotsky

Al igual que la guerra, la gente no hace por gusto las revoluciones. La diferencia consiste en que el papel decisivo en una guerra lo desempeña la compulsión; en las revoluciones, en cambio, no actúa la compulsión, sino las circunstancias. Una revolución se produce cuando ya no queda otro camino. La insurrección se eleva por encima de la revolución como una cresta en la cadena montañosa de los acontecimientos, y no es posible provocarla arbitrariamente, ni más ni menos que la revolución en su conjunto. Las masas atacan y retroceden una y otra vez, antes de decidirse al asalto definitivo.

Es frecuente contraponer la conspiración a la insurrección, entendida aquélla como la empresa de una minoría, y, ésta, como el movimiento elemental de la mayoría. En efecto: una insurrección victoriosa, que solo puede ser la obra de una clase destinada a ponerse al frente de la nación, difiere profundamente, en su significado histórico y en sus métodos, del golpe de Estado emprendido por conspiradores a espaldas de las masas.

En toda sociedad dividida en clases las contradicciones son tan numerosas que siempre es posible aprovechar sus fisuras para urdir un complot. Así y todo, la experiencia histórica demuestra que también se requiere cierto grado de enfermedad social como en España, en Portugal, en América del Sur para que la política de las conspiraciones pueda alimentarse constantemente. En estado puro, la conspiración, aun en caso de victoria, solo reemplazará camarillas de la misma clase dirigente o, menos aún, a unos gobernantes por otros. Pero

nunca en la historia un régimen social ha triunfado sobre otro sino a través de una insurrección de las masas. Mientras los complots periódicos expresan casi siempre el marasmo y la descomposición de la sociedad, la insurrección popular, en cambio, resultará comúnmente de una rápida evolución anterior, que ha roto el viejo equilibrio de la nación. Las «revoluciones» crónicas de las repúblicas sudamericanas nada tienen en común con la revolución permanente; en cierto sentido, constituyen su antítesis.

Lo que acabamos de decir no significa de ninguna manera que insurrección popular y conspiración se excluyan de un modo recíproco en todas las circunstancias. En mayor o menor grado, un elemento de conspiración entra casi siempre en todas las insurrecciones. Etapa históricamente condicionada de la revolución, el levantamiento de las masas nunca es del todo elemental. Aunque estalle en forma inopinada para la mayoría de sus participantes, siempre la habrán fecundado aquellas ideas en las que los insurrectos ven una salida para los dolores de la existencia. Pero una insurrección de las masas puede ser prevista y preparada. Se puede organizar de antemano. En tal caso, el complot se subordina a la insurrección, la sirve, facilita su marcha, acelera su victoria. Cuanto más elevado es el nivel político de un movimiento revolucionario, más seria es su dirección y más importante el lugar ocupado por la conspiración en la insurrección popular.

Es indispensable comprender exactamente la relación entre insurrección y conspiración, lo que las opone y lo que las complementan, tanto más cuanto que el término «conspiración» tiene un sentido contradictorio en la literatura marxista, ya sea que designe la empresa independiente de una minoría que asume la iniciativa, o la preparación por la minoría de un levantamiento mayoritario.

La historia prueba, es verdad, que en determinadas condiciones una insurrección popular puede vencer aun sin necesidad de complot. Al manifestarse con ímpetu «elemental» a través de una revuelta generalizada, en múltiples protestas, manifestaciones, huelgas, choques callejeros, la insurrección puede arrastrar a un sector del Ejército, paralizar las fuerzas del enemigo y derribar el antiguo poder.

Hasta cierto límite, es lo que sucedió en Rusia en febrero de 1917. Un cuadro semejante presenta el desarrollo de las revoluciones alemana y austrohúngara durante el otoño de 1918. Como en uno y otro caso no figurasen a la cabeza de los insurgentes partidos profundamente compenetrados de los intereses y designios de la insurrección, la victoria de esta última debía transmitir el poder, inevitablemente, a aquellas fuerzas que hasta el último momento se habían opuesto a su estallido.

Derribar el antiguo poder es una cosa y otra distinta adueñarse de él. La burguesía en una revolución, puede hacerse con el poder no porque sea revolucionaria, sino porque es la burguesía: tiene la propiedad, la instrucción, la prensa, una red de apoyos, una jerarquía de instituciones. Muy distinto es el caso del proletariado: privado de privilegios sociales que no existen en su seno, el proletariado insurrecto solo puede contar con su propio número, su cohesión, sus cuadros, su Estado Mayor.

Así como un herrero no puede tomar con sus manos desnudas hierro candente, tampoco el proletariado puede, con solo sus manos, adueñarse del poder: le es preciso una organización adecuada para dicha tarea. En la combinación de la insurrección de masas con la conspiración, en la subordinación del complot a la insurrección, en la organización de la insurrección a través de la conspiración, consiste ese capítulo complejo y lleno de responsabilidades de la política revolucionaria que Marx y Engels denominaban «el arte de la insurrección». Ello supone una correcta dirección general de las masas, una orientación flexible ante las circunstancias cambiantes, un plan meditado de ofensiva, prudencia en los preparativos técnicos y audacia en dar el golpe.

Los historiadores y políticos suelen denominar insurrección de las fuerzas elementales al movimiento de masas que, aglutinado por el odio común al antiguo régimen, carece de perspectivas claras, de métodos de lucha elaborados, de dirección que conduzca conscientemente a la victoria. Los historiadores oficiales, por lo menos los democráticos, se complacen en presentar esta insurrección de las fuerzas elementales como una calamidad inevitable cuya

responsabilidad recae sobre el antiguo régimen. La verdadera razón de esta indulgencia es que las insurrecciones de las fuerzas «elementales» no pueden trascender los marcos del régimen burgués.

También por este camino marcha la socialdemocracia: no niega la revolución en general, en cuanto a catástrofe social, del mismo modo que no niega los terremotos, las erupciones volcánicas, los eclipses del sol o las epidemias de peste. Lo que sí niega y tacha de «blanquismo» o, peor aún, de bolchevismo, es la preparación consciente de la insurrección, el plan, la conspiración. En otros términos, la socialdemocracia está dispuesta a sancionar, aunque con atraso, los golpes de Estado que transmiten el poder a manos de la burguesía, pero condena sin contemplaciones los métodos indispensables para transmitir el poder al proletariado. Bajo una falsa objetividad se agazapa una política de defensa de la sociedad capitalista.

De sus observaciones y reflexiones sobre el fracaso de numerosos levantamientos en los que participó o de los cuales fue testigo, Augusto Blanqui dedujo cierto número de reglas tácticas, sin las cuales la victoria de la insurrección es extremadamente difícil, si no imposible. Blanqui encarecía la organización con tiempo de destacamentos revolucionarios regulares, su dirección centralizada, un adecuado suministro de municiones, un reparto bien calculado de las barricadas, cuya construcción estaría prevista y había que defender sistemáticamente, no esporádicamente. Como es lógico, todas estas reglas, conscientes a los problemas militares de la insurrección, se modifican junto con las condiciones sociales y la técnica militar; pero de ningún modo hay que considerarlas «blanquismo», en el sentido que los alemanes dan al «putchismo» o al «aventurismo» revolucionario.

La insurrección es un arte y, como cualquier arte, tiene sus leyes. Las reglas de Blanqui respondían a una visión realista de la guerra revolucionaria. El error de Blanqui no residía en el teorema directo sino en su recíproca. Del hecho de que la incapacidad táctica conducía la revolución al descalabro, Blanqui deducía que la observancia de las reglas referentes a la táctica insurreccional era capaz, por sí misma, de

proporcionar la victoria. Solo desde este punto es legítimo contraponer al blanquismo el marxismo. La conspiración no reemplaza la insurrección. Por mejor organizada que se encuentre, la minoría activa del proletariado no puede adueñarse del poder independientemente de la situación general del país. En esto, el blanquismo está condenado por la historia. Pero solo en esto. El teorema directo conserva toda su fuerza. Para conquistar el poder, no basta al proletariado un alzamiento de fuerzas elementales. Necesita la organización correspondiente, el plan, la conspiración. Así es como Lenin plantea la cuestión.

La crítica de Engels, dirigida contra el fetichismo de la barricada, se apoyaba en la evolución de la técnica general y de la técnica militar. La táctica insurreccional del blanquismo respondía al carácter del viejo París, a su proletariado compuesto a medias de artesanos, a las calles estrechas y al sistema militar de Luis Felipe. En principio, el error del blanquismo consistía en identificar la revolución con la insurrección. El error técnico del blanquismo era identificar la insurrección con la barricada. La crítica marxista se dirigió contra estos dos errores. De acuerdo con el blanquismo, en que la insurrección es un arte, Engels descubrió no solo el lugar secundario de la insurrección en la revolución, sino también el papel declinante de la barricada dentro de la insurrección. La crítica de Engels nada tenía en común con una renuncia a los métodos revolucionarios en beneficio del parlamentarismo puro, como pretendieron demostrarlo en su tiempo los filisteos de la socialdemocracia alemana, con el concurso de la censura de los Hohenzollern. Para Engels, el problema de las barricadas era, simplemente, uno de los elementos técnicos de la insurrección. Los reformistas, en cambio, de la negación del valor decisivo de la barricada, pretendían deducir la negación de la violencia revolucionaria en general. Es como si, razonándose sobre el papel probablemente menor de la trinchera en la próxima guerra, se sacase en conclusión que el militarismo desaparece.

La organización en base a la cual el proletariado puede no solo derrocar el antiguo régimen, sino también sustituirlo, son los soviets. Lo que después fue el resultado de la experiencia histórica, hasta la Insurrección de octubre era un simple vaticinio teórico, cierto que

fundado en el ensayo preliminar de 1905. Los soviets son los órganos que preparan a las masas para la insurrección, los órganos de la insurrección y, después de la victoria, los órganos del poder.

Pero los soviets no resuelven por sí mismos la cuestión. Según sean su programa y su jefatura, así habrán de servir para diversos fines. Es el partido el que da a los soviets un programa. Estos últimos, cuya existencia es punto menos que imposible fuera de las épocas revolucionarias, engloban al conjunto de la clase, excluidas sus capas más retrógradas, primitivas o desmoralizadas; el partido, en cambio, está a la cabeza de la clase.

El problema de la conquista del poder solo puede resolverse mediante la combinación del partido con los soviets o con otras organizaciones de masas que de un modo u otro les equivalgan.

Cuando el soviet tiene a su cabeza un partido revolucionario, tenderá conscientemente, y sin aguardar a que los acontecimientos se precipiten, hacia la toma del poder. Adaptándose a los cambios de la situación política y del estado de espíritu de las masas, preparará los puntos de apoyo de la insurrección, ligará los destacamentos de choque a un objetivo común y elaborará por anticipado el plan de la ofensiva y del último asalto, con lo cual, precisamente, la conspiración organizada se introduce en la insurrección de las masas.

Más de una vez los bolcheviques, mucho antes de la insurrección de octubre, tuvieron que refutar las acusaciones de sus adversarios, quienes les imputaban manejos conspirativos y blanquismo. Y, sin embargo, nadie ha combatido con mayor firmeza que Lenin el sistema de la pura conspiración. ¡Cuántas veces los oportunistas de la socialdemocracia internacional tomaron bajo su protección la vieja táctica socialrevolucionaria del terror individual contra los agentes del zarismo, resistiéndose a la crítica implacable de los bolcheviques, quienes oponían al individualismo aventurero de la *intelligentzia*, el camino de la insurrección de las masas! Pero al rechazar todas las variantes del blanquismo y del anarquismo, Lenin, ni por un minuto, se inclinaba ante la «sagrada» fuerza elemental de las masas. Antes, y con mayor profundidad que nadie había meditado sobre la relación

entre los factores objetivos y subjetivos de la revolución, entre el movimiento de las fuerzas elementales y la política del partido, entre las masas populares y la clase avanzada, entre el proletariado y su vanguardia, entre los soviets y el partido, entre la insurrección y la conspiración.

El hecho mismo de que no sea posible provocar cuando se quiera un levantamiento y de que la victoria requiere organizar oportunamente la insurrección, enfrenta a la jefatura revolucionaria con el problema de formular un diagnóstico exacto de los acontecimientos: es preciso advertir a tiempo la insurrección que asciende, para poder completarla con una conspiración. Aunque mucho se haya abusado de la imagen, la intervención obstétrica en un parto sigue ilustrando de la manera más viva esta intromisión consciente dentro de un proceso elemental. Herzen, acusaba a su amigo Bakunin de que en todas sus empresas revolucionarias confundía invariablemente el segundo mes del embarazo con el noveno. En cuanto a Herzen, se inclinaba más bien a negar el embarazo aun en el noveno mes. En febrero, casi no se planteó el problema de la fecha del alumbramiento, en la medida en que la insurrección había estallado «de manera imprevista», sin dirección centralizada. Pero justamente por ello, el poder no pasó a los protagonistas del alzamiento, sino a los que lo habían frenado. Caso muy distinto el de la nueva insurrección: fue preparada conscientemente por el Partido Bolchevique. Por este motivo, el Estado Mayor bolchevique tuvo que resolver el problema de elegir el momento para lanzar la ofensiva.

El término «momento» no ha de entenderse muy al pie de la letra, como un día o una hora determinados: aun en los alumbramientos, la naturaleza acuerda un margen considerable, cuyos límites no solo interesan a la obstetricia, sino también a la casuística del derecho de sucesión. Entre el momento en que la tentativa insurreccional, por ser irremediablemente prematura, conduciría a un aborto revolucionario, y aquel otro en que la situación favorable se ha desvanecido sin remedio, transcurre una etapa de la revolución —se puede medir en semanas, cuando no en algunos meses— durante la cual el alzamiento tiene probabilidades más o menos serias de triunfo. Saber situar este periodo relativamente breve y establecer de inmediato un

momento determinado, en el sentido del día y de la hora, para dar el último golpe, constituye la responsabilidad más grave de la dirección revolucionaria. Puede considerarse que es el nudo del problema, puesto que vincula la política revolucionaria con la técnica de la insurrección: ¿habrá que recordar que la insurrección, lo mismo que la guerra, es la prolongación de la política, solo que por otros medios?

Intuición y experiencia son indispensables en una dirección revolucionaria, como en cualquier otro dominio del arte creador. Pero ello no basta. También el arte del curandero puede reposar, y no sin éxito, sobre la intuición y la experiencia. Pero el curanderismo político solo da resultados en épocas y en periodos en que predomina la rutina. Una época de grandes virajes históricos ya no tolera las hazañas de los curanderos. La experiencia no es suficiente entonces, ni siquiera cuando está inspirada por la intuición. Es preciso un método materialista que permita descubrir, tras las sombras chinescas de los programas y de las consignas, el movimiento real de los cuerpos de la sociedad.

La premisa real de una revolución consiste en la incapacidad del régimen social existente para resolver los problemas fundamentales del desarrollo de un país. Pero ni un así la revolución será posible si entre los diversos componentes de la sociedad no aparece una nueva clase capaz de tomar las riendas de la nación para resolver los problemas planteados por la historia. Una revolución se abre camino cuando las tareas objetivas, producto de las contradicciones económicas y de clase, logran proyectarse en la conciencia de las masas humanas vivientes, la modifican y establecen una nueva relación política de fuerzas.

Por su incapacidad manifiesta para librar al país del atolladero, las clases dirigentes pierden la fe en sí mismas, los viejos partidos se descomponen, líbrase una lucha encarnizada entre grupos y camarillas, todas las esperanzas se depositan en un milagro o en un taumaturgo. Aquí reside una de las premisas políticas de la insurrección, fundamental, pero pasiva.

Por su parte, la nueva conciencia política de la clase revolucionaria,

principal premisa táctica de la insurrección, se manifiesta en una colérica hostilidad hacia el orden constituido y en la determinación de empeñar los esfuerzos más heroicos, de sufrir inmolaciones dolorosísimas para sacar al país del marasmo en que se debate.

Los dos campos protagosnistas —el de los grandes propietarios y el de la clase obrera— no suman, sin embargo, la totalidad de la nación. En medio están las amplias capas de la pequeña burguesía, recorriendo la gama del prisma económico y político. El descontento de las capas intermedias, su desilusión ante la política de la clase dirigente, su impaciencia y su rebeldía, su inclinación a sostener la iniciativa audazmente revolucionaria del proletariado, constituyen el tercer requisito político de la insurrección, pasivo en parte, ya que gracias a él se neutralizan las altas capas de la pequeña burguesía, pero también activo, en cuanto empuja a los sectores pobres a luchar directamente, codo con codo con los obreros.

Es evidente que estas premisas se condicionan las unas a las otras: cuanto más resolución y firmeza muestre el proletariado y mayores sean sus posibilidades de arrastrar a las capas intermedias, tanto más aislada se sentirá la clase dominante, mayor será su desmoralización política. Por su parte, la descomposición de los sectores dirigentes lleva agua al molino de la clase revolucionaria.

El proletariado solo puede adquirir esa confianza en su poderío, indispensable para lanzarse a la insurrección, cuando descubre ante sus ojos una clara perspectiva, cuando tiene la posibilidad de verificar activamente una relación de fuerzas que evoluciona en favor suyo y, cuando se sabe dirigido por una jefatura inteligente, firme y audaz. Esto nos conduce a la última condición, pero no la menos importante para la conquista del poder: el partido revolucionario, como vanguardia sólidamente unida y templada de la clase.

Una combinación favorable de condiciones históricas internas y externas permitió al proletariado ruso tener a su cabeza un partido revolucionario de temple y claridad política como jamás han existido.

Gracias a ello una clase joven y relativamente exigua, pudo cumplir

una tarea histórica de gigantesca envergadura. En general, como lo demuestra la Comuna de París, las revoluciones alemana y austriaca de 1918, los soviets de Hungría y de Baviera, la revolución italiana de 1919, la crisis alemana de 1923, la revolución china de los años 1925-1927 y la revolución española de 1931, el eslabón más débil en la cadena de las condiciones ha sido, hasta ahora, el del partido: lo más difícil para la clase obrera consiste en crear una dirección revolucionaria que esté a la altura de sus tareas históricas. En los países más antiguos y más civilizados, hay fuerzas considerables que trabajan para debilitar y desintegrar la vanguardia revolucionaria. Buena parte de esta tarea corresponde a la socialdemocracia y su lucha contra el «blanquismo», denominación bajo la cual se engloba la esencia revolucionaria del pensamiento marxista.

Por muchas que hayan sido las crisis sociales y políticas, solo una vez hasta el presente, en el octubre ruso de 1917, han coincidido todas las condiciones indispensables para una insurrección proletaria victoriosa y sólida. Ninguna situación revolucionaria es eterna. Entre todas las premisas de una insurrección, la más inestable se refiere al estado de ánimo de la pequeña burguesía. En los tiempos de crisis nacional, la pequeña burguesía sigue a la clase capaz de inspirarle confianza, no solo por sus palabras, sino por sus hechos. Es capaz de impulsos y hasta de delirios revolucionarios, pero carece de resistencia, los fracasos la deprimen fácilmente y sus fogosas esperanzas pronto se cambian en desilusión. Son estas violentas y rápidas mutaciones de ánimo las que dan tanta inestabilidad a cada situación revolucionaria. Si el partido proletario no es lo bastante resuelto como para cambiar a tiempo en acción revolucionaria la expectativa y la esperanza de las masas populares, la marea ascendente se invertirá en reflujo: las capas intermedias se apartan de la revolución y buscan soluciones en el campo opuesto. Así como en la marea ascendente el proletariado arrastra tras de sí a la pequeña burguesía, al producirse el reflujo la pequeña burguesía consigue atraerse a capas importantes del proletariado. Tal es la dialéctica de las olas comunistas y fascistas en la política europea de posguerra.

Invocando el aforismo de Marx de que ningún régimen desaparece de la escena antes de haber agotado todas las posibilidades, los

mencheviques declararon inadmisible luchar por la dictadura del proletariado en un país como la atrasada Rusia, donde el capitalismo estaba muy lejos de haberse desgastado enteramente. Pero este razonamiento contenía dos errores, y ambos eran fatales. El capitalismo no es un sistema nacional, sino mundial. La guerra imperialista y sus consecuencias prueban que el régimen capitalista se ha agotado a escala mundial. La revolución en Rusia significó la ruptura del eslabón más débil en el sistema del imperialismo mundial.

Pero la falsedad de la concepción menchevique también se revela desde el punto de vista nacional. Admitamos que, ateniéndonos a la abstracción económica, pueda afirmarse que el capitalismo aún no había agotado en Rusia todas sus posibilidades. Pero los procesos económicos no se producen en las esferas celestes, sino en un medio histórico concreto. El capitalismo no es una abstracción: es un sistema vivo de relaciones de clases que necesita, antes que nada, un poder estatal. Ni los mencheviques negaban que la monarquía, bajo cuya protección se había formado el capitalismo ruso, estaba al final de sus posibilidades históricas. La Revolución de Febrero intentó constituir un régimen estatal de carácter intermedio. Hemos seguido su historia paso a paso: ocho meses bastaron para agotarlo. En tales condiciones, ¿qué orden gubernativo podía garantizar el desarrollo ulterior del capitalismo ruso?

«La réplica burguesa, defendida únicamente por los socialistas de las tendencias moderadas, ya no tenía el apoyo de las masas... ni podía, por lo tanto, mantenerse. Su médula estaba corroída y solo quedaba la cáscara.» Esta justa apreciación pertenece a Miliukov. Según el mismo autor, la suerte de ese sistema corroído no podía ser distinta que la ya soportada por la monarquía zarista: «Ambos regímenes habían preparado el terreno para la revolución y cuando ésta se produjo no encontraron a nadie que los defendiese».

Miliukov caracteriza la situación de julio-agosto como de alternativa entre estos dos nombres: Kornilov y Lenin. Pero Kornilov ya había hecho su juego y cosechado el peor de los fracasos. De todas maneras, no había lugar en adelante para el régimen de Kerensky. Por diversos que los ánimos fuesen, testimonia Sujanov, «existía un

sentimiento unánime: el odio al kerenskismo». Así como la monarquía zarista terminó volviéndose imposible para las mismas cumbres de la nobleza, incluidos los grandes duques, el gobierno de Kerensky se hizo odioso hasta para los inspiradores más directos del régimen, para los «grandes duques» de las cúspides conciliadoras. En ese descontento general, en ese agudo malestar político de todas las clases, reside uno de los síntomas más importantes de una situación revolucionaria ya madura. No de otro modo, cada músculo, cada nervio, cada fibra del organismo llega a una tensión insoportable cuando un grave absceso está a punto de abrirse.

Mientras prevenía a los obreros contra conflictos prematuros, la resolución del Congreso bolchevique de julio señalaba la necesidad de aceptar la batalla «cuando la crisis de toda la nación y el profundo levantamiento de las masas establezcan las condiciones favorables para que los elementos pobres de las ciudades y del campo pasen al bando de los obreros». Dicho momento llegó en septiembre-octubre.

En adelante, la insurrección podía confiar en el éxito, puesto que se apoyaría sobre una auténtica mayoría popular. Por descontado que esto no debe comprenderse formalmente. En la hipótesis de un referéndum previo acerca de la insurrección, los resultados habrían sido enormemente contradictorios y vacilantes. No es posible identificar la disposición íntima a apoyar el alzamiento con la conciencia anticipada acerca de su necesidad. Además, en gran medida, las respuestas dependerían del modo mismo de plantearse la pregunta, del órgano que dirigiese la encuesta o, para decirlo más sencillamente, de la clase que ocupara el poder.

Los métodos de la democracia tienen sus límites. Puede interrogarse a todos los pasajeros de un tren sobre el tipo de vagón que más les conviene; pero no puede preguntárseles a todos si hace falta frenar en plena marcha un tren que corre al descarrilamiento. No obstante, si la operación de seguridad es certera y oportuna, podrá contarse a ciencia cierta con el visto bueno de los viajeros.

La consulta parlamentaria al pueblo se realiza al mismo tiempo en todas partes; sin embargo, en tiempos de revolución, las diversas

capas populares llegan a las mismas conclusiones de una manera sucesiva, separadas entre sí por intervalos cortísimos a veces. Cuando la vanguardia arde de impaciencia revolucionaria, las capas atrasadas comienzan a despertar. En Petrogrado y en Moscú todas las organizaciones de masa hallábanse bajo la dirección de los bolcheviques; en la provincia de Tambov, que con sus tres millones y pico de habitantes casi alcanzaba la cifra de las dos capitales sumadas, solo en vísperas de la insurrección de octubre surgió en el soviet una fracción bolchevique.

Los silogismos del desarrollo objetivo jamás coinciden día a día con los silogismos de la reflexión de las masas. Y cuando los acontecimientos imponen con urgencia una importante determinación práctica, menos que nunca será posible recurrir a un referéndum. La acción misma se encarga de ir igualando los distintos niveles y estados de espíritu de las capas populares: los elementos de vanguardia arrastran a los vacilantes y aíslan a quienes oponen resistencia. A la mayoría no se la recuenta, se la conquista. La insurrección surge precisamente cuando no se ve más salida que la acción directa para resolver las contradicciones.

Aunque incapaz de extraer por sí mismo las deducciones políticas emergentes de su guerra contra los propietarios nobles, el campesino, por el hecho mismo de su sublevación agraria, se unía de antemano a la insurrección de las ciudades, la conjuraba y la exigía. Esperaba su voluntad no con la papeleta blanca, sino con «el gallo rojo» del incendio revolucionario; era un referéndum más serio. El campesino otorgaba su apoyo, en los límites indispensables para establecer la dictadura soviética. «Esta dictadura –replicaba Lenin a los indecisos– dará la tierra a los campesinos y plenos poderes a los comités campesinos locales ¿cómo dudar, a menos de volverse locos, que los campesinos apoyarán la dictadura?» Para que los soldados, los campesinos, las nacionalidades oprimidas, a la deriva en la tormenta de nieve de las papeletas electorales, conociesen a los bolcheviques en acción, era preciso que los bolcheviques tomasen el poder.

¿Qué relación de fuerzas debía existir, por lo tanto, para que el proletariado tomase el poder? «En un momento decisivo, sobre un

punto decisivo, hay que reunir una aplastante superioridad de fuerzas –escribía Lenin más tarde, al explicar la insurrección de octubre; esta ley de los triunfos militares es también la ley del éxito político, sobre todo en la encarnizada e hirviente guerra de clases que se denomina revolución. Las capitales y, en general, los grandes centros comerciales e industriales, deciden en gran medida los destinos políticos del pueblo, siempre y cuando los centros cuenten con el necesario apoyo de las fuerzas locales, rurales, aunque este apoyo no llegue de inmediato.» Como se ve, Lenin interpretó dinámicamente el concepto de mayoría del pueblo, y éste es el único sentido real que puede asignársele.

Los adversarios demócratas se consolaban pensando que el pueblo que seguía a los bolcheviques era materia prima, arcilla moldeable de la historia: el molde serían los demócratas, en colaboración con los burgueses instruidos. «¿No comprende esa gente —preguntaba el periódico de los mencheviques— que nunca como ahora el proletariado y la guarnición de Petrogrado han estado más aislados de las demás capas sociales?» La desgracia del proletariado y de la guarnición consistía, justamente, en que se habían «aislado» de las clases a las cuales se disponían a arrebatar el poder.

En realidad, ¿no podía contarse seriamente con la simpatía y el apoyo de las masas ignorantes de la provincia y del frente? Su bolchevismo, escribe Sujanov con desprecio, «no es sino odio a la coalición y ansias de obtener la tierra y la paz». ¡Como si ello no bastara! El odio a la coalición significaba un esfuerzo por quitar el poder a la burguesía. El ansia de tierra y de paz era un programa inmenso, que los campesinos y los soldados se disponían a llevar a cabo bajo la dirección de los obreros. La nulidad de los demócratas, incluso de los que se encontraban más a la izquierda, procedía de una falta de confianza, propia de escépticos «instruidos», ante esas masas oscuras que captan de forma global los fenómenos, sin entrar en pormenores ni matices. Semejante actitud intelectual, falsamente aristocrática, desdeñosa del pueblo, repugnaba al bolchevismo, ofendía a su naturaleza misma. Los bolcheviques no eran hombres de blancas palmas, amigos del pueblo, enfrascados en su gabinete, pedantes. No les tenían miedo a las capas atrasadas, que por primera

vez emergían de sus profundidades. Los bolcheviques tomaban al pueblo tal como la historia lo había hecho, tal como estaba destinado a realizar la revolución. Los bolcheviques consideraban que su misión consistía en colocarse al frente de ese pueblo. Contra el levantamiento se pronunciaban «todos», si excluimos a los bolcheviques; pero los bolcheviques eran el pueblo.

La fuerza política esencial de la insurrección de octubre residía en el proletariado, dentro del cual el primer lugar lo ocupaban los obreros de Petrogrado. En la vanguardia de la capital, por otra parte, se hallaba el distrito de Viborg. El plan de la insurrección había escogido ese barrio esencialmente proletario como punto de partida para el desarrollo de la ofensiva.

Los conciliadores de todas las tendencias, comenzando por Martov, se esforzaron, después de la insurrección, por presentar el bolchevismo como una tendencia de simples soldados. La socialdemocracia europea se apoderó gozosa de esta teoría. Era cerrar los ojos ante los hechos históricos fundamentales, a saber: que el proletariado había sido el primero en pasar al bando de los bolcheviques; que los obreros de Petrogrado señalaron el camino a los obreros de todo el país; que la guarnición y el gente continuaron, durante mucho tiempo, sosteniendo a los conciliadores; que los socialrevolucionarios y los mencheviques introdujeron en los soviets toda clase de privilegios para los soldados, en perjuicio de los obreros, lucharon contra el armamento de estos últimos y excitaron a los soldados contra ellos; que solo bajo la influencia de los obreros se produjo el cambio de espíritu en las tropas; que en el momento decisivo, la dirección de los soldados se encontró en manos de los obreros; por último, que un año más tarde la socialdemocracia alemana, según el ejemplo de sus correligionarios rusos, se apoyó en los soldados en su lucha contra los obreros.

Hacia el otoño, los conciliadores de derecha habían perdido toda posibilidad de hablar en las fábricas y en los cuarteles. Pero los de izquierda aún se esforzaron por persuadir a las masas de que la insurrección era una locura. Martov, que al combatir la ofensiva de la contrarrevolución en julio, se había abierto un camino hacia la conciencia de las masas, retornaba ahora a una tarea sin esperanza.

«No esperemos —reconocía el 14 de octubre, en la sesión del Comité Ejecutivo Central— que los bolcheviques se resuelvan a escucharnos.» A pesar de ello, Martov se consideraba obligado a prevenir a «las masas». Pero las masas querían acción, no lecciones de moral. Aun así escuchaban con relativa paciencia a este «avisador» tan conocido, reconoce Mstislavski, «continuaban pensando a su manera, exactamente como antes». Cuenta Sujanov cómo, bajo un cielo lluvioso, intentó convencer a los obreros de los talleres de Puntillo de que era posible arreglar el asunto sin insurrección. Lo interrumpieron voces impacientes. Dejáronlo hablar durante dos o tres minutos, y otra vez las interrupciones. «Al cabo de varias tentativa, me fui. La cosa marchaba… y la llovizna nos mojaba cada vez más.» Bajo ese cielo tan poco clemente de octubre, los pobres demócratas de izquierda, según sus propias descripciones, tenían el aire de unos pollos mojados.

El *leitmotiv* político de los adversarios «de izquierda» de la insurrección, incluidos algunos bolcheviques, consistía en señalar la falta de combatividad de la base. «El estado de espíritu de los trabajadores y de las masas de soldados –escribían Zinoviev y Kamenev el 11 de octubre–, ni siquiera se asemejaba al que existía con anterioridad al 3 de julio.» La afirmación no carecía enteramente de fundamento. La larga espera había producido cierto cansancio en el proletariado de Petrogrado. Hasta de los bolcheviques comenzaba a desesperar: ¿también ellos acabarán decepcionándolos? El 16 de octubre, Rajia, uno de los bolcheviques más combativos de Petrogrado, de origen finlandés, decía en la Conferencia del Comité Central: «Es evidente que ya empezamos a retrasarnos y que se duda de que hagamos lo que hemos llamado a hacer». Pero el cansancio de la espera, que parecía lasitud, solo duro hasta la primera señal de combate.

Atraerse las tropas es la primera tarea de toda insurrección. Ello se logra, principalmente, con la huelga general, las demostraciones de masas, los choques callejeros, los combates de barricada. Lo que caracteriza a la insurrección de octubre hasta un límite jamás alcanzado ni antes ni después, es que, por un concurso feliz de circunstancias, la vanguardia proletaria consiguió atraerse a la

guarnición de la capital aun antes de que el levantamiento comenzara; e hizo más todavía, consolidar organizativamente esa conquista mediante la Conferencia de la guarnición. No se comprenderá el mecanismo insurreccional de octubre sin percibir con claridad que el problema más importante, el más reacio a un cálculo previo, estaba esencialmente resuelto en Petrogrado antes de dispararse el primer tiro.

No por ello la insurrección se hizo superflua. Aunque la aplastante mayoría de la guarnición estuviese junto a los obreros, había una minoría contra ellos, contra la insurrección, contra los bolcheviques. Esta pequeña minoría se componía de los elementos más caracterizados del Ejército, los cuerpos de oficiales, los junkers, los batallones de choque, quizás también los cosacos. Imposible conquistarlos políticamente: había que vencerlos. De este modo, en su último tramo, la insurrección que ha ingresado en la historia bajo el signo de Octubre se presenta como un problema de carácter puramente militar. La solución la darían los fusiles, las bayonetas, las ametralladoras y, quizás, los cañones. El Partido Bolchevique puso manos a la obra.

¿Cuáles eran las fuerzas militares del conflicto que se preparaba? Boris Sokolov, que dirigía el trabajo militar del Partido Socialrevolucionario, relata que, en vísperas de la insurrección, con excepción de los bolcheviques, «todas las organizaciones partidarias en los regimientos se habían desintegrado y las circunstancias no eran favorables para formar otras nuevas. La opinión de los soldados se inclinaba manifiestamente a los bolcheviques; pero era un bolchevismo pasivo, sin la menor tendencia a proceder activamente por las armas», Sokolov no se olvida de añadir: «Hubieran bastado uno o dos regimientos absolutamente fieles y capaces de combatir para tener en jaque a toda la guarnición». Decididamente, a todos, desde los generales de la monarquía hasta los intelectuales «socialistas», les faltaron «uno o dos regimientos» contra la revolución proletaria. Pero es cierto que la guarnición, aunque abrumadoramente hostil al gobierno, ni era capaz de batirse ni se alineó junto a los bolcheviques. La causa reside en la ruptura definitiva entre la antigua estructura militar de las tropas y su nueva estructura política. La espina

dorsal de una formación combativa de tropas la constituye su comando. Éste era hostil a los bolcheviques. Desde el punto de vista político, la espina dorsal de las tropas eran los bolcheviques. Pero estos últimos no solo no sabían mandar, sino que, en la mayoría de los casos, tampoco sabían servirse de las armas. La masa de soldados no era homogénea. Como siempre, los elementos dinámicos, combativos, formaban una minoría. La mayoría de los soldados simpatizaba con los bolcheviques, votaba por ellos, los elegía, pero no aguardaba de ellos una solución. Dentro de la tropa, los elementos hostiles al bolchevismo eran demasiado insignificantes como para atreverse a alguna iniciativa. La opinión política de la guarnición era así excepcionalmente favorable a una insurrección. Pero desde el punto de vista combativo, era evidente que no podía esperarse mucho.

Hubiera sido, sin embargo, erróneo no contar con ella en el cálculo de las operaciones militares. Diseminados en la masa más bien neutra, había miles de soldados dispuestos a combatir junto a la revolución. Esos hombres eran capaces de arrastrar a la lucha a sectores más o menos amplios de sus compañeros.

Diversos contingentes, de composición más escogida, habían mantenido su disciplina y su aptitud para el combate. En todas las formaciones existían sólidos núcleos revolucionarios. De las cinco compañías del 6º batallón de reserva, que contaba con unos diez mil hombres, la primera logró siempre distinguirse; casi desde el comienzo de la revolución se la reputaba bolchevique, y en las jornadas de octubre hizo honor a su fama. El término medio de los regimientos de la guarnición ya no existían como tales: dislocado el mecanismo de los mandos, eran incapaces de un esfuerzo militar prolongado; pero, así y todo, constituían conglomerados de hombres armados, la mayoría de los cuales ya había tenido su bautismo de fuego. A todos los contingentes los ligaba un mismo y único espíritu: acabar lo antes posible con Kerensky, retornar a los hogares y emprender las reformas agrarias. De este modo la guarnición, completamente disgregada, estrechó filas nuevamente durante las jornadas de octubre para un impresionante estrépito de armas, antes de disolverse para siempre.

¿Qué valor tenían, como fuerza militar, los obreros de Petrogrado? Este punto se relaciona con la Guardia Roja. Ha llegado el momento de hablar especialmente de ella: las jornadas que se avecinan la verán ingresar en el ancho campo de la historia.La Guardia Obrera, cuya tradición se remonta al año 1905, renace con la Revolución de Febrero, para combatir las vicisitudes de esta última. Kornilov, que era entonces el comandante en jefe de la región militar de Petrogrado, afirmaba que durante las jornadas contra la monarquía, treinta mil revólveres y cuarenta mil fusiles desaparecieron de los arsenales de la artillería. El desarme de la policía suministró al pueblo nuevas armas, que también las obtuvo de los regimientos simpatizantes. Cuando se exigió la restitución de todo este material de guerra, nadie se dio por enterado. Pero los obreros organizados solo pudieron procurarse una parte muy pequeña del botín.

Durante los cuatro primeros meses, el problema de la insurrección no existió para los obreros. El régimen democrático de la dualidad de poderes abría a los bolcheviques la posibilidad de conquistar la mayoría en los soviets. Las compañías (*drujini*) obreras de francotiradores eran uno de los elementos de la milicia democrática, más bien en la forma que en el fondo. Un fusil en manos de un obrero significa un principio histórico bien diferente que ese mismo fusil en manos de un estudiante.

A las clases dominantes les inquietó desde un principio que los obreros dispusiesen de armas, ya que ello modificaba bruscamente la relación de fuerzas en las fábricas. En Petrogrado, donde el aparato del Estado, sostenido por el Comité Ejecutivo Central, poseía en los primeros tiempos una fuerza indiscutible, la milicia obrera no resultaba entonces demasiado amenazante. Pero en las regiones industriales de provincia el refuerzo de la Guardia Obrera implicaba la subversión de todas las relaciones, no solo en el interior de la empresa, sino bastante más allá de sus muros. Los obreros armados destituían y hasta llegaban a arrestar a sus capataces e ingenieros. Por decisión de las asambleas de fábrica, era frecuente que los salarios de la Guardia Roja fuesen pagados con fondos de las empresas. En los Urales, con ricas tradiciones de lucha guerrillera en 1905, las compañías de francotiradores obreros imponían el orden bajo la

dirección de antiguos militantes. Los obreros armados liquidaron, casi imperceptiblemente, el poder oficial, substituyéndolo con los organismos soviéticos. El sabotaje de propietarios y administradores imponía a los obreros la necesidad de proteger las empresas: máquinas, depósitos, reservas de carbón y de materias primas. Los papeles se invertían. El obrero empuñaba su fusil sólidamente para defender la fábrica, en la que veía la fuente misma de su poder. De este modo los elementos de la dictadura obrera tomaban forma en las empresas y en los distritos, aun antes de que el proletariado como un todo lograra adueñarse del poder del Estado.

Los conciliadores, que, como siempre, reflejaban las aprehensiones de los propietarios, se opusieron con todas sus fuerzas al armamento de los obreros de la capital, que redujeron al mínimo. Según Minichev, todas las armas del distrito de Narva se reducían «a una quincena de fusiles y algunos revólveres». En la ciudad, entre tanto, se multiplicaban los asaltos y los actos de violencia. De todas partes llegaban rumores alarmantes, anunciadores de nuevas conmociones. En vísperas de la manifestación de julio, se esperaba que el distrito fuese incendiado. Los obreros buscaban armas, golpeaban en todas las puertas y, a veces, las echaban a bajo.

De la manifestación del 3 de julio los obreros de Putilov volvieron con un trofeo: una ametralladora con cinco bandas de cartuchos. «Estábamos contentos como niños», relata Minichev. Ciertas fábricas se encontraban mejor armadas. Según Lichkov, los obreros de la suya tenían ochenta fusiles y veinte revólveres de grueso calibre. ¡Una fortuna! El Estado Mayor de la Guardia Roja les suministró dos ametralladoras; una fue emplazada en el refectorio y la otra en el entretecho. «Nuestro jefe –cuentan Lichkov- era Kocherovski, y sus lugartenientes más cercanos, Tomchak, muerto por los guardias blancos durante las jornadas de octubre en Tsarskoie-Selo, y Yefimov, fusilado en Iamburg.» Estas líneas parsimoniosas permiten echar un vistazo al laboratorio de las fábricas, donde se formaban los cuadros de la insurrección de octubre y del futuro Ejército Rojo, donde se seleccionaban, se acostumbraban a mandar y se templaban los Tomchak, los Yefimov, los cientos y miles de obreros anónimos que, tras conquistar el poder, lo defendieron intrépidamente contra el

enemigo y sucumbieron en todos los campos de batalla.

Los acontecimientos de julio modificaron de inmediato la situación de la Guardia Roja. Ahora se desarmaba abiertamente a los obreros, no ya por la persuasión, sino por la fuerza. Cuando fingen entregar las armas, los obreros solo se desprenden de los desechos. Todo lo que tiene algún valor es cuidadosamente escondido. Se distribuyen los fusiles entre los miembros seguros del partido. Se entierran las ametralladoras después de cubrirlas de grasa. Los destacamentos de la Guardia se repliegan y pasan a la clandestinidad, uniéndose más estrechamente a los bolcheviques.

En principio, los comités de fábrica y los comités del partido de distrito eran los encargados del armamento de los trabajadores. Reconstruida, tras el contraste de julio, la organización militar de los bolcheviques ya no limitó sus actividades a la guarnición y al frente, sino que comenzó a adiestrar a la Guardia Roja, procurándole instructores y, algunas veces, armas. La perspectiva de la insurrección armada abierta por los bolcheviques inclina paulatinamente a los obreros avanzados a infundir otro sentido a la organización de la Guardia Roja. Ya no es la milicia de las fábricas y de los barrios obreros; ahora son los cuadros del futuro ejército de la insurrección.

Durante agosto se hacen más frecuentes los incendios en las usinas y en las fábricas. Cada una de las crisis que se suceden va precedida de una convulsión en la conciencia colectiva, que envía delante de ella una onda alarmante. Los comités de fábrica trabajan intensamente para proteger las empresas contra los atentados. Salen de sus escondites los fusiles. La sublevación de Kornilov legaliza de forma definitiva a la Guardia Roja. Unos veinticinco mil hombres se inscriben en las compañías obreras, aunque, a decir verdad, no es ni remotamente posible armar a todos con fusiles, ni distribuirles ametralladoras en número suficiente. De la fábrica de pólvora de Schlusselburgo, los obreros conducen por el Neva una barcaza llena de granadas y explosivos: ¡contra Kornilov! El Comité Ejecutivo Central de los conciliadores rechaza ese presente griego. Los hombres de la Guardia Roja del distrito de Viborg aprovechan la noche para distribuir el peligroso regalo por los diversos barrios.

«La instrucción en el manejo del fusil, que antes se realizaba en alojamientos y sucuchos, ahora se efectúa al aire libre —cuenta el obrero Skorinko—, en los jardines y en las avenidas.» «El taller se transforma en plaza de armas —dice en sus memorias el obrero Rakitov. Los fresadores trabajan en los tornos con la mochila en bandolera y el fusil sobre la máquina.» Muy pronto todo el personal de la fábrica de bombas estará inscrito en la Guardia, salvo los viejos socialrevolucionarios y los mencheviques. Al sonar la sirena se reúnen en el patio para hacer ejercicios. «Allí se codean el obrero barbudo y el pequeño aprendiz, igualmente absortos en las palabras del instructor...» En tanto las antiguas tropas del zar se disgregaban definitivamente, en las fábricas se echaban las bases del futuro Ejército Rojo.

Cuando pasó el peligro de Kornilov, los conciliadores retacearon[1] la ejecución de sus promesas: para los treinta mil obreros de Putilov, solo se entregaron trescientos fusiles. Pronto cesó totalmente el suministro de armas: el peligro no venía ahora de la derecha, sino de la izquierda; había que buscar protección, no en los proletarios, sino en los junkers.

La ausencia de un fin práctico inmediato y el armamento insuficiente llevaron a muchos obreros a abandonar la Guardia Roja. Pero fue un decaimiento momentáneo. A cada nueva arremetida se consolidaban los cuadros esenciales. Se establecieron enlaces sólidos entre las diferentes compañías obreras. Los cuadros saben por experiencia que existen importantes reservas y que en la hora de peligro será posible ponerlas en pie de guerra.

Cuando el soviet pasa a manos de los bolcheviques, se modifica de un modo radical la situación de la Guardia Roja. Perseguida hasta entonces, o simplemente tolerada, conviértese en órgano oficial del soviet, que ya extiende su brazo hacia el poder. Los obreros encuentran frecuentes ocasiones para procurarse armas y solo piden al soviet que los autorice a actuar. Desde finales de septiembre y, sobre todo, después del 10 de octubre, los preparativos de la insurrección figuran abiertamente en la orden del día. Un mes antes

1. Ratecear: escatimar, disminuir con intención mezquina lo que se da a otros. (N. d. Boltxe.)

del levantamiento, hay decenas de fábricas y usinas donde se realizan intensas prácticas militares, en especial de tiro. Hacia mediados de octubre se acrecienta más el interés por el manejo de las armas. Casi todo el personal de ciertas empresas figura inscrito en las compañías.

Con creciente impaciencia los obreros solicitan armas al soviet; pero hay muchos menos fusiles que manos para recibirlos. «Yo iba diariamente al Smolny —relata el ingeniero Kozmin— y veía a los obreros y a los marineros antes y después de la sesión del soviet aproximarse a Trotsky, ofrecerle o pedirle armas para las fábricas, informarle sobre la distribución de esas armas, preguntarle: "¿Cuándo empezará la cosa?" La impaciencia era muy grande [...]».

Formalmente, la Guardia Roja es independiente de los partidos. Pero cuanto más nos acercamos al desenlace, tanto más los bolcheviques ocupan el primer plano: constituyen el nudo de cada compañía, tienen en sus manos el dispositivo de mando, así como los enlaces con las otras empresas y con los distritos. Los obreros sin partido y los socialrevolucionarios de izquierda siguen a los bolcheviques.

Pero aun ahora, vísperas de la insurrección, las filas de la Guardia Roja siguen siendo poco nutridas. El 16, Uritski, miembro del Comité Central bolchevique, estimaba en cuarenta mil bayonetas el ejército obrero de Petrogrado. Quizás exagerase en algo. El armamento era muy precario todavía. Por débil que el gobierno fuese, no se podían ocupar los arsenales sin lanzarse abiertamente a la insurrección.

El 22 celebró una Conferencia la Guardia Roja de toda la ciudad: un centenar de delegados en representación de veinte mil combatientes más o menos. Tampoco esta cifra debe tomarse al pie de la letra: no todos los inscritos se mostraron activos; pero, en cambio, muchos voluntarios afluyeron a los destacamentos en los instantes de peligro. Los estatutos que al día siguiente adoptó la Conferencia definían la Guardia Roja como «la organización de las fuerzas armadas del proletariado para combatir la contrarrevolución y defender las conquistas revolucionarias». Advirtamos esto: veinticuatro horas antes de la insurrección, el problema se define en términos defensivos y no ofensivos.

La formación de base la constituye la decuria; cuatro decurias forman un piquete; tres piquetes, una compañía; tres compañías, un batallón. Con los mandos y los contingentes especiales, el batallón sobrepasa los quinientos hombres. Los batallones de distrito constituyen un destacamento. En las grandes fábricas, como la de Putilov, se organizan destacamentos autónomos. En cuanto a los equipos especiales de técnicos —zapadores, automovilistas, telegrafistas, servidores de ametralladoras, artilleros—, a veces figuran en las empresas respectivas como adscritos a los destacamentos de infantería y otras operan independientemente, según la índole de la tarea. Todos los mandos son electivos. Esto no ofrece ningún peligro: son combatientes voluntarios y se conocen bastante bien.

Las obreras organizan destacamentos de ambulancias. En la fábrica de material para los hospitales militares se empiezan a dictar cursos para enfermeras. «En casi todas las fábricas —escribe Tatiana Graf— ya existían servicios regulares de obreras que trabajaban como conductoras de ambulancias y disponían del material sanitario indispensable.» La organización es extremadamente pobre en recursos pecuniarios y técnicos. Poco a poco, los comités de fábrica envían material para las ambulancias y los destacamentos de primeros auxilios. Durante las horas de la insurrección, estas débiles células se desarrollan con rapidez; pronto dispusieron de considerables recursos técnicos. El 24, el Soviet del distrito de Viborg prescribe lo siguiente: «Requisar inmediatamente todos los automóviles [...]. Inventariar todo el material sanitario para ambulancia y establecer guardia en ésta».

Contingentes cada vez mayores de obreros sin partido se incorporaban a los ejercicios de tiro y maniobra. Crecía el número de los cuerpos de la Guardia Roja. Destacamentos armados vigilaban las fábricas noche y día. Los Estados Mayores de la Guardia Roja se instalaban en locales más amplios. El día 23 se realizó un examen de conocimientos a los guardias rojos de la fábrica de cartuchos. Un menchevique intentó hablar contra el levantamientos, pero su tentativa fue ahogada bajo una tempestad de indignación: «¡Basta, ya no es época de discutir!». Es tan irresistible el movimiento que hasta se apodera de los mencheviques. «Se alistan en la Guardia Roja —relata Tatiana Graf—, participan de todos los servicios de comando y hasta

demuestran iniciativa.» Skorinko describe de qué modo, el día 23, socialrevolucionarios y mencheviques, jóvenes y viejos, fraternizaron en el destacamento con los bolcheviques, y cómo él mismo abrazó lleno de alegría a su padre, obrero de la misma fábrica. El obrero Peskovoi relata: en el destacamento armado «había obreros jóvenes, de unos dieciséis años, y viejos que se acercaban a los cincuenta». La mezcla de edades añadía «ímpetu y espíritu combativo».

Con particular energía el arrabal de Viborg se preparaba para la batalla. Se tienen las llaves de los puentes móviles que dan al arrabal, se estudian los puntos vulnerables del distrito, éste elige su Comité Militar Revolucionario y los comités de fábrica establecen guardias permanentes. Con legítimo orgullo, dirá Kajunov de los obreros de Viborg: «Fueron los primeros en entrar en lucha contra la autocracia, los primeros en establecer en su distrito la jornada de ocho horas, los primeros en tomar las armas para protestar contra los diez ministros capitalistas, los primeros en protestar el 7 de julio contra las persecuciones infligidas a nuestro partido; y no han sido los últimos en la jornada decisiva del 25 de octubre». ¡Lo que es verdad, es verdad!

La historia de la Guardia Roja es en amplia medida la historia de la dualidad de poderes: ésta, por sus contradicciones internas y sus conflictos, facilitaba a los obreros la tarea de constituir una imponente fuerza armada, aun antes de la insurrección. Es prácticamente imposible, al menos en la actualidad, calcular el total de los destacamentos obreros que en el instante de comenzar la lucha existían en el país. De todos modos, decenas y decenas de miles de obreros armados constituían los cuadros de la insurrección. Las reservas eran casi inagotables.

Evidentemente, la organización de la Guardia Roja estaba muy lejos de ser perfecta. Todo se hacía de prisa, en bloque, no siempre con destreza. La mayor parte de los guardias rojos carecían de instrucción suficiente, los servicios de enlace funcionaban mal, los suministros eran bastante pobres, no estaba a punto el cuerpo de ambulancias. Pero reforzada con los obreros más capaces de sacrificio, la Guardia Roja hervía de impaciencia por llevar esta vez la lucha hasta el final. Y esto decidió el triunfo.

La diferencia entre los destacamentos obreros y los regimientos campesinos no consistía solo en la composición social de unos y otros. Muchísimos soldados campesinos, tras regresar a sus aldeas y repartirse la tierra de los propietarios, combatirán desesperadamente contra los guardias blancos, primero en los destacamentos de guerrilleros y después en el Ejército Rojo. Si prescindimos de la diferencia social, existe otra, que es más inmediata: mientras la guarnición es un conglomerado compulsivo de soldados veteranos refractarios a la guerra, los destacamentos de la Guardia Roja se nutren de elementos frescos, reclutados por selección individual, sobre nuevas bases y con nuevos objetivos

El Comité Militar Revolucionario dispone aún de una tercera carta: los marineros del Báltico. Por su composición social, están más próximos a los obreros que la infantería. Figuran entre ellos numerosos obreros de Petrogrado. El nivel político de los marinos es infinitamente más elevado que el de los soldados. A diferencia de los reservistas, poco combativos y que ya han olvidado el uso del fusil, los marinos no habían interrumpido el servicio de las armas.

Para las operaciones activas se podía confiar firmemente en los comunistas armados, en los destacamentos de la Guardia Roja, en la vanguardia de los marinos y en los regimientos mejor conservados. Los elementos de este conglomerado militar se completaban los unos a los otros. La guarnición era numerosa, pero faltaba voluntad de lucha. Los destacamentos de marineros no eran muy fuertes en número. La Guardia Roja carecía de experiencia. Los obreros, junto con los marineros, suministraban la energía, la audacia, el ímpetu. Los elementos de la guarnición constituían una reserva poco móvil que impresionaba por el número y avasallaba por la masa.

En contacto diario con los obreros, los soldados y los marineros, los bolcheviques advertían claramente las profundas diferencias cualitativas entre los elementos del Ejército que debían conducir al combate. Contando en buena medida con esas diferencias se elaboró el plan mismo de la insurrección.

La fuerza social del otro campo estaba constituida por las clases

poseedoras. Esto determinaba su debilidad militar. ¿Cuándo se habían batido los figurones del capital, de la prensa, de las cátedras universitarias? El teléfono o el telégrafo los ponían al tanto del resultado de los combates en los que se jugaba su propia suerte. ¿La joven generación, los hijos, los estudiantes? Casi todos eran hostiles a la insurrección de octubre. Pero, en su mayoría, lo mismo que sus padres, aguardaban a distancia el desenlace de la lucha. Una parte se adhirió después a los oficiales y a los junkers, entre los cuales existió siempre una alta proporción de estudiantes. Los propietarios no tenían al pueblo de su parte. Los obreros, los soldados y los campesinos se habían vuelto contra ellos. El derrumbe de los partidos conciliadores probaba que las clases poseedoras habían quedado sin ejército.

La importancia que los ferrocarriles asumen en la vida de los Estados modernos daba a los obreros ferroviariosl un lugar preponderante en los cálculos políticos de uno y otro bando. La composición jerárquica del personal ferroviario hacía abigarrada su composición política y daba ancho margen a la diplomacia de los conciliadores. El «Vikjel» (Comité Ejecutivo Panruso de los Ferroviarios), de reciente constitución, tenía raíces mucho más sólidas entre los empleados, y aun entre los obreros, que organizaciones del tipo de los comités de ejército en el frente. Solo una minoría de los ferroviarios seguía a los bolcheviques, y ella se concentraba en el personal de los depósitos y el de los talleres. Según el informe de Schmidt, uno de los dirigentes bolcheviques del movimiento sindical, los ferroviarios más próximos al partido eran los de las redes de Petrogrado y de Moscú.

Pero también en esa masa de empleados y de obreros conciliadores la huelga ferroviaria de finales de septiembre produjo un brusco desplazamiento hacia la izquierda. El descontento provocado por el «Vikjel», que se había comprometido con sus vacilaciones, era cada vez más agudo. Lenin señalaba que «los ejércitos de ferroviarios y empleados de Correos siguen en áspero conflicto con el gobierno». Esto era casi suficiente, desde el punto de vista de los problemas inmediatos de la insurrección.

Las cosas se presentaban menos propicias en la administración de Correos y Telégrafos. Según el bolchevique Bokii, «los aparatos

telegráficos estaban custodiados, sobre todo por kadetes». Pero también aquí el personal inferior era hostil al jerarquizado. Un sector de los carteros estaba dispuesto a obrar en el momento oportuno y apoderarse de Correo y Telégrafos.

Era imposible pensar siquiera en convencer solo con palabras a todos los ferroviarios y empleados de Correos. De vacilar los bolcheviques, los kadetes y las jerarquías conciliadoras habrían predominado. Pero si la dirección revolucionaria actuaba resueltamente, era seguro que las bases arrastrarían a las capas intermedias, aislando a los dirigentes de «Vikjel». No todo es estadística en los cálculos revolucionarios, pues siempre hay que contar con el coeficiente de la acción inmediata.

Sin embargo, los que, aun en las filas bolcheviques, se oponían a la insurrección, hallaban abundantes motivos para sus deducciones pesimistas. Zinoviev y Kamenev exhortaban a no subestimar las fueras del adversario. «Petrogrado decide, pero en Petrogrado los enemigos disponen de fuerzas importantes: cinco mil junkers, perfectamente armados y acostumbrados a batirse; un Estado Mayor, batallones de choque, los cosacos, una parte importante de la guarnición, y poderosa artillería dispuesta en abanico alrededor de la ciudad. Además, es casi seguro que los adversarios, con la ayuda del Comité Ejecutivo Central, intentarán traer tropas desde el frente [...].» La enumeración impresiona, pero no es más que una enumeración. Si el Ejército en su conjunto es un conglomerado social, cuando se escinde abiertamente, cada uno de los dos ejércitos es el conglomerado del campo respectivo. El ejército de las clases dominantes llevaba en sus entrañas el gusano del aislamiento y la disgregación.

Tras la ruptura de Kerensky con Kornilov, los hoteles, restaurantes y garitos hormigueaban de oficiales hostiles al gobierno. Pero infinitamente más vivo era su odio contra los bolcheviques. Como era norma general, la actividad más intensa en favor del gobierno la desplegaba el sector de los oficiales monárquicos. «Queridos Kornilov y Krimov, lo que no habéis podido hacer quizá nosotros lo consigamos Dios mediante [...].» Tal era la invocación del oficial Sinegub, uno de los más valerosos defensores del Palacio de invierno el día de la

insurrección. Pero aunque el cuerpo de oficiales estaba bien nutrido, muy pocas unidades se mostraron realmente dispuestas a la lucha, El complot de Kornilov ya había demostrado que el cuerpo de oficiales íntimamente desmoralizado no constituía una fuerza de combate.

La composición social de los junkers es heterogénea; no existe unanimidad entre ellos. Junto a los militares por herencia, hijos y nietos de oficiales, hay buen número de elementos adventicios, reclutados a causa de la guerra, ya en tiempos de la monarquía. El jefe de la Escuela de ingenieros le dice a un oficial: «Tú y yo estamos condenados... ¿no somos nobles acaso y podemos razonar de otra manera?» A los junkers de origen democrático, estos señores jactanciosos que habían sabido eludir con éxito una muerte noble los consideran palurdos, *mujiks*, «de rasgos groseros y obtusos». Hay una línea muy marcada dentro de las escuelas de junkers que separa a los hombres de sangre roja de los de sangre azul, y los más celosos en defender el poder republicano son, precisamente, quienes más añoran el régimen de la monarquía. Los junkers democráticos declaran que no están a favor de Kerensky sino del Comité Ejecutivo Central. La revolución había abierto a los judíos las puertas de las escuelas de junkers. Para estar a la altura de los privilegiados, los hijos de familia de la burguesía judía manifiestan una belicosa hostilidad hacia los bolcheviques. Desgraciadamente, ello no bastó para salvar al régimen, ni siquiera para defender el Palacio de invierno. La composición heterogénea de las escuelas militares y su absoluto aislamiento con relación al Ejército daban como resultado que en los momentos críticos también los junkers comenzasen a celebrar sus asambleas: ¿Qué decidirán los cosacos?, ¿se moverán otras fuerzas, junto con nosotros? Y, en general, ¿vale la pena batirse por el Gobierno Provisional?

Según el informe de Podvoiski, a principios de octubre había unos ciento veinte junkers socialistas en las escuelas militares de Petrogrado, de los cuales cuarenta y dos o cuarenta y tres eran bolcheviques. «Los junkers dicen que los mandos de las escuelas son todos contrarrevolucionarios. En previsión de manifestaciones, se los prepara ostensiblemente para aplastar el levantamiento [...].» Como puede verse, el número de socialistas, sobre todo el de bolcheviques,

es insignificante. Pero estos últimos permiten al Smolny tener un conocimiento esencial de cuanto sucede en el ambiente de los junkers, Por lo demás, la topografía de las escuelas militares les es sumamente desventajosa: los junkers están diseminados por los diversos cuarteles, y aunque hablen con desdén de los soldados, los miran con suma aprensión.

Hay motivos más que suficientes para sus temores. De los cuarteles vecinos y de los barrios obreros, miles de ojos hostiles siguen a los junkers. La vigilancia es tanto más efectiva cuanto que en cada escuela existe un destacamento de soldados, neutrales de palabra, pero inclinados de hecho hacia los insurgentes. Los arsenales de las escuelas están en manos de los soldados rasos. «Estos tunantes—escribe un oficial de la Escuela de Ingeniería— no solo han perdido las llaves del depósito, obligándome a hacer derribar la puerta, sino que además les habían quitado el cerrojo a las ametralladoras y las habían escondido vaya a saber dónde.» En circunstancias como éstas, es difícil aguardar de los junkers milagros de heroísmo.

Contra la insurrección de Petrogrado, ¿no existía el peligro de un golpe de afuera, desde las guarniciones vecinas? Durante los últimos días de su existencia, la monarquía había confiado persistentemente en el pequeño anillo de tropas que rodeaban la capital. Era un mal cálculo. Pero ¿qué sucedería esta vez? Aguardar a que todo peligro fuese suprimido era tanto como hacer superflua la misma insurrección. El objeto de esta última es abatir los obstáculos que no pueden suprimirse políticamente. Imposible calcularlo todo de antemano. Pero cuanto podía preverse fue calculado.

A principios de octubre se celebró en Cronstadt la Conferencia de los soviets de la provincia de Petrogrado. Los delegados de las guarniciones de los alrededores —de Gatchina, de Tsarskoie-Selo, de Krasnoie-Selo, de Oranienbaum, de Cronstadt mismo— dieron la nota más alta según el diapasón de los marineros del Báltico. La resolución presentada por ellos contó con el apoyo del Soviet de Diputados Campesinos de la provincia de Petrogrado, donde los *mujiks*, sobrepasando a los socialrevolucionarios de izquierda se inclinaban vivamente hacia los bolcheviques.

En la Conferencia del Comité Central del día 16, el obrero Stepanov esbozó un cuadro bastante abigarrado sobre la situación de fuerzas en la provincia, pero en el que predominaban netamente los colores del bolchevismo. En Sestroretsk y en Kolpino los obreros se arman y están animados para entrar en batalla. En Novi-Peterhof ha cesado el trabajo en el regimiento, que está desorganizado. En Krasnoie-Selo, el 176º regimiento (el mismo que el 4 de julio había montado guardia ante el Palacio de Táurida) y el 172º están del lado de los bolcheviques «y hay que añadir la caballería». En Luga, la guarnición de treinta mil hombres se ha pasado a los bolcheviques, aunque un sector está vacilante; el soviet está aún por la defensa nacional. El regimiento de Gdova es bolchevique. El ánimo combatiente era menor en Cronstadt; la ebullición de los últimos meses había sido demasiado intensa y los mejores elementos de la marinería se hallaban en la flota en operaciones de guerra. El Soviet de Schlusselburgo, a sesenta *verstas* de Petrogrado, era desde hacía tiempo el único poder; los obreros de la fábrica de pólvora estaban dispuestos a salir en cualquier momento para apoyar a la capital.

Si se los combina con los resultados de la Conferencia de los soviets celebrada en Cronstadt, los datos sobre las reservas de primera línea pueden considerarse plenamente alentadores. Las ondas emanadas de la insurrección de febrero tuvieron poder suficiente como para disolver la disciplina en un radio muy amplio. La confianza en las guarniciones más próximas a la capital es más firme todavía, ahora que sus tendencias han podido compulsarse de antemano.

A las reservas de segunda línea pertenecen las tropas de los frentes de Finlandia y del norte. Allí las cosas se presentan de manera aún más favorable. El trabajo de Smilga, de Antonov, de Dybenko rindió frutos inapreciables. Con la guarnición de Helsingfors, la flota se transformó, sobre el territorio de Finlandia, en un poder soberano. El gobierno carece allí de toda autoridad. Dos divisiones de cosacos llevadas a Helsingfors, con las que Kornilov pensaba desatar un golpe sobre Petrogrado, terminaron por ligarse estrechamente a los marineros y sostenían a los bolcheviques o a los socialrevolucionarios de izquierda, los que en la flota de Báltico se distinguían muy poco de los bolcheviques.

Helsingfors tendió la mano a los marineros de la base de Reval, no tan resueltos hasta entonces. El Congreso Regional de los Soviets del Norte, donde también la flota del Báltico tenía, aparentemente, la iniciativa reunió a los soviets de las guarniciones más próximas a Petrogrado, en un círculo tan amplio que englobaba, desde Moscú a Arjángel. «De este modo —escribe Antonov— se realizaba la idea de blindar la capital de la revolución contra los posibles ataques de las tropas de Kerensky.» Smilga retornó del Congreso a Helsingfors para organizar un destacamento especial de marineros, infantes y artilleros dispuestos a partir hacia Petrogrado a la primera señal. El ala finlandesa era uno de los sostenes más seguros de la insurrección de Petrogrado. De allí podía esperarse, no un golpe, sino una ayuda seria.

Pero también en otros sectores del frente las cosas se presentaban bien, mucho mejor, en todo caso, de lo que imaginaban los bolcheviques más optimistas. Durante el mes de octubre, al celebrarse nuevas elecciones para los comités de ejército, en todas partes se produjo un vuelco a favor de los bolcheviques. En los cuerpos acantonados alrededor de Dvinsk, «los viejos soldados razonables» fueron totalmente marginados de los comités de regimiento y de compañía, y su lugar lo ocuparon «oscuros e ignorantes sujetos... de ojos irritados, centelleantes y gargantas de lobo». En otros sectores sucedía algo semejante. «En todas partes se celebran nuevas elecciones para los comités, y en todas partes se elige únicamente a bolcheviques y derrotistas.» Los comisarios del gobierno comenzaban a evitar las misiones en los regimientos: «En estos momentos, su situación no es mejor que la nuestra». Citamos aquí al barón Budberg. Dos regimientos de caballería de su cuerpo, uno de húsares y otro de cosacos del Ural, que habían obedecido más tiempo que otros las órdenes de sus jefes y no se negaban a reprimir los motines, defeccionaron de pronto y conminaron a que «se les eximiese de toda función punitiva o policial». No se ocultaba al barón la amenaza implícita en esta advertencia. «No se puede tener a raya a una jauría de hienas, de chacales y de carneros, tocando el violín —escribía— [...]. La única salida es aplicar el hierro candente cuantas veces resulte necesario.» Y sigue una confesión trágica: «Pero el hierro falta y no se sabe dónde encontrarlo».

Si no mencionamos testimonios similares, de los otros cuerpos y divisiones, es porque sus jefes no eran tan observadores como Budberg, o porque no llevaban diario íntimo, o porque aún esos diarios no han salido a la superficie. Pero el cuerpo de ejército acantonado en Dvinsk en nada esencial se distinguía, si no es por el vivaz estilo de su jefe, de los demás cuerpos del 5º Ejército, que, por su parte, solo llevaba una débil ventaja a los otros contingentes.

Ya hacía bastante tiempo que el Comité Conciliador del 5º Ejército planeaba en el vacío, pero seguía telegrafiando amenazas a Petrogrado de restablecer a bayonetazos el orden en la retaguardia. «Son puras fanfarronadas, nada más que viento», escribe Budberg. El Comité vivía sus últimas jornadas. El 23 hubo elecciones y los bolcheviques tuvieron mayoría. Ocupó la presidencia del nuevo Comité bolchevique el doctor Sklianski, joven y excelente organizador que pronto dio toda la medida de su talento en el proceso de formación del Ejército Rojo.

El 22 de octubre, el adjunto del comisario gubernamental del frente norte comunicaba al Ministro de la guerra que las ideas del bolchevismo tenían en el Ejército un éxito siempre creciente, y que la misma artillería se hacía «accesible a la propaganda derrotista», deponiendo una resistencia sostenida casi hasta el último momento. Éste era otro síntoma de gran importancia. «El Gobierno Provisional no goza de autoridad alguna»: así se expresa en un informe al gobierno de uno de sus agentes directos en el Ejército, tres días antes de la insurrección.

Cierto es que el Comité Militar Revolucionario aún no conocía tales documentos. Pero lo que sabía era más que suficiente. El 23, los representantes de los diversos contingentes del frente desfilaron ante el Soviet de Petrogrado exigiendo la paz; en caso contrario, las tropas se lanzarían contra la retaguardia, para «exterminar a todos los parásitos que se disponen a continuar la guerra otros diez años». Tomad el poder, decían al Soviet los hombres del frente: «Las trincheras os sostendrán».

En los frentes más lejanos y atrasados en el sudoeste y el rumano,

los bolcheviques eran todavía rarezas, seres extraños. Pero también allí imperaba un espíritu similar en los soldados. Eugenia Boch relata que entre los sesenta mil soldados del 2º Cuerpo de la Guardia, acuartelado cerca de Jmerinka apenas si había un joven comunista y dos simpatizantes, lo que no impidió que en las jornadas de octubre el Cuerpo saliese a defender la insurrección.

Hasta el último momento los círculos gubernativos depositaban sus esperanzas en las tropas cosacas. Un poco menos ciegos, los políticos burgueses de derecha comprendían que ni aun allí marchaban bien las cosas. Casi todos los oficiales cosacos eran kornilovianos. Los cosacos de fila siempre se alineaban más hacia la izquierda. Esto no lo comprendió el gobierno durante mucho tiempo, e interpretaba que la frialdad de los regimientos cosacos ante el Palacio de invierno provenía del agravio inferido a Kaledin. Pero al final resultó claro, hasta para el Ministro de justicia, Maliantovich, que Kaledin «solo tenía a sus espaldas a los oficiales cosacos, y que los cosacos de fila, como los demás soldados, se inclinaban lisa y llanamente al bolchevismo».

De aquel frente que, en los primeros días de marzo, besaba manos y pies al sacrificio liberal, que llevaba en triunfo a los ministros kadetes, se embriagaba con los discursos de Kerensky y creía que los bolcheviques eran agentes de Alemania, ya nada quedaba. Las ilusiones rosas yacían pisoteadas en el fango de las trincheras, que los soldados se negaban a seguir midiendo con sus botas agujereadas. «El desenlace se aproxima —escribía Budberg, el mismo día de la insurrección de Petrogrado— y no puede existir la menor duda sobre ese desenlace; en nuestro frente ya no queda un solo efectivo... que no esté en poder de los bolcheviques.»

«El arte de la insurreccion» es el capitulo XX del tomo II de *Historia de la revolucion rusa*, escrita entre 1929 y 1932.

APÉNDICE B: LAS ENSEÑANZAS DE LA INSURRECCIÓN EN MOSCÚ

Vladimir Illich Lenin

El libro *Moscú en diciembre de 1905* ha visto la luz con la mayor oportunidad. Asimilar la experiencia de la insurrección de diciembre es una tarea urgente del partido obrero. Es de lamentar que este libro sea ese poco de hiel que hace amarga mucha miel; los datos son interesantísimos, a pesar de ser incompletos, mientras que las conclusiones son increíblemente descuidadas, increíblemente vulgares. De esas conclusiones hablaremos aparte[1]. De momento abordaremos la cuestión política de palpitante actualidad: las enseñanzas de la insurrección de Moscú.

La forma principal del movimiento de diciembre en Moscú fue la huelga pacífica y las manifestaciones. La inmensa mayoría de la masa obrera no participó activamente mas que en estas formas de lucha. Pero precisamente la acción de diciembre en Moscú demostró de un modo evidente que la huelga general, como forma independiente y principal de lucha, ha caducado, que el movimiento, con una fuerza espontánea e irresistible, se desborda de este marco estrecho y engendra la forma suprema de lucha: la insurrección.

Al declarar la huelga, todos los partidos revolucionarios y todos los sindicatos de Moscú se daban cuenta e incluso percibían que se transformaría inevitablemente en insurrección. El 6 de diciembre, el

1. V. I. Lenin: *Fuera!* (N. de la Edit.)

Soviet de Diputados Obreros acordó «tender a transformar la huelga en insurrección armada». Pero, en realidad ninguna de las organizaciones estaba preparada para ello; incluso el Consejo de coalición de los destacamentos obreros de combate[2] hablaba (¡*el 9 de diciembre*!) de la insurrección como de una cosa lejana, y es indudable que la lucha en la calle se desplegó por encima e independientemente de aquél. Las organizaciones *habían quedado rezagadas* del crecimiento y de la amplitud del movimiento.

La huelga se iba transformando en insurrección, ante todo, bajo la presión de las condiciones objetivas creadas después de octubre[3]. No era ya posible sorprender al gobierno por medio de una huelga general; éste había organizado ya una contrarrevolución presta a obrar militarmente. Tanto el curso general de la revolución rusa después de octubre como la sucesión de los acontecimientos de Moscú en las jornadas de diciembre han confirmado de un modo admirable una de las profundas tesis de Marx: la revolución avanza por el hecho de que crea una contrarrevolución fuerte y unida, es decir, obliga al enemigo a recurrir a medios de defensa cada vez más extremos y elabora, por lo mismo, medios de ataque más potentes cada día[4].

Los días 7 y 8 de diciembre huelga pacífica, manifestaciones pacíficas de masas. El 8 por la noche: sitio del Acuario[5]. El 9, durante el día:

2. *Destacamentos obreros de combate*: destacamentos armados de obreros, creados para la lucha contra el zarismo en los centros industriales de Rusia en el año revolucionario de 1905. Los destacamentos de combate participaron en la insurrección armada de Moscú y en las de otras ciudades. Integraban el Consejo de coalición de los destacamentos obreros de combate, fundado en Moscú a fines de octubre de 1905, representantes de los destacamentos de combate organizados por los partidos socialdemócrata, eserista y otros. La mayoría eserista y menchevique de este consejo desorganizaba su labor; durante la insurrección armada de diciembre, el Consejo de coalición se vio a la zaga de los acontecimientos revolucionarios y no supo desempeñar su papel de Estado Mayor de operaciones de la insurrección.

3. En octubre de 1905, el proletariado revolucionario de Rusia declaró la huelga política general en toda Rusia. Suspendieron el trabajo en el inmenso país todas las fábricas, talleres y ferrocarriles. La huelga general mostró la gran fuerza de la clase obrera. El zar se vio obligado a hacer público el 17 de octubre un manifiesto en el que prometía «otorgar» una constitución y la libertad de palabra, reunión, prensa, etc. Las promesas del zar fueron un engaño y quedaron sin cumplir.

4. Lenin aduce una tesis de la obra de K. Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*.

5. En la anochecida del 8 (21) de diciembre de 1905, los soldados y la policía acordonaron el jardín «Acuario», en el local de cuyo teatro transcurría a la sazón un multitudinario mitin. Se logró evitar

los dragones cargan contra la muchedumbre en la plaza Strastnaya. Por la noche, devastación de la casa de Fídler[6]. Los ánimo se exaltan. La muchedumbre no organizada de la calle levanta, de modo completamente espontaneo y con vacilaciones, las primeras barricadas.

El 10, la artillería abre fuego contra las barricadas y contra la muchedumbre en las calles. Las barricadas son levantadas con seguridad y no son ya un hecho aislado, sino absolutamente a escala de masas. Toda la población está en las calles; los principales centros de la ciudad se cubren de una red de barricadas. Durante varios días se desarrolla una obstinada lucha de guerrillas entre los destacamentos de combate y la tropa, lucha que extenúa a los soldados y obliga a Dibásov a implorar refuerzos. Hasta el 15 de diciembre la superioridad de las fuerzas gubernamentales no es completa; y el 17, el regimiento Semiónovski[7] devasta la barricada de Presnia, último baluarte de la insurrección.

De la huelga y de las manifestaciones a las barricadas aisladas. De las barricadas aisladas a las barricadas levantadas en masa y a la lucha en las calles contra la tropa. Por encima de las organizaciones, la lucha proletaria de masas pasa de la huelga a la insurrección. Esta es la grandiosa conquista histórica de la revolución rusa en las jornadas de diciembre de 1905, lograda, como todas las precedentes al precio de sacrificios inmensos. El movimiento ha sido elevado de la huelga política general al grado superior, ha forzado a la reacción a ir *hasta el fin* en su resistencia, aproximando así, en proporciones gigantescas, el momento en que la revolución llegará también hasta el fin en el empleo de los medios de ofensiva. La reacción *no puede* hacer más que cañonear las barricadas, las casas y a la muchedumbre de la calle. La revolución tiene todavía adónde ir, más allá de los destacamentos

el derramamiento de sangre merced a las abnegadas acciones de los destacamentos obreros que lo custodiaban; a los que llevaban armas se les dio la posibilidad de escapar por aberturas en la valla, pero los otros participantes en el mitin salieron por la puerta y fueron cacheados, aporreados y muchos, detenidos.

6. El local de la escuela de Fídler era un lugar permanente de mitines y reuniones del partido.

7. *El regimiento Semiónovski* de la guardia fue enviado de San Petersburgo a Moscú en diciembre de 1905 para reprimir la insurrección de los obreros moscovitas sublevados.

de combate de Moscú, mucho más allá tanto en extensión como en profundidad. Y la revolución ha hecho ya mucho camino después de diciembre. La base de la crisis revolucionaria se ha hecho infinitamente más amplia; ahora hay que afilar más el corte.

El camino de las condiciones objetivas de la lucha, cambio que exigía pasar de la huelga a la insurrección, lo ha sentido el proletariado antes que sus dirigentes. La práctica, como siempre, ha precedido a la teoría. La huelga pacífica y las manifestaciones han dejado en seguida de satisfacer a los obreros, que preguntaban: ¿y después?, y exigían acciones enérgicas. La directriz de levantar barricadas llegó a los barrios con inmenso retraso, cuando se construían ya en el centro. Los obreros se pusieron en masa a la obra, pero *esto tampoco les satisfacía*, y preguntaban: ¿y después?, y exigían acciones enérgicas. Nosotros, dirigentes del proletariado socialdemócrata, hemos hecho en diciembre como ese estratega que tenía sus regimientos dispuestos de manera tan absurda que la mayor parte de sus tropas no estaban en condiciones de participar activamente en la batalla. Las masas obreras buscaban directrices para acciones enérgicas de las masas, y no las encontraban.

Así pues, nada más miope que el punto de vista de Plejánov, que hacen suyo todos los oportunistas, de que no se debió emprender esta huelga inoportuna, que «no se debía haber empuñado las armas». Por el contrario, lo que se debió hacer fue empuñar las armas con más resolución, con más energía y mayor acometividad; lo que se debió hacer fue explicar a las masas la imposibilidad de una huelga puramente pacífica y la necesidad de una lucha armada denodada e implacable. Y hoy debemos, en fin, reconocer públicamente, y proclamar bien alto, la insuficiencia de las huelgas políticas; debemos llevar a cabo la agitación entre las más grandes masas a favor de la insurrección armada, sin disimular esta cuestión mediante ningún «grado preliminar», sin cubrirla con ningún velo. Ocultar a las masas la necesidad de una guerra encarnizada, sangrienta y exterminadora como tarea inmediata de la acción próxima es engañarse a sí mismo y engañar al pueblo.

Tal es la primera lección de los acontecimientos de diciembre. La

segunda concierne al carácter de la insurrección, a la manera de hacerla, a las condiciones en las cuales las tropas se pasan al lado del pueblo. Sobre este último punto, entre el ala derecha de nuestro partido está muy extendida una opinión muy unilateral. La de que es imposible luchar contra un ejército moderno; es preciso que el ejército se haga revolucionario. Se comprende que si la revolución no gana a las masas y al ejército mismo, no se puede ni pensar en una lucha seria. Se comprende que el trabajo en el ejército es necesario. Pero no hay que figurarse este cambio de frente en la tropa como un acto simple, único, resultante de la persuasión, por una parte, y de la comprensión por otra. La insurrección de Moscú demuestra con evidencia lo que esta concepción tiene de rutinaria y muerta. La vacilación de la tropa, en realidad inevitable en presencia de todo movimiento verdaderamente popular, conduce, cuando la lucha revolucionaria se hace más aguda, a una verdadera *lucha por ganarse el ejército*. La insurrección de Moscú nos muestra precisamente la lucha más implacable, más furiosa, entablada entre la reacción y la revolución, por conquistar el ejército. Dubásov mismo ha declarado que solo 5.000 hombres, de los 15.000 de la guarnición de Moscú, eran de confianza. El gobierno retenía a los vacilantes por las medidas más diversas y más extremas: se les persuadía, se les adulaba, se les sobornaba, distribuyéndoles relojes, dinero, etc.; se les emborrachaba con aguardiente, se les engañaba, se les aterrorizaba, se les encerraba en los cuarteles, se les desarmaba, se les arrancaba por la traición y la violencia a los soldados considerados más inseguros. Y hay que tener el valor de reconocer franca y públicamente que en este aspecto el gobierno nos ha dejado atrás. No supimos utilizar las fuerzas de que disponíamos para sostener con tanta actividad, audacia, espíritu de iniciativa y de ofensiva una lucha por ganarnos el ejército vacilante, como la que el gobierno ha emprendido y realizado con éxito. Nos dedicamos y nos dedicaremos todavía con mayor tenacidad a «trabajar» ideológicamente al ejército; pero no seríamos más que unos lamentables pedantes si olvidásemos que en el momento de la insurrección es precisa también la lucha física por la conquista del ejército.

El proletariado de Moscú nos dio durante las jornadas de diciembre admirables lecciones de «preparación» ideológica de la tropa: por

ejemplo, el 8 de diciembre, en la plaza Strastnaya, cuando la muchedumbre rodeó a los cosacos[8], se mezcló y fraternizó con ellos y los persuadió de que se volviesen atrás. O bien el 10, en Presnia, cuando dos jóvenes obreras que llevaban una bandera roja entre una muchedumbre de diez mil personas, salieron al paso de los cosacos gritando: «¡Matadnos! ¡Mientras nos quede vida no tomaréis nuestra bandera!» y los cosacos, confusos, volvieron grupas, en tanto que la muchedumbre gritaba: «¡Viva los cosacos!» Estos modelos de audacia y de heroísmo deben quedar grabados para siempre en la conciencia del proletariado.

Pero he aquí ejemplos de nuestro retraso con respecto a Dubásov. El 9 de diciembre van soldados por la calle Bolshaya Serpujóvskaya, cantando *La Marsellesa*, a unirse a los insurrectos. Los obreros les mandan delegados. Malájov va a galope tendido hacia ellos. Los obreros llegan con retraso; Malájov llega a tiempo, pronuncia un discurso inflamado, que hace vacilar a los soldados, después de lo cual los cerca con los dragones, los conduce al cuartel y los encierra. Malájov supo llegar a tiempo y nosotros no, a pesar de que, en dos días, a nuestro llamamiento se habían alzado ciento cincuenta mil hombres, los cuales habrían podido y debido organizar un servicio de patrullas en las calles. Malájov hizo cercar a los soldados por los dragones, y nosotros no hicimos cercar a los Malájov por obreros armados de bombas. Habríamos podido y debido hacerlo; y desde hace mucho tiempo la prensa socialdemócrata (la vieja Iskra[9] venía

8. *Cosacos*: En un principio, gente libre que se había evadido del yugo feudal (campesinos siervos y pobres de las ciudades) que se asentaba en las regiones de la periferia del Estado ruso (el Don, el Yaik, Zaporozhie, etc.). En el siglo XVIII eran agricultores con franquicias obligados a prestar servicio militar en condiciones especiales. De ellos se formaban a menudo unidades militares especiales que la autocracia empleaba para combatir el movimiento revolucionario.

9. *Iskra* (La Chispa): primer periódico marxista clandestino central para toda Rusia. Lo fundó Lenin en diciembre de 1900 en el extranjero, de donde era enviado clandestinamente a Rusia. *Iskra* desempeñó un magno papel en la cohesión ideológica de los socialdemócratas rusos y en los preparativos para unificar en un partido marxista revolucionario las organizaciones socialdemócratas locales, que estaban dispersas. Después de la escisión del partido en el II Congreso del POSDR (1903) en bolcheviques (revolucionarios consecuentes) y mencheviques (corriente oportunista), *Iskra* pasó a manos de los mencheviques (a partir del nº 52, noviembre de 1903) y empezó a denominarse *nueva Iskra*, a diferencia de la *vieja Iskra* leninista. Los mencheviques convirtieron la *Iskra* en un órgano de lucha contra el marxismo, contra el partido, en una tribuna del oportunismo.

señalando ya que el exterminio implacable de los jefes civiles y militares es nuestro deber en tiempo de insurrección). Lo que se produjo en la calle Bolshaya Serpujóvskaya, a lo que se ve, se repitió, a grandes rasgos, ante los cuarteles Nesvizhskie y Krútitskie, y cuando las tentativas del proletariado de «ganarse» al regimiento de Ekaterinoslav, y cuando el envío de delegados a los zapadores de Alexándrov, y cuando la reexpedición de la artillería de Rostov dirigida contra Moscú, y cuando el desarme de los zapadores de Kolomna, y así sucesivamente. Durante la insurrección no estuvimos a la altura de nuestra misión en la lucha por la conquista del ejército vacilante.

Diciembre confirmó con evidencia otra tesis profunda de Marx, olvidada por los oportunistas: la insurrección es un arte, y la principal regla de este arte *es la ofensiva*, una ofensiva sumamente intrépida y de una firmeza inquebrantable[10]. No hemos asimilado suficientemente esta verdad. Hemos estudiado y enseñado a las masas de un modo insuficiente este arte, esta regla de la ofensiva a toda costa. Ahora, nuestro deber consiste en reparar con toda energía esta falta. No basta agruparse en torno a consignas políticas: es preciso agruparse también para la insurrección armada. Quien esté en contra, quien no se prepare para ella, debe ser expulsado sin piedad de las filas de los partidarios de la revolución; echado al campo de sus adversarios, de los traidores o de los cobardes, pues se aproxima el día en que la fuerza de los acontecimientos y las circunstancias de la lucha nos obligarán a distinguir por este signo a los amigos y a los enemigos. No debemos predicar la pasividad, ni la simple «espera» del momento en que la tropa «se pase» a nuestro lado; debemos echar todas las campanas al vuelo para proclamar la necesidad de la ofensiva intrépida, del ataque a mano armada, la necesidad de exterminar a los jefes y de luchar con la mayor energía por la conquista del ejército vacilante.

La tercera gran lección que nos ha dado Moscú se refiere a la táctica

10. Se alude a la obra de F. Engels *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (cap. XVII). Lenin, que escribió su artículo en 1906 aún no sabía que el autor era Engels, ya que dicha obra se publicó en 1851-1852 en *The New York Daily Tribune* en una serie de artículos firmados por Marx (a la sazón, colaborador de este periódico). Engels escribió estos artículos por encargo de Marx. Solo en 1914, con motivo de la publicación de la correspondencia entre Marx y Engels, se supo que *Revolución y contrarrevolución en Alemania* era debida a la pluma de Engels.

y a la organización de las fuerzas para la insurrección. La táctica militar depende del nivel de la técnica militar. Engels repitió con machaconería esta verdad y se la sirvió con cuchara a los marxistas[11]. La técnica militar no es hoy lo que era a mediados del siglo XIX. Oponer la muchedumbre a la artillería y defender las barricadas a tiros de revólver sería estúpido. Y Kautsky tenía razón cuando escribía que ya es hora, después de Moscú, de revisar las conclusiones de Engels, y que Moscú ha hecho aparecer una «*nueva táctica de barricadas*». Esta táctica es la táctica de las guerrillas. La organización que dicha táctica supone son los destacamentos móviles y pequeñísimos: grupos de diez, de tres, incluso de dos. Entre nosotros se puede encontrar ahora con frecuencia a socialdemócratas que se ríen burlonamente cuando se habla de esos grupos de cinco o de tres. Pero las risas burlonas no son más que un medio barato de cerrar los ojos ante esta nueva cuestión de la táctica y de la organización reclamadas por el combate de calle, dada la técnica militar moderna. Lean atentamente el relato de la insurrección de Moscú, señores, y comprenderán la relación existente entre los «grupos de cinco» y el problema de la «nueva táctica de barricadas».

Moscú hizo aparecer esta táctica, pero está lejos de haberla desarrollado, está lejos de haberla desplegado en proporciones algo amplias, realmente de masas. Los miembros de los destacamentos eran poco numerosos; la masa obrera no había recibido la consigna de atacar con denuedo y no la puso en práctica; el carácter de los destacamentos de guerrilleros era demasiado uniforme; su armamento y sus procedimientos, insuficientes; su aptitud de dirigir a la muchedumbre, casi rudimentaria. Debemos reparar esta falta, y la repararemos estudiando la experiencia de Moscú, propagando esta experiencia entre las masas, estimulando el genio creador de las masas mismas en el sentido del desarrollo ulterior de la experiencia. Y la guerra en guerrillas, el terror masivo que casi sin interrupción se extiende por todas partes en Rusia a partir del mes de diciembre contribuirán sin duda a enseñar a las masas la táctica acertada durante la insurrección. La socialdemocracia debe admitir e incorporar a su táctica este terror ejercido por las masas, naturalmente, organizándolo

11. Desarrolla este tesis F. Engels en varias de sus obras, particularmente en *Anti-Dühring.*

y controlándolo, subordinándolo a los intereses y a las condiciones del movimiento obrero y de la lucha revolucionaria general, eliminando y cortando implacablemente esa deformación «apachesca» de la guerra de guerrillas, de la cual hicieron justicia de una manera tan maravillosa y tan implacable los moscovitas durante las jornadas de la insurrección y los letones durante las jornadas de las famosas repúblicas letonas[12].

La técnica militar hace nuevos progresos en estos últimos tiempos. La guerra japonesa[13] ha hecho aparecer la granada de mano. Las fábricas de armas han lanzado al mercado el fusil automático. La una y el otro comienzan ya a ser empleados con éxito en la revolución rusa, pero en proporciones que están lejos de ser suficientes. Podemos y debemos aprovechar los progresos de la técnica, enseñar a los destacamentos obreros la fabricación a gran escala de bombas, ayudarles, así como a nuestros destacamentos de combate, a procurarse explosivos, detonadores y fusiles automáticos. Si la masa obrera participa en la insurrección en las ciudades, si atacamos en masa al enemigo, si luchamos de una manera diestra y decidida por conquistar al ejército, que vacila aún más después de la Duma[14], después de Sveaborg

12. En diciembre de 1905 algunas ciudades letonas pasaron a manos de los destacamentos armados de obreros, braceros y campesinos insurrectos. Empezó una guerra de guerrillas contra las tropas zaristas. Las insurrecciones de Letonia fueron sofocadas en enero de 1906 por expediciones punitivas del gobierno zarista.

13. *Guerra ruso-japonesa*: guerra imperialista entre la Rusia zarista y Japón en los años 1904-1905. El Japón asestó a las tropas zaristas varias derrotas catastróficas y ganó la guerra. En septiembre de 1905 se firmó el tratado de paz de Portsmouth (Estados Unidos) entre Rusia y Japón. El descalabro militar agravó la crisis política y aceleró el comienzo de la revolución en Rusia.

14. *Duma* de Estado: organismo representativo que el gobierno zarista se vio obligado a convocar como resultado de los acontecimientos revolucionarios de 1905. Formalmente, la Duma de Estado era un órgano legislativo; pero, en realidad, carecía de todo poder real. Las elecciones a la Duma de Estado no eran ni directas, ni iguales, ni universales. Los derechos electorales de las clases trabajadoras, así como de las naciones alógenas que pueblan Rusia, estaban muy restringidos; una gran parte de obreros y campesinos se veía privada de ellos, en general.
Se trata de la I Duma de Estado (denominada de Witte), convocada en abril de 1906 según el reglamento elaborado por el presidente del Consejo de Ministros S. Witte. Las elecciones se celebraron en febrero-marzo de 1906. Los bolcheviques les declararon el boicot, y éste socavó considerablemente el prestigio de la Duma de Estado y debilitó la fe de una parte de la población en ella; pero no se logró hacer fracasar las elecciones. Al fracaso del boicot contribuyeron los planteamientos desorganizadores de los mencheviques y la existencia de fuertes ilusiones constitucionales entre los campesinos. Cuando, a pesar de todo, la duma se reunió, Lenin planteó la tarea de utilizarla con fines de agitación y propaganda revolucionarias para desenmascararla como burda falsificación de la representatividad del pueblo. Pese a todas sus debilidades y a la

y Cronstad[15], si la participación del campo en la lucha común es asegurada, ¡la victoria será nuestra en la próxima insurrección armada de toda Rusia!

Despleguemos, pues, con mayor amplitud nuestra actividad y definamos con mayor audacia nuestras tareas, asimilando las enseñanzas de las grandes jornadas de la revolución en Rusia. Nuestra actividad se basa en una apreciación justa de los intereses de las clases y de lo que requiere el desarrollo de todo el pueblo en el momento presente. En torno a la consigna: derrocamiento del poder zarista y convocatoria de la Asamblea Constituyente por un gobierno revolucionario, agrupamos y agruparemos a una parte cada vez mayor del proletariado, de los campesinos y del ejército. Desarrollar la conciencia de las masas sigue siendo, como siempre, la base y el contenido principal de todo nuestro trabajo. Pero no olvidemos que a esta tarea general, constante, fundamental, en los momentos como el que atraviesa Rusa, se agregan tareas particulares, especiales. No nos convirtamos en pedantes y filisteos, no rehuyamos estas tareas particulares del momento, estas tareas especiales de las formas actuales de lucha, recurriendo a lugares comunes sobre nuestros deberes constantes e inmutables, cualesquiera que sean los tiempos y las circunstancias.

Recordemos que la gran lucha de masas se aproxima y que ésta será la insurrección armada, la cual debe ser, en la medida de lo

ambigüedad de sus decisiones, la I Duma de Estado defraudó las esperanzas del gobierno, que la disolvió el 8 (21) de julio de 1906.
El 11 (24) de diciembre de 1905, el gobierno zarista promulgó una ley electoral, según la cual se celebraron las elecciones a la I Duma (abril-julio de 1906). A diferencia del Reglamento sobre la Duma «consultiva» de Bulyguin, la nueva ley preveía la elección de una Duma «legislativa». A las curias antes establecidas: agrícola (terrateniente), urbana (burguesa) y campesina se agregó la curia obrera y se amplió algo el número de electores urbanos, conservándose el total de compromisarios de la curia urbana. El sufragio no era universal. Estaban privados del derecho al voto las mujeres, los obreros de las pequeñas empresas, los pueblos nómadas, los soldados y los menores de veinticinco años. Las elecciones eran desiguales: correspondía un compromisario por cada dos mil electores de la curia terrateniente, por cada siete mil de la curia urbana, por cada treinta mil de la curia campesina y por cada noventa mil de la curia obrera. Las elecciones eran indirectas, se hacían en varias etapas.

15. Se refiere a los levantamientos de los soldados y marinos en las fortalezas de Sveaborg (cerca de Helsingfors) y Cronstad en julio de 1906.

posible, simultánea. Las masas deben saber que se lanzan a una lucha armada, sangrienta, sin cuartel. El desprecio a la muerte debe difundirse entre las masas y asegurar la victoria. La ofensiva contra el enemigo deber ser lo más enérgica posible; ofensiva, y no defensiva: ésta debe ser la consigna de las masas; y su tarea, exterminio implacable del enemigo; la organización de la lucha se hará móvil y ágil; los elementos vacilantes del ejército serán incorporados a la lucha activa. El partido del proletariado consciente debe cumplir con su deber en esta gran lucha.

Publicado el 29 de agosto de 1906 en el número 2 de *Proletari*.

APÉNDICE C: LA GUERRA DE GUERRILLAS

Vladimir Illich Lenin

La cuestión de la acción guerrillera es de sumo interés para nuestro partido y para las masas obreras. Ya nos hemos referido de paso a ella más de una vez, y ahora, tal como lo habíamos prometido, nos proponemos ofrecer una exposición más completa de nuestras ideas al respecto.

APÉNDICE C: I

Comencemos por el principio. ¿Cuáles son las exigencias fundamentales que todo marxista debe presentar para el análisis de la cuestión de las formas de lucha? En primer lugar, el marxismo se distingue de todas las formas primitivas del socialismo porque no liga el movimiento a una sola forma determinada de lucha. El marxismo admite las formas más diversas de lucha; además, no las «inventa», sino que generaliza, organiza y hace conscientes las formas de lucha de las clases revolucionarias que aparecen por sí mismas en el curso del movimiento. El marxismo, totalmente hostil a todas las fórmulas abstractas, a todas las recetas doctrinas, exige que se preste mucha atención a la lucha de masas en curso que, con el desarrollo del movimiento, el crecimiento de la conciencia de las masas y la agudización de las crisis económicas y políticas, engendra constantemente nuevos y cada vez más diversos métodos de defensa y ataque. Por esto, el marxismo no rechaza categóricamente ninguna forma de lucha. El marxismo no se limita, en ningún caso, a las formas

de lucha posibles y existentes solo en un momento dado, admitiendo la aparición inevitable de formas de lucha nuevas, desconocidas de los militantes de un período dado, al cambiar la coyuntura social. El marxismo, en este sentido, aprende, si puede decirse así, de la práctica de las masas, lejos de pretender enseñar a las masas formas de lucha inventadas por «sistematizadores» de gabinete. Sabemos -decía, por ejemplo, Kautsky, al examinar las formas de la revolución social- que la próxima crisis nos traerá nuevas formas de lucha que no podemos prever ahora.

En segundo lugar, el marxismo exige que la cuestión de las formas de lucha sea enfocada históricamente. Plantear esta cuestión fuera de la situación histórica concreta significa no comprender el abecé del materialismo dialéctico. En los diversos momentos de la evolución económica, según las diferentes condiciones políticas, cultural-nacionales, las costumbres, etc., aparecen en primer plano distintas formas de lucha, y se convierten en las formas de lucha principales; y, en relación con esto, se modifican a su vez las formas de lucha secundarias, accesorias. Querer responder sí o no a propósito de un determinado procedimiento de lucha, sin examinar en detalle la situación concreta de un movimiento dado, la fase dada de su desenvolvimiento, significa abandonar completarnente la posición del marxismo.

Estos son los dos principios teóricos fundamentales que deben guiarnos. La historia del marxismo en Europa Occidental nos suministra innumerables ejemplos que confirman lo dicho. La socialdemocracia europea considera, en el momento actual, el parlamentarismo y el movimiento sindical como las principales formas de lucha; en el pasado reconocía la insurrección y está plenamente dispuesta a reconocerla en el porvenir si la situación cambia, pese a la opinión de los liberales burgueses, como los *kadetes*[1] y los

1. Kadetes (demócratas constitucionalistas): principal partido burgués de Rusia; partido de la burguesía monárquica liberal, se constituyó en octubre de 1905. Su líder fue P. Miliukov. Encubriéndose con falsas apariencias de democratismo, se llamaron a sí mismo el partido de la «libertad del pueblo», se esforzaban por atraer a su lado a los campeshlos. Aspiraban a conservar el zarismo como una monarquía constitucional. Más tarde, el partido constitucional demócrata se convirtió en un partido burgués del imperialismo. Después de la victoria de la Revolución Socialista de Octubre, los kadetes organizaron complots y sublevaciones contrarrevolucionarias

bezzaglavtsi[2] rusos. La socialdemocracia negaba la huelga general en la década de los años setenta como panacea social, como medio para derribar de golpe a la burguesía por la vía no política, pero admite plenamente la huelga política de masa (sobre todo, después de la experiencia rusa de 1905) como uno de los procedimientos de lucha, indispensable en ciertas condiciones. La socialdemocracia, que admitía la lucha de barricadas en la década de los años cuarenta del siglo XIX, y la rechazaba, basándose en datos concretos, a fines del siglo XIX, se ha declarado plenamente dispuesta a revisar esta última opinión y a reconocer la conveniencia de la lucha de barricadas después de la experiencia de Moscú, que ha iniciado según las palabras de Kautsky, una nueva táctica de las barricadas.

APÉNDICE C: II

Establecidos los principios generales del marxismo, pasemos a la revolución rusa. Recordemos el desarrollo histórico de las formas de lucha que ha hecho aparecer. Primero, las huelgas económicas de los obreros (1896-1900), después, las manifestaciones políticas de obreros y estudiantes (1901-1902), las revueltas campesinas (1902), el principio de las huelgas políticas de masas combinadas de diversos modos con las manifestaciones (Rostov 1902, las huelgas del verano de 1903, el 9 de enero de 1905), la huelga política en toda Rusia con casos locales de combates de barricadas (octubre de 1905), la lucha masiva de barricadas y la insurrección armada (diciembre de 1905), la lucha parlamentaria pacífica (abril-junio de 1906), los alzamientos militares parciales (junio de 1905-julio de 1906), las sublevaciones parciales de campesinos (otoño de 1905-otoño de 1906). Tal es el estado de cosas en el otoño de 1906, desde el punto de vista de las formas de lucha en general. La forma de lucha con que la autocracia

para derrocar la República Soviética.

2. Bezzaglavtsi: organizadores y colaboradores de la revista Bez Zaglavia (Sin Titulo), editada en Petersburgo en 1906 por S. N. Prokopóvich, E. D. Kuskova, V. I. Bogucharski y otros. Los bezzglavtsi se declaraban abiertamente partidarios del revisionismo, apoyaban a los mencheviques y liberales, y actuaban contra la política independiente del proletariado. Lenin llamó a los bezzaglavtsi kadetes tipo menchevique, o sea, mencheviques tipo kadete.

«contesta» es el pogromo de las Centurias Negras, comenzando por el de Kishiniov en la primavera de 1903, y terminando por el de Siedlce en el otoño de 1906. Durante todo este período la organización de pogromos por las Centurias Negras y las matanzas de judíos, estudiantes, revolucionarios, obreros conscientes han ido constantemente en aumento y se han ido perfeccionando, uniéndose la violencia de la chusma sobornada a la violencia de las tropas centurionegristas, llegando hasta utilizar la artillería en aldeas y ciudades, en combinación con expediciones punitivas, trenes de represión, etc.

Tal es el fondo esencial del cuadro. Sobre este fondo se dibuja -evidentemente como algo particular, secundario, accesorio- el fenómeno a cuyo estudio y apreciación está consagrado el presente artículo. ¿En qué consiste este fenómeno? ¿Cuáles son sus formas? y ¿cuáles sus causas? ¿Cuándo surgió y hasta dónde se ha extendido? ¿Cuál su significación en la marcha general de la revolución? ¿Cuáles son sus relaciones con la lucha de la clase obrera, organizada y dirigida por la socialdemocracia? Estas son las cuestiones que debemos abordar ahora, después de haber bosquejado el fondo general del cuadro.

El fenómeno que nos interesa es la lucha armada. Sostienen esta lucha individuos aislados y pequeños grupos. Unos pertenecen a las organizaciones revolucionarias otros (la mayoría, en cierta parte de Rusia) no pertenecen a ninguna organización revolucionaria. La lucha armada persigue dos fines diferentes, que es preciso distinguir rigurosamente: en primer lugar, esta lucha se propone la ejecución de personas aisladas, de los jefes y subalternos de la policía y del ejército; en segundo lugar, la confiscación de fondos pertenecientes tanto al gobierno como a particulares. Parte de las sumas confiscadas va al partido, parte está consagrada especialmente al armamento y a la preparación de la insurrección, parte a la manutención de los que sostienen la lucha que caracterizamos. Las grandes expropiaciones (la del Cáucaso, de más de 200.000 rublos; la de Moscú, de 875.000 rublos) estaban destinadas precisamente a los partidos revolucionarios ante todo; las pequeñas expropiaciones sirven en primer lugar, e incluso a veces enteramente, al sostenimiento de los

«expropiadores». Esta forma de lucha ha tomado un amplio desarrollo y extensión, indudablemente, tan solo en 1906, es decir, después de la insurrección de diciembre. La agudización de la crisis política hasta llegar a la lucha armada y, sobre todo, la agravación de la miseria, del hambre y del paro en las aldeas y en las ciudades han desempeñado un importante papel entre las causas que han originado la lucha de que tratamos. El mundo de los vagabundos, el «lumpenproletariado» y los grupos anarquistas han adoptado esta forma de lucha como la forma principal y hasta exclusiva de lucha social. Como forma de lucha empleada en «respuesta» por la autocracia, hay que considerar: el estado de guerra, la movilización de nuevas tropas, los pogromos de las Centurias Negras (Siedlce) y los consejos de guerra.

APÉNDICE C: III

El juicio habitual sobre la lucha que estamos describiendo, se reduce a lo siguiente: esto es anarquismo, blanquismo, el antiguo terrorismo, actos de individuos aislados de las masas que desmoralizan a los obreros, que apartan de ellos a los amplios círculos de la población, desorganizan el movimiento y perjudican a la revolución. En los hechos comunicados todos los días por los periódicos se encuentran, sin dificultad, ejemplos para confirmar este juicio.

Pero ¿son convincentes estos ejemplos? Para comprobarlo tomemos el lugar en que esta forma de lucha está más desarrollada: la región de Letonia. He aquí en qué términos se lamenta *Nóvoie Vremia*[3] (del 9 y del 12 de septiembre) de la actividad de la socialdemocracia

3. *Nóvoie Vremia* (Tiempos Nuevos): diario que se publicó en Petersburgo desde 1868 hasta 1917. Primero fue liberal moderado y desde 1876 se trasformó en el portavoz de los circulos reaccionarios de la nobleza y la burocracia, luchó no solamente contra el movimiento revolucionario, sino también contra el de la burguesía liberal. A partir de 1905 se convirtió en órgano de los centurionegristas. Lenin lo llamaba «modelo de periódico venal». Después de la Revolución Democrático burguesa de Febrero apoyó sin reservas la politica contrarrevolucionaria del gobierno provisional burgués y desató una furiosa campaña contra los bolcheviques. Fue clausurado el 8 de noviembre de 1917 por el Comité Militar Revolucionario adjunto al Soviet de Petrogrado.

letona. El Partido Obrero Socialdemócrata Letón (sección del POSDR) publica regularmente 30.000 ejemplares de su periódico; en las columnas de anuncios de éste se publican listas de confidentes cuya supresión constituye un deber para cada hombre honrado; los que ayudan a la policía son declarados «enemigos de la revolución» y deben ser ejecutados, y, además, confiscados sus bienes; se llama a la población a no dar dinero para el Partido Socialdemócrata más que contra recibo sellado; en la última rendición de cuentas del partido figuran, entre los 48.000 rublos de ingreso del año, 5.600 rublos de la sección de Libava para la compra de armas, procurados mediante expropiaciones. Como es natural, *Nóvoie Vremia* lanza rayos y centellas contra esta «legislación revolucionaria», contra este «gobierno de terror».

Nadie se atreverá a calificar de anarquismo, de blanquismo, de terrorismo, estas acciones de los socialdemócratas letones. Pero, ¿por qué? Porque en este caso es evidente la relación de la nueva forma de lucha con la insurrección que estalló en diciembre y que madura de nuevo. En lo que concierne a toda Rusia, esta relación no es tan perceptible, pero existe. La extensión de la lucha de «guerrillas», precisamente después de diciembre, su relación con la agravación de la crisis no solo económica, sino también política, son innegables. El viejo terrorismo ruso era obra del intelectual conspirador; ahora, la lucha de guerrillas la mantiene, por regla general, el obrero combatiente o simplemente el obrero sin trabajo. Blanquismo y anarquismo se les ocurren fácilmente a gentes que gustan de los clichés, pero en la atmósfera de insurrección, que de un modo tan evidente existe en la región de Letonia, es indudable que estas etiquetas aprendidas de memoria no tienen ningún valor.

El ejemplo de los letones demuestra perfectamente que el método, tan común entre nosotros, de analizar la guerra de guerrillas al margen de las condiciones de una insurrección, es incorrecto, anticientífico y antihistórico. Hay que tener en cuenta esta atmósfera insurreccional, reflexionar sobre las particularidades del período transitorio entre los grandes actos de la insurrección, comprender qué formas de lucha surgen necesariamente como consecuencia de ello y no salir del paso con un surtido de palabras aprendidas de memoria,

que son empleadas lo mismo por los kadetes y por la gente de *Nóvoie Vremia*: ¡anarquismo, pillaje, rufianismo!

Las operaciones de guerrillas, se dice, desorganizan nuestro trabajo. Apliquemos este razonamiento a la situación creada después de diciembre de 1905, a la época de los pogromos de las Centurias Negras y de la ley marcial. ¿Qué es lo que desorganiza más el movimiento en dicha época: la falta de resistencia o bien la lucha organizada de los guerrilleros? Comparad la Rusia central con sus confines del oeste, con Polonia y la región de Letonia. La lucha de guerrillas ha adquirido indudablemente mucha más difusión y desarrollo en esos confines occidentales. Y es no menos innegable que el movimiento revolucionario en general y el movimiento socialdemócrata en particular, están más desorganizados en la Rusia central que en las regiones del oeste. Evidentemente, ni siquiera se nos ocurre la idea de deducir que si los movimientos socialdemócratas polaco y letón están menos desorganizados es gracias a la guerra de guerrillas. No. La única conclusión que se desprende de ello es que no puede imputarse a la guerra de guerrillas el estado de desorganización del movimiento obrero socialdemócrata en la Rusia de 1906.

Se invocan frecuentemente las particularidades de las condiciones nacionales, lo que revela manifiestamente la debilidad de la argumentación corriente. Si se trata de las condiciones nacionales, es que no se trata de anarquismo, de blanquismo, de terrorismo -pecados comunes a toda Rusia e incluso específicamente rusos-, sino de algo diferente. ¡Analizad este algo diferente de un modo concreto, señores! Veréis entonces que la opresión o el antagonismo nacionales no explican nada, pues siempre han existido en los confines occidentales, mientras que la lucha de guerrillas ha sido engendrada solamente por el período histórico actual. Hay muchos sitios en que existen la opresión y el antagonismo nacionales, pero no la lucha de guerrillas, que se desarrolla a veces sin que se dé la opresión nacional. Un análisis concreto de la cuestión muestra que no es del yugo nacional de lo que se trata, sino de las condiciones de la insurrección. La lucha de guerrillas es una forma inevitable de lucha en un momento en que el movimiento de masas ha llegado ya realmente a la insurrección y en que se producen intervalos más o menos

considerables entre «grandes batallas» de la guerra civil.

No son las acciones de guerrillas las que desorganizan el movimiento, sino la debilidad del partido, que no sabe tomar en sus manos tales acciones. Por eso, entre nosotros, los rusos, los anatemas lanzados habitualmente contra las acciones de guerrillas, coinciden con acciones de guerrillas clandestinas, accidentales, no organizadas, que realmente desorganizan al partido. Incapaces de comprender cuáles son las condiciones históricas que engendran esta lucha, somos igualmente incapaces de contrarrestar sus aspectos perjudiciales. La lucha no por eso deja de continuarse, pues la provocan potentes factores económicos y políticos. No tenemos fuerza para suprimir estos factorcs ni esta lucha. Nuestras quejas contra la lucha de guerrillas son quejas contra la debilidad de nuestro partido en materia de insurrección.

Lo que hemos dicho de la desorganización se aplica también a la desmoralización. No es la guerra de guerrillas lo que desmoraliza, sino el carácter inorganizado, desordenado, sin partido de las acciones de guerrillas. De esta evidentísima desmoralización no nos salvaremos ni un ápice condenando o maldiciendo las acciones de guerrillas; pues estas condenas y maldiciones son absolutamente impotentes para detener un fenómeno provocado por causas económicas y políticas profundas. Se nos objetará que si somos incapaces de detener un fenómeno anormal y desmoralizador, esto no es razón para que el partido adopte procedimientos de lucha anormales y desmoralizadores. Pero tal objeción sería puramente liberal-burguesa y no marxista, pues un marxista no puede considerar en general anormales y desmoralizadoras la guerra civil o la guerra de guerrillas, como una de sus formas. Un marxista se basa en la lucha de clases y no en la paz social. En ciertos períodos de crisis económicas y políticas agudas, la lucha de clases, al desenvolverse, se transforma en guerra civil abierta, es decir, en lucha armada entre dos partes del pueblo. En tales períodos, el marxista está obligado a tomar posición por la guerra civil. Toda condena moral de ésta es completamente inadmisible desde el punto de vista del marxismo.

En una época de guerra civil, el ideal del partido del proletariado

es un partido de combate. Esto es absolutamente incontrovertible. Estamos completamente dispuestos a conceder que, desde el punto de vista de la guerra civil se puede demostrar, y se demuestra, la inconveniencia de unas u otras formas de guerra civil en uno u otro momento. Admitimos plenamente la crítica de las diversas formas de guerra civil desde el punto de vista de la conveniencia militar y estamos incondicionalmente de acuerdo en que, en esta cuestión, el voto decisivo corresponde a los militantes activos socialdemócratas de cada localidad. Pero, en nombre de los principios del marxismo, exigimos absolutamente que nadie intente sustraerse al análisis de las condiciones de la guerra civil con frases triviales y rutinarias sobre el anarquismo, el blanquismo y el terrorismo; que no se haga de los procedimientos insensatos empleados en la guerra de guerrillas en un cierto momento por cierta organización del Partido Socialista Polaco, un espantajo en la cuestión de la participación de la socialdemocracia en la guerra de guerrillas en general.

El argumento de que la guerra de guerrillas desorganiza el movimiento debe ser apreciado de manera crítica. Toda forma nueva de lucha, que trae aparejada consigo nuevos peligros y nuevos sacrificios, «desorganiza», indefectiblemente, las organizaciones no preparadas para esta nueva forma de lucha. Nuestros antiguos círculos de propagandistas se desorganizaron al recurrir a los métodos de agitación. Nuestros comités se desorganizaron al recurrir a las demostraciones. En toda guerra, cualquier operación lleva un cierto desorden a las filas de los combatientes. De esto no puede deducirse que no hay que combatir. De esto es preciso deducir que hay que aprender a combatir. Y nada más.

Cuando veo a socialdemócratas que declaran arrogante y presuntuosamente: nosotros no somos anarquistas, ni ladrones, ni bandidos; estamos por encima de todo eso, rechazamos la guerra de guerrillas, me pregunto: ¿comprenden esas gentes lo que dicen? En todo el país se libran encuentros armados y choques entre el gobierno centurionegrista y la población. Es un fenómeno absolutamente inevitable en la fase actual de desarrollo de la revolución. Espontáneamente, sin organización -y, precisamente por eso, en formas a menudo poco afortunadas y malas-, la población reacciona

también mediante colisiones y ataques armados. Estoy de acuerdo en que, a causa de la debilidad o de la falta de preparación de nuestra organización, podemos renunciar, en una localidad y en un momento dado, a colocar esta lucha espontánea bajo la dirección del partido. Estoy de acuerdo en que esta cuestión debe ser resuelta por los militantes locales activos, en que no es cosa fácil reajustar el trabajo de organizaciones débiles y no preparadas. Pero cuando veo que un teórico o que un publicista de la socialdemocracia, no lamenta esta falta de preparación, sino que repite con orgullosa suficiencia y entusiasmo narcisista las frases aprendidas en su primera juventud sobre el anarquismo, el blanquismo y el terrorismo, me causa una gran pena el ver rebajar así la doctrina más revolucionaria del mundo.

Se dice que la guerra de guerrillas aproxima al proletariado consciente a la categoría de los vagabundos borrachines y degradados. Es cierto. Pero de esto solo se desprende que el partido del proletariado no puede nunca considerar la guerra de guerrillas como el único, ni siquiera como el principal procedimiento de lucha; que este procedimiento debe estar subordinado a los otros, debe ser proporcionado a los procedimientos esenciales de lucha, ennoblecido por la influencia educadora y organizadora del socialismo. Sin esta última condición, todos, absolutamente todos los procedimientos de lucha, en la sociedad burguesa, aproximan al proletariado a las diversas capas no proletarias, situadas por encima o por debajo de él, y, abandonados al curso espontáneo de los acontecimientos, se desgastan, se pervierten, se prostituyen. Las huelgas, abandonadas al censo espontáneo de los acontecimientos, degeneran en alianzas, en acuerdos entre obreros y patronos contra los consumidores. El parlamento degenera en un burdel, donde una banda de politicastros burgueses comercia al por mayor y al por menor con la «libertad popular», el «liberalismo», la «democracia», el republicanismo, el anticlericalismo, el socialismo y demás mercancías de fácil colocación. La prensa se transforma en alcahueta barata, en instrumento de corrupción de las masas, de adulación grosera de los bajos instintos de la muchedumbre, etc. La socialdemocracia no conoce procedimientos de lucha universales que separen al proletariado con una muralla china de las capas situadas un poco más arriba o un poco más abajo de él. La socialdemocracia emplea, en diversas épocas, diversos

procedimientos, rodeando siempre su aplicación de condiciones ideológicas y de organización rigurosamente determinadas.

APÉNDICE C: IV

Las formas de lucha de la revolución rusa, comparadas con las revoluciones burguesas de Europa, se distinguen por su extraordinaria variedad. Kautsky lo había previsto en parte cuando decía en 1902 que la futura revolución (tal vez con excepción de Rusia, añadía) sería no tanto una lucha del pueblo contra el gobierno, como una lucha entre dos partes del pueblo. En Rusia vemos que esta segunda lucha toma indudablemente un desarrollo más extenso que en las revoluciones burguesas de Occidente. Los enemigos de nuestra revolución son poco numerosos entre el pueblo, pero se organizan más y más a medida que la lucha se agudiza y reciben apoyo de las capas reaccionarias de la burguesía. Es, pues, completamente natural e inevitable que en una época semejante, en una época de huelgas políticas en escala nacional, la insurrección no puede adoptar la antigua forma de actos aislados, limitados a un lapso de tiempo muy breve y a una zona muy reducida. Es completamente natural e inevitable que la insurrección tome formas más elevadas y complejas de una guerra civil prolongada y que abarca a todo el país, es decir, de una lucha armada entre dos partes del pueblo. Semejante guerra no puede concebirse más que como una serie de pocas grandes batallas, separadas unas de otras por intervalos relativamente considerables y una gran cantidad de pequeños encuentros librados durante estos intervalos. Si esto es así -y lo es sin duda-, la socialdemocracia debe sin falta plantearse la tarea de constituir organizaciones que sean lo más aptas posibles para dirigir a las masas en estas grandes batallas y, en lo posible, en estos pequeños encuentros. La socialdemocracia debe proponerse, en la época en que la lucha de clases se agudiza hasta llegar a la guerra civil, no solamente tomar parte en esta guerra civil, sino también desempeñar la función dirigente en ella. La socialdemocracia debe educar y preparar a sus organizaciones para que realmente sean capaces de actuar como una parte beligerante, no dejando pasar ninguna ocasión de asestar un golpe a las fuerzas del

adversario.

Esta es -no es posible negarlo- una tarea difícil, que no se puede resolver de golpe. Lo mismo que todo el pueblo se reeduca y se instruye en la lucha en el curso de la guerra civil, nuestras organizaciones deben ser educadas, deben ser reorganizadas sobre la base de lo que enseña la experiencia, a fin de estar a la altura de su misión.

No tenemos la menor pretensión de imponer a los militantes activos una forma de lucha cualquiera inventada por nosotros, ni siquiera resolver, desde nuestro gabinete, la cuestión del papel que una u otra forma de guerra de guerrillas puede desempeñar en el curso general de la guerra civil en Rusia. Lejos de nosotros la idea de ver en la apreciación concreta hecha de una u otra acción de guerrillas una cuestión de tendencia en la socialdemocracia. Pero consideramos que constituye para nosotros un deber contribuir en la medida de nuestras fuerzas a la justa apreciación teórica de las formas nuevas de lucha que la vida hace aparecer; que debemos combatir sin cuartel la rutina y los prejuicios que impiden a los obreros conscientes plantear como conviene esta nueva y difícil cuestión y abordar como es debido su solución.

Proletari nº 5, 30 de septiembre de 1906.

APÉNDICE D: EL MARXISMO Y LA INSURRECCIÓN

CARTA AL COMITÉ CENTRAL DEL POSDR(B) DE RUSIA[1]

Vladimir Illich Lenin

Entre las más malignas y tal vez más difundidas tergiversaciones del marxismo por los partidos «socialistas» dominantes, se encuentra la mentira oportunista de que la preparación de la insurrección y, en general, considerar la insurrección como un arte, es «blanquismo».

Bernstein, dirigente del oportunismo, se ganó ya una triste celebridad acusando al marxismo de blanquismo, y, en realidad, con su griterío acerca del blanquismo, los oportunistas de hoy no renuevan ni «enriquecen» en lo más mínimo las pobres «ideas» de Bernstein.

¡Acusar a los marxistas de blanquismo, porque conciben la insurrección como un arte! ¿Es posible una más flagrante distorsión de la verdad, cuando ningún marxista niega que fue el propio Marx quien se pronunció del modo más concreto, más claro y más irrefutable acerca de este problema diciendo precisamente que la insurrección es un arte, que hay que tratarla como tal arte, que es necesario *conquistar* un primer triunfo y seguir luego avanzando de triunfo en triunfo, sin interrumpir *la ofensiva* contra el enemigo, aprovechándose de su confusión, etc.?

Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en una conjuración, no en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto en primer lugar. La insurrección debe apoyarse en el *auge revolucionario*

1. *EI marxismo y la insurrección*: carta que escribió Lenin al Comité Central del partido para preparar la insurrección armada por el poder. El 15 (28) de septiembre de 1917, el Comité Central del partido discutió esta carta y la otra titulada *Los bolcheviques deben tomar el poder.* (Obras completas, t. XXVI.) Kámenev, adversario de la orientación del partido de la revolución socialista, propuso su proyecto de resolución en contra de las directivas de Lenin sobre la insurrección armada expuestas en estas históricas cartas. J. Stalin dio respuesta al ataque traidor de Kámenev y el Comité Central rechazó el proyecto de Kámenev. Las cartas de Lenin fueron enviadas por el CC a las más grandes organizaciones del Partido Bolchevique según la proposición de Stalin.

del pueblo. Esto en segundo lugar. La insurrección debe apoyarse en aquel momento de viraje en la historia de la revolución ascensional en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las vacilaciones en las filas de los enemigos *y en las filas de los amigos débiles, a medias, indecisos, de la revolución*. Esto en tercer lugar. Estas tres condiciones, previas al planteamiento del problema de la insurrección, son las que precisamente diferencian *el marxismo del blanquismo*.

Pero, si se dan estas condiciones, negarse a tratar la insurrección como un *arte* equivale a traicionar el marxismo y a traicionar la revolución.

Para demostrar que el momento actual es precisamente el momento en que el partido está obligado a reconocer que la *insurrección* ha sido puesta al orden del día por la marcha objetiva de los acontecimientos y que la insurrección debe ser considerada como un arte, para demostrarlo, acaso sea lo mejor emplear el método comparativo y trazar un paralelo entre las jornadas del 3 y 4 de julio[2] y las de

2. Lenin se refiere a la manifestación del 3-4 (16-17) de julio de 1917 en Petrogrado. El 3 (16) de julio comenzaron manifestaciones espontáneas contra el Gobierno Provisional en el barrio Viborg. El primero en salir a la calle fue el 1er regimiento de ametralladoras. A él se unieron otras unidades y los obreros de fábricas y talleres. La manifestación amenazaba transformarse en una acción armada contra el Gobierno Provisional.
El Partido Bolchevique estaba en ese momento en contra de una acción armada, por considerar que la crisis revolucionaria no había madurado aún y que el ejército y el interior del país no estaban preparados todavia para apoyar el levantamiento en la capital. El Comité Central, reunido el 3 (16) de julio a las 4 de la tarde junto con el Comité de Petrogrado y la Organización Militar del POSDR (b) resolvió abstenerse de manifestar. Idéntica resolución adoptó la II Conferencia de Bolcheviques de la ciudad de Petrogrado que se realizaba al mismo tiempo. Los delegados de la conferencia se encaminaron a los talleres y distritos para disuadir a las masas de la manifestación, pero ésta ya había comenzado y resultó imposible detenerla.
Teniendo en cuenta el estado de ánimo de las masas, el Comité Central junto con el Comité de Petrogrado y la Organización Militar, muy avanzada la noche del 3 (16) de julio, adoptó la resolución de participar en la manifestación para conferirle un carácter pacífico y organizado. Lenin no se encontraba en aquel entonces en Petrogrado. Después de haber sido informado de los acontecimientos llegó a Petrogrado en la mañana del 4 (17) de julio. Más de 500.000 personas tomaron parte en la manifestación del dia 4, realizada bajo la consigna de los bolcheviques: « Todo el poder a los soviets!».
Con el consentimiento del Comité Ejecutivo Central en manos de los mencheviques y socialrevolucionarios fueron lanzados, contra los obreros y soldados que manifestaban pacíficamente, destacamentos de junkers y oficiales que abrieron fuego sobre los manifestantes. Habían sido llamadas tropas contrarrevolucionarias del frente para sofocar el movimiento

septiembre.

El 3 y 4 de julio se podía, sin faltar a la verdad, plantear el problema así: lo justo era tomar el poder, pues, de no hacerlo, los enemigos nos acusarán igualmente de insurrectos y nos tratarán como a tales. Pero de aquí no se podía sacar la conclusión de que hubiera sido conveniente tomar el poder en aquel entonces, pues a la sazón no existían las condiciones objetivas necesarias para que la insurrección pudiera triunfar.

1) No teníamos todavía con nosotros a la clase que es la vanguardia de la revolución.
   No contábamos todavía con la mayoría de los obreros y soldados de las capitales. Hoy tenemos ya la mayoría en ambos soviets[3]. Es fruto, solo de la historia de julio y agosto, de la experiencia de las «represalias» contra los bolcheviques y de la experiencia de la kornilovada.
2) No existía entonces un ascenso revolucionario de todo el pueblo. Hoy existe, después de la kornilovada. Así lo demuestra el estado de las provincias y la toma del poder por los soviets en muchos lugares.
3) Entonces, las vacilaciones no habían cobrado todavía proporciones de serio alcance político general en las filas

revolucionario.
En la noche del 4 (17) de julio el Comité Central de los bolcheviques tomó la resolución de suspender las manifestaciones. Ya avanzada la noche Lenin llegó a la redacción de Pravda para revisar los materiales del número a publicarse, y media hora después de su partida la redacción fue asaltada por un destacamento de junkers y cosacos.
Los mencheviques y los socialrevolucionarios resultaron, de hecho, cómplices de la matanza. Una vez reprimida la manifestación, ellos se lanzaron, de concierto con la burguesía, contra el Partido Bolchevique. Los periódicos bolcheviques *Pravda*, *Soldátskaia Pravda* y otros, fueron clausurados por el Gobierno Provisional. Empezaron las detenciones en masa, allanamientos y pogroms. Las tropas revolucionarias de la guarnición de Petrogrado fueron retiradas de la capital y enviadas al frente.
Después de las jornadas de julio el poder en el país pasó por completo a manos del Gobierno Provisional contrarrevolucionario, en el cual los soviets no fueron más que un apéndice impotente. Terminó la dualidad del poder. Tocó a su fin el período pacífico de la revolución. Ante los bolcheviques se planteó la tarea de preparar la insurrección armada para derrocar al Gobierno Provisional.

3. Se alude a la transformación de los soviets en manos bolcheviques: de Petrogrado, 31 de agosto (13 de septiembre), y de Moscú, 5 (18) de septiembre de 1917.

de nuestros enemigos y en las de la pequeña burguesía indecisa. Hoy, esas vacilaciones son gigantescas: nuestro principal enemigo, el imperialismo de la Entente y el imperialismo mundial (ya que los «aliados» se encuentran a la cabeza de éste) empieza a vacilar entre la guerra hasta el triunfo final y una paz separada dirigida contra Rusia. Y nuestros demócratas pequeñoburgueses, que ya han perdido, evidentemente, la mayoría en el pueblo, vacilan también de un modo extraordinario, habiendo renunciado al bloque, es decir, a la coalición con los kadetes.

4) Por eso, en los días 3 y 4 de julio, la insurrección habría sido un error: no habríamos podido mantenernos en el poder ni física ni políticamente. No habríamos podido mantenernos físicamente, pues aunque por momentos teníamos a Petersburgo en nuestras manos, nuestros obreros y soldados no estaban dispuestos entonces a *batirse y a morir* por Petersburgo: les faltaba todavía el «ensañamiento», el odio hirviente *tanto* contra los Kérenski, *como* contra los Tsereteli y los Chernov. Nuestros hombres no estaban todavía templados por las persecuciones contra los bolcheviques, en que participaron los eseristas y mencheviques.

Políticamente, los días 3 y 4 de julio no habríamos podido sostenernos en el poder, pues, antes de la kornílovada, el ejército y las provincias podían marchar y habrían marchado sobre Petersburgo.

Hoy, el panorama es completamente distinto.

Hoy, tenemos con nosotros a la mayoría de la clase que es la vanguardia de la revolución, la vanguardia del pueblo, la clase capaz de arrastrar detrás de sí a las masas.

Tenemos con nosotros a la mayoría del pueblo, pues la dimisión de Chernov no es, ni mucho menos, el único indicio, pero sí el más claro y el más palpable, de que los campesinos *no obtendrán la tierra* del bloque de los eseristas (ni de los propios eseristas), y éste es el quid del carácter popular de la revolución.

Estamos en la situación ventajosa de un partido que sabe firmemente cuál es su camino en medio de las más inauditas vacilaciones, tanto *de todo el imperialismo* como de todo el bloque de los mencheviques y eseristas.

Nuestro *triunfo es seguro*, pues el pueblo está ya al borde de la desesperación y nosotros señalamos al pueblo entero la verdadera salida: le hemos demostrado, «en los días de la kornilovada», el valor de nuestra dirección y, después, *hemos propuesto* una transacción a los bloquistas, transacción que *éstos han rechazado* sin que por ello hayan terminado sus vacilaciones.

Sería el más grande de los errores creer que la transacción propuesta por nosotros, no ha sido rechazada *todavía*, que la Conferencia Democrática[4] puede aceptarla todavía. La transacción era una oferta hecha de *partido a partidos*. No podía hacerse de otro modo. *Los partidos* la rechazaron. La Conferencia Democrática es solo *una conferencia*, y nada más. No hay que olvidar una cosa: *la mayoría* del pueblo revolucionario, los campesinos pobres, irritados, no tienen representación en ella. Se trata de una conferencia de la *minoría del pueblo*; no se debe olvidar esta verdad evidente. Sería el más grande de los errores, el mayor de los cretinismos parlamentarios, que nosotros considerásemos la Conferencia Democrática como un parlamento, pues aun suponiendo que se hubiese proclamado parlamento permanente y soberano de la revolución, igualmente *no resolvería* nada: la solución está *fuera de ella*, está en los barrios obreros de Petersburgo y de Moscú.

Contamos con todas las premisas objetivas para una insurrección

4. La Conferencia Democrática de toda Rusia: convocada por los mencheviques y eseristas para debilitar el creciente movimiento revolucionario en el país, transcurrió del 14 al 22 de septiembre (27 de septiembre a 5 de octubre) de 1917 en Petrogrado. Asistieron a ella los representantes de los diferentes partidos pequeñoburgueses, de los soviets conciliadores, sindicatos, *zemstvo*, círculos comerciales e industriales y de unidades militares. / Los *zemstvos* fueron una forma de gobierno local instituido durante las grandes reformas liberales realizadas en el Imperio ruso por el zar Alejandro II de Rusia. Las primeras leyes sobre los *zemstvos* se promulgaron en 1864. Tras la Revolución de Octubre el sistema de *zemstvos* fue abolido y sustituido por el de soviets o consejos obreros provinciales. A los nobles se le concedió más peso en los votos para el *zemstvo*, evidenciado por el hecho de que el 74% de los miembros del *zemstvo* eran nobles, mientras que solo representaban al 1,3% de la población. (Nota de Boltxe.)

triunfante. Contamos con las excepcionales ventajas de una situación en que solo nuestro triunfo en la insurrección pondrá fin a unas vacilaciones que agotan al pueblo y que son la cosa más penosa del mundo; en que solo nuestro triunfo en la insurrección dará inmediatamente la tierra a los campesinos; en que solo nuestro triunfo en la insurrección hará fracasar todas esas maniobras de paz por separado, dirigidas contra la revolución, y las hará fracasar mediante la oferta franca de una paz más completa, más justa y más próxima, una paz en beneficio de la revolución.

Por último, nuestro partido es el único que, si triunfa en la insurrección, *puede* salvar a Petersburgo, pues si nuestra oferta de paz es rechazada y no se nos concede ni siquiera un armisticio, nos convertiremos en «defensistas», nos pondremos a *la cabeza de los partidos de guerra*, nos convertiremos en el partido «de guerra» más encarnizado de todos los partidos y libraremos una guerra verdaderamente revolucionaria. Despojaremos a los capitalistas de todo el pan y de todas las botas. No les dejaremos más que migajas y los calzaremos con alpargatas. Y enviaremos al frente todo el pan y todo el calzado.

Y, así, salvaremos a Petersburgo.

En Rusia, son todavía inmensamente grandes los recursos tanto materiales como morales con que contaría una guerra verdaderamente revolucionaria: hay un 99 por 100 de probabilidades de que los alemanes nos concederán, por lo menos, un armisticio. Y, en las condiciones actuales, obtener un armisticio equivale ya a triunfar sobre el *mundo entero*.

Después de haber reconocido la absoluta necesidad de la insurrección de los obreros de Petersburgo y de Moscú para salvar la revolución y para salvar a Rusia de un reparto «separado» por los imperialistas de ambas coaliciones, debemos: primero, adaptar nuestra táctica política en la Conferencia Democrática a las condiciones de la insurrección creciente; segundo, debemos demostrar que no solo de palabra aceptamos la idea de Marx de que es necesario considerar la insurrección como un arte.

Inmediatamente debemos unir en la Conferencia Democrática la minoría bolchevique, sin preocuparnos del número ni dejarnos llevar del temor de que los vacilantes continúen en el campo de los vacilantes; *allí*, son más útiles a la causa de la revolución que en el campo de los luchadores firmes y decididos.

Debemos redactar una breve declaración de los bolcheviques, subrayando con energía la inoportunidad de los largos discursos y la inoportunidad de los «discursos» en general, la necesidad de proceder a una acción inmediata para salvar a la revolución, la absoluta necesidad de romper totalmente con la burguesía, de destituir íntegramente al actual gobierno, de romper de una manera absoluta con los imperialistas anglo-franceses, que están preparando el reparto «separado» de Rusia, la necesidad del paso inmediato de todo el poder a manos de la *democracia revolucionaria, con el proletariado revolucionario a la cabeza*.

Nuestra declaración deberá formular esta conclusión en la forma más breve y tajante y de acuerdo con los proyectos programáticos: paz a los pueblos, tierra a los campesinos, confiscación de las ganancias escandalosas, poner fin al escandaloso sabotaje de la producción por los capitalistas.

Cuanto más breve y tajante sea la declaración, mejor. En ella deben señalarse claramente dos puntos de extraordinaria importancia: el pueblo está agotado por tantas vacilaciones, que está harto de la indecisión de los eseristas y mencheviques; y que nosotros rompemos definitivamente con esos *partidos* porque han traicionado a la revolución.

Una cosa más: la oferta inmediata de una paz sin anexiones, la inmediata ruptura con los imperialistas aliados, con todos los imperialistas, o bien obtendremos en seguida un armisticio, o bien el paso de todo el proletariado revolucionario a la posición de la defensa, y toda la democracia revolucionaria, dirigida por él, dará comienzo a una guerra verdaderamente justa, verdaderamente revolucionaria.

Después de dar lectura a esta declaración y de reclamar resoluciones

y no palabras, acciones y no resoluciones escritas, debemos lanzar todo nuestro grupo *a las fábricas y a los cuarteles*: allí está su lugar, allí está el pulso de la vida, allí está la fuente de salvación de nuestra revolución y allí está el motor de la Conferencia Democrática.

Allí debemos exponer, en discursos fogosos y apasionados, nuestro programa y plantear el problema así: o la aceptación *íntegra* del programa por la Conferencia, o la insurrección. No hay término medio. No es posible esperar. La revolución se hunde.

Si planteamos el problema de ese modo y concentramos todo nuestro grupo en las fábricas y los cuarteles, *estaremos en condiciones de determinar el momento justo para iniciar la insurreccion*.

Y para enfocar la insurrección al estilo marxista, es decir, como un arte, debemos, al mismo tiempo, sin perder un minuto, organizar un *Estado Mayor* de los destacamentos de la insurrección, distribuir las fuerzas, enviar los regimientos de confianza contra los puntos más importantes, cercar el Teatro de Alejandro y ocupar la Fortaleza de Pedro y Pablo, arrestar el Estado Mayor y al gobierno, enviar contra los cadetes militares y contra la «división salvaje», aquellas tropas dispuestas a morir antes de dejar que el enemigo se abra paso hacia los centros de la ciudad; debemos movilizar a los obreros armados, haciéndoles un llamamiento para que se lancen a una desesperada lucha final; ocupar inmediatamente el telégrafo y la telefónica, instalar nuestro Estado Mayor de la insurrección en la central telefónica y conectarlo por teléfono con todas las fábricas, todos los regimientos y todos los puntos de la lucha armada, etc.

Todo esto, naturalmente, a título de ilustración, como ejemplo de que en el momento actual no se puede ser fiel al marxismo, a la revolución, *sin considerar la insurrección como un arte*.

Escrita el 13-14 [5] de septiembre de 1917.

5. Según el calendario juliano vigente en Rusia antes de la revolución. 26-27 de septiembre según el calendario gregoriano.